
PABLO POVEDA
UNA HISTORIA DE ROJO
SOMBRA EN LA COSTA
UNA NOVELA DE POLICÍAS, CRÍMENES, MISTERIO Y SUSPENSE

Sombra En La Costa

Pablo Poveda

Nova Illice Media Pub

Copyright © 2024 por Nova Illice Media Pub



Corrección: Ana Vacarasu

ISBN: 9798339616634

Imprint: Independently published

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

1

El bullicio de las calles de Alicante se mezclaba con los decibelios de las barracas municipales y el ritmo de la música. Las Hogueras de San Juan eran la festividad más importante del año en la capital levantina y su popularidad era tal que atraía turismo tanto de los alrededores como del extranjero. Los trenes llegaban llenos durante horas a la estación de ferrocarril y los aparcamientos colgaban el cartel de COMPLETO a lo largo de toda la semana. Nadie quería perderse la oportunidad de vivir unas fiestas que crecían año tras año.

Pasada la medianoche, uno de los muchos grupos heterogéneos de extranjeros procedentes de diferentes partes del mundo salía de la playa del Postiguet, para cruzar al paseo de la Explanada, en dirección al McDonald's que aún estaba abierto, con el fin de comer algo antes de continuar con la fiesta etílica. A la cola del grupo, dos chicas británicas terminaban sus latas de cerveza mientras reían por los comentarios que unos chicos españoles les habían hecho para ligar con ellas.

—¡Espera, Emily! —le dijo la una a la otra en inglés al ver que el grupo se alejaba de la playa —. ¡Se van todos sin nosotras!

—No te preocupes, Helen, no van muy lejos. Se dirigen al McDonald's de la Explanada… ¡Hagámonos una foto!

—¿Otra? Venga, por favor. ¿No tienes hambre? Me muero por comer algo.

—No tanto como para eso. Sin embargo, parece que los americanos pueden estar comiendo todo el día —comentó, un poco achispada, sin perder de vista a los dos españoles que les habían hablado minutos antes y que seguían bebiendo con el resto del grupo, a escasos metros de ellas —. ¡Venga, no seas así! Terminamos la cerveza y alcanzamos al grupo.

Pero su amiga no parecía muy interesada en seguir bebiendo. De alguna manera, sabía que la noche no había hecho más que empezar para los españoles y que debía ingerir algo sustancioso, antes de que el alcohol hiciera estragos en su cuerpo.

—¿Te queda mucho? No quiero seguir bebiendo. Esta cerveza está caliente.

—Le compraremos una al vendedor ambulante.

Antes de que la amiga se negara, Helen se acercó a un hombre extranjero y le compró dos latas de cerveza. Este la miró, sacó dos botes de cerveza de una bolsa de plástico y se las vendió. La chica regresó y le ofreció una lata a su amiga.

—Ya te he dicho que no quiero beber más. Me vendría bien salir de la playa.

—¿En serio? Como quieras, me la guardaré para más tarde —le dijo, molesta, y guardó la cerveza en el bolso. Después le hizo una señal para que mirara a los otros chicos—. Eres una aguafiestas. Parece mentira que seas irlandesa. ¿Cómo puedes estar pensando en comer?

—¡Oh! ¿Y tú, no? Simplemente, estás pensando en comerte otra cosa…

Las dos rieron con picardía y Emily volvió a mirar al chico que se había acercado a hablar con ella. Se llamaba David, o eso creía recordar, aunque no estaba muy segura. Lo cierto era que Helen tenía razón y debían comer algo antes de continuar, pero ese español le había gustado de verdad. Puede que fuera la cerveza, el ambiente que se respiraba en la calle o la luna llena que iluminaba la playa, pero sentía que era una noche especial. Al menos, eso pensaba en ese momento.

—Escucha, termina eso y pídele el número de teléfono.

—¿Qué? ¿Estás loca? Ni hablar, si no me lo pide él…

—¿Por qué no? Es obvio que te lo va a dar —dijo la amiga y se cruzó de brazos. Después, dio un vistazo a los chicos—. No sé qué tienen de especial, la verdad. Todos se parecen. Puedes encontrar a otro igual en cualquier lugar de esta ciudad. Es probable que se olvide de ti en cuanto te vayas.

—¡No seas idiota! ¿Has visto cómo me miraba? Me iba a devorar…

—Por eso mismo, son españoles. Devoran todo lo que pasa por delante. No me gustan, Emily.

—¿Has terminado ya?

—No.

—Eres una frígida. Parece que te moleste que haya ligado con él.

—Me molesta que sean tan pesados.

Emily rio, pero a la amiga no le hizo gracia. Ella estaba achispada y parecía divertirse más.

—No te ha gustado que te rechazara el madurito.

Helen frunció el ceño y la miró con odio.

—¿Qué? Alucinas en colores. He sido yo la que he dicho que no.

—Ya, claro…

—¿Acaso te has fijado cómo te mira el tuyo? Da mal rollo.

Una batería de truenos desvió la atención al explotar en lo alto del cielo, dejando un rastro de su trayectoria.

—Mira, no quiero discutir, así que hagamos lo siguiente —le dijo Emily a su amiga, al notar que estaba desesperada por salir de allí—. Ve con el resto del grupo y te llamaré en unos minutos.

La amiga la miró con incredulidad. Conocía las travesuras de Emily y sabía que no regresaría y que terminaría durmiendo con ese desconocido, ya fuera en su casa o en la playa. Por alguna razón, no quería que fuera así, quizá porque Emily era la que más ligaba de las dos y eso le generaba una envidia que no podía soportar, pero también era verdad que había demasiada gente en la calle y las noches como esa podían convertirse en una situación peligrosa.

—No, ni hablar. Te vendrás conmigo. —Helen la agarró del brazo, sin ánimo de molestarla, pero la torpeza de Emily provocó que la lata de cerveza se derramara sobre la arena. En ese momento, se generó una tensión incómoda entre las dos—. ¡Oh, discúlpame!

—¡Eh! ¿Qué diablos te pasa? ¡Mira lo que has hecho! Siempre te pones así cuando se trata de hombres…

—Emily…

—Cuando quieres, te conviertes en una zorra.

El tono de la conversación aumentó por unos segundos y el estado de Emily la dirigía hacia una discusión irremediable.

—Lo siento, ¿vale?

—No, no me vale. ¿Sabes? Será mejor que vayas delante.

—No quiero dejarte sola con esa gente que no conocemos de nada.

—No, lo que te jode es que me vaya mejor que a ti. ¿Sabes cuál es tu problema?

—¡Oh, Dios! Es suficiente. Sabía que irías por ahí… Cállate, antes de arrepentirte. Has bebido demasiado.

—Escucha, Helen. Soy mayorcita y sé dónde está el peligro. Quiero divertirme esta noche, pero no soy una estúpida. Así que me tomaré algo con ellos y me uniré al grupo más tarde, ¿entendido? Y si te molesta, es tu problema.

Helen estaba ofendida y su buena voluntad la obligaba a permanecer a su lado. Sin embargo, no era mucho lo que podía hacer por Emily. En realidad, ambas tenían casi treinta años y la madurez suficiente como para tomar decisiones por sí mismas.

—Bien, como quieras.

—Te lo agradezco —le dijo, sin despegar los ojos de ella, hasta que Helen dio la vuelta y echó a caminar hacia el paseo. Sin mirar atrás, Helen arrastró los pies por la arena hasta que se fundió en la oscuridad homogénea.

En ese momento, Emily sintió un nudo en el estómago por cómo había tratado a su amiga, la única persona que se había preocupado por ella desde su llegada. Pero el alcohol le había sacado la sinceridad y es que, en ocasiones, Helen era un incordio, sobre todo de noche. No era la más agraciada y ambas lo sabían. Pero tampoco era culpa de ella, ni de Emily, por supuesto. Respiró hondo para relajarse un poco y decidió mirar a los chicos que se habían acercado a hablar con ellas minutos antes. Sin embargo, no los encontró en el primer vistazo. ¿Dónde se habían metido?, se preguntó con cierta decepción. No podían andar muy lejos, se dijo, pues hacía minutos que estaban allí. Pasados unos segundos, decidió acercarse a la orilla de la playa en busca de David, el chico que la había estado mirando fijamente, pero no había rastro de él.

Emily paseó por la orilla de la playa y se alejó, sin ser consciente de ello, del espigón de rocas que había junto al hotel, tomando la dirección opuesta. David seguía sin aparecer, no había rastro de él ni de sus amigos.

Se sintió como una idiota por haber discutido con Helen y no haberle hecho caso.

«Soy una estúpida», pensó, mareada por la cerveza. Cansada, se alejó unos metros más, hasta que la oscuridad era casi completa y las esperanzas por encontrar a ese chico eran nulas. Fue entonces cuando vio una silueta que se movía sobre la arena.

—¿David? —preguntó en voz alta al reconocer esa camisa floreada. Los ruidos cesaron y sintió las miradas entre la penumbra. De pronto, se dio cuenta de que no era él, sino una pareja que estaba metiéndose mano, alejada de la multitud—. ¡Oh, perdón!

Su español, marcado por el deje británico de su acento, provocó la risa de la pareja de desconocidos. Se avergonzó de la situación y un calor por todo el cuerpo la agobió en exceso. Necesitaba beber agua, hidratarse, relajarse. Ahora se sentía estresada en la oscuridad y estúpida por estar vagando sola en la playa, mientras que el resto de la gente lo pasaba bien.

«Eres ridícula. Te has dejado llevar por una estupidez», se lamentaba.

Miró hacia arriba y vio el castillo de Santa Bárbara en lo alto. Era el farol que la guiaría hacia la salida. Caminó con dificultad sobre la arena, pero la mala suerte la llevó a tropezar con unas

botellas de plástico que alguien había dejado allí. Emily cayó al suelo. Por fortuna, la arena amortiguó el golpe y la caída se redujo a un pequeño impacto. Agradeció que nadie la estuviera viendo. De lo contrario, no habría sido capaz de gestionar más humillación.

Se puso en pie con torpeza y se sacudió la arena que se le había pegado a la piel. Avanzó unos metros más y pensó que debía llamar a Helen para preguntarle dónde estaba. También pensó en decirle lo mucho que sentía haber discutido con ella.

—¡Oh, no! —lamentó al darse cuenta de que no llevaba el bolso y concluyó que lo había perdido al caer sobre la arena—. Maldita seas, Emily.

Era como si el destino se estuviera cebando con ella tras haber desobedecido a su amiga. Intentó no darle más vueltas y buscar una solución. Retrocedió con el fin de encontrar las botellas con las que había tropezado, pensando que, tal vez así, encontraría su bolso. En ese momento, oyó la melodía de su teléfono móvil. Se trataba del timbre por defecto que llevaban los iPhone, pero para ella debía ser una auténtica coincidencia que el timbre perteneciera a otra persona, especialmente en la plena soledad. Una sensación de esperanza despertó en su pecho, devolviéndole la sobriedad. Siguió el rastro de la llamada, sabiendo que así encontraría el bolso, pero esta se cortó.

—¡No, maldita sea! —exclamó en voz alta, enfadada y desesperada—. Hoy me tiene que pasar todo lo malo a mí.

Harta, respiró profundamente durante unos segundos para calmarse. Sabía que los nervios nunca eran buenos consejeros. Con la mente algo más fría y el corazón helado por la decepción, comprendió que, por mucho que lo lamentara, esa noche no encontraría el bolso ni su teléfono, y era probable que tampoco estuviera allí cuando amaneciera. Podía hacerse a la idea de que debía despedirse de él y de todas sus pertenencias.

Comenzó a visualizar el final con desasosiego.

Esa noche dormiría en el portal de su apartahotel, hasta que alguien le abriera la puerta y, con un poco de suerte, los servicios de limpieza entregarían su bolso en la comisaría. Pero para eso debía ocurrir un milagro. Algo en su interior le indicaba que eso no iba a suceder.

A estas alturas de la situación, no le quedaba más esperanza que la de encontrar al resto del grupo en el McDonald’s y confesar lo ocurrido. Si se daba prisa, aún podía unirse a ellos, aunque, a decir verdad, desconocía cuánto tiempo había estado vagando por la playa.

Dio un largo suspiro, asqueada, y miró hacia el paseo, que se encontraba a una distancia considerable. Después, echó a andar. Antes de que diera la primera zancada, alguien se aproximó a ella entre las sombras.

—¡Ey! ¡Tu bolso! —exclamó una voz desconocida.

Emily sintió un apuro en su cuerpo y se giró, hipnotizada por la palabra mágica.

—¿David, eres tú? —preguntó, sin saber muy bien por qué—. ¿David…?

Entre las sombras apareció una mano que la agarró por detrás y otra que le tapó la boca con un paño húmedo. Emily opuso resistencia durante unos segundos, pero la presión fue tan fuerte que su cuerpo se volvió pesado hasta caer desmayada.

—Tranquila, Emily, todo está bien… —dijo la voz del desconocido.

Acto seguido, las manos la arrastraron hacia la más absoluta oscuridad y la joven británica desapareció en el abismo de la noche.

2

Esa noche estaba libre, aunque era una de las más difíciles del año en la ciudad. Rojo detestaba las fiestas municipales, con todo lo que traían: las calles llenas de gente, la música de las barracas populares, la alegría exacerbada de quienes celebraban la vida bajo una embriaguez desorbitada. Seguía sin comprender ciertas cosas, pero, a partir de cierta edad, pensaba que no necesitaban explicación, pues la ausencia de sentido común era común en el comportamiento de muchas personas. A pesar de todo, esa noche estaba en la calle, en medio de la multitud, en busca de una respuesta.

Bajó caminando desde la plaza de Luceros, mientras apuraba un cigarrillo y seguía a un hombre de unos cincuenta años, con un gusto por la moda peculiar y cuestionable. El sujeto llevaba el pelo engominado de tal manera que parecía regaliz y vestía una americana azul celeste y una camiseta amarilla debajo, como si hubiera salido de un episodio de «Corrupción en Miami». A pesar de su apariencia zafia y de los andares desafiantes con los que caminaba, era consciente de lo peligroso que podía ser. El inspector no había hablado todavía con él, pero sabía más sobre su historial de lo que el hombre jamás imaginaría. Rodrigo Belmonte, exlegionario, portero de discoteca, guarda jurado y empresario de poca monta, dueño de dos bares con dudosa actividad legal en las trastiendas. La razón por la que iba tras él no era su pasado militar, ni su currículo como matón, ni lo que movía en la caja B de sus chiringuitos. Tras varios meses de búsqueda, Belmonte había aparecido en algunos informes de veinte años atrás en los que el inspector Agulló había trabajado. En varios documentos no aparecía por su nombre, pero lo hacía por el apodo de «El Vikingo», y Rojo dedujo cuáles serían las razones. Por entonces, Belmonte actuaba como colaborador de la policía y, en la mayoría de las ocasiones, como chivato.

El hombre caminó calle abajo, abriéndose paso entre la gente, como si buscara a alguien. Rojo lo seguía desde una distancia prudente, aunque, en un día como ese, era difícil notar que alguien lo seguía. Poco antes de llegar al El Corte Inglés que cruzaba Federico Soto con Maisonnave, el hombre se coló por un callejón paralelo. El inspector sintió una punzada en el pecho y aceleró el paso, temiendo perderlo. Al llegar a la calle, reconoció su indumentaria a lo lejos. El sospechoso cruzaba la puerta del Bingo Riscal y desaparecía tras ella.

Difícil decisión, se planteó a escasos metros de la entrada del salón de juego.

Sabía que, una vez dentro, era probable que advirtiera su presencia, aunque, pensándolo mejor, quizá ya se había dado cuenta de que lo estaba acosando. También calculó que allí, el individuo contaría con aliados y la superioridad física de los otros pondría su integridad en compromiso. Lamentó el descuido, pero no podía dejar pasar la oportunidad de interrogarlo. Llevaba semanas tras su pista y, finalmente, había conseguido dar con él.

***

Apuró el cigarrillo, sujetándolo con el índice y el pulgar, y lo lanzó al suelo como si fuera un proyectil, para después aplastarlo de un pisotón. El zumbido de la barraca llegaba a las paredes del edificio como la onda expansiva de una explosión. Vació los pulmones de humo y los llenó de oxígeno. Acto seguido, irguió la postura y caminó con firmeza hacia la entrada del local. No le esperaba nadie, lo cual fue todo un alivio para el. Lo último que deseaba era alertar de la presencia policial por allí. Pero las cámaras lo registrarían todo, se dijo, al ver los pilotos de los dispositivos que colgaban del techo. Entró y saludó al primer gorila que había tras la puerta. En la recepción, una chica esperaba a que se acercara para comprar cartones. El local estaba lleno, a pesar de que la ciudad disfrutaba de las fiestas al otro lado de esos tabiques. «No hay descanso para el ludópata», se dijo al ver semejante plantel. El salón no solo tenía una sala de bingo, sino también otras para hacer apuestas deportivas o tentar a la suerte con las máquinas de casino.

Caminó hacia la barra del bar mientras hacía un barrido con la mirada y localizaba al objetivo. Sus ojos lo cazaron frente a una máquina tragaperras, pero no parecía tener mucho interés en ella. Enseguida se dio cuenta de que Belmonte no estaba allí para pasar el rato y solo estaba matando el tiempo antes de su encuentro. Después de todo, alguien como él no perdía el tiempo ni tentaba a la suerte, pues los tipos como Belmonte habían dejado de creer en el azar.

—Un tercio de cerveza —dijo Rojo cuando el camarero se acercó para saber qué quería.

—Son cuatro euros. ¿Algo más?

—El cambio.

La sequedad de sus palabras bastó para que el camarero le sirviera sin más dilación. El inspector pagó la bebida y le dio un largo trago a la botella, que estaba helada y le entró en el cuerpo como un bálsamo. Se quedó de espaldas unos segundos, preguntándose cuándo aparecería el tercer hombre en escena y recordando las noches como esa, en las que iba acompañado de Gutiérrez y se metían en los agujeros más inhóspitos de la ciudad. «Cualquier tiempo pasado no fue mejor», se dijo, jugando con las palabras de Manrique, pues, a pesar de la nostalgia, no había sido una época tranquila. Finalmente, alguien apareció por la puerta de un acceso privado. Sin girarse del todo, lo miró de reojo y vio a un matón acercándose a Belmonte, pero la situación fue contraria a la que el policía esperaba. El guarda le increpó algo que el inspector no logró escuchar. Belmonte, por su parte, señalaba al interior de la sala privada y después a las cámaras. El alboroto de la disputa comenzó a llamar la atención de algunos clientes e incomodaba al personal. Rojo observaba la escena por el espejo que había tras la barra.

Desgraciadamente, sabía cómo terminaría aquello.

Por un instante, se planteó mediar, hasta que sus ojos se fijaron en los del camarero, que estaba atento a la escena con expresión inquieta.

—¿Qué está pasando? —le preguntó con semblante serio.

El camarero vaciló antes de hablar.

—Nada. Idiotas que vienen a molestar.

—¿Le has visto antes?

El tipo se puso en guardia.

—No.

—¿Qué se trae con el jefe?

—¿Por qué no se lo preguntas a él? Oh, mierda… —dijo, en el momento en que los ojos del inspector se fijaron en el puño derecho del exlegionario, que impactó de lleno en la cara del matón. El golpe fue certero, pero no suficiente como para abatirlo. En ese instante, con la mano abierta, el gorila le soltó un bofetón que mandó al contrincante al suelo. Rojo respiró hondo y calculó los siguientes movimientos. Sus ojos se dirigieron al exmilitar, que era, de lejos, el más peligroso de los dos, a pesar de la diferencia física. Otro gorila apareció en escena para echarlo a la fuerza del local, pero este sacó una navaja del bolsillo para defenderse.

—Estupendo —murmuró el policía, dio un largo trago a la cerveza y la dejó sobre la barra. En ese momento, se giró y caminó hacia ellos. Los dos hombres intentaban desarmar al atacante, pero este los apuntaba con el arma. Sin previo aviso y sin que notaran su presencia, Rojo tomó impulso y le dio un puntapié a Belmonte en la mano. La navaja voló por los aires hasta que tocó

el suelo. No hay mayor peligro que un hombre desarmado frente a dos monos enfurecidos. Y como tales reaccionaron los de seguridad. Juntos, se tiraron contra él para machacarlo en cuanto el otro se quedó indefenso. Rojo les dio el alto y les mostró la placa para frenarlos, pero eso no evitó que Belmonte se llevara una fuerte sacudida por parte de los dos.

—Yo me encargo —dijo, sujetando al legionario.

—¿Qué cojones…? —preguntó Belmonte, con el rostro lleno de sangre y hecho un desastre.

—¡Fuera de aquí, los dos! —dijo el matón, que no parecía tener miedo al policía.

3

Minutos más tarde, ya alejados del bingo, Belmonte se limpiaba la sangre con un pañuelo de tela, en la entrada de un aparcamiento privado. Estaba borracho y drogado, por lo que Rojo sintió que hablar con él no sería de mucha ayuda. Sin avisar, el tipo comenzó a orinar en una esquina, a la puerta del garaje, oculto en la oscuridad que se formaba respecto a la calle.

Rojo se armó de paciencia y metió la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros para coger el paquete aplastado de cigarrillos. Colocó uno entre los labios y lo encendió.

—¿Me invitas a uno?

—Corta el rollo, ¿quieres? Y termina de una maldita vez.

—¿Quién cojones eres? —le preguntó de espaldas, mientras terminaba de orinar. Por un momento, el policía sintió la urgencia de golpearlo para que enderezara su comportamiento, pero debía mantenerse sereno si quería sacarle información. Ya había llamado la atención con la placa.

—Te acabo de salvar el culo de una buena pasada de hostias. Has tenido suerte de que estuviera ahí dentro.

—No necesito un ángel de la guarda, imbécil… Y menos, un madero a mis espaldas. —El tipo subió la cremallera del pantalón y se acercó al policía. Rojo notó el hedor que desprendía. Apestaba a bodega y sudor—. ¿Me das un cigarro o me vas a decir quién coño eres, antes de que te parta la cara?

—Relájate, «Vikingo», ¿entendido? No sea que te hagas daño. Solo pretendo hablar contigo.

Al escuchar su apodo, su mirada cambió por completo.

—Mira, no sé quién eres, pero no quiero hablar… y menos, contigo. —El hombre se mostró ansioso e intentó escapar de la entrada del garaje, pero Rojo le cortó el paso—. O te apartas, o te

vas a arrepentir el resto de tu vida.

—¿Estás seguro? No te interesa pegarle a un policía.

—Me la suda tres pueblos. No pienso pasar por esto, otra vez.

El hombre se abalanzó, pero Rojo aprovechó la pendiente y le dio una patada en la rodilla, que no esperaba. No fue demasiado dolorosa, no obstante, sí lo suficientemente acertada como para que perdiera el equilibrio y retrocediera. La caída lo llevó a golpearse contra la puerta metálica y el impacto retumbó en la calle. Por suerte, el ruido de las barracas lo absorbía todo.

—Hijoputa… Te vas a enterar.

—La siguiente va a la cara y no pienso avisarte.

—¿Qué quieres de mí? ¿Crees que no sé que me has seguido esta noche? ¡Me cago en la leche! Estoy limpio. Ya no hago encargos, ya lo sabéis…

Rojo desconocía de lo que hablaba, pero intentó seguirle el juego.

—No voy a pedirte ningún encargo. Quiero que respondas a unas preguntas y dejaré que te largues. No me gusta perder el tiempo con borrachos.

—¿Preguntas? Vete al cuerno…

—Háblame de Agulló o esta noche duermes caliente y en el calabozo.

—¿Agulló? —preguntó, confundido. El inspector no sabía si estaba aturdido por el golpe, la embriaguez o la falta de información—. Escucha, no sé de quién me hablas. Jamás he escuchado ese apellido.

—Hace veinte años colaboraste con la policía cuando te echaron de la Legión. ¿O es que te falla la memoria? Está todo por escrito, así que larga…

—¿Por qué tendría que contarte nada?

—No me interesas tú, sino lo que pasó. De lo contrario, ¿por qué crees que sigo hablando contigo, en lugar de llevarte a comisaría?

—Eso ya pasó. ¿Vale? Llegamos a un acuerdo y estoy limpio. Todo eso ha prescrito. No las encontraron.

En ese instante, un coche patrulla apareció por detrás y se detuvo en la puerta del aparcamiento. Antes de que bajaran del vehículo, Rojo se giró hacia ellos y les mostró la placa.

—Está como una cuba. Lo han sacado a golpes del bingo y lo he sorprendido meando en la vía pública.

—Podemos detenerlo y llevarlo a comisaría.

—No, no… Es mejor que se vaya a dormir a casa caliente… o a un hospital.

—Estoy bien —dijo Belmonte, a lo lejos.

—Hoy vamos a tener los calabozos llenos —añadió Rojo—. Yo me encargo de él.

—Como quiera… Buenas noches.

Los agentes se despidieron y el coche siguió hacia el final de la calle. Habían estado cerca de sorprenderlo, pensó, pero, por suerte, no habían llegado a tiempo. Suspiró y se giró para continuar con el interrogatorio. Pero, en ese momento, Belmonte lo sorprendió con una embestida que lo empujó hacia atrás y lo derribó al suelo. El golpe contra el pavimento lo desconcertó. El sospechoso escapó con torpeza y se perdió entre las sombras. A pesar del dolor de la caída, Rojo se levantó todo lo rápido que pudo y corrió hacia el cruce, pero el ruido de la música le impedía oír los pasos del fugitivo. Pasados unos segundos, sintió una rabia inmensurable que le hizo olvidarse del golpe. Por mucho que le doliera, lo había perdido de vista.

4

A la mañana siguiente, el sol comenzaba a despuntar sobre Alicante, iluminando las primeras horas del día, tras una noche de fiesta. El jaleo de la madrugada había dado paso a un silencio sepulcral, mientras los trabajadores de limpieza barrían los restos de la celebración. La playa del Postiguet, escenario de la desaparición, presentaba un paisaje desolado y cargado de incertidumbre.

El inspector Rojo llegó al lugar, con el semblante serio y los ojos ocultos tras unas gafas de sol. Estaba cansado, tenía bolsas bajo los ojos por la falta de sueño, aún le dolía la caída y se lamentaba por haber dejado escapar a ese cretino. Pese a todo, debía seguir adelante. Esa mañana, vestía su habitual chaqueta de cuero y vaqueros, a pesar de ser junio, porque las primeras horas del día aún eran frescas en la ciudad.

«Veamos qué tenemos aquí».

A medida que avanzaba, su mirada fría y analítica absorbía cada detalle del entorno. Las largas sombras de los edificios cercanos se proyectaban sobre el escenario donde se desarrollaría la investigación. A pesar de la brisa del mar, el aire estaba impregnado de los restos de la noche: una mezcla de humo de pólvora, salitre y alcohol derramado. Rojo observó la escena con una mirada fría, evaluando cada detalle. Luego palpó el interior de su chaqueta y sacó un paquete de Fortuna aplastado por el uso y golpeó la parte trasera para sacar un cigarrillo. Lo colocó entre los labios y lo encendió. La primera bocanada lo relajó unos segundos y exhaló el humo de un golpe. No estaba orgulloso de haber vuelto a fumar, pero tampoco lo estaba de otras cosas a su alrededor y podía convivir con ellas.

Una chica desaparecida, eso era todo lo que sabía hasta entonces. El aviso había sido breve, aunque determinante para que moviera el trasero hasta allí.

Por desgracia, auguraba que sería una larga jornada de trabajo, así que se concentró en el escenario que tenía delante.

Cada segundo era crucial en las primeras horas de una desaparición, aunque las Hogueras cambiaban un poco el contexto. No debía descartar que esa chica hubiera amanecido aún borracha o siguiera dormida, en alguna estación de tren remota. «No sería la primera vez que descubro algo así».

Se detuvo un momento frente al cordón policial que delimitaba el área de búsqueda y continuó fumando mientras contemplaba el horizonte. A unos metros de distancia, diversos agentes recolectaban los restos de botellas y basura, en busca de cualquier indicio que pudiera haber sido relevante en el caos de la noche de Hogueras. El sonido de las olas que rompían suavemente en la orilla era interrumpido ocasionalmente por los gritos y risas de los pocos rezagados que aún quedaban de la noche anterior, algunos tambaleándose, todavía bajo los efectos del alcohol.

Rojo sintió una mezcla de frustración y lástima cuando los vio.

Cada caso le recordaba lo frágil que era la vida, lo fácil que era que alguien desapareciera sin dejar rastro y lo estúpido que era emborracharse en medio de una multitud de desconocidos.

En cuestión de segundos, aquellas risas se podían convertir en pánico.

Por desgracia, sabía que era precisamente en esos momentos, cuando su experiencia y su instinto eran más necesarios que nunca.

Antes de que terminara el cigarrillo, la inspectora Agulló apareció con un paso relajado y se situó cerca de él. Su figura delgada y esbelta destacaba entre los demás compañeros y Rojo se había dado cuenta de ello al poco de trabajar juntos. Era meticulosa en todos los aspectos de su vida y su enfoque en la investigación no era diferente del suyo. Había aprendido a confiar en los procedimientos y en la lógica, una filosofía que a menudo la ponía en desacuerdo con la intuición más instintiva del compañero.

—¿Has recibido el aviso? —le preguntó él, al verla—. No hacía falta que vinieras.

—Lo sé. Me ha costado decidirme. Redactar informes es de lo más interesante… —Luego ella se fijó en lo que llevaba entre los dedos—. Has vuelto a caer.

—¿Es una pregunta?

—No. Es una afirmación y también un error, por tu parte.

Mientras se acercaban a la zona acordonada, él terminó las últimas caladas del cigarrillo y lo apagó en una papelera de la playa, antes de echar la colilla en el interior. Agulló, siempre estricta con las normas, le lanzó una mirada de desaprobación, mostrándole los labios apretados en una

línea fina. Sin embargo, prefirió no decir nada. Sabía que Rojo respondía mejor a los hechos que a las reprimendas.

—¿Qué tenemos? —preguntó él con su voz áspera, rompiendo el momento de silencio mientras se acercaban a un grupo de oficiales.

Un joven agente que apenas disimulaba su nerviosismo se adelantó para informarles. Tenía una postura rígida, consciente de las intensas evaluaciones de los dos inspectores.

—Hemos encontrado un bolso, inspector... Creemos que son las pertenencias de una joven británica llamada Emily Green. Una amiga denunció su desaparición esta madrugada.

Rojo asintió y se agachó para examinar el bolso que el oficial le extendía. Sus dedos curtidos recorrieron el desgastado cuero del bolso, que estaba protegido por una bolsa de plástico. Después, observó las otras pruebas que habían encontrado en el interior: un teléfono móvil con la pantalla rota, una cartera abierta y una lata de cerveza caliente. Eso parecía ser todo, en una playa llena de botellas de alcohol, vasos, bolsas de plástico y restos de comida.

—¿Qué demonios es esto? —se preguntó en voz alta al contemplar el bolso y la lata.

—El bolso, un Louis Vuitton… unos mil doscientos euros de valor. Lo otro, una cerveza.

—¿Cómo sabes que no es falso?

Ella sonrió.

—Lo sé.

Después se inclinó para ver más de cerca, pues sus ojos no dejaban pasar ningún detalle. Tomó nota mental de cada objeto mientras Rojo los examinaba.

—Es probable que estuviera bebiendo, como la mayoría.

—La lata está sin abrir.

—Es mejor que nada. ¿Alguna señal de violencia por los alrededores? —preguntó la inspectora, mientras recorría la playa con la mirada, buscando indicios en la arena.

El joven oficial negó con la cabeza.

—Nada concluyente, inspectora. Huellas de zapatos... pero la zona estaba muy concurrida, anoche. Podría haber sucedido cualquier cosa. No obstante, tenemos al grupo de amigos a la espera. Deberían hablar con ellos.

—¿A estas horas? —preguntó y se fijó en un grupo de jóvenes que esperaba junto a otros agentes—. Collons…

Rojo se puso de pie. La playa estaba comenzando a llenarse de vida nuevamente, con los primeros bañistas y los trabajadores de limpieza que intentaban borrar las huellas de la fiesta.

—¿Y qué demonios hace toda esa gente metida en la arena? Están jodiendo la escena… ¿Es que no hay nadie a cargo?

El oficial se encogió de hombros, avergonzado.

—Rojo… —intervino la compañera.

—Es igual. Iré a hablar con aquellos. ¿Quiénes son exactamente los amigos? —El oficial señaló al grupo que había al otro lado del cordón—. Bien. Además de esto, debemos revisar las cámaras de seguridad de la zona. El hotel del bulevar debería de tener unas cuantas y seguro que hay algunas más instaladas a lo largo del paseo de la playa y en las dos intersecciones de la carretera. Con tanta vigilancia, alguien debe haber visto algo.

Agulló asintió y lanzó una mirada al oficial.

Mientras se dirigían hacia el grupo de jóvenes que habían estado con Emily la noche anterior, notó cómo algunos de ellos se tambaleaban, aún bajo los efectos del alcohol. Sus rostros mostraban una mezcla de confusión y temor. A nadie le gustaba hablar con la policía. Sin embargo, ninguno tenía las pintas extrañas de quienes suelen meterse en esa clase de problemas.

—Inspector, ellas son las amigas de Emily —dijo el joven oficial, señalando a un grupo de chicas sentadas en la arena, abrazadas y llorando—. La pelirroja es Helen Byrne, la última chica que estuvo con la desaparecida y quien ha dado el aviso. Creo que es su amiga más cercana.

—Gracias.

La pareja de inspectores se acercó con cuidado, midiendo sus pasos en la arena para no sobresaltar a las chicas que estaban sentadas en círculo. El sol de la mañana iluminaba sus rostros pálidos y marcados por la falta de sueño.

Agulló se detuvo a unos pasos, dejando que Rojo tomara la iniciativa.

Este se arrodilló frente a una de las chicas, la que parecía más afectada. Su tono se suavizó ligeramente, un contraste con su habitual voz firme.

—¿Helen...?

—Sí.

—Soy el inspector Rojo y ella es la inspectora Agulló —se presentó, intentando mantener un contacto visual que transmitiera seguridad—. Necesito que me cuentes todo lo que recuerdes de anoche. Todo detalle nos puede servir de ayuda. ¿Hablas español?

La joven, con los ojos hinchados por el llanto y las manos temblorosas, asintió lentamente.

—Sí. Un poco —dijo, cuando una de las amigas comenzó a reír.

Era evidente que la noche había continuado hasta altas horas de la madrugada.

No avanzarían mucho hasta que no estuvieran sobrias.

—Magnífico... ¿Estás capacitada para hablar?

La chica tragó saliva antes de encontrar las palabras.

—Sí, claro.

«Yo no estaría tan seguro de ello».

—Ahora, cuéntame lo que pasó. Hasta donde sé, sois amigas desde hace un tiempo, compartís amistades y anoche salisteis juntas, con el resto del grupo, hasta que vosotras dos os quedasteis aquí y luego ella decidió quedarse un poco más de tiempo. ¿Me equivoco?

Ella respiró profundamente e hizo un esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas.

—Emily había venido de visita, unos días a Alicante.

—Ajá. ¿Se hospedaba en tu casa?

—No. Había alquilado dos noches, en un Airbnb.

—Entiendo. ¿Conoces la dirección? —preguntó Agulló y la chica se la dio. Cuando Rojo escuchó la calle, recordó que era el bloque de viviendas que había encima del bingo Riscal, donde se había enfrentado a Belmonte.

—Háblanos sobre lo que ocurrió anoche, antes de que os separarais —indicó él.

—Había un hombre que se acercó a nosotras en la playa. No lo conocíamos, pero Emily... Emily parecía interesada en él. No recuerdo mucho más, todo fue tan rápido...

—¿Viste algo extraño? ¿Algo sospechoso con ese hombre?

—No, bueno... Normal, no lo sé...

Agulló, que había estado observando con atención, sacó su libreta y comenzó a anotar cada palabra. Su rostro mostraba empatía, pero sus movimientos eran precisos.

—¿Puedes describirlo? —preguntó, con suavidad, asegurándose de no intimidarla más de lo necesario.

La chica respiró hondo, tratando de ordenar sus pensamientos. Sus manos seguían temblando, aunque sus palabras empezaron a fluir con más claridad.

—Era alto... cabello oscuro... llevaba una camisa floreada, creo. Había uno que hablaba con un acento raro, no parecía de aquí; pero aun así, la mayoría de ellos eran españoles.

Rojo chasqueó la lengua.

—¿En qué quedamos?

—Perdón. Él y sus amigos. Yo no estaba interesada en el otro.

—¿Cuántos amigos?

—No lo sé. Los grupos se mezclaban.

—¿Tuvisteis algún tipo de acercamiento físico con ellos?

—¿Físico?

—Sexual.

—¡Oh! *God!* Estoy agotada.

—Ya... —Rojo intercambió una mirada significativa con Agulló—. Haz un esfuerzo más, Helen, y dime si recuerdas algo de la conversación de Emily con el chico de la camisa floreada.

Ella se quedó pensativa durante unos segundos, lo cual no significaba que fuese una buena señal.

—Solo fragmentos —dijo la chica, apretando los labios como si intentara recordar—. Hablaban de música, creo. Estaba muy alta... y él mencionó algo sobre un bar cercano del barrio que a Emily le podría gustar. Ella parecía interesada.

—Música, ¿eh? —La mirada punzante de la chica mostró su descontento—. ¿Por qué la dejaste sola?

—Rojo, por favor... —intervino Agulló para advertirle de que la haría sentir más culpable. Este enarcó la ceja, para que no se metiera. A veces, sus métodos no eran los más apropiados.

—Tan solo he hecho una pregunta.

—No, está bien. Yo no quería dejarla sola, pero ella insistió.

—¿Cuál era tu motivo?

—Ya lo he dicho.

—Pues repítelo.

—No me gustaban esos hombres. Había mucho alcohol de por medio y eso podía terminar mal...

—Ajá.

—Sin embargo, ella pensaba lo contrario y estaba segura de lo que hacía —añadió la inspectora.

—Sí. Por eso no podía obligarla a venir conmigo. Discutimos un poco y me dijo que se reuniría más tarde en el McDonald’s con el resto.

—¿Estabais todos allí? —preguntó Rojo. La chica asintió y Agulló anotó revisar esa coartada. Las cámaras del restaurante les ayudarían a descartar sospechosos.

Respecto a lo demás, era un punto de partida, un hilo del que podían tirar más tarde, pero poco sólido, pensó el inspector.

—¿Recuerdas si te comentó algo más? —insistió él, manteniendo un aparente tono de comprensión—. ¿Algún detalle, por pequeño que sea, que pudiera ayudarnos?

La joven cerró los ojos un momento, tratando de recordar.

—Se llamaba David. Eso sí que lo recuerdo. Estuvieron hablando un buen rato. Él parecía amable, pero... no sé, había algo en su comportamiento que era extraño.

—Alégrame el día, chica. Se acercaba demasiado al hablar, os tocaba el hombro…

—No, no. No hablo de eso. A ver, estaba oscuro, no había luz, pero recuerdo que tenía... una «scar»...

—¿Es-qué? ¿Qué diablos es eso?

—En la mejilla izquierda, debajo del ojo.

—Una cicatriz —aclaró la inspectora para que Rojo entendiera lo que decía.

—Sí, eso. No muy grande, pero visible a la luz. Creo que llevaba maquillaje y el sudor lo corrió.

—Un momento.

—¿Sí?

La chica hizo una pausa y se quedó en blanco, como si vacilara antes de continuar.

—Lo siento. Eso es todo.

—Gracias —dijo la inspectora, cerrando la libreta con cierto escepticismo—. Una última pregunta.

—¿Sí?

—¿Conocías bien a Emily?

La chica se quedó mirando a la inspectora durante unos segundos. Por su parte, Agulló intentaba encontrar verdad en esos ojos.

—Nunca estás del todo segura.

—Pero la conocías.

—Sí. ¿Por qué? Si puedo preguntar…

—Es importante saberlo. Nos ayudará en el futuro.

—Seguro que sí. —Rojo carraspeó y se levantó lentamente, ofreciéndole una mano a la chica para ayudarla a ponerse de pie.

—Intentaremos encontrar a Emily lo antes posible —le aseguró la compañera—. Tal vez aparezca pronto, después de haberse desorientado. En cualquier caso, haremos todo lo que esté en nuestras manos para encontrarla, pero no te vayas muy lejos, ¿entendido? Nos gustaría hablar contigo más a fondo, cuando te recuperes un poco.

—Por supuesto. —La joven asintió, aunque desconfiaba de las palabras de la policía. Rojo le tendió la mano con una tarjeta con el número de la comisaría—. Gracias.

De repente, el móvil del inspector vibró en el bolsillo de su pantalón y él se alejó para comprobar qué era. Al sacarlo y ver el mensaje, su rostro se endureció aún más.

—Lo que nos faltaba para cantar bingo. Un mensaje del comisario —dijo con amargura—. Parece que las noticias corren como la pólvora.

—¿Qué sucede?

—Quiere que nos presentemos en su despacho lo antes posible.

—Eso no tiene por qué ser del todo malo.

—Espero que ese optimismo te dure por muchos años, inspectora.

Agulló frunció el ceño, acercándose para ver la pantalla del teléfono.

—La desaparecida es sobrina de un alto cargo político inglés del partido que gobierna actualmente. ¿Crees que esa chica lo sabía?

Rojo guardó el teléfono y su mirada se volvió aún más sombría.

—Pues claro.

—¿Por qué no nos lo ha dicho?

Rojo hizo un silencio y después se dirigió a ella.

—Escucha, será mejor que regresemos a la comisaría —dijo, ya encaminándose hacia el paseo —. Si es lo que pienso... más vale que nos pongamos las pilas, si no queremos que esto nos explote en la cara.

—Si es que no lo ha hecho ya.

—Como era de esperar, te ha durado poco el optimismo, inspectora.

5

Un mal día, pero otro más, con inicio y final, después de todo.

La vida no les sonreía últimamente, pero, por lo menos, las cosas se habían estabilizado en la comisaría un poco. No obstante, ninguno de los dos anhelaba un cambio en su rutina. Porque, a decir verdad, Rojo no echaba de menos las sorpresas.

Se había acostumbrado a comer en el Guillermo y a dormir por las noches.

Y eso resultaba suficiente para él.

«Cuando menos lo esperas, la desgracia llega a la vuelta de la esquina y, aunque no te espere a ti, debes hacerte cargo de ella».

Mientras caminaba hacia el coche, caviló que la búsqueda de pistas llevaría más tiempo de lo esperado, casi tanto como dar con el paradero de la desaparecida. La amiga mentía, nadie había visto nada y el sospechoso con la cicatriz podía ser cualquiera, pensó.

«Incluso puede que se lo haya inventado esa chica».

Por su parte, la inspectora seguía sus pasos en silencio, sumergida en sus pensamientos, caminando como una sombra a su lado.

Rojo subió al viejo Ford Focus y esperó a que ella hiciera lo mismo.

—Hay algo que no me cuadra en el testimonio de Helen Byrne.

—Está ebria o drogada. O puede que ambas. ¿Qué esperabas?

—Nada, supongo. No puedes esperar nada —comentó Agulló—. Pero nos ha mentido.

Su desconfianza era palpable.

—Puede ser, pero también es probable que su cerebro esté frito como una croqueta. Por desgracia, no tenemos nada más. Además, hazte a la idea de que las cámaras del hotel y del paseo de la Explanada no mostrarán nada relevante, porque utilizan tecnología de hace años y

con mala resolución —respondió él—, aunque debemos comprobarlo. Si salió de la playa, alguna cámara pudo haber captado algo, aunque sea una silueta. Sinceramente, entre tú y yo, no tengo muchas esperanzas.

—Lo noto. ¿Por qué piensas eso? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

Rojo la ignoró y chasqueó la lengua. Luego arrancó el motor del vehículo y tomó dirección hacia la comisaría provincial. Encendió la radio para escuchar las noticias. Tan pronto como se pusieron en movimiento, Agulló bajó el volumen de la radio.

—No has respondido a mi pregunta. Odio que hagan eso.

«Me temo que tendrás que aprender a vivir con ello».

Él la miró por el rabillo del ojo.

—Intento darte una respuesta uniforme, inspectora, pero me cuesta encontrarla... No es la primera vez que trabajo con la desaparición de una mujer.

—Ni siquiera es un caso abierto.

—Lo será. Nos pondrán a un juez en menos de lo que canta un gallo...

—¿Y qué ocurre? Esta no es una desaparición diferente.

—Por eso mismo. El desenlace no sorprende. —Rojo chasqueó la lengua y ella manifestó su enfado—. Esa chica ha desaparecido y su amiga, simplemente, no sabe dónde está o no quiere involucrarse. Teme que la culpemos, solo eso.

—Está asustada —aclaró ella—. Podría haber sido ella la víctima.

—Tal vez. Entonces, lo único que tenemos es un bolso caro, un teléfono móvil averiado por la humedad, un par de pertenencias y una lata de cerveza. ¿Qué quieres oír ahora?

Ella resopló y miró hacia la ventanilla.

—Una mala noche, ¿eh?

—Es el calor, que me pone de mala leche.

Agulló emitió un pequeño murmullo que Rojo evitó con indiferencia. Luego, ella prosiguió:

—Deberíamos insistir más en las coartadas del grupo. Interrogarlos uno por uno. Sé que es trabajo, pero...

—Encárgate de ello.

—Vaya.

—Si lo que dice es cierto, las cámaras del McDonald’s nos sacarán de dudas. Tan solo tendremos que identificarlos. ¿Propones algo mejor?

—¿En serio, es todo lo que se te ocurre?

Esa mañana, no estaba de mal humor con ella, ni su carácter se veía afectado por la falta de sueño o el calor del verano. El inconveniente era otro y se relacionaba con su vivencia personal y lo ocurrido la noche anterior con Belmonte.

Rojo no respondió y subió el volumen de la radio. No tenía nada en contra de Agulló ni de su manera de proceder. De hecho, a pesar de que nunca había encajado bien el trabajo en equipo, tenía que reconocer que la inspectora les había dado un soplo de aire fresco a sus jornadas laborales, desde que resolvieran juntos el caso de aquel asesino en serie. Sin embargo, a pesar de la complicidad y la camaradería presentes entre ellos, la inspectora desconocía gran parte del pasado de Rojo, particularmente el personal.

La desaparición de esa joven inglesa le había llevado al pasado a algunos episodios que no lograba superar del todo. Las mujeres desaparecidas eran su auténtico antagonista, ya que solían encontrarlas sin vida cuando transcurrían más de 24 horas. La misma explicación lo conducía a uno de los casos en los que había trabajado con Gutiérrez en Cartagena, y esto le hacía acordarse de Elsa, de cómo su desaparición se había convertido en un calvario personal.

Es difícil pasar página, especialmente si alguien no quiere terminar el capítulo.

***

Antes de regresar a la comisaría, al inspector se le ocurrió una idea. No desaprovecharía la única ventana de oportunidad que Byrne les había dado, antes de que los impedimentos formaran parte de la rutina diaria. El Ford Focus de Rojo se deslizó por la calle hasta detenerse frente al bingo Riscal, el mismo lugar donde había estado la noche anterior. Encima de ese antro, como una ironía del destino, se encontraban los apartamentos turísticos que tenían que revisar. Agulló lanzó una mirada al lugar y luego a Rojo, quien apagó el motor con un suspiro.

—¿Qué hacemos aquí? No tenemos una orden ni un permiso del juez.

—¿Te sobra el tiempo, inspectora?

—No, pero...

—Daremos un vistazo, nada más. Es mejor salir de dudas.

—Ese sitio me da mala espina —murmuró Agulló.

Rojo asintió, bajando del coche.

—Tiene un bingo debajo. ¿Qué esperas?

Subieron los escalones de la entrada y se encontraron con un portero de aspecto adusto, con el entrecejo fruncido, como si esa fuera su expresión natural. El portero leía un libro de bolsillo, una novela popular de crímenes, de esas que se habían vendido mucho en el pasado. Cuando los vio, lo apartó de él y sus ojos se estrecharon aún más.

—¿Les puedo ayudar en algo? —gruñó, sin molestarse en disimular su hostilidad.

Rojo sacó su placa y se la mostró con un movimiento rápido.

—Inspector Rojo y mi compañera Agulló. Brigada de Homicidios. Necesitamos entrar en uno de los apartamentos turísticos que tienen arrendados.

El portero frunció aún más el ceño, si es que eso era posible.

—¿Tienen una orden?

Agulló sonrió con frialdad.

—¿Una orden? Vaya, conoce bien la ley.

—Leo mucho. Tengo tiempo libre.

—Entonces también sabrá leer lo que dice mi cara —respondió Rojo. El otro lo miró confundido.

—¿Homicidios, han dicho?

—Sí.

El portero no se inmutó.

—Sin una orden, no puedo dejarles entrar. Normas de los propietarios.

—¿Han venido ya antes?

—Tampoco voy a responder a eso. Si no buscan a nadie en particular, que tengan un buen día, agentes... —les dijo y regresó a la lectura.

Cuando Agulló intentó mediar con él, Rojo suspiró y se acercó un paso, quedando muy cerca del hombre. Luego le quitó el libro de las manos y lo lanzó hacia atrás. El individuo se mostró ofendido.

—Mira, saco de mierda, buscamos a una chica desaparecida que pasó las últimas noches aquí. No tenemos tiempo para papeleos, ni tampoco paciencia. Ahora, ¿nos vas a dejar pasar, o vamos a tener que perder el tiempo aquí, llamando a un juez, escribiendo informes, mientras esa chica sigue desaparecida? Porque te juro que, como le pase algo a esa chica por habernos entretenido, vendré y te arrancaré las pelotas... ¿Me has oído?

El portero parpadeó, desconcertado por el tono de Rojo. Luego miró a Agulló, que levantó las cejas en un gesto de impaciencia.

—Va en serio... —añadió la inspectora con un tono cómplice—. Ya lo he visto anteriormente.

El portero, finalmente se encogió de hombros y dio un paso atrás.

—¡Al carajo! Suban. Pero si alguien pregunta, yo no sé nada.

—Nadie había dicho lo contrario —dijo Rojo, empujando la puerta y avanzando hacia las escaleras.

Agulló lo siguió y subieron al tercer piso. El pasillo era estrecho y oscuro, con una alfombra desgastada que había visto días mejores. Al llegar a la puerta del apartamento de Emily Green, Rojo sacó el juego de llaves que les habían prestado y abrió la cerradura.

—¡Eh! —exclamó ella, antes de que introdujera la llave.

—¿Qué ocurre?

—No, nada... Adelante —reculó y sus ojos se fijaron en la puerta. Rojo supuso que serían manías de la compañera. Todos los policías terminaban desarrollando alguna clase de tara con el tiempo.

Entraron al apartamento y encendieron las luces. Era pequeño, con un mobiliario básico y sin mucho que destacar: muebles de IKEA, poca luz y un ambientador barato y familiar. Parecía más un lugar de paso que un hogar. Rojo comenzó a revisar la sala, mientras la compañera se dirigía al dormitorio.

—Parece que no pasó mucho tiempo aquí —comentó Rojo, al encontrar una maleta junto al sofá.

—No toques nada.

—No, por supuesto.

La abrió y comenzó a revisar su contenido con delicadeza. Ella no veía lo que hacía porque estaba de espaldas.

—Por cierto, ¿qué ha sido eso de antes?

—¿Esperabas que llegara a un acuerdo con ese idiota? —preguntó, dejó la maleta y siguió merodeando.

—Reconozco que ha tenido su gracia.

Mientras tanto, Agulló revisó el escritorio y encontró una caja de tarjeta SIM de prepago.

—Mira esto —dijo, mostrándosela a Rojo—. Costa Blanca SIM. Al menos sabemos que estuvo aquí hace poco.

—Una tarjeta de prepago. Sería interesante saber de dónde procede. Puede que sea la misma que estaba usando en el teléfono.

—Pediremos que triangulen el número, pero, si lo perdió en la playa... no nos dirá mucho.

—Ya.

—El problema es que esas compañías crecen como las setas, y muchas tienen las sedes fiscales en otros países. Es más sencillo seguir una huella sobre la arena que pedir una orden internacional.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Estudié para ser inspectora.

Rojo asintió y continuó buscando. Acto seguido, encontró un folleto de alquiler de coches y el billete de vuelo con el que había viajado a Alicante.

—Parece que esta chica estaba preparada para moverse. Pero, ¿a dónde?

Agulló encontró varios recibos dispersos en la mesa.

—Un viaje de amigas por Benidorm. ¿Quién sabe? Aquí no vamos a encontrar nada, Rojo.

—Lo sé —comentó él, tomando un cargador de móvil del suelo—. Quería deshacerme de esa posibilidad.

—Lo que más me sorprende... —añadió Agulló, abriendo un monedero y sacando una fotografía de tamaño carné, de Emily. La estudió un momento antes de mostrársela a Rojo—. No sé, no parece el tipo de chica que desaparece, así como así.

—Nadie lo parece hasta que lo hace —respondió Rojo, encogiéndose de hombros. Se giró hacia la puerta del baño y la abrió de un empujón. Dentro, solo encontró cosméticos y un par de zapatillas de deporte. Por último, encontró el pasaporte británico sobre la mesilla de noche y lo comprobó—. En su caso, parece una chica de buena familia. Mírala.

Le mostró la fotografía de una chica rubia con pecas y el cabello fino.

—¿Cómo sabes que es de buena familia?

—Reconozco la mirada castigada por el trabajo. Esta chica no parece haber trabajado mucho en su vida. ¿Algo que resaltar?

—Negativo. Nada extraño aquí. Todo parece en orden. —Agulló suspiró y guardó la fotografía en el bolsillo trasero del vaquero—. Es como si se la hubiera tragado la tierra.

Rojo la miró y su expresión se endureció un poco.

—Tal vez vuelva, inspectora. No puede ir muy lejos sin el pasaporte.

Agulló negó con la cabeza, preocupada.

—Puede ser.

Rojo no respondió de inmediato. Miró alrededor por el apartamento una vez más, como si tratara de encontrar la respuesta a una pregunta que no sabía cómo formular.

—Volvamos a la comisaría para revisar las grabaciones. Tal vez tengamos un poco de suerte.

—Tú no crees en la suerte.

—Jamás. Pero, ahora mismo, no tenemos nada más a lo que aferrarnos.

6

Llegaron a la comisaría y aparcaron en la zona que estaba reservada para los vehículos policiales.

—¿Sabes ya qué vas a decirle a Linares? —le preguntó Agulló, antes de entrar al enorme edificio.

«Eso mismo me preguntaba yo».

La miró fijamente, sonrió y se quitó las gafas de sol.

—Es él quien tiene algo para nosotros.

Tras identificarse, acudieron a la segunda planta, donde estaba el comisario Linares. Los tiempos de renovación habían llegado a la comisaría provincial tras la destitución del comisario Maruenda.

Tras todo lo ocurrido con el caso de Maqueda, Asuntos Internos se habían puesto en marcha para investigar qué ocurría en Alicante. Antes de que la bomba estallara en sus manos, el anterior comisario se había visto obligado a cambiar su destino, tal vez por sus superiores o por él para salvar su carrera.

Un caso difícil, con un final desolador, lamentaba a menudo, al recordar la pérdida y traición de algunos hombres y el adiós de otros compañeros. La conclusión de una etapa para todos, incluso para Rojo, quien había escapado de las investigaciones de Asuntos Internos, que seguían sin éxito alguno.

Ahora, la comisaría la conducía Linares, un comisario experto en diplomacia, recién llegado de Toledo y con un historial más pulcro que un traje de comunión. Su llegada había ocasionado algunas discrepancias en el interior de la comisaría, por temor a que ocasionara cambios que afectaran a los departamentos y a las rutinas establecidas. Por fortuna, Linares no había llegado para sembrar el malestar, y aseguró que las cosas seguirían tal y como estaban, hasta que tuviera

la información suficiente como para tomar decisiones sensatas. Para Rojo, la llegada del nuevo superior era una oportunidad para reinventarse.

El inspector tocó a la puerta y abrió.

—Comisario, ¿se puede?

Linares los recibió sentado en el asiento de su oficina. Olía a café rancio y papel antiguo, como si algunos fragmentos del pasado permanecieran presentes.

Rojo permitió que Agulló fuera la primera en entrar, pero el superior lo interrumpió.

—No cierre la puerta del todo y deje que corra el aire... —le indicó, haciendo un gesto con la mano para que permitiera una separación—. Aquí no se esconde nada.

—Usted manda —dijo Rojo y miró a la compañera. Esta tomó asiento. Los aires de renovación también habían afectado al despacho, que ahora se había vuelto austero, limpio de medallas y condecoraciones.

—Agradezco su pronta llegada… —dijo, con esa manera de hablar tan sofisticada. Rojo no lo criticaba; cada uno jugaba su rol—. Una noticia muy desagradable. No sé en qué piensan los políticos, pero es obvio que estas celebraciones se les están yendo de las manos… Seis detenidos por altercados en la vía pública, numerosos casos de conductores ebrios, robos de bolsos, carteras; peleas en la calle… Cada año hay más gente y menos seguridad.

—Y cada año aumentan más los efectivos municipales —comentó Rojo, provocando la mirada punzante del comisario—. Algo no funciona correctamente en esta ciudad, ¿no cree usted?

Linares, sin embargo, no iba a morder el cebo. Estaba al tanto del descontento de la comisaría debido a la disparidad salarial entre los policías y los agentes municipales, sin contar con el de las primas que les proporcionaban por noche trabajada. Hablar de eso significaba hacer leña del árbol caído, pues era un asunto que no dependía de él.

—Vayamos a lo serio, ¿quieren?

—Todo lo que afecta al Cuerpo, es un asunto serio.

—Háblenme de la persona desaparecida. ¿Qué tienen?

Rojo se acomodó en la silla, observando el despacho austero de Linares. Agulló sacó su libreta y se preparó para leer algunas de las notas que había tomado esa mañana.

—La desaparición de una mujer británica. Se encontraba anoche en la playa del Postiguet, después de discutir con su amiga. Hasta el momento, solo disponemos de un testimonio y una descripción de una persona que...

El comisario carraspeó para interrumpirla. Luego levantó un folio y comenzó a leer:

—La mujer se llama Emily Green, turista inglesa. Estaba afincada en Alicante de manera vacacional, teletrabajando temporalmente y residiendo en uno de los apartamentos que hay tras el Corte Inglés de Maisonnave.

—Un momento… —interrumpió Rojo, al recordar que el edificio de apartamentos eran los que estaban encima del bingo que había visitado.

—¿Sí?

—¿Está seguro de que residía ahí?

—Sí.

—¿Y han comprobado si regresó?

—No había nadie en la portería. No obstante, se revisarán las cámaras de seguridad. ¿Por qué lo dice? ¿Sabe algo?

—No.

—¿Algo más?

—No, perdón. Adelante.

Linares resopló y continuó:

—Green desapareció anoche, después de una fiesta en la playa. La dejaron sola y nadie la volvió a ver. Su bolso ha sido encontrado en la arena, junto con algunas pertenencias y una lata de cerveza.

—Felicite a quien haya redactado ese informe —comentó Rojo con sorna.

Linares clavó sus ojos en él.

—Espero que tengan algo más que añadir a estas cuatro líneas.

—Lo cierto es que… —comentó Agulló, vacilante.

—No me obliguen a hacer su trabajo o buscaré a quien lo haga mejor que ustedes —dijo el superior, tajante—. Les recuerdo que Green no es una turista más. Es la sobrina de un importante dirigente político británico.

—A mis efectos, lo era, hasta que nos ha llamado, comisario. Por tanto, lo seguirá siendo. Todas las personas desaparecidas merecen la misma prioridad.

—No es así como funciona esto y los dos son conscientes de ello. A medida que transcurran los días, el nombre de esa mujer saldrá en los tabloides cada vez más y más.

—Descuide, no tiene por qué preocuparse, no leo la prensa... y menos, la británica.

—Puede que no le concierne a usted, pero dudo que se alegre cuando se vea obligado a compartir su escritorio con personas de fuera. Tengo entendido que no le gustan los invitados.

—Creo que se preocupa más por usted que por mí.

—¿Disculpe?

—En cualquier caso —intervino Agulló, relajando la tensión—, será mejor que nos centremos en encontrarla.

—Sí. En eso estamos de acuerdo… Helen Byrne. Ella fue quien dio el aviso —comentó el comisario—. ¿Existe una denuncia legal?

—No, exactamente.

—¿Han hablado con ella?

—Sí.

—¿Qué ha dicho?

—No mucho —respondió Agulló—. Su estado era cuestionable y estaba demasiado asustada para recordar detalles importantes. Asegura que no vio nada fuera de lo común, pero no parece estar diciéndonos todo. Al menos, tengo esa impresión... Su versión relaciona a Emily con un varón moreno, de unos treinta años, con una pequeña cicatriz en el rostro. Según ella, se quedó para hablar con él. Tenemos un nombre, David, y una descripción, pero no tenemos más.

Linares se reclinó en su silla, pensativo.

—Miren, seré claro y directo. Quiero que encuentren a esta chica con vida, sea como sea… y que lo hagan rápido. En ese aspecto, seré bastante laxo. ¿Entienden? —Linares suspiró y continuó—. Sé que han tenido sus discrepancias con la dirección del Cuerpo, antes de que yo llegara, pero eso ha cambiado. No podemos permitirnos mala publicidad. Las Hogueras ya atraen suficiente atención negativa.

—En ese caso, no estoy seguro de que yo sea el mejor candidato para liderar este asunto. Yo no he cambiado lo más mínimo.

—¿Insinúa que quiere apartarse de la investigación? Porque, si es así, es el momento, inspector.

—Ni lo más mínimo.

—El inspector quiere decir que...

—No es necesario que hable por él. Entiendo entre líneas lo que insinúa. Y espero que entiendan lo que pretendo transmitir.

—Insinúo que estamos trabajando en ello, pero ni siquiera llevamos tres horas —dijo Rojo, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros—. Tampoco quiero poner en duda su promesa, aunque llevo demasiadas decepciones, señor. A todo esto, ¿qué dice el juez? ¿Tenemos uno? Las desapariciones de este tipo suelen tener un final desagradable, y los tres lo sabemos, aunque nos pese. Por eso, si quiere eficacia, necesitaríamos más recursos y menos burocracia.

—¿Recursos? Tiene a toda una brigada a su disposición. ¿Qué más quiere, inspector? ¿A la Plana Mayor?

—Vía libre, no pido más. Las cámaras de seguridad del hotel y del paseo de la Explanada, por ejemplo. Necesitaríamos que la burocracia de los jueces no entorpeciera demasiado...

Linares frunció el ceño.

—Supongo que habla en broma.

—No, no lo hago.

—Les tiendo un puente, pero no soy Jesucristo, no obro milagros.

—Ni yo promesas que no puedo cumplir.

—Me dijeron que era un tipo complicado a la hora de trabajar y ahora entiendo a qué se referían.

Agulló tomó el relevo.

—Podríamos empezar interrogando al círculo cercano de Emily, mientras el juez se pone al día y se abre la investigación. Eso nos ayudaría a ganar tiempo.

—Aquí solo perdemos, inspectora…

—Déjele hablar, Rojo. No es mala idea. Siga…

—Hay algo que no cuadra en sus testimonios. Además, creo que deberíamos revisar cualquier grabación que pueda haberse pasado por alto. Incluso la del bloque de viviendas en el que residía.

La idea no gustó al compañero. De ser así, tendría que asegurarse de que no aparecía en esas cintas.

Linares miró a Rojo con una mezcla de interés y escepticismo.

—¿Qué hay del sospechoso de la cicatriz que han mencionado? —preguntó, obviando la explicación de la inspectora—. Sinceramente, me convence más esa opción.

—No desestimaría tan rápido las sugerencias de la inspectora, comisario. Agulló tiene buen olfato para estas situaciones.

—Ya... pero necesito pruebas, no insinuaciones.

Rojo hizo una pausa y sus pensamientos regresaron a Elsa.

—Debemos tener en cuenta todas las opciones disponibles... Primero, habría que averiguar quién es ese hombre, si es que existe. De lo contrario, las hipótesis son infinitas.

Linares golpeó ligeramente la mesa con los dedos, pensativo.

—Ya saben lo que tienen que hacer. Pónganse en marcha.

—¿Qué hay de lo otro?

Linares le lanzó una mirada esquiva.

—Veré qué puedo hacer.

Rojo y Agulló se levantaron para salir del despacho. Antes de que pudieran alcanzar la puerta, Linares los detuvo.

—Y Rojo, mantenga a Agulló informada de todo. Y usted, inspectora, a mí. No quiero sorpresas.

«Ni yo, Linares».

Rojo asintió y miró a su compañera.

—Lo haré, comisario.

Se retiraron del despacho y caminaron juntos por el pasillo en dirección a la sala de reuniones.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—Ya le has oído. Ahora seguimos las pistas y tú te conviertes en su oído.

—¿Envidia?

—Al contrario, alivio. Así que empezaremos con los conocidos de Emily y examinaremos las grabaciones requeridas.

—Estoy de acuerdo, pero conozco ese tono. No es lo que tenías en mente.

—He cambiado mi enfoque. Tal vez Linares no sea Maruenda, pero ahora entiendo por qué lo han puesto ahí...

—¿A qué conclusión has llegado?

«El poder los cambia a todos».

—Lo han puesto para dar órdenes, no para facilitar soluciones. En fin, será mejor que empecemos a trabajar. Quiero saber todo lo que pasó anoche.

Agulló se detuvo un momento y miró al inspector.

—Gracias por lo de antes.

—¿Eh?

—Por tu apoyo. Te he visto confiado.

—Ah, eso. Conviene que Linares sepa con quién trabaja.

Ella sonrió levemente.

—¿Qué hay sobre ti?

—Me temo que está al corriente.

Ella se rio.

—Te debo una cerveza. Ahora, será mejor que encontremos a esa chica.

7

El encuentro con Linares había sido más tenso de lo que él había imaginado. Aunque no había hecho mucho por su parte, esperaba un poco de comprensión del superior.

«Sigue soñando, Vicente. A rey muerto, rey puesto», pensaba, recordando al predecesor. Ningún comisario era lo suficientemente laxo como para mirar hacia otro lado cuando era necesario. La burocracia siempre se beneficiaba. Pensar en ello le producía risa y odio a partes iguales y, con Linares al mando, cada paso sería un campo minado de procedimientos y autorizaciones.

Después de la reunión, el reloj en la pared marcaba la cuenta regresiva de una investigación que parecía no haber comenzado todavía. Rojo miró a Agulló, de espaldas, en la máquina de café. Ella compartía su frustración, pero la gestionaba con más acierto y cautela. La admiraba por eso, pero le preocupaba que, con el tiempo, incluso ella pudiera ceder al peso de la política interna.

Sentado frente al escritorio, echó un vistazo a las fotografías enviadas por la Científica.

El escritorio era un desorden de cuadernos, bolígrafos e informes. Bajo el teclado, había una carpeta de color verde. La apartó del resto y la observó durante unos segundos.

«¿Cómo diablos sacarle el tema? No es tan sencillo…», se preguntó, al verla.

El expediente contenía documentos sensibles, conexiones peligrosas y secretos enterrados por años. Entre ellos, los cabos sueltos que había seguido para llegar a Belmonte. Hablar de ello era solo la punta del iceberg.

Tomó la documentación y la escondió en un cajón.

Tenerla delante, con Agulló merodeando, era una amenaza.

Para él, el problema no era esconder lo que hacía. Más bien, temía que su falta de tacto provocara una reacción en cadena en su compañera. Llevaba un año investigando, con discreción, la muerte su padre y sospechaba que existía una relación entre esta y el caso de Maruenda y el famoso «Grupo 3».

La conversación que habían tenido en el muelle fue la chispa que prendió el fuego de la curiosidad. Lo que vinieron después, fueron horas de lectura y decenas de informes clasificados que habían llegado a sus manos a través de sobornos y prácticas cuestionablemente éticas.

Pero lo importante era la información obtenida. Maruenda y el inspector Agulló habían servido juntos en el «Grupo 3», un comando del que Rojo había oído hablar en el pasado, como un mito o una realidad en la sombra: operaciones encubiertas, misiones al borde de la legalidad, lealtades a cualquier coste. La imagen de Maruenda, de manera impecable, contrastaba con las sombras de sus acciones ocultas.

Cada vez que Agulló mencionaba a su padre, Rojo sentía una profunda sensación de culpabilidad.

Hasta donde había logrado averiguar, la muerte del inspector Agulló no parecía haber sido un accidente, ni una coincidencia; sino el resultado de una trama profunda y peligrosa. Y ahora, él estaba en el centro, intentando desentrañar la verdad sin desmoronar el mundo de su compañera.

Desde los tiempos de Cartagena, se rumoreaba que el «Grupo 3» se encargaba del trabajo sucio. Por entonces, la tecnología brillaba por su ausencia en España y la astucia primaba. El «Grupo 3» era notorio en el territorio del Levante, pero también se vieron casos de éxito en otros grupos, como el de Sevilla con la Expo 92.

Con la modernización, esos comandos desaparecieron. La introducción de nuevas tecnologías y la vigilancia más estricta modificaron el paisaje de las fuerzas del orden. La figura del agente en las sombras se fue desvaneciendo.

Para Rojo, resultaba sorprendente que el padre de la inspectora nunca le relatara de manera detallada su trayectoria, aunque pensaba que deseaba dejar un buen recuerdo de él, no uno lleno de inquietudes.

«O de sombras».

La verdad podía ser devastadora.

Al menos, para alguien como ella.

Finalmente, tomó aire y pensó que, cuando llegara el momento, encontraría las palabras adecuadas.

Pero el momento perfecto no existía... o nunca llegaba como uno esperaba.

8

De repente, sintió una presencia que se aproximaba a él.

Con el movimiento, notó el olor a café recién hecho. Miró de reojo y la reconoció.

—¿Pensando en el caso o en lo que te ha dicho el comisario? —le preguntó, con un tono cargado de curiosidad y un poco de preocupación.

Rojo emitió un largo suspiro, atrapado en una maraña de pensamientos, cada uno más frustrante que el anterior.

—He revisado las fotografías que nos han enviado. No creo que haya nada relevante en ellas —respondió finalmente, con la voz teñida de resignación.

Pero ella no se dejó desanimar.

—Las pruebas han llegado. ¿Quieres echarles un ojo? ¿O se lo encargo a alguien más?

Rojo echó la cabeza hacia atrás, encontrándose con el bonito cutis de la compañera y sus ojos, que lo miraban desde arriba con precisión y empatía. Se frotó la nariz y negó con la cabeza.

—Ya las he visto antes. Pide que revisen el teléfono móvil, es lo único que nos interesa.

—La humedad parece haberlo destrozado, por lo que tardarán más de lo estimado. Además, necesitaríamos una orden para desbloquear el sistema…

—¿Qué hay de la tarjeta SIM?

—Es de prepago.

—Que rastreen el número. Por ley, debe estar registrada y asociada a una empresa.

—Tal vez... o tal vez no. Puedes conseguirlas en cualquier parte.

—Esta chica no cumple con ese perfil —insistió—. Haz lo que te pido. Nunca se sabe. Puede que demos con algo.

La respuesta no agradó a su compañera, que notaba la apatía en él, más de la habitual.

—De verdad, que no te entiendo —dijo, cruzando los brazos—. Parece que esto te da igual. Te lo tomas como un proceso rutinario más...

Rojo se puso en pie, intentando sacudirse la sensación de inutilidad. Le afectaba más de lo que ella imaginaba, y su manera de enfrentarse al problema era alejándose de él.

—No hay mucho que entender. No han pasado veinticuatro horas y... —dijo, anticipándose a las palabras de Agulló—. Sí, ya sé... No hay que esperar veinticuatro horas para denunciar una desaparición. Pero, ni siquiera tenemos una denuncia de la amiga.

—¿Desde cuándo importa eso?

—Hay días en los que uno se siente como si estuviera golpeando una pared de ladrillos con la cabeza. Este es uno de ellos.

—¿Necesitas hablar?

Sonrió. Todavía le quedaba mucho por conocer de él.

—No.

—Suponía que dirías eso.

—Pero, revisar pruebas, escuchar declaraciones... Créeme. No es lo mío.

—¿Y qué es, entonces, señor inspector?

—Resolver problemas, detener a los criminales y dar respuestas a quien no las tiene. Para eso nos pagan.

—Interesante discurso… pero no podemos darnos el lujo de dejarnos vencer por la frustración, ni pasar por alto la parte más aburrida del trabajo. Más bien, deberíamos dar ejemplo.

—Puedes empezar con ello.

—Lo que vengo a decir, es que cada pequeño detalle puede ser la clave para encontrar a esa chica. Tal vez tus ojos vean algo que los míos no son capaces de encontrar en todos esos documentos.

—Tal vez… —dijo y reculó al notar que se había excedido—. Escucha, Agulló. Gracias a Dios, las Hogueras han terminado ya. ¿Quién sabe si esa chica no decidió pasar la noche con un extraño? No debemos precipitarnos. Existe la probabilidad de que esté durmiendo la borrachera en algún coche y no tarde en aparecer... Ni siquiera tenemos una denuncia real.

Ella mantuvo su postura, sin inmutarse.

—Es cierto, no la tenemos, pero el mundo se ha vuelto un lugar peligroso en el que habitar.

—¿Alguna vez dejó de serlo? —replicó él, con una amarga sonrisa.

Ella emitió un gruñido como respuesta y cruzó los brazos.

—Mira, no voy a discutir. No hace falta que te recuerde la mala prensa que nos daría esto si le pasara algo a esa chica.

—Lo tengo más presente de lo que imaginas.

—Pues no lo parece. Dadas las circunstancias y la situación social de los últimos años, existe una gran probabilidad de que un hombre haya abusado de ella, después de lo que tenemos.

Rojo arqueó una ceja, notando la firmeza en su voz.

—¿Has terminado?

—Si a ti eso no te parece un hecho de gravedad, supongo que sí —replicó ella, desafiante.

Rojo carraspeó y la observó con cautela. La compañera había conseguido provocar una reacción en él.

—Por supuesto que me parece grave. Gravísimo. Pero no podemos contemplarlo todo desde el mismo ángulo. Al menos, hasta que tengamos un hilo del que tirar. Paciencia, collons...

—Lo sé. Por eso venía a darte mi punto de vista.

Rojo la miró, confundido.

—¿Tienes uno?

—Tengo varios. ¿Te interesan o no?

—Te escucho...

Ella llenó los pulmones y cambió el tono de voz, captando su atención por completo.

—Helen, la chica irlandesa, fue la última persona que la vio con vida.

—Sí.

—Discutieron. Quizá si conociéramos las razones, podríamos averiguar qué sucedió realmente.

Él escuchó con atención. El enfoque de Agulló no era desacertado, pero se estaban precipitando a un océano de teorías que solo generarían más dolores de cabeza.

—¿Eso es todo?

—Sí, por el momento... hasta que resuelvan lo del móvil. ¿Algo que añadir?

—No.

—¿Entonces?

—Está bien, tú ganas... —Rojo se colocó en posición recta—. Les echaremos un vistazo a las pruebas. Y envía a alguien para que investigue quién estuvo trabajando anoche limpiando las playas. Con suerte, el personal de basuras la vio, sola o con el sujeto de la cicatriz en el rostro. Tenemos un sospechoso, pero nada más. Es un comienzo.

Agulló asintió y suavizó el semblante.

—No está mal. Empecemos por ahí.

En ese momento, un agente se acercó y los interrumpió.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Rojo—. Estamos en medio de algo.

—Agulló, tienes una llamada.

—Dile que espere —objetó el inspector.

—Un momento, ¿para mí? —preguntó, sorprendida—. ¿Ha dicho quién es?

—Sí… Dice que es un familiar.

—¿Un familiar? —preguntó, conmocionada y quedándose en blanco.

Rojo notó la reacción. Los familiares no llamaban a la comisaría, así que parecía una broma de mal gusto, pero lo más inquietante era la razón.

—Sí. ¿No lo vas a coger? —preguntó el agente, desconcertado—. Le puedo decir que llame más tarde.

La inspectora miró hacia Rojo con miedo. Luego, se armó de valor y se dirigió al compañero que le había dado el aviso.

—No, no es necesario. Atenderé la llamada.

9

—Inspectora Agulló, ¿con quién hablo? —preguntó con un tono profesional, pero algo decaído —. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea antes de que una voz distorsionada llenara el aire.

—Inspectora… —dijo la voz metálica, cargada de una falsa ternura que hizo que ella se quedara helada—. ¿O puedo llamarte Marta?

Su corazón se detuvo por un segundo. De fondo, un ruido impedía escuchar con claridad, pero la voz hablaba con la seguridad y la cercanía de alguien que parecía conocerla.

Agulló sintió un vuelco en el estómago y sus piernas comenzaron a temblar.

—¿Quién... coño… eres? —preguntó, tratando de mantener la calma mientras una oleada de emociones la invadía. Delante de ella, no solo estaba Rojo, sino el resto de los agentes, que comenzaban a sentirse intrigados por la llamada.

La voz distorsionada dejó escapar una risa suave, resonando de manera inquietante a través del auricular.

—Eso no importa ahora, inspectora —continuó la voz, burlona—. Escucha bien… El mar guarda sus secretos.

—¿Es una broma? Porque te has equivocado de número.

—No, no lo es… ¿Quieres limpiar tu nombre y el de tu familia? Entonces busca donde nadie más lo hace y encontrarás a esa chica... y te encontrarás a ti.

Agulló tragó saliva, tratando de calmarse. Sentía un nudo en el estómago y un frío que le recorría la columna vertebral. La mirada preocupada de Rojo la anclaba a la realidad.

—¿Qué... qué sabes de Emily? —logró preguntar, su voz apenas un susurro—. ¿Dónde está? ¿Está viva?

—Eso no importa.

—¿¿Qué quieres de mí, entonces??

—Ayudarte.

—¿Ayudarme? Escúchame bien, cretino...

—Solo recuerda... El mar guarda sus secretos. Esa es la primera pista.

—¿Primera pista, para qué? ¿Dónde la tienes?

—Es hora de terminar lo que empezamos en su día. Tic, tac, inspectora...

—¡Espera! ¿Quién eres?

Antes de que Agulló pudiera formular otra pregunta, la llamada se cortó abruptamente. El tono de desconexión resonó en la oficina, dejando un silencio tenso.

Rojo se acercó rápidamente al ver la expresión de su compañera.

—¿Qué ha dicho? —preguntó con urgencia.

Agulló respiró profundamente para moderarse, pero algo más fuerte que ella nació de sus adentros e irrumpió al exterior.

—¡Joder! —exclamó y golpeó la mesa.

—Inspectora… —dijo el agente que la había llamado.

—Déjala tranquila —intervino Rojo—. Se le pasará.

—Estoy bien, gracias —respondió Agulló, recuperando algo de compostura—. Lamento lo ocurrido.

—Necesito que te concentres y repitas lo que ha dicho ese hombre.

La inspectora lo miró con desdén, pero no con el suficiente como para ofenderlo. No era la primera vez que Rojo se enfrentaba a una situación así.

—Ha dicho... —comenzó, luchando por encontrar las palabras—. Ha dicho que el mar guarda sus secretos. Y que busquemos donde nadie más lo hace... —levantó la vista, encontrándose con los ojos de Rojo—. Se refiere a la playa.

—¿Esa es tu conclusión? Recibimos cientos de llamadas anónimas.

—Sabe quién soy y tiene a Emily.

—¿Cómo estás tan segura?

—Es una frase que decía mi padre a menudo. El mar siempre guarda sus secretos. Nos ha puesto un cebo para que juguemos con él.

Él frunció el ceño. Su mente trabajaba deprisa. No le gustaban los mensajes crípticos ni las adivinanzas. Mucho menos le gustaban los listos que jugaban al gato y al ratón.

Cada palabra resonaba en su mente, tratando de descifrar el acertijo que acababan de recibir. «El mar guarda sus secretos», repetía mentalmente, buscando un significado oculto. La vaguedad de la frase le enfurecía; la incertidumbre lo ponía al borde de la rabia. Sin embargo, ella parecía tenerlo más claro. Para él, la claridad era crucial; cualquier ambigüedad podía significar la diferencia entre el éxito y el fracaso, entre la vida y la muerte de esa joven.

—Otro lunático de mierda.

Rojo respiró hondo, sintiendo la tensión en el aire, y observó a su compañera, quien todavía mostraba un ligero temblor en las manos. Su mirada reflejaba un revoltijo de miedo y agresividad, pero también había algo más: una sombra de vulnerabilidad que rara vez permitía que otros vieran. Eso lo enfurecía aún más. No solo se estaban burlando de ellos, sino que también estaban jugando con sus emociones más profundas.

Agulló asintió.

—Últimamente, se han escrito tantas cosas sobre mí, a raíz de lo que sucedió con Maqueda, que no puedo estar segura. Pero, esto… es diferente.

—¿Qué lo hace diferente?

—Conoce mi historia… y conocía a mi padre.

Rojo arqueó una ceja.

—No le des protagonismo. Es un zumbado más que busca su minuto de gloria.

—Conmigo, querrás decir —rectificó ella y suspiró con desánimo—. No puedo dejar que esto pase sin más. ¿Y si hay algo de verdad en lo que dice? Llama a Tecnología. Que rastreen la llamada. Quién sabe si...

—Espera.

—¿A qué?

—Sin la SIM, no les hagas perder el tiempo, inspectora. Es probable que llamara desde un teléfono que no era el suyo. Solo busca abrumarnos y parece que lo ha conseguido.

—Estoy bien, ¿vale? Pero no pienso quedarme de brazos cruzados.

—Lo entiendo. Te esperaré fuera. Búscame en el bar de enfrente cuando te calmes un poco.

—¿Es esa la única solución que se te ocurre?

—No. Existen otras, pero me detendrían si las dijera en alto. Mientras tanto, estaré en el bar. Quizá logre dar con algo que nos hemos pasado por alto.

10

Rojo esperaba en la barra del bar frente a la comisaría, apoyado en un rincón de la barra de zinc mientras daba sorbos a un café recién servido.

Una llamada anónima, relacionada con ella; un acertijo y un motivo evidente, fueron suficientes para cambiar el rumbo de la investigación.

Había intentado dar con una explicación lógica a la desaparición de esa chica británica y no había encontrado ninguna. Ahora estaba seguro de que la situación era grave. ¿Qué sabía el hombre que había llamado por teléfono? ¿La mantendría con vida o ya la habría matado? Las preguntas rondaban su mente y entonces recordó que debía hacerse cargo de las cámaras del bloque de apartamentos de Green.

«El mar guarda sus secretos», repitió mentalmente como un mantra, mirando el calendario pegado a la pared.

Dio un trago al botellín de cerveza y se refrescó la garganta.

Después hizo una nota mental para más tarde, cuando estuviera de nuevo en la oficina. «Relación entre el secuestrador y la inspectora». Algunas cosas no encajaban por azar.

Aunque Agulló tenía razón sobre los comentarios de la prensa, había una línea entre lo morboso y el peligro real.

Una línea que podía tumbar mentalmente a una persona, hasta acabar con su carrera. De eso sabía bastante, ya había perdido hombres en momentos decisivos, y no podía permitir que su compañera viviera acosada psicológicamente por un desgraciado. Agulló era buena inspectora, pero le faltaba correa, experiencia y tener la piel más gruesa.

En aquel momento, ella entró con paso firme.

—Siento lo de antes… Tengo que aprender a controlarme delante del resto.

—No le des importancia. He visto casos más graves —dijo Rojo y le hizo un gesto al camarero —. ¿Qué quieres tomar?

—Nada, gracias.

—Tal vez te venga bien algo que te relaje un poco.

—He dicho que estoy bien.

—Ponle una infusión.

—¡Que no! Por favor…

Rojo levantó los hombros.

—Como quieras... ¿Estás más serena para abordar el asunto?

—Sí. Sinceramente, no esperaba que el día se fuera a la mierda de esta manera.

—Eso mismo me dije cuando ingresé en el Cuerpo... —Pero el comentario no le hizo gracia a la compañera—. Verás, Agulló, siempre hay un cabrón buscándote las cosquillas. Será mejor que aprendas a vivir con ello y a dormir con la guardia alta.

—¿Para acabar como tú?

Rojo emitió un gruñido. El malestar de la inspectora era evidente, pero no podía meterse donde no lo habían llamado.

—Disculpa.

—Descuida. Vayamos a lo urgente. Ahora que estamos solos, ¿cómo puedes usar esto para relacionarlo con tu padre?

—No lo sé, la verdad. Supongo que ha encontrado mi punto débil.

—Jamás imaginé que sería ese.

—Me gustaría pensar que ha sido una broma de mal gusto, como la que acabas de hacer, pero esa frase lo cambia todo.

—Lamento decirte que es una frase manida.

—Por mucho que lo intentes, no lograrás que le reste importancia. Mi padre la decía a menudo.

—Intento ser objetivo.

—Y fracasas con ello.

—¿Has recibido acoso últimamente?

—Nada relevante, más allá de los comentarios en las redes sociales.

—Deshazte de ellas. Borra todos los perfiles que tengas en la Red.

Rojo vivía ajeno a lo que sucedía en la Red, sobre todo en las redes sociales, pero estaba al corriente de cómo funcionaban y del peligro que existía al formar parte de ellas. Para él, ya existía demasiado ruido en el mundo como para seguir alimentándolo a través de una pantalla.

En su larga carrera, había visto cómo la tecnología evolucionaba y la sociedad se volvía dependiente de ella, pero él prefería mantenerse al margen de esa dependencia.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué? No puedo hacer eso. De hecho, me niego a hacerlo. Se trata de mis contactos, mi vida privada.

—No, no lo es. Tu vida es pública y está al alcance de cualquiera en el momento que subes una fotografía o escribes un comentario. Y eso supone un peligro para ti y para tu trabajo.

—Para mí, existe una vida fuera del trabajo, Rojo.

—Tú misma. ¿Alguna vez has pensado en la información que dejas con cada una de esas publicaciones? Podría localizarte en un minuto.

—No es necesario. Los diarios se encargaron de mostrarme al mundo en cuanto salió el caso del excomisario Maruenda al público. Debo reconocer que poner mi cara al frente no fue la mejor decisión...

—Aceptaste. Si no lo hacíamos, no habríamos logrado echarlo de aquí. Todo el Cuerpo te lo agradeció.

—Ya... Pero, ya sabes cómo es la prensa.

—Insegura, vil y envidiosa.

—No tardaron en publicar mi pasado por la academia, el caso de esa chica de Elche y cómo había llegado a ser inspectora.

—¿Y eso te importa?

Ella hizo un gesto de desaprobación. Rojo pretendía quitarle hierro al asunto, pero había oído que lo relacionaban íntimamente con él, sugiriendo que había logrado el ascenso gracias a esa relación.

—Olvida los rumores y céntrate en el trabajo —le dijo él, mirándola con misericordia—. Es lo que funciona. Cuando todo va bien, trabaja. Cuando todo va mal, trabaja. Sabes cómo es la gente en esta comisaría. Tarde o temprano, se olvidarán de ti.

Agulló desvió la mirada, cruzando los brazos.

—Rojo, no se trata solo de los rumores —respondió con voz firme—. Es la percepción que estos generan. Si creen que he llegado aquí por medios poco éticos, mi credibilidad se verá afectada. Sabes lo importante que es para mí mantener mi integridad.

—¿Desde cuándo te ascienden por ser íntegro? Te recordarán por lo que hiciste, no por cómo lo hiciste, ni por quién fuiste.

—Veo que somos muy diferentes a la hora de entender el funcionamiento de las cosas.

—Me limito a los hechos.

—Dejémoslo estar.

—Sobre ese tipo... Si realmente iba en serio, intuyo que llamará de nuevo. Es un juego, nada más. Por eso, es probable que la chica siga viva —respondió, alimentando la poca esperanza que encontró en los ojos de la mujer—. Pero, la relación con tu padre lo cambia todo.

—¿En qué aspecto?

Rojo hizo una pausa y observó la expresión inquisitiva de su compañera. Luego inspiró profundamente.

—La conexión con tu padre introduce un nuevo elemento en el caso. Si alguien conoce detalles tan íntimos sobre tu vida y los utiliza para llamar tu atención, significa que tiene un objetivo específico.

Ella frunció el ceño, tratando de procesar lo que Rojo decía.

—¿Joderme la vida o despistarnos?

—Es posible que sean ambas… o ninguna. —Rojo asintió lentamente—. Tu padre tenía un pasado, ya hemos hablado de él. Todos dejamos cadáveres en el armario, antes de marcharnos, pero nadie quiere abrir esa puerta, hasta que ocurre... Si alguien de esa época está tratando de enviar un mensaje, podríamos estar enfrentándonos a una venganza planificada. ¿Alguna idea?

Agulló se quedó en silencio, mordiéndose el labio inferior. La idea de que el legado de su padre influyera de esta manera era difícil de asimilar.

—No. ¿Qué sugieres que hagamos entonces?

—Sonará mal, pero vendría bien que nos relajáramos un poco. Hay demasiados incendios a la vista… Primero, la chica, la playa, las cámaras y los testimonios. Luego, tu padre y su historial. Tal vez, rasquemos algo de ahí.

—Lo dudo. Porque esa gente está en la cárcel o hace años que murió. No creo que...

—Todo tiene una intención. Podría haber dejado un mensaje anónimo, aun así, no lo ha hecho.

Rojo hizo un gesto para que el dueño del bar se cobrara el café. Acto seguido, se levantó del taburete.

—¿A dónde vamos?

—A la playa, como habías dicho en un principio.

—¿Qué hay sobre la ineficiencia de las cámaras?

—Eso puede tardar días, así que confiemos en lo que nos ha dado, en lo que tú has señalado. Quiere que regresemos a la playa, así que vamos allí. Es probable que él también esté presente para observarnos. Sigue al instinto. Quizá la respuesta está bajo la arena.

—Sinceramente, me siento un poco perdida con todo esto.

—No te preocupes... Todos lo estamos en algún momento de nuestras vidas.

11

Avanzada la mañana, la playa del Postiguet se había convertido en un nido de curiosos tras el acordonamiento policial y la prohibición del acceso a la zona. Las restricciones no solo habían atraído a las gaviotas, sino también a la prensa local y nacional, impacientes por una noticia dramática en un periodo vacacional. Los inspectores estacionaron junto al paseo y caminaron hacia la playa. El sol pegaba con intensidad sobre la piel y el calor comenzaba a ser molesto, a pesar de la brisa que llegaba desde el mar.

Rojo llevaba la chaqueta de cuero en la mano y las gafas de sol puestas. Vio que la multitud se agolpaba detrás de las cintas azules, algunos murmurando especulaciones, otros simplemente disfrutando del espectáculo. La presencia de los medios añadía una capa de presión adicional. Cámaras y micrófonos apuntaban hacia cualquier uniformado que pasara cerca, buscando declaraciones oficiales o alguna señal de novedad en la investigación.

—Mierda... —dijo Rojo al reconocer algunas caras entre los periodistas—. Como en los viejos tiempos… Será mejor que vayamos a lo nuestro.

—¿Los conoces? —le preguntó Agulló.

Era una cuestión de tiempo antes de que alguien revelara la identidad de la joven desaparecida. Cuando eso ocurriera, tendrían un grave problema.

—Más o menos... Esto es un jodido circo —murmuró, apretando los dientes.

—Vamos a centrarnos en el área de cerca del espigón —sugirió su compañera—. Eso los mantendrá alejados.

Se acercó a uno de los agentes y se identificó. Luego, le pidió explicaciones:

—¿Qué hace la prensa aquí? —preguntó, molesta, sin esperar la respuesta del agente novato—. ¿No debería encargarse de esto la policía municipal?

—Parece que están ocupados con otras cosas... —comentó Rojo, mirando un coche patrulla de la urbana, aparcado al otro lado del paseo—. Hablaré con Linares para que no se entrometan. ¿Qué tenéis?

—Nada nuevo —dijo el agente.

—Qué sorpresa… —Miró a Agulló, que ya estaba revisando la escena con su habitual meticulosidad. Luego se dirigió de nuevo al agente—. Escucha, necesitamos controlar la situación, así que mantén a la prensa a raya y asegúrate de que no crucen el perímetro. No quiero que contaminen la escena ni interfieran con nuestro trabajo. ¿Está claro?

—Sí, inspector.

—Tampoco quiero que me pongan de mal humor. Hay muchas cámaras viendo.

—Haré lo que pueda.

—No, hazlo. No es suficiente con poder. Y si necesitas refuerzos, pídelos —espetó el superior, con un tono más severo de lo usual—. Un poco de responsabilidad, hombre...

—Inspectores... —comentó una voz masculina que se acercaba desde el interior de la playa. Era Costa, el subinspector que había reemplazado a Robles, recientemente incorporado a la brigada—. Ya me hago cargo yo, agente... Rojo, Agulló, pasad.

Rojo lo conocía de vista, aunque no había tenido trato cercano con él. Lo único que le gustaba de su actitud era que era discreto y se limitaba a hacer su trabajo sin hacer sombra a los superiores. Eso ya era mucho pedir. Sin embargo, no debía quitarle el ojo; había visto cómo miraba a Agulló y temía que eso fuera un obstáculo.

Costa se acercó con paso firme y una expresión de seriedad profesional. Llevaba el uniforme impecable y un aire de autoridad que no necesitaba ser vocalizada. A Rojo le agradaba eso, una rareza en una profesión llena de egos y ambiciones desmedidas.

—Gracias, Costa —le dijo, asintiendo ligeramente mientras cruzaba el cordón policial. Agulló lo siguió, con una mirada rápida de reconocimiento a Costa. Ella también parecía valorar la discreción del compañero, aunque Rojo notó un destello de recelo en sus ojos.

—He estado revisando la zona —informó, señalando hacia la playa—. No hemos encontrado nada nuevo desde el último barrido, pero el mar se ha picado un poco en las últimas horas, así que la marea podría haber movido cualquier evidencia.

—Dudo mucho que se haya movido de lugar... —comentó Rojo, avistando la playa y dando un vistazo a los rostros anónimos que veía a lo lejos. Intentaba buscar una anomalía entre tanta mundanidad—. Más bien, confío en que esto es una tomadura de pelo.

—¿El qué? —preguntó el subinspector—. Ni siquiera sabemos qué buscamos.

—¿Un cadáver? —preguntó Rojo, con voz lineal.

—Eso no tiene gracia —apuntó la inspectora.

—El mar ya lo habría expulsado —intervino Rojo—. Pero, no. No estamos aquí para recoger más evidencias. Hemos recibido una llamada anónima en la comisaría. Sospechamos que puede estar relacionada con la desaparición de la chica.

—Ajá. Entiendo.

—No lo sospechamos —añadió la compañera.

Rojo la miró de lado. Luego, volteó la mirada hacia el otro.

—Puede ser una broma, o puede ser un asunto serio. Creemos que intenta tomarnos el pelo, pero no lo sabremos hasta el final. No sería la primera payasada de esta índole, pero tampoco me gustaría descartar a un chiflado en potencia.

—Ya.

—¿Algo más? ¿Testigos? Alégrame el día, subinspector. Vamos a necesitar esos testimonios de nuevo.

Costa frunció el ceño, preocupado. Necesitaban demostrar que Emily Green había estado en esa playa. Las pruebas no eran suficientes para confirmar que había desaparecido allí, a pesar del testimonio de sus amigos y de las pertenencias encontradas. Rojo tenía en cuenta que las personas son impredecibles, especialmente cuando llevan unas copas de más o cualquier sustancia que las haga soñar. En una noche como aquella, todo era posible. Si Emily había salido de la arena por su propio pie, sería más complicado dar con su rastro.

No obstante, algo le indicaba que estaban en el lugar adecuado.

Mientras divagaba, Agulló se dirigió hacia la orilla de la playa, como si algo hubiese captado su atención.

En ese momento, Costa aprovechó para dirigirse a Rojo.

—¿Son ciertos los rumores?

El inspector arqueó una ceja.

—No pierdo el tiempo con gilipolleces.

Costa chasqueó la lengua y luego resopló.

—Hablo en serio, Rojo.

—Y yo, subinspector.

—Me refiero a la llamada. Dicen que el hombre que dejó el mensaje la conoce.

Rojo emitió un gruñido.

—Si ya sabes lo que ha pasado, ¿para qué preguntas? —le espetó—. Céntrate en lo importante, Costa... que es encontrar a la chica. En eso estamos todos.

—Sin ánimo de ofender, no parece que la inspectora esté preparada para manejar un caso así.

—¿Y tú, sí? Escucha bien, Costa —le dijo Rojo, sin miramientos—. No te pagan por dar una opinión y, en lo que a mí respecta, me importa un carajo. Agulló se ha jugado el cuello dos veces, cosa que tú, no. Así que está más que preparada para dirigir esta operación. El comisario así lo ha decidido. De lo contrario, no estaría en el caso. Es de cajón.

—Lección aprendida.

—Bien. Ahora, aprende a mantener la boca cerrada y dejar que hablen otros. Créeme, todo serán beneficios en el futuro.

Tras sus palabras, Costa llenó los pulmones con resignación y tomó nota de la advertencia. No le convenía llevarse mal con el superior.

A lo lejos, Rojo notó cómo ella se quedaba quieta, frente a la orilla del mar. Solo deseó que hubiese encontrado algo y que no fuese un desvarío emocional. Era evidente que su expresión llamaba la atención en el Cuerpo. Desgraciadamente, no podía esperar que los demás sintieran empatía por la situación. Rojo emprendió su camino hacia la orilla, con el fin de encontrarse con ella, no sin antes dar un último vistazo a su alrededor, en busca de una presencia sospechosa que los observara. Agulló, de espaldas, parecía mirar fijamente algo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, acercándose—. ¿Pican los peces?

—Muy gracioso... Eso de ahí. ¿Qué es? —preguntó ella, señalando con el dedo. Las olas rompían en la orilla, descubriendo algo bajo la tierra mojada. Los ojos de los policías se fijaron en una pieza brillante.

—Espera —le dijo y la tocó en el hombro—. Pediré que traigan una bolsa de plástico.

—Lo siento, pero no tengo tiempo... Se lo llevará el mar.

La inspectora se arrodilló para acercarse antes de que la marea la arrastrara de nuevo, y comenzó a cavar con las manos. Sus gestos llamaron la atención del resto de agentes y curiosos. Segundos después, desenterró una pulsera de plata.

Luego leyó la inscripción en el interior y sonrió.

—Es de ella, Rojo… Podemos confirmarlo. Emily estuvo aquí.

12

Una pulsera con una inscripción, un paso adelante, un chispazo en el sistema judicial.

¿Era eso lo que sugería aquel descerebrado?, se preguntaba el inspector.

A veces, tan solo hace falta un empujón, pero Rojo no estaba del todo convencido de sus intenciones.

El teléfono no había sido suficiente para el fiscal, ni tampoco el bolso. Desgraciadamente, el terminal había quedado inservible por completo.

Sin embargo, ahora tenían una versión de los hechos que encajaba y un móvil.

El juez que llevaba el caso pidió a la policía solicitar acceso a las grabaciones de las cámaras del hotel del paseo y a las cámaras de tráfico en diferentes puntos de la carretera. La pareja de inspectores no podía creer la rapidez con la que se movían las cosas.

—Es un «match» —dijo ella.

—¿Un qué?

—Que encaja, vaya. Es una expresión que se usa ahora… No seas tan viejo, anda.

Él la miró de reojo con desdén.

—Ni tú tan joven.

—En fin, no me lo puedo creer —comentó Agulló, subiendo al coche—. Al juez debe de habérsele aparecido un santo. Estamos avanzando a una velocidad de vértigo.

—Aprovechémoslo, antes de que cambie de opinión —respondió él, con la vista fija en la carretera—. Este sol me está friendo las neuronas.

A pesar de las pocas pruebas sobre el hombre que había estado con Emily, la policía comenzó la búsqueda de un hombre de unos treinta años, moreno y con una cicatriz en el rostro. Rojo pidió localizar a Helen Byrne, la chica irlandesa, y llevarla a la comisaría para trabajar en un

retrato robot. Pensó que, después de lo sucedido, estaría más relajada. La experiencia le decía que los interrogatorios funcionaban mejor con la guardia baja.

Sin darse cuenta, había caído la tarde y tenían el estómago vacío y mucho trabajo por hacer. En su cabeza rondaba la idea de que la pulsera fuera un señuelo, parte del macabro juego del secuestrador. «Tal vez sí, tal vez no», se dijo él, intentando alejarse de los casos pasados. Por desgracia, prefirió apartar el asunto durante un rato. Como un bumerán, pronto regresaría sin solicitarlo.

Antes de volver a la comisaría, Rojo sugirió hacer una parada en la cervecería El Cantó, que no estaba lejos de donde se encontraban. Las pausas para comer siempre suponían un buen momento de reflexión para aclarar las ideas. En los bares, Rojo pensaba mejor, alejado del mundanal ruido de la comisaría y del ambiente intoxicado por el juicio de los superiores.

Al aparcar frente a la puerta del emblemático local, ella se quedó observándola unos segundos, desde el interior del coche.

—¿No hay otro lugar?

—¿Algún problema?

—Desde que trabajamos juntos, solo hemos comido en tabernas y mesones.

—Nunca he visto que te quejaras.

—Existe la variedad, Rojo.

—Me gusta comer en lugar donde entiendo lo que ofrecen en la carta.

—Me parece estupendo, pero mi estómago no aguanta más tortilla de patatas, bocadillos, croquetas o ensaladillas.

—Siempre puedes pedirte una ensalada.

—¡Ay! En fin…

Bajaron del automóvil y cruzaron la calle sin hablar. Nada más entrar, ocuparon un hueco en la barra de madera y Rojo pidió un botellín de cerveza y una ración de ensaladilla. Agulló, más cauta, se limitó a beber una botella de agua mineral. Ella se mostraba pensativa tras el hallazgo.

—¿No comes?

—Ya te lo he dicho. No tengo mucho apetito.

—Te lo estás llevando al terreno personal. Ningún caso debería quitarte el hambre.

—Verte comer, me quita el hambre… Me temo que este caso me robará el sueño.

—Sin comer, puedes sobrevivir, pero, si te quita el sueño, date por perdida.

Rojo terminó de masticar y le dio un trago a la cerveza. A pesar de sus palabras, la compañera no parecía salir de su abstracción.

—Mira, sé lo que tienes en la cabeza, pero debes separar lo personal de lo profesional. Yo tengo una regla que nunca cruzo, sin importar el motivo.

—Sorpréndeme.

—Nunca convierto un caso en una cuestión personal. Lo he hecho antes y conozco el desastre que puede causar. Me prometí respetar mi única regla.

—Vaya, creo que me estás infravalorando. Me preocupa bien poco lo que piensen de mí.

—Pero a mí no. ¿Queda claro? —Dejó la pregunta suspendida en el aire. Suspiró profundamente, la miró fijamente y continuó la conversación como si jamás hubiera preguntado aquello—. Solo te digo lo que hay, aunque ya eres mayorcita.

Ella levantó la mirada.

—No puedo evitar pensar que deberíamos estar revisando esas grabaciones.

Él apuró otro trago de cerveza y se inclinó un poco más hacia ella, bajando la voz.

—Lo haremos en cuanto regresemos. Aun así, necesitas mantener la cabeza fría y en el momento presente. Es decir, aquí.

—Lo dices porque estás comiendo.

—Sí, porque la hora de comer es el único momento privado que me separa por completo de la vida laboral… y también porque tu mente intenta conectar los puntos, encontrar respuestas a una incógnita prematura... pero las coincidencias no son pruebas. Crees que allí está la respuesta, no obstante, si no encuentras nada, buscarás en otro lugar, y así hasta que enloquezcas. —Se quedó en silencio por un momento, a la espera de una reacción tras el sermón. Luego, dejó el botellín vacío sobre la barra y se volvió hacia ella con una mirada más suave—. No permitas que te consuma. Sé que tienes un episodio sin resolver vinculado a la muerte de tu padre, pero no puedes relacionarlo con todo lo que te ocurra.

Al mencionar a su progenitor, los ojos de ella reaccionaron.

—¿Cómo puedes ser tan arrogante?

—¿No lo entiendes?

—No.

—Pues es muy fácil. Cualquiera puede poner tu nombre en un buscador y encontrar quién eres y quién era él. Las noticias de los diarios quedan registradas y, a diferencia del pasado, Internet no olvida ni perdona. A estas alturas, nadie puede esconder los secretos por mucho tiempo... Por eso mismo, si perdemos la objetividad, también perderemos cualquier posibilidad de encontrar a esa chica. Tenemos un sospechoso con una cicatriz, pero eso es todo.

—¿Propones quedarnos de brazos cruzados en lugar de actuar?

Rojo entendía muy bien la urgencia de la inspectora, pero estaba mezclando su juicio con las emociones y le estaba fastidiando la hora del almuerzo. La conversación parecía una provocación continua, aunque no le iba a dar el placer de verlo enfadar.

—Aguanta la presión. Estás en el ojo del huracán. Sé lo que es, pero tendrás que aprender a gestionarlo.

Ella apretó los labios. Sentía que Rojo no entendía la gravedad de la situación. Al menos, no con la sensibilidad que ella lo percibía. Tal vez fuera una de las razones por las que lograba tanto éxito en sus investigaciones. Sin embargo, ella no era como él, ni pretendía serlo nunca.

—Este caso está tocando demasiados puntos… personales, por lo que veo.

—Y no ha hecho más que empezar, inspectora. Si la cagamos, perdemos cualquier oportunidad de encontrarla con vida. ¿Realmente puedes asumir esa responsabilidad?

Ella tomó aire y lo soltó lentamente, intentando no dejarse llevar por la emoción.

—Mira, se nota que no has dormido bien hoy. Tal vez seas tú quien necesita un respiro.

—Estoy en ello.

Rojo la miró con seriedad y asintió.

Ella sonrió con falsedad.

—Supongo que tendrías otra actitud cuando desapareció tu mujer.

Rojo irguió la espalda y se puso en alerta. La inspectora se había ido de la lengua y no sabía dónde se había metido.

Rígido, dio un último sorbo al botellín y pidió la cuenta. Le había dado en una de las pocas partes donde más le dolía: su pasado. No le importaba que escarbara en su historial policial, pues no iba a encontrar nada que no hubiese descubierto Asuntos Internos. Sin embargo, lo personal era otro asunto, uno más delicado.

Respiró hondo y buscó la manera de mostrar indiferencia ante el comentario.

—Bien... No has perdido el tiempo. Hace falta algo más que buscar en Google para tocarme los cojones... pero lamento decirte que no pienso entrar en tus juegos.

—No pretendo ofenderte. Simplemente, quería asegurarme de que eras real, como el resto —dijo ella con honestidad. Sabía que Rojo tenía un pasado complicado, pero nunca había esperado que su comentario le afectara tanto. Se había excedido y, a diferencia de él, ella sabía recular—. A veces, parece que…

—¿Has acabado?

—No quieres hablar de ello, ¿verdad?

—Ni un segundo.

—Entonces sí, por ahora.

—Prométeme que te vas a centrar. Eso es todo.

—Haré mi trabajo.

«No le des la razón a Costa, inspectora».

—Pues a mover el trasero. Cuando regresemos, interrogaremos de nuevo a Helen Byrne y revisaremos las grabaciones. Asegúrate de que Costa nos acompañará en la declaración y que la irlandesa firma el acta. La ayudaremos a refrescar la memoria… Mientras tanto, con un poco de suerte, las grabaciones de las cámaras nos aportarán algo de claridad. Sea como sea, vamos a encontrar a esa chica.

13

Tras la conversación, la tensión se relajó entre los dos tan pronto como salieron de la cervecería. El viaje de vuelta fue tranquilo, sin sobresaltos y en silencio. Rojo lo prefería así. «Es mejor estar callado, cuando no tienes nada importante que decir». A su llegada a la comisaría, el ambiente era sospechosamente templado para la jornada que estaban teniendo, por lo que intuyó que Linares se encontraría fuera del edificio.

Caminando por el pasillo, percibió que algunos agentes conversaban en voz baja y sus miradas evitaban el contacto directo. Este comportamiento solo confirmó sus sospechas. El murmullo constante de la comisaría, generalmente cargado de actividad y llamadas telefónicas, estaba reducido a un bisbiseo casi imperceptible. Agulló, a su lado, sintió la misma inquietud. Su postura se volvió más tensa y su mirada escudriñaba cada rincón en busca de algo fuera de lugar.

—¿Has notado lo mismo que yo? —le preguntó, en un susurro, sin apartar la vista del camino que tenían delante.

Rojo asintió levemente.

—Sí. Las malas noticias llegarán como una tormenta de verano.

La pareja de inspectores ocupó sus respectivos escritorios con el fin de revisar la documentación que el perito de la Científica había obtenido de la playa. Al comprobar que no había rastro del registro del iPhone de la desaparecida, descolgó el teléfono del escritorio y marcó:

—¿Qué pasa con el teléfono de la chica?

—El teléfono está inutilizado. No logramos conectarlo a la corriente, por lo que ningún programa nos será de utilidad. La humedad de la playa se lo ha cargado.

—¿Lo has puesto en arroz? Esfuérzate un poco.

—No, no... Lo que quiero decir, es que nos llevará un poco más de trabajo que el habitual en estos casos. Con suerte, existirá una copia de seguridad en la nube y podríamos acceder a ella, aunque ese es otro tema, inspector… La cuestión de la protección de datos es muy delicada.

—Conseguiré la orden, pero empezad ya. Quiero la tarjeta SIM. Moved el trasero y llámame cuando lo tengas. —Colgó y resopló para apaciguar los nervios.

—Inspector, han llegado las grabaciones de las cámaras del hotel —dijo un agente que se acercó a él.

—La inspectora se hará cargo de ellas.

—¿Qué?

—Tú te llevas mejor con la tecnología que yo. Dame una razón para creer que es así.

Ella puso los ojos en blanco, sorprendida porque le había dejado el trabajo sucio.

Después, él regresó a su ordenador. El tictac del reloj marcaba sus pensamientos. La miró por el rabillo del ojo, concentrada en las imágenes de la pantalla del monitor, en busca de una pista que le diera información sobre el sospechoso y se dio cuenta de que estaba actuando como un verdadero cretino. «Todos tenemos un mal día. Algunos, tenemos semanas». Se liberó de la carga emocional y abrió la base de datos policial.

A ciencia cierta sabía que en el mundo había mucho cabrón suelto, en busca de la excusa perfecta para hacer daño. En este caso, la víctima era Agulló, a pesar de que la inglesa estuviera en paradero desconocido y, probablemente, abandonada a la suerte. Dado que parecía haberse interesado por el pasado de la compañera, decidió irse al origen de la causa: su padre, el inspector Agulló.

Tomó aire y comenzó a teclear.

No era un asunto nuevo. De hecho, llevaba tiempo trabajando en su historial, aunque su interés estuviera conectado con su muerte y con la participación en el Grupo 3. Los registros antiguos no eran fáciles de navegar, pero sabía exactamente qué buscar. El nombre del inspector Agulló tenía un expediente extenso en la base de datos, con informes de casos complejos y sensibles. Rojo se adentró en los archivos, buscando cualquier conexión que pudiera relacionar el pasado con el presente.

Como él, a lo largo de su carrera, Agulló había cubierto todo tipo de casos: desapariciones, homicidios, secuestros, robos… La lista era infinita y no podía pararse a inspeccionar la lista de los nombres de todos los detenidos. Además, debía andar con cuidado dentro de los sistemas como SIDENPOL o el SIGO. Aunque no era un genio de la tecnología, era lo suficientemente espabilado como para saber que se guardaba un registro digital de cada consulta. El ministerio de

Interior y la Jefatura se habían cubierto las espaldas para que sus hombres no se excedieran, curioseando donde no debían.

«Y se supone que somos el brazo de la ley».

Pero las cortapisas nunca habían supuesto un freno para él. Con el tiempo, había aprendido a ser meticuloso e invisible en sus movimientos. Los sistemas estaban diseñados para detectar patrones de búsqueda inusuales, por lo que ocultaba sus verdaderas intenciones bajo una fachada de consultas rutinarias.

No iba a tirar por la borda tantos años de cuidado a causa de un despiste.

Primero, accedió al SIGO, el Sistema Integral de Gestión Operativa, utilizando su identificación oficial. Sabía que no podía ser demasiado obvio en sus indagaciones. Comenzó con una búsqueda general sobre actividades recientes en el centro de la ciudad y la playa del Postiguet, a colación en la investigación de Emily Green. Pensó que eso serviría como su cortina de humo.

Después, se adentró en SIDENPOL, el Sistema de Información de Denuncias Policiales. Aquí, la vigilancia era aún más estricta, así que necesitaba ser aún más cauteloso. Cada consulta dejaba una huella como la de una pisada sobre el cemento fresco. Buscó denuncias y registros de altercados durante las Hogueras de San Juan, un evento suficientemente grande como para justificar un amplio rango de búsquedas.

Finalmente, llegó el momento de rastrear lo que realmente le interesaba. Con cuidado, empezó a revisar archivos antiguos y denuncias de desapariciones de hacía más de diez años. Sabía que cualquier consulta sobre estos casos antiguos podía levantar sospechas, así que alternaba estas búsquedas con otras más recientes.

Rojo también tenía su propio método para evitar dejar huellas: utilizaba terminales diferentes para realizar partes distintas de sus búsquedas, moviéndose entre los equipos de trabajo cuando tenía la ocasión. Esto creaba un patrón disperso en los registros digitales, dificultando que alguien pudiera conectar todas sus búsquedas a un único objetivo. Sin embargo, en esta ocasión, no podía hacer algo así, debido a la vigilancia de los compañeros.

«Al carajo... Lo haré a la vieja escuela», se dijo y cerró la sesión en ambos sistemas, con un cuidado meditado. Segundos después, se levantó de la silla y se alejó del escritorio, no sin llamar la atención de la compañera. Ella le lanzó una mirada esquiva y él le hizo un gesto sombrío, con el paquete de cigarrillos en la mano. No necesitaba darle explicaciones de lo que iba a hacer, pero le hizo suponer que estaría fumando en la calle. De ese modo, evitaría que lo siguiera.

Bajó las escaleras hasta la primera planta y después continuó por un pasillo hasta que llegó al fondo de este. Allí se encontraba el arcaico archivo de la comisaría provincial. Para él, por suerte, la digitalización llevaba un proceso largo y manual, y los casos con más de quince años de antigüedad, aún no habían sido incorporados al registro digital.

En la garita estaba Romero, una mujer en edad cercana a la jubilación, y una de las últimas funcionarias administrativas que llevaba media vida trabajando en la comisaría. Al verlo, se sorprendió por la visita.

—Vaya, qué sorpresa, inspector —dijo con retintín.

—¿Hay alguien ahí dentro, Romero?

—Has venido dos veces en los últimos tres meses. Me preocupas. ¿Acaso se ha caído el cielo?

—Más o menos... —dijo y dio un vistazo a su alrededor. La ambigua respuesta fue suficiente para entender que estaba solo. Romero llevaba unas gafas con cristales que hacían sus ojos más grandes y el pelo teñido de rubio y ensortijado. Allí abajo, él se sentía como en otra época. La mujer lo miró por encima de las lentes y esperó a que hablara. En el fondo, sabía lo que estaba haciendo allí—. Necesito hacer una consulta.

Ella asintió con la cabeza y metió la mano por debajo del escritorio para extraer un formulario y un bolígrafo. Antes de que terminara la acción, Rojo la interrumpió con un gesto de mano.

—Es un tema delicado. Necesito acceder a unos archivos antiguos. Casos de hace unos veinte años.

La mujer arrugó la frente y lo miró con recelo.

—Rojo, me queda un año para jubilarme. Ya te hice el último favor.

—Por eso mismo. A estas alturas, mujer...

—No deberíamos estar hablando de esto. Me dijiste lo mismo la última vez que viniste. Me pillarán.

—Será mi último favor, Martina, te doy mi palabra.

—Lo siento, pero no puedo.

—Preferiría que nadie supiera que he estado aquí.

Ella negó con la cabeza, a pesar de que luchaba por tomar la decisión.

—¿Qué es esta vez?

—Un secuestrador.

—¿Es por esa chica que ha desaparecido?

—Vaya. Estás al corriente de todo. La radio sigue funcionando.

—Las paredes no son de cartón.

—Sí, tienes razón. Es por esa chica y también por mi compañera. Presiento que existe una relación entre ambos casos.

—¿La hija de Agulló? Pensaba que ya te habías ocupado de eso.

—Esta vez, es diferente.

—Siempre lo es, ¿no?

—¿Así que, lo conociste?

Por alguna razón, la mención al inspector provocó un sentimiento de nostalgia en ella.

—Era un buen hombre. Reservado, pero educado. Como tú, pero con la cara menos dura.

—El paso del tiempo nos hace parecer mejores de lo que somos.

Martina dejó escapar un suspiro profundo. El peso de los años y los secretos que guardaba se reflejaban en su rostro.

—¿Cómo está tu hijo?

—Bien. Mi vida sigue en orden.

—Y sin pareja.

—En orden.

—¿Ves? A eso me refería. Igual de reservado que Agulló.

—Entonces, eso significa que... —insistió él con lo que le interesaba.

—Esto no es fácil para mí, Rojo. Si alguien se entera, podríamos meternos en un lío grande.

—Será un momento, te lo prometo. Además, yo asumiré la responsabilidad.

—Lo sé, pero no eres tú. Somos los dos.

—No es santo de mi devoción estar ahí dentro, removiendo el pasado y oliendo papel rancio. Si lo hago, es porque hay una chica en peligro.

Ella se quedó pensativa unos segundos, pero se dijo que todos tenemos una figura en la familia, que podría ser la víctima.

—Pero, esta vez, no puedes sacar nada. Últimamente, hay un oficial merodeando por aquí.

—¿Quién?

—Ferrando.

—Que le zurzan bien. Es un pelele.

—Ya, pero no a mí. Con esto de la digitalización, mi trabajo llega a su fin. Con suerte, me prejubilarán antes de que todas las cajas desaparezcan.

—No cantes victoria tan rápido.

—En efecto. Dudo que alguien tenga ganas de triturar todo ese papel... —dijo con una sonrisa de camaradería—. Date prisa, ¿quieres? O tendrás que firmarme la solicitud.

14

Rojo accedió al archivo y se perdió por los largos pasillos llenos de estanterías y cajas repletas de casos policiales cerrados, resueltos y sin concluir. Cada visita era como la primera vez. Para él, esas cajas contenían el trabajo de otros inspectores que habían perseguido criminales, con más o menos éxito. La historia de un Cuerpo, los secretos de lo que se quedaba en el interior de la comisaría. Cajas amarillentas, llenas de documentación, pero también de horas de esfuerzo y de historias desagradables. Si existía un registro de las desgracias en la provincia, era ese.

Respiró hondo, consciente de que le llevaría un buen rato encontrar una razón por la que seguir en el caso.

Buscó con ahínco en las décadas pasadas hasta que llegó a una enorme balda, llena de cajas con los años en los que Agulló padre había trabajado. El inspector no había trabajado solo en esas investigaciones, por lo que la búsqueda era como encontrar una aguja en un pajar. Si no hubiera hecho el trabajo previo, encontrar algo relevante en esa estantería habría sido una pérdida de tiempo.

Buscó con el dedo las fechas marcadas y se detuvo frente a una de las cajas que había revisado con anterioridad. La agarró por los laterales y la puso en el suelo. Seguidamente, sacó varias carpetas del interior. El contenido contenía los últimos años de la carrera, antes de que tomara la excedencia. De nuevo, el Grupo 3, se dijo, al mover las fichas con los dedos. Esa misma caja le había llevado a dar con el soplón de Belmonte, sin demasiado éxito. Continuó con la búsqueda, examinando los casos de homicidio cerrados. «Prostitutas, disputas familiares, drogadictos, ajustes de cuentas…», leía. Entonces, entre carpeta y carpeta, dio con un expediente que le resultaba cercano.

«Operación Gaviota».

Sacó el informe, puso la caja a un lado y comenzó a leer en la soledad absoluta de esos pasillos llenos de polvo. El informe databa de veinte años atrás e investigaba la desaparición de tres mujeres jóvenes, de edades entre los veinticinco y los treinta años y de origen extranjero: una británica, una noruega y una alemana.

Tres casos que habían convertido en una investigación coral, en las que Agulló trabajaba como inspector de homicidios, junto a Maruenda.

«Mare de Deu…».

El sospechoso principal del caso era un hombre con una ligera cicatriz en el rostro, así como el sospechoso que barajaban por el momento, en la actualidad, tal y como lo había descrito la amiga de Emily.

«Interesante. El mismo defecto en ambos casos».

Sin embargo, veinte años después, el sujeto habría envejecido lo suficiente como para espantar a esas chicas, reflexionó. «Podía ser un imitador o una accidental coincidencia». Por suerte o por desgracia, eso ayudaría a reducir el número de implicados. Rojo cerró los ojos un momento, dejando que la información se asentara.

«¿Y si Agulló tiene razón?».

Existía una remota posibilidad de que realmente fuera más allá de la burda provocación. Dado que la investigación seguía en pañales, todo le valía.

Siguió leyendo, descartando lo irrelevante y enfocándose en lo crucial. El apodo de Belmonte apareció entre las líneas, como un colaborador de la policía. Por entonces, el exlegionario trabajaba como guardia de seguridad en una discoteca, según apuntaba el texto. Hizo una nota mental para buscarlo de nuevo.

En cuanto al caso, las tres mujeres habían desaparecido sin dejar rastro, durante las Hogueras de San Juan, en diferentes años y sin un patrón temporal específico. No existía más correlación entre ellas, a excepción de la señal de las fechas y de las chicas, todas rubias, extranjeras y con un perfil similar.

«Como Emily».

Por un momento, notó cómo las tripas se le removían. Un sentimiento de impotencia crecía dentro de él al imaginar lo que experimentarían las familias de esas jóvenes, al recordar lo que experimentó él, la primera vez que esa mujer se le acercó en Cartagena para pedirle ayuda. Estar allí, sujetando ese informe, de alguna manera, era la consecuencia de aquel caso. Seguía sin encontrar una explicación para causar tanto dolor ajeno.

Por desgracia, la Operación Gaviota no llegó a puerto y el caso se cerró sin éxito y la policía nunca encontró a las desaparecidas. Tras el fallecimiento del inspector, nadie había reabierto el caso ni se había interesado por él. Esto no le sorprendió porque era una práctica habitual en la comisaría.

El informe hacía alusión a varios individuos que podían estar operando conjuntamente en el rapto de las chicas. Pero, ¿qué había pasado con esas mujeres?, se cuestionó Rojo. Las descripciones y los detalles eran inquietantemente similares a los del caso de Emily, a diferencia de que Emily solo era una, por el momento, ¿o formaba parte de la misma lista de desaparecidas?, se planteó.

Sintió un escalofrío al leer las palabras escritas por el padre de Agulló.

Este había barajado una hipótesis sobre una red criminal que operaba en la sombra, pero nunca pudo reunir pruebas suficientes para desmantelarla, por lo que habría quedado descartada.

«Los sospechosos actuaron de manera premeditada y con organización, bajo un patrón cerrado en el que se utilizan métodos profesionales para evitar el rastro de huellas», leyó del informe.

Agulló también investigaba una empresa de servicios de reparto a domicilio, con sede fiscal en Torrellano, pero sin un local físico. Entre sus notas había guardado el número de una matrícula de vehículo: A-2709-DZ. Sin embargo, el coche al que estaba registrada había sido dado de baja unos años atrás y el inspector no tenía más notas guardadas al respecto.

En veinte años, todo había cambiado, pensó al leer aquello. Los ladrones no actuaban de la misma manera y tampoco los sádicos. Y era posible que esa furgoneta ahora fuera chatarra.

Haciendo cuentas, calculó que nadie había vuelto a saber de esas mujeres en décadas, por lo que supuso que estarían muertas y enterradas en paradero desconocido. Tomó nota mental de los nombres de las víctimas y dio un vistazo rápido al resto de papeles, consciente de que el tiempo apremiaba. Puede que fuera tarde para ellas, pero aún había esperanza en salvar a Emily. Por desgracia, el gran impedimento lo tenía entre manos. Podía ocultar la información y seguir adelante con lo que conocía, ocultando cómo había llegado a tales conclusiones o al contrario, podía hablar directamente con Linares, pedir una reapertura del caso y enfrentarse a todo lo que eso conllevaba.

15

El inspector abandonó el archivo, no sin antes fotografiar con su móvil algunas de las fichas de las desaparecidas, para revisarlas más tarde. Al salir de allí, se despidió de la mujer con la promesa de no visitarla por un tiempo, al menos hasta que las aguas se calmaran en las instalaciones. No era conveniente para ella, ni para él, que no debía olvidar que Asuntos Internos seguía vigilándolo como una sombra.

Subió las escaleras y regresó a la planta donde se encontraba la inspectora. Nada más verlo, ella se levantó de su escritorio y se dirigió a él con evidente prisa.

—Rojo, ¿dónde te habías metido?

—Echando un cigarrillo. ¿Qué hay?

Ella aspiró, pero no olió el humo que se queda pegado a la ropa. Él se dio cuenta del error.

—Es igual. Ven, tienes que ver esto —le dijo, sin importarle la mentira que iba a contarle, y le indicó que se acercara a la pantalla—. Son las grabaciones de las cámaras del paseo y del hotel. Creo que tenemos algo...

—A eso lo llamo eficacia.

Rojo no era consciente de la hora que había pasado en el archivo hasta que comprobó la hora en el reloj de la esquina de la pantalla. Agulló tampoco parecía haberlo notado. Había revisado las grabaciones de la noche de San Juan, una por una, en búsqueda de una prueba que contrastara con la que habían encontrado en la playa.

Retrocedió un paso para darle espacio a su compañero y señaló una secuencia específica en el vídeo. Las grabaciones del paseo junto al hotel eran oscuras y mostraban poca actividad. Entonces, la inspectora adelantó la grabación hasta la madrugada. En la pantalla apareció un grupo de jóvenes que se sentaban en un banco, fumando algo que probablemente era marihuana

o hachís, según interpretó Rojo, por la densa nube que dejaban en el aire, y después desaparecieron.

—¿Qué me quieres mostrar? —preguntó, confuso.

—Fíjate bien a esta hora —Ella señaló la hora de la grabación: doce y media de la madrugada —. El recepcionista del hotel dijo no haber notado nada extraño en el paseo, excepto por unos chavales que no tardaron en irse.

—Sí, lo recuerdo.

—Sin embargo, lo que ese empleado pasó por alto fue lo siguiente —dijo y minimizó la ventana. Acto seguido, abrió una segunda ventana con otro vídeo. La imagen, desde otro ángulo, no era del todo nítida y la oscuridad no ayudaba a distinguir el movimiento. Entonces, Agulló señaló un punto exacto con el dedo—. Mira, ahí.

Pulsó el botón de reproducción sobre una mancha oscura que se transformó en una presencia. De lateral, aparecía Helen Byrne, la amiga irlandesa de Emily, hablando con alguien. Se le podía reconocer con facilidad. En ese instante, una pareja de hombres se acercó a ella.

—Espera, no parece que esté sola. —Rojo se rascó el mentón. No se podía ver a Emily, así que tampoco podía asegurar que estaba allí. Se fijó en la silueta del tipo que la abordó. La actitud era jovial, sin intimidación—. Sigue.

Agulló adelantó unos segundos el vídeo y la cámara captó un momento clave: Helen se giraba y señalaba hacia la playa, mientras uno de los hombres asentía y parecía hacerle una pregunta. El otro varón, con una camisa estampada, se mantenía algo alejado, observando la escena con una actitud relajada.

—Rojo, míralo... —dijo ella, ampliando la imagen sin perder claridad—. Ese tiene que ser el tal David.

El inspector entrecerró los ojos y se inclinó hacia la pantalla, observando con atención. La descripción era crucial.

—Puede ser. Pero no podemos ver a Emily —comentó Rojo, frustrado por la limitación de la grabación—. Necesitamos saber qué pasó después.

Agulló asintió y detuvo el vídeo.

—Esto nos da un punto de partida. Podríamos intentar identificar a estos dos tipos y averiguar si alguien más los vio esa noche. Quizás el personal del hotel o incluso los chicos que estaban fumando hayan visto algo más.

—¿Qué hay de los amigos?

—Descartados. Estaban en el restaurante de comida rápida. Varios empleados lo han confirmado.

—¿Todos?

—Sí.

—Suerte con la búsqueda… —dijo con desdén—, pero sigo sin ver a Emily Green en esas grabaciones.

Ella dio un respingo. La grabación continuó. Helen intentaba coquetear con el que pretendía ser David, pero este hacía movimientos esquivos.

—Si no recuerdo mal, esa chica admitió que no tenía interés en ellos... —comentó Rojo.

—Es su versión —dijo Agulló encogiéndose de hombros—. Ahora viene lo interesante.

—¿Tenemos cámaras desde otro ángulo?

—No, espera un segundo...

Rojo continuó observando en silencio, permitiendo que ella continuara. En algún momento de la conversación, el hombre se alejó de Helen. El otro varón, el de camisa estampada, se acercaba a la claridad y dejaba a la vista las flores que aparecían en la prenda. Rojo tomó nota de la prenda. Aunque era común, sería fácil reconocerla en otra grabación. En ese instante, Helen comenzó a comportarse de un modo extraño, como si discutiera con alguien.

—Espera, ¿con quién habla?

—Intuyo que con Emily.

Helen y, presumiblemente, Emily forcejearon unos segundos. Una mano apareció en el campo de visión y, por un segundo, se veía el rostro de Emily. De la muñeca colgaba una pulsera brillante. Rojo gesticuló con desaprobación, sospechando que la pulsera cayó tras el forcejeo. Finalmente, Emily desapareció y Helen lo hizo después.

—Esa es...

—Sí, la pulsera de plata. Nos ha mentido de principio a fin...

—Me temo que sí.

—Lamentablemente, esto no aclara nada.

—No tan rápido. Todavía no he terminado.

Rojo la miró a los ojos.

—¿No? Me tienes en ascuas.

—No seas tan sarcástico. Esto ocurrió pasada la medianoche. No sabemos dónde estuvo Emily después. Puede que caminara hasta donde perdió el bolso y el teléfono o que intentara recuperar la pulsera. Pero no hay huellas debido a la arena.

—A estas alturas, me creería cualquier cosa. Podrían haber discutido, incluso peleado. Las rocas están a unos metros de su posición.

—Pero no hay rastro de sangre por toda la playa.

—Hasta un niño sabe cómo ocultarlas bajo la arena. Un golpe en la nuca puede ser mortal.

—Cierto. En esa hipótesis, su amiga podría ser sospechosa, si no fuera por un detalle que quedó grabado por las cámaras del paseo de la playa.

—Sorpréndeme...

Agulló cerró las ventanas de la pantalla y abrió una tercera. La grabación era similar, oscura y de mala calidad.

—Esta imagen es del paseo —señaló y amplió un sector del vídeo—. Sucedió sobre la una de la madrugada, poco después de que Emily discutiera con su amiga y se quedara sola. ¿Adónde fue? Es evidente.

En la imagen se apreciaba a Byrne por su tamaño y su ropa. La irlandesa caminaba hasta la puerta del McDonald's y entraba en él.

—Discutes con tu amiga y te da por comer... ¿Es lo que tú harías?

—Ahora, observa esta otra. Minutos después de que Byrne se largara...

En la secuencia aparecía un hombre con una camisa floreada y una chica rubia. La pareja iba abrazada y salía del paseo, subiendo a un coche aparcado al otro lado de la acera.

—Interesante... ¿Tenemos la matrícula?

Agulló asintió con orgullo.

—Un Hyundai Accent de 2002. Está a nombre de un varón de treinta y dos años. El coche está registrado en una finca de Sant Vicent del Raspeig. La descripción y la edad encajan con el testimonio de la amiga.

—Buena chatarra. Tú eres de allí, ¿no?

Ella arqueó una ceja al notar cómo la había investigado.

—Nací en Alicante. Mis padres tenían una vivienda en el pueblo.

—Entonces, conoces la zona.

—Más o menos...

—¿Qué piensas de la discusión entre Green y Byrne?

—Puede que sucediera y que nos mintiera para no relacionarla con la desaparición. Pero no se fue con ella.

Rojo aguardó en silencio unos segundos, observando la instantánea congelada. Le costaba creer que fuese Emily. «Dos hombres, un modo de operar premeditado», recordó del informe. En

ningún momento se nombraba el uso de un vehículo como ese, aunque sí de una furgoneta. Pese a todo, la duda acechaba.

—Sé que urge, pero debemos cotejar esta evidencia.

—Rojo, ¿y si es él?

—Quiero interrogar a la amiga.

—¿Qué aportará eso?

—Una declaración ante el juez. Recuerda lo que te he dicho sobre mantener la calma y el enfoque.

—Tú mandas.

—Los demás... Quiero que la irlandesa venga aquí, cagando leches. Si hace falta, traedla a rastras. Y que alguien saque estas imágenes a máxima resolución, todo lo que se pueda... También quiero un informe detallado de lo encontrado en el bolso, ¿está claro? —dijo, elevando la voz con enfado, dirigiéndose al resto del equipo. En ese momento, el subinspector Costa entraba en la oficina—. ¿Dónde está el informe tecnológico del teléfono?

—Veo que esto sigue igual de caldeado.

—Costa, ¿dónde demonios estabas?

—Trabajando, como todos, inspector.

—No te pases ni un pelo de listo.

Rojo se acercó a él para dejarle claro quién estaba a cargo, cuando la presencia de Linares los interrumpió.

—¿Alguna discrepancia entre ustedes?

Rojo miró al comisario, que estaba al otro lado de la sala.

—Ninguna, comisario.

—Mejor. Rojo y Agulló, ¿tienen un momento?

—Para usted, siempre... —dijo Rojo, meneando la cabeza, cansado de la ineficacia del equipo. Agulló asintió en silencio y los tres se dirigieron a la sala de juntas para que los demás no pudieran escucharlos.

16

Linares tenía la expresión de un besugo recién sacado del mar, lo que hizo que la pareja intuyera que no traía buenas noticias.

—Evite más escenas como esa en mi comisaría, ¿queda claro? —El aviso era para Rojo, que se limitó a guardar silencio mientras mantenía la mirada firme. Si esperaba una disculpa, había dado con la persona equivocada. El comisario esperó unos segundos a que Rojo se expresara, pero este no lo hizo. Finalmente, desistió—. Maldita sea, Rojo. Dé ejemplo al Cuerpo.

—No soy un modelo a seguir, ni esto es una guardería. ¿Qué ocurre, comisario?

—¿Cómo sabe que ocurre algo?

«Es obvio que algo sucede. No es común ver a un comisario saliendo de su despacho para bajar al terreno».

—Mi sexto sentido.

Agulló no pudo evitar reírse, aunque fue lo suficientemente rápida como para que no se notara.

Linares dio un respingo, expresando su descontento. Sin embargo, estaba lejos de parecerse al ogro de Maruenda. Rojo sabía que ni era tan implacable, ni tan peligroso.

—Me ha llegado un comunicado oficial de la embajada del Reino Unido. La INTERPOL quiere distribuir el rostro de Emily Green por todas partes.

—¿Qué? —preguntó Rojo, desconcertado—. Eso sería como dispararnos en la pierna. No necesitamos colaboraciones.

—Lo sé. Scotland Yard está forzando la situación.

—Vamos a encontrar a esa chica sin ayuda de la policía extranjera.

—Inspector... —Agulló se fijó en la actitud de su compañero—. Son órdenes y las acataremos si vienen como tales. No seré yo quien les pida la colaboración a los británicos, todo sea dicho.

—Haga fuerza, comisario, y compre algo de tiempo. Si distribuyen el rostro de la chica, las llamadas anónimas saturarán las líneas telefónicas. Tendremos decenas de casos de personas que la vieron, y todo por ganar un minuto de fama.

—Sin mencionar los bulos que circularán por las diferentes redes sociales... —agregó Agulló, pero el comisario no pareció preocupado.

—Mantenga a la INTERPOL al margen y nosotros encontraremos al secuestrador de Emily Green.

En ese instante, el inspector se arrepintió de hablar más de la cuenta.

—¿Secuestrador?

—Barajamos la hipótesis de un secuestro, sabiendo que es familiar de una figura importante en su país.

—Espere un momento, ¿cómo sabe que es un hombre? ¿Me he perdido algo? Agulló, ¿no he sido claro en todo momento?

Rojo suspiró y chasqueó la lengua. Pero ella intervino antes de que la disputa fuera a mayores.

—Queríamos asegurarnos de que estábamos en lo cierto —dijo y señaló a la puerta—. Hemos comprobado las grabaciones de las cámaras de vigilancia del hotel Meliá y del paseo de la playa. A pesar de la baja calidad de la imagen, hemos identificado a un varón con camisa floreada que primero habló con Helen Byrne, la amiga de Emily y la única testigo que vio al sospechoso.

—¿Le han tomado una declaración formal a la testigo?

—Todavía no... —dijo y negó con la cabeza, reconociendo el error—. Hablamos con ella en la playa, poco después de la desaparición. Todos sus amigos estaban nerviosos.

—Indispuestos, diría yo —añadió el inspector.

—No era el momento para hacerlo.

—¿A qué demonios esperan?

—Ya la ha oído. No considerábamos que fuera oportuno —añadió Rojo—. Byrne la dejó sola antes de que desapareciera.

—Vaya, inspector. ¿Me toma el pelo?

—No es mi intención, créame.

—Entonces, ¿cómo espera que esa muchacha mantenga su versión? ¿Y si es cómplice de la desaparición? Puede cambiar de parecer en cualquier momento y echar por tierra lo poco que tienen...

—Media hora después de la primera captura, las cámaras han recogido la presencia de quien podría ser Emily Green junto al hombre de la camisa floreada. Él es el principal sospechoso. Los

dos abandonaron la playa y subieron a un vehículo.

—Por favor, dígame que tienen la matrícula.

—Pertenece a un tal Miguel Ángel Serna, un vecino de Sant Vicent del Raspeig, aunque lleva dos años sin pagar el impuesto municipal del vehículo, ni consta que haya pasado las tres últimas revisiones.

—¿A qué esperan?

—No detenemos a nadie por no pasar la ITV —espetó Rojo—. Además, la irlandesa ha dicho que el sujeto con el que hablaron se llamaba David.

—¿Irlandesa?

—Se refiere a Helen Byrne, la amiga de Emily Green.

Linares parecía un poco alterado delante de los dos investigadores, tal vez por la sensación de que se estaban acercando al fin de aquel asunto y eso significaba que podían resolverlo antes de hora. Para él, también era un alivio que un fuego como ese se apagara tan rápido.

—Está bien. Tómenle declaración oficial a esa mujer y asegúrense de que ese hombre es el mismo que buscamos. Mientras tanto, hablaré con el juez para que nos dé una orden de registro de la vivienda del sospechoso.

—¿Comisario?

Antes de que se lo pidiera, el superior se anticipó.

—No le prometo nada, inspector, pero pediré veinticuatro horas antes de que empapelen la ciudad con el rostro de esa chica. Estoy seguro de que lo entenderán. Nadie quiere entorpecer el trabajo de nuestro Cuerpo.

—Se lo agradecemos.

—Manténganme informado, ¡por Dios! Y nada de escenas, ¿entendido?

—No volverá a ocurrir —dijo Agulló, mientras que Rojo se limitó a guardar silencio.

La pareja salió de la sala de juntas y caminó hacia las escaleras.

—¿Qué problema tienes con los de fuera? —quiso saber ella, metiendo el dedo en la llaga.

—¿Y tú, con los de dentro?

—Pretendía apagar el fuego que estabas provocando.

Rojo emitió un gruñido.

—Agulló, eres policía, no bombera. Ocúpate de tus problemas.

—Deberías tener un mínimo de consideración.

El malestar del inspector era visible. Él era consciente de lo que significaba que la INTERPOL estuviera sobre ellos y no le agradaba la idea. Un caso de carácter internacional podía convertirse

en un polvorín para su carrera. Que Agulló fuera el rostro de la investigación, era un primer paso, pero no la salvación. Cuanto más apartado estuviera del ojo público, mejor para él. De lo contrario, no podría gestionar toda la información que publicaran sobre su persona. Había tentado a la suerte en otras ocasiones y, por fortuna, nunca había llegado el día en el que su final estuviera escrito. Por desgracia, que no hubiese sucedido, no significaba que no pensara en ello. Como en un juego de cartas, simplemente, era una cuestión de estadística y riesgo.

—¿Recuerdas cuando tuviste a los de Madrid aquí?

—Prefiero no pensarlo. Perdí al hombre que enviaron.

—Créeme, es todavía peor. Ahora puedes perder tu carrera.

—¿Perdona? Entiendo que hablas por ti... Sé cuidarme sola.

Rojo la agarró del antebrazo para que dejara de caminar. La tensión entre los dos era palpable, aunque no era una tensión agresiva, sino causada por el ritmo frenético de la jornada y la adrenalina del caso. Los ojos de los inspectores chocaron en el aire, provocando un chispazo que no pasó de ahí. El silencio los contuvo durante un segundo, hasta que Rojo la soltó y cayó en la cuenta de que había cometido un error al haberla agarrado de esa manera. Pese a todo, en ningún momento le quitó la vista de encima.

—Ahora que estás más tranquila, deberíamos hablar. Pronto tendremos una orden y un sospechoso principal.

—Estas cosas nunca me alegran, Rojo.

Aunque le costara creerlo, algo le hacía sospechar que ella estaba actuando por interés propio.

—No pienso detener a ese hombre, si el testimonio no concuerda con las pruebas que tenemos.

—¿Y si lo hace?

—En ese caso... seré yo quien te cubra las espaldas.

17

Cuando abandonaron el despacho del superior, el equipo de informática había extraído las imágenes de las grabaciones a máxima resolución. Rojo observaba las instantáneas en su escritorio, esperando el aviso para bajar a la sala de interrogatorios.

¿De veras era él?, se preguntaba, mirando la silueta del sospechoso con la camisa floreada. No podía dejar de pensar en el caso investigado por el padre de Agulló. Se repetían algunos patrones, pero no todos y faltaban piezas en el rompecabezas. Había cientos de razones para derribar esa teoría y una sola que lograría convencerlo de la relación: ella.

Por su parte, la inspectora parecía más impaciente que él por recibir a la testigo irlandesa.

El inspector la observaba de reojo desde su posición y podía entender lo que sentía por dentro. Conocía las consecuencias, sabía lo que era que le pisaran los talones. Pero, a diferencia de su compañera, él estaba hecho de otro molde. ¿Cuántas veces había pensado en ello? Eran incalculables.

De pronto, un correo interno apareció en la bandeja de entrada de su ordenador. Lo abrió y lo leyó. Era de Logística y había varios receptores, en los que se incluía a Agulló. El correo informaba que no había grabación del bloque de apartamentos de Emily Green. Al parecer, el dispositivo de vigilancia estaba de adorno, inoperativo desde hacía años, por decisión de los propietarios.

Rojo respiró tranquilo, hasta que, segundos después, Agulló respondió al mensaje y este apareció debajo.

«Hay un bingo junto al edificio. Estoy segura de que tienen cámaras. Pido la orden».

—Mierda…

De repente, el teléfono sonó en el escritorio de la compañera, sacándolo de la pantalla.

—Es Costa —dijo ella, colgando con firmeza—. La testigo está aquí.

—Genial.

—¿Has leído el correo?

—Más o menos.

—Hablaremos de eso más tarde.

Luego tomó una carpeta con una copia de las fotografías y caminó con seguridad hacia las escaleras. Rojo se levantó de la silla giratoria y la siguió.

—Tenemos una bala, inspectora —le dijo por encima del hombro mientras ella bajaba los peldaños sin detenerse—. No la cagues.

—Lo mismo te digo, inspector. Evitemos las sorpresas.

—Tranquila. Sígueme el juego. Parecerá más natural.

Ella apretó los labios.

—Espero que sepas lo que haces. —Luego aligeró el paso y se separó de él hasta dejarlo atrás.

«Mal presagio», lamentó él, mordiéndose la lengua. Necesitaba un cigarrillo, pero no tenía tiempo para ello.

La testigo iba acompañada de un agente que la llevaba hasta la sala de interrogatorios. La vio entrar por el pasillo. Rojo se detuvo frente a una máquina expendedora y la examinó desde la distancia con disimulo.

«Qué extraño...», pensó al ver que se había arreglado demasiado para la ocasión. Junto a ella, iba un hombre de tez pálida y cabello cobrizo, vestido con una camisa azul y pantalones oscuros de traje. No necesitó una explicación para sospechar que traía un abogado.

¿Qué ocultaba la irlandesa? Tal vez nada, concluyó, consciente de que la presión mediática podía haberla afectado.

Reconoció que Linares tenía razón al mencionar el error cometido en el primer interrogatorio. «¿En qué diablos pensabas, idiota?», se recriminó con rabia. Si Helen Byrne cambiaba la versión de los hechos, no habría manera de rebatir lo que había dicho antes. Se había confiado demasiado, quizá porque los casos como ese, rara vez estaban relacionados con otras mujeres que no fueran víctimas. Suspiró y buscó una moneda en el bolsillo pequeño del vaquero. La echó en la máquina y esperó varios segundos hasta decidir qué iba a tomar. Optó por el café, la mejor de las peores soluciones.

Cuando la pareja de forasteros se perdió por el pasillo que llevaba a la sala de declaraciones, tomó el vaso humeante de cartón y se asomó a la puerta. Allí estaban los de la prensa, listos para atacar con sus cámaras y micrófonos.

«La función ha comenzado», se dijo, chasqueando la lengua antes de dar el primer sorbo al horripilante café de máquina expendedora.

Después, les dio la espalda y caminó hacia el pasillo para encontrarse con su compañera.

18

La inspectora esperaba de pie, acompañada de Costa, que estaba sentado a la mesa, con un cuaderno de notas y varios documentos oficiales. La testigo y el otro hombre se mantenían tranquilos, sentados en un rincón de la sala, frente a la mesa. Rojo entró con el café, y su aparición sirvió para romper la tensión que flotaba en el aire.

—Buenas tardes a todos. Señora Byrne... —dijo, mirando de reojo a los tres—. ¿Y usted?

Antes de que continuara, el hombre que la acompañaba se levantó para ofrecerle la mano al inspector.

—Buenas tardes, señores inspectores —contestó en español, con un deje británico en su manera de hablar—. Mi nombre es Conor Finnegan, abogado de la defensa de la señora Byrne. A partir de este momento, asumo su representación legal. Solicito que se respeten todos los derechos de mi cliente durante este proceso. También quisiera revisar todos los detalles del caso y las pruebas...

—Sí, sí, claro... —lo interrumpió Rojo y le hizo un gesto para que se sentara—. Puede sentarse y ahorrarse el discurso. Nosotros nos ahorraremos el nuestro. Creo que su cliente ha malinterpretado la situación. No está aquí como sospechosa de nada.

Confundido, el abogado los miró a ambos.

—Es una simple declaración formal —dijo Agulló—. A la señora Byrne no se le acusa de nada. Tan solo queremos hacerle unas preguntas sobre Emily Green.

—Está bien, está bien... pero ya les he dicho lo que sé. No sé a qué viene tanto interés, la verdad. Yo no he hecho nada malo.

—*I'll manage it* —le susurró el abogado en inglés y, automáticamente, cambió de idioma—. Mi cliente no tiene por qué responder a las preguntas. Tiene derecho a guardar silencio y a no

declarar si no lo desea, así como a no responder alguna o algunas de las preguntas que se le formulen.

—Ya. Veo que ese día no faltó a clase.

El comentario provocó una sonrisa en el subinspector Costa, que intentaba mantenerse al margen de la situación y limitarse a tomar nota. No convenía que la testigo se sintiera coaccionada por la policía. Por desgracia, Rojo comenzaba a desesperarse, y eso que el interrogatorio no había hecho más que comenzar.

—No tenga miedo, Helen —le dijo Agulló, a modo de tranquilizarla—. Tan solo necesitamos que haga un esfuerzo por recordar lo que sucedió anoche.

—¿Han encontrado algo sobre Emily?

—Las preguntas las haremos nosotros —respondió Agulló.

—*Please, Miss Byrne.*

—Mire, señor «Vinegar».

—Finnegan.

—Dentro de estas cuatro paredes, quiero que nos entendamos todos.

—Por supuesto —respondió en un perfecto español.

Rojo dio un soplo de aire y le hizo una señal a su compañera para que le mostrara las fotografías. Esta abrió la documentación y le mostró la primera imagen, en la que aparecía la testigo hablando con aquel hombre.

—Estas imágenes fueron tomadas desde el paseo que hay junto al espigón de rocas, pasada la medianoche —dijo, y le mostró la primera imagen. Luego la señaló a ella—. ¿Reconoce a esta persona?

—Sí.

—¿Confirma que es usted?

—Sí.

—En la imagen aparece hablando con un hombre. Esta mañana nos ha dicho que usted y la señora Green habían conversado con una pareja de desconocidos que se acercaron a ustedes.

—Sí, así es.

—Fíjese en la foto, por favor —le indicó Agulló y señaló a la figura masculina—. ¿Reconoce a este sujeto?

Ella hizo un amago de mirar por encima, sin demasiado interés y sin descruzar los brazos. Después regresó al respaldo y cruzó la mirada con Rojo. El inspector podía notar la actitud defensiva de la irlandesa. «Está a punto de joder el interrogatorio».

—Creo que sí.

—Usted también nos ha contado que uno de los varones con los que hablaron tenía una característica particular en el rostro. ¿La recuerda?

—No tiene por qué responder a eso, señora Byrne —objetó el abogado y se dirigió a los inspectores—. Están coaccionando a mi cliente. ¿Es esto legal?

—Lo más legal del mundo. —Rojo suspiró y cruzó los brazos—. No se hace una idea de lo que es coaccionar a alguien.

—Por favor, mantengamos la calma. —Agulló intentaba ser la más prudente de los dos. Por su parte, Costa estudiaba el comportamiento de la visita—. La persona que buscamos presenta una cicatriz en el rostro, tal y como su cliente ha descrito esta mañana. Si confirma que fue así, nos podría ayudar a establecer una lista de posibles sospechosos culpables de la desaparición de Emily.

—No lo recuerdo.

—¿Cómo dice?

—La cicatriz... No recuerdo bien si tenía una o no.

—¿Es una broma? —le preguntó Rojo—. Esta mañana ha dicho lo contrario. Esto es un asunto serio, señora Byrne.

—No puede hablar a mi cliente de esa manera, señor inspector.

Rojo se abrió paso y se acercó a la mesa para mirarla de frente.

—Mire, Flamingo, se lo voy a dejar bien claro —espetó, perdiéndole el respeto al abogado—. Cierre la maldita boca, ¿quiere?

—¿Qué? Esto es una infamia. No tolero esos modales —dijo y se puso en pie—. Señora, salgamos de aquí. La declaración ha terminado y pienso poner una denuncia ante ustedes.

Rojo sonrió y seguía de brazos cruzados, ahora obstruyendo la puerta de salida. Había logrado provocar al abogado con la intención de que Agulló aprovechara la distracción para acercarse a la mujer. Aunque no había sido una jugada ensayada, pronto se notó la complicidad que había entre ambos. Rápida y resolutiva, Agulló le mostró la fotografía en la que Helen Byrne zarandeaba a su amiga. La expresión de la mujer cambió por completo al reconocer la escena. Después, la inspectora le hizo un gesto a Costa para que le acercara la bolsa que contenía la pulsera de plata que Emily había perdido.

—Helen —le dijo, llamándola por su nombre de pila para captar su atención—. Estas imágenes son de anoche, poco después de hablar con esos desconocidos. Emily y usted tuvieron una

discusión que llegó a las manos. Esta es la prueba de que Emily estuvo en la playa. ¿Por qué nos ocultó esta información?

El rostro pálido de la irlandesa comenzó a enrojecerse a causa del pudor.

—*Don't answer, please.*

—*No, wait...* —le dijo la chica al abogado y le pidió que se sentara. Después se dirigió a los policías—. Yo...

—¿También nos va a mentir en esto, señora Byrne? —le insistió Rojo—. Puede hablar ahora y contarnos la verdad o salir por esa puerta. Pero, créame, si encontramos evidencias de que usted está relacionada con la desaparición de su amiga, le caerán unos cuantos años, por mucho Flanagan que la defienda.

—¡Finnegan! Mi apellido es Finnegan y exijo un poco respeto, si quieren que colaboremos. Esta situación es un disparate.

—Cálmese, ¿quiere? —le pidió Costa.

Los inspectores tenían a la testigo contra las cuerdas. No había más que observar su expresión para entender que sus planes habían salido mal y que se encontraba atascada en una cañería a punto de reventar.

—Está bien, hablaré.

—*But...*

—*It's ok, Conor*.

—Eso lo he entendido —comentó Rojo con sorna.

—Por favor, señora Byrne, cuéntenos de nuevo qué pasó entre la primera fotografía y la segunda... —insistió Agulló con un tono más relajado—. Su declaración puede salvar la vida de su amiga Emily.

19

El ambiente se relajó en el interior de la sala tan rápido como la mujer irlandesa comenzó su declaración. Más que un testimonio, era una confesión en toda regla, pero los inspectores prefirieron dejarla hablar antes de coaccionarla de nuevo.

El primer dato relevante de la noche era que Emily y ella no eran tan amigas como habían sugerido en un principio. Rojo temió que la irlandesa cambiara el relato.

—Nos conocemos desde hace unos años, porque estudiamos juntas en Londres. Le dije que viniera a verme, que había conocido a unos «expats» muy simpáticos y eran las Hogueras de Alicante.

—¿Ex-qué? —preguntó Rojo, no sin pasar por alto que hablaba de Emily en tiempo presente y no pasado, como solían hacer las personas que daban por fallecida a la víctima.

—«Expats» es una manera de llamar a los extranjeros que trabajan de manera remota desde otros países.

—No entiendo cómo no nos hemos extinguido todavía. ¿Cuántos son en ese grupo?

—No lo sé... Hay cientos.

—¿Cientos? ¿Cómo se conocen?

—¿Facebook?

Agulló puso los ojos en blanco. Rojo, en ocasiones, estaba obsoleto para según qué términos. No obstante, no era más que una fachada para leer entre líneas. En la cabeza del inspector, la información iba a dos velocidades: la que entraba y la que discernía.

—Ahora lo comprendo mejor… Así que Green voló a Alicante y alquiló un apartamento para pasar unos días.

—Así es. Lo siento, pero yo comparto piso y no tenía espacio.

—Los hoteles están muy caros en esta temporada.

—Sí. Lo sé. Por eso ella alquiló un apartahotel céntrico.

—¿La recogió usted en el aeropuerto? ¿O vino ella por su cuenta?

Byrne los miró, confundida.

—¿Es una pregunta pertinente, inspector? —preguntó el abogado.

—Sí, mientras la haga yo —respondió, tajante—. Me gustaría saber si interactuó con alguien, antes de encontrarse con usted. Entre sus pertenencias había una tarjeta de teléfono de prepago. Entendemos que la compró para que la comunicación fuera más económica…

—Consecuencias del Brexit —agregó, haciendo alusión a la política—. ¿Qué quiere que le diga?

—Si sabe dónde la compró. Podría ser de ayuda y nos ahorraría mucho trabajo. De lo contrario, dudo que su banco inglés nos lo ponga fácil para colaborar.

La chica pareció agobiarse un poco.

—No sé… Seguramente, ¿no? Le dije que comprara una tarjeta, nada más.

—Está bien, sigamos. Regresemos al momento en el que esos dos individuos hablan con ustedes —sugirió Agulló para que no se desviaran del tema principal—. ¿Cómo sucedió?

La chica chasqueó la lengua, en busca de las palabras adecuadas.

—Emily es un poco, no sé cómo decirlo... ¿sexual?

Costa arqueó una ceja y tomó nota.

—Se refiere a que le gusta coquetear con los hombres.

—Eso es, sí. Quizá eso suene más adecuado —dijo, pero Rojo notó que era consciente de los términos que usaba—. Estábamos todos en la playa, a punto de marcharnos a comer algo, cuando esos chicos aparecieron. Eran dos. Emily comenzó a mirarlos para llamar su atención.

—¿Qué pasó con el resto?

—Querían ir a McDonald’s.

—¿Pero Emily prefería quedarse?

—Sí.

—¿Y usted?

—Yo no.

Rojo dio un respingo y buscó en la carpeta una fotografía. Después la sacó y se la mostró.

—Aquí se la ve a usted, hablando con uno de ellos, pero él no parece tener mucho interés.

—Solo hablamos.

—Aquí parece otra cosa.

—Inspector, mi cliente ha sido clara.

Rojo fulminó al abogado con los ojos y regresó a la mujer.

—Esta mañana ha dicho lo contrario.

—Rojo...

El inspector le clavó la mirada, como el torero que sujeta el estoque, y le regaló una sonrisa de advertencia para que no siguiera inventando el relato.

—Todos habíamos bebido un poco, ¿vale? ¿Es un delito?

—Depende. Si es en la playa... entonces, sí. Es una pena que nadie os registrara.

—Por favor, señora Byrne —prosiguió la inspectora, de nuevo—. Es importante que recuerde si este hombre, el de la camisa floreada, tenía una cicatriz en el rostro.

—No lo recuerdo, de verdad. Les estoy siendo sincera.

—¿Entonces?

—No lo sé. Lo siento. Estaba bebida. Puede que fuese otro hombre. Creo que alguien habló sobre ello... De verdad, no me presionen, no lo sé. No puedo asegurar que era él.

—Ya la han oído. Será mejor que nos marchemos, señora Byrne.

—Pero llevaba esa camisa.

—Sí.

—Y se llamaba David.

—Sí, creo que sí.

—Perfecto. Esto no hace más que mejorar.

Agulló le hizo un gesto a Costa para que extrajera el resto de las pruebas que habían encontrado y las pusiera sobre la mesa. Cada una de las evidencias estaba protegida en el interior de una bolsa de plástico transparente. Cuando los ojos de Helen reconocieron el bolso, las patas de gallo salieron a relucir y sus pupilas se hicieron más pequeñas.

—Oh...

—Lo encontramos en la playa, junto al teléfono móvil que estaba perdido y una lata de cerveza en el interior. ¿Tiene algún sentido para usted?

—Esa lata fue la última que compró a un hombre de la playa, un vendedor ambulante que se acercó a nosotros. De hecho, la cerveza era para mí.

—Pero no bebió.

—No. Había tenido suficiente. No me gusta caminar bebida por la ciudad. Después, ocurren desgracias como esta.

La sorna de sus palabras fue percibida por los tres policías. Poco a poco, la testigo delataba el poco aprecio que tenía a la desaparecida.

—Háblenos de ese vendedor ambulante. ¿Se dirigió a todo el grupo o solo a ustedes dos? —quiso saber Rojo—. ¿Recuerda qué aspecto tenía?

—Era moreno, no muy alto. Estaba oscuro, la verdad. Yo no le compré nada, pero ella sí, esa cerveza. No sé a quién se dirigió... pero, supongo que a todo el mundo, ¿no? Era un vendedor.

Rojo observó la lata alargada de Mahou.

—¿Nacionalidad?

—Parecía español.

Rojo emitió un gruñido.

—Maldita sea —comentó por lo bajo, aunque Agulló se percató del detalle—. ¿Recuerda cómo iba vestido?

La mujer resopló. Tantas preguntas comenzaban a abrumarla.

—Soy inocente.

—No lo está poniendo fácil, la verdad.

—Por favor, responda a lo que le pregunta mi compañero. ¿Recuerda qué ropa llevaba el hombre que le vendió la cerveza? ¿Una camisa de flores, una camiseta, un polo?

—No... Como todos, supongo. Esas camisas están por todas partes.

—Ya.

En una jugada sorpresa, la inspectora sacó una fotografía y se la mostró. En ella aparecía un hombre con el cabello castaño, el mentón ancho y la mirada seria.

—¿Le suena este rostro?

Los ojos de Byrne se iluminaron.

—Sí. Es David.

Rojo miró a su compañera con disimulo, preguntándose de cuándo y de dónde había conseguido la fotografía.

—¿Está segura?

—Por supuesto.

La tensión aumentaba y la testigo se cerraba como una ostra. Antes de que continuara haciéndolo, la inspectora le mostró la última fotografía, en la que aparecía Emily saliendo con un hombre de la playa.

—Esta es Emily, antes de desaparecer, poco más tarde de discutir con usted y quedarse sola. Abandonó la playa por su propio pie, acompañada del sujeto que le acabo de mostrar.

En ese instante, algo se torció en el rostro de la irlandesa, que observó la captura, con desconcierto. Tomó la fotografía con las manos y giró el rostro, poniendo toda su atención.

—¿Están seguros de que ella es Emily?

—Dígalo usted, señora Byrne —respondió Rojo, expectante—. Ya no sé qué esperar.

—No sé... Está de espaldas y la imagen no es muy buena. Esta chica es rubia como ella, pero hay algo en su figura que... No me cuadra, la verdad.

—¿A santo de qué?

—¿Cree que podría ser otra persona? —quiso averiguar la compañera.

Finalmente, negó con la cabeza.

—No, es imposible que sea Emily —dijo y su lenguaje corporal cambió hacia uno más abierto —. ¿Saben? No puedo asegurar que no es ella, pero estoy casi convencida de que es otra mujer. Además, ese no es el hombre que habló con nosotras.

—¿Cómo lo sabe? Acaba de decir que no estaba segura.

La certeza iluminaba sus ojos, a la par que ella negaba con la cabeza.

—David, el chico que se nos acercó era corpulento, de gimnasio. Su espalda y sus brazos eran fornidos, lo recuerdo, y los de este, no. Emily jamás se habría ido con un tipo así.

—¿Quiere ver la fotografía que le ha mostrado antes?

—Sí, claro...

Agulló colocó la imagen de aquel individuo sobre la mesa.

—¿Lo reconoce? —preguntó Rojo.

—Sí. Este fue el hombre que abordó a Emily.

El inspector comenzaba a desesperarse con el interrogatorio.

—¿Está segura? —preguntó la inspectora

—. Supongo que tiene un argumento sólido para afirmar eso.

En ese instante, la mujer lo encaró con la seguridad que no había demostrado en todo el encuentro y un semblante desafiante que rozaba la arrogancia.

—Por supuesto, Emily no era como las demás. Detesta a los hombres delgados… y a los que son unos muertos de hambre.

—Y entiendo que usted también.

20

La declaración de Byrne fue determinante para que la investigación se transformara en un laberinto más complejo y lleno de agujeros.

Tenían un grave problema: la fotografía no pertenecía a ningún hombre llamado David, sino a Miguel Serna, el propietario del Hyundai Accent.

La irlandesa y el abogado abandonaron la comisaría, con la promesa del letrado de que se verían en los tribunales. Rojo ignoró el comentario con profesional indiferencia y los siguió con la mirada hasta la salida, donde les esperaba un grupo de periodistas internacionales, hambrientos por un titular amarillista.

«Buitres».

La irlandesa se vio rodeada de micrófonos y cámaras. Una oleada de preguntas la abrumó durante unos segundos, hasta que su parecer cambió por completo. Se había convertido en una estrella mediática de la noche al día. Desde el pasillo, Rojo observaba la escena, con una rabia que lo consumía por dentro. Ahora, Byrne gozaba de la atención de la que nunca disfrutaba por estar a menudo en segundo plano. Razón de sobra para seguir sospechando de ella, aunque no la tuviera como autora del crimen.

—¡Rojo! —bramó su compañera al verlo salir disparado hacia el otro extremo de la comisaría. Excepto los tres policías, nadie más entendía el revuelo que se estaba formando en el exterior.

—¡Que manden analizar esa lata ya! —ordenó él cuando dejó atrás la sala de interrogatorios.

Acto seguido, pasó por delante de la máquina expendedora y le propinó un puñetazo para así descargar toda su ira contenida. El estruendo llamó la atención del personal que pasaba por allí. Agulló, que iba tras los pasos del compañero, miró hacia arriba cuando notó una silueta que se asomaba desde lo alto. Era el comisario Linares y lo había presenciado todo.

—¿Crees que tienes motivos para actuar así? —le preguntó cuando lo encontró en la planta superior—. Estás llamando la atención demasiado.

A pesar de la escena, del golpe y del ruido, Rojo tenía el don para controlar su malestar en cuestión de segundos. Sabía que la mente era el mayor aliado y también el mayor enemigo de las personas. La mente, combinada con las emociones, era el virus más peligroso para el ser humano.

—Me importa un carajo la atención. ¿Por qué no me has avisado de que tenías la fotografía?

—Porque habrías sobreactuado.

—¡Ah! Gracias.

— Aún estamos a tiempo de encontrar al secuestrador de Emily. Ha reconocido a Serna. Ya has oído a esa chica. Emily Green no se iría con un tipo de complexión delgada.

—¿Y tú crees algo de lo que ha dicho?

—Debería.

—Por algún motivo, no quiere que la encontremos.

—Es una postura muy cruel.

—Esa chica dejó sola a su amiga, con ese y con el otro. Sal del cascarón, Agulló.

Ella arqueó las cejas con una actitud de desaire. La condescendencia de Rojo nunca era bien recibida.

—No te crees ni una palabra de la declaración de esa mujer.

—Estaba más preocupada por quedar bien ante la prensa de su país que en colaborar con nosotros. Por eso ha venido vestida de esa manera.

—Tú tampoco has colaborado para que se abriera como un libro.

—No me gustan los abogados.

—No hace falta que lo jures.

Hubo un breve silencio y el inspector retomó la conversación con un tono más sosegado.

—Cuando Byrne se ha referido sexualmente a Emily Green, he notado el desdén en sus palabras.

—Vaya, no sabía que eras psicólogo. Green es una mujer atractiva y probablemente lo sepa.

—Mira, la conocía lo suficiente como para haber intimado con ella en algunos aspectos de su vida. Cuando ha dicho que no le gustan los tipos delgados, significa que recordaba perfectamente a los dos hombres que se les acercaron por la noche. A ella también le gustaron. De lo contrario, no habría mencionado eso.

—Y eso es bueno para nosotros. Si recordaba que eran musculosos, también debería recordar la cicatriz del rostro.

—Eso es. Pero no lo ha hecho.

—Entonces, ¿de dónde ha sacado ese rasgo?

—Esa es la segunda parte —explicó. Él contaba con la ventaja de haber investigado el caso relacionado veinte años antes, pero era algo que tendría que explicar más adelante a su compañera, cuando los ánimos estuvieran más calmados—. O intenta encubrir a alguien o algo no cuadra.

—O Serna se presentó con otro nombre. Tampoco debemos descartar al vendedor ambulante.

—¿En serio? Los vendedores ambulantes trabajan para las mismas mafias que regentan los bazares o tiendas de alimentación. No buscan llamar la atención y prefieren pasar desapercibidos ante el radar de la policía...

—Ha dicho que parecía español.

Antes de que él contestara, ella le puso la imagen de las cámaras delante de los ojos.

—Observa. No hay rastro de bolsas, ni parece que esté preocupado por que la policía lo vea.

—Puede ser otra persona con una camisa parecida. Ni siquiera podemos afirmar que ella es Emily, después de escuchar la declaración...

—Evidentemente, así es. Su amiga ya lo ha confirmado. Es imposible que fuera ella.

—Pero...

—Ha reconocido a Miguel Serna. Y Serna es el propietario del vehículo. Eso es obvio.

—Si me dieran una moneda, cada vez que he escuchado eso, sería rico. Te estoy diciendo que algo sucedió cuando Emily se quedó sola, no que cuestione tu sospecha.

En un principio, la inspectora estaba segura de que existía una relación entre el vehículo con la desaparición de la británica. Por desgracia, ahora sus pesquisas comenzaban a emborronarse hasta el punto de hacerla dudar de ellas.

—No perdemos nada por investigar a este tipo. Iremos a esa finca y saldremos de dudas.

Tras la respuesta, Rojo la miró a los ojos en silencio y vació los pulmones por la nariz. Uno de los defectos de la inspectora era su terquedad a la hora de cambiar de opinión.

—Está bien, como quieras. Supongo que también puedo equivocarme. —Rojo se levantó de la silla y comprobó la hora. Empezaba a hacerse de noche, llevaban todo el día allí dentro y necesitaba un respiro. Cogió su chaqueta de cuero, pero no se la puso—. ¿Qué apostamos si fallas?

Ella lo miró desafiante y seria.

—No voy a fallar. ¿Qué me das?

—Te invito a una cerveza.

—Está bien. Pagarás una ronda.

—Ya… Voy a comer algo. Necesito salir de aquí. ¿Vienes?

Ella vaciló antes de acompañarlo.

—Gracias, pero no tengo apetito ni ánimos para uno de tus grasientos bares. Necesito estar a solas, pensar en silencio.

—Tú misma. Te veré más tarde.

21

Se había hecho de noche y el ritmo de la calle estaba más sosegado de lo habitual, cosa que no le molestó lo más mínimo. Cuando llegaba el verano, el barrio de Benalúa se volvía un desierto tras el atardecer, especialmente después de las fiestas de la ciudad. Como un cementerio de almas, solía decir el inspector, donde quedaban aquellos que no podían permitirse una segunda residencia de vacaciones, aunque estuviera cerca de la capital.

Dada la hora y la escasa oferta gastronómica cerca de la comisaría, subió al coche y condujo hasta la avenida de Aguilera, a varias calles de allí. Por suerte, para él y los parroquianos, la Libélula no cerraba hasta bien entrado el verano. Era uno de sus bares favoritos, uno de los primeros que visitó al llegar a Alicante, y uno de los pocos en los que no le preguntaban dos veces si se había quedado con hambre. Sin embargo, hacía tiempo que no iba, tal vez por apatía o falta de motivos. Quizá porque en los últimos años no había tenido ni ocasión ni ganas de dar un paso atrás y respirar.

El local estaba tranquilo al entrar. Decorado con madera y con una planta superior, la vitrina de la barra exhibía pescado, marisco y encurtidos. Suficiente para hoy, pensó. En realidad, era suficiente para cualquier día de su vida.

Saludó al camarero y se acomodó en la barra. Una familia cenaba en la planta superior, generando la mayor parte del ruido. El resto eran mesas de amigos o parejas que salieron a tomar algo en una noche calurosa y de resaca festiva.

Pidió una cerveza y una tapa de ensaladilla antes de mirar la carta. Estaba cansado y realmente no tenía ganas de pensar, pero pensó que le sentaría bien comer un poco. Pronto le sirvieron una caña en una copa helada, que agradeció enormemente para paliar el calor. Entendía que Agulló decidiera no acompañarlo y, en parte, lo agradecía, aunque el comentario de la mañana no le

había hecho ninguna gracia. La llevaba clara, si esperaba que fueran a comer a esos sitios gourmet a los que iba ella. «Antes, prefiero comer en un restaurante chino», se dijo. Pero esa noche, necesitaba estar solo, pensar con claridad y atar cabos sueltos.

Después de la declaración de esa mujer, sentía que la investigación había dado un giro brusco, poniéndolo todo del revés y enviándolos a la casilla de salida.

Por un lado, la investigación no llevaba ni veinticuatro horas en sus manos, por lo que aún tenía margen de maniobra, dedujo mientras formulaba hipótesis.

«Si es un secuestro, no tardarán en enviar el primer aviso», se planteó, aunque dudaba que fuera el caso. «Si es un asesinato, pronto nos daremos de bruces con las malas noticias», se dijo, con cierta sensación de derrota. Intentó desechar ese escenario. El nudo del estómago se le deshizo al saber que no podía aceptar ese resultado final.

Por desgracia, a diferencia de Agulló, le costaba creer que Emily Green siguiera con vida, aunque debía hacer un esfuerzo. Fuera el sujeto que había reconocido o no, lo cierto era que la mirada del sospechoso no le daba buen augurio del desenlace. La copa de cerveza dejó un charco de agua sobre la madera, una marca en forma de luna menguante, que le hizo pensar en la cicatriz mencionada. «Ese tipo no tenía ninguna. Pero ella la mencionó. ¿A santo de qué?». La urgencia y la presión con las que los habían sometido en las últimas horas impedía que pudieran ver la panorámica del asunto.

Concentrado, comenzó a repasar los hechos, uno a uno, desde la primera llamada de la mañana.

En su cabeza se formaron imágenes, como si estuviera en la playa. Con un poco de esmero, recreó lo que podría haber sucedido la noche anterior. Los amigos de Emily habían tomado una dirección contraria a la pareja que había aparecido en las grabaciones. Después, pensó en las pruebas. No le decían nada que no hubiese visto antes, a excepción del teléfono móvil, una prueba que podría haberles ahorrado aquel dolor de cabeza. «Ajústate a lo que tienes», se dijo, mordiéndose el labio inferior.

Siguió pensando, imaginando diferentes escenarios.

Por supuesto, concibió el crimen como un acto propio de un varón. Pero, ¿la razón? Existían muchas, como un robo, una agresión sexual o un accidente, reflexionó. En su cabeza apareció una imagen ficticia del vendedor ambulante, así como la figura de los tipos con las camisas floreadas. Se imaginó en los pies de Emily Green, lidiando con cada uno de ellos.

«No le gustan delgados… Había comprado una cerveza…», se decía, uniendo partes del relato, hasta que llegó a una conclusión que podía ser un punto de partida: el vendedor ambulante. ¿Era

realmente uno de ellos? ¿O era un bastardo que había cambiado los caramelos por las cervezas?, se planteó.

Era una apuesta arriesgada, pero había visto otras mucho más disparatadas y, por desgracia, verídicas. Español o no, eso era lo de menos. Pensándolo mejor, el escenario era idóneo para que un sádico actuara con libertad sin llamar la atención en una multitud ebria y a oscuras.

La corazonada le propició una sensación desagradable y se centró en la imagen del sospechoso principal: Miguel Ángel Serna, el propietario del vehículo que Agulló había mencionado.

«El guapo, el fornido, el degenerado».

Sin embargo, le confundía que la irlandesa hubiera mencionado a un tal David.

Todo podía ser, desde un despiste a una identidad falsa para provocar la confusión que tenía ahora.

«Parece que estemos nadando en una balsa de mierda», se dijo y dio un largo trago a la cerveza. Acto seguido, pidió otra.

Aún no había formulado su última teoría cuando el instinto le recordó la conexión con el caso del padre de Agulló.

«El sospechoso principal es un hombre con una cicatriz en el rostro...»

«Sin embargo, podría atacar a sus víctimas con ayuda...»

«Los sospechosos actuaron de manera premeditada, utilizando métodos profesionales para evitar el rastro de huellas».

Las frases del informe rebotaban en su cabeza como pelotas de frontón. Estas, ahora parecían resonar en él con más sentido. Recordó que la investigación coral había sido cerrada por falta de pruebas, aunque Agulló había señalado a algunos posibles nombres relacionados con las desapariciones. Sacó el teléfono y revisó las fotos que había tomado de los informes.

«Belmonte», recordó y tomó nota mental para más tarde. Debía encontrarlo de nuevo y terminar lo que empezó. Por el momento, era el único hombre que podía aportar algo de claridad al asunto.

«Tal vez podamos relacionarlo con ese tal Serna».

Cenó sin apetito, bebió la segunda cerveza en dos tragos y pidió una tercera. El caso lo tenía absorbido mentalmente, hasta el punto de olvidar que había dejado sola a Agulló en la oficina. Pero temía que a ella la obsesionara más que a él.

De pronto, recordó la conversación que tuvieron tras la llamada:

«Es evidente que quería hablar conmigo».

El inspector sopesó las palabras concienzudamente.

De alguna manera, eso lo cambiaba todo.

Creía más en la intuición que en el método y, aunque no había sido testigo directo de la conversación, supo comprender lo que la inspectora le intentaba transmitir subconscientemente. Regresó al primer caso y recordó la cronología de las desapariciones. Por su modo de operar, era visible que habían ido tras un perfil frío y calculador. Y lo mismo había hecho al comunicarse con ella de aquella manera. ¿Por qué una llamada, en lugar de una carta en el buzón o un susto por la calle?, se preguntó. Sin embargo, había preferido jugársela, telefoneando a la comisaría.

«Eso debe ponerle cachondo», sospechó y confirmó que había que tener agallas para ser tan atrevido, o llevar unas cartas muy buenas en la mano. A los lunáticos les encantaba aquello. Suponía una subida de adrenalina que los enajenaba emocionalmente, produciéndoles una sensación de satisfacción efímera que se transformaba en vacío.

Por lo tanto, la apuesta debía ser alta.

Volvió a pensar en Serna y recordó su mirada. La idea cobraba forma.

En ese instante, el camarero se acercó a él, viendo que parecía haberse quedado colgado como un ordenador antiguo:

—¿Va a tomar algo más? —le preguntó.

Miró la cerveza. Le quedaban dos tragos.

—Un café solo, si eres tan amable.

—Si va a pedir algo de comida, estamos a punto de cerrar la cocina.

Rojo pidió un bolígrafo y un minuto para pensarlo. El camarero se lo prestó sin rechistar. Tomó una servilleta del bar y anotó el apellido de Belmonte y el de Serna. Luego dibujó un círculo entre los dos. Belmonte era grandullón y con poco tacto, por lo que quedaba fuera de ser el actor principal.

«Serna…»

En ese momento, el teléfono sonó en su bolsillo. Era su compañera. Descolgó y guardó la servilleta en el bolsillo del pantalón.

—¿Has cambiado de opinión? —le preguntó a la compañera.

—No me vas a creer.

—Inténtalo.

—He localizado a los dos hombres que estaban con Helen Byrne y Emily Green... Ambos tienen antecedentes por agresión sexual. Uno de ellos se llama David Meroño.

—Vaya... ¿Y el otro?

—Te lo dejo a ti.

—No me jodas.

—Sí. Lo siento. Has perdido la apuesta. Me debes una ronda.

—Debo reconocer que estoy impresionado.

—No seas cretino.

—No lo estoy siendo.

—¿Dónde estás?

Rojo miró el local. Le hizo un gesto al camarero para que no le trajera la cuenta todavía.

—Cerca de la oficina. Yo también he dado con algo.

—Entonces, ¿quieres saber cómo lo he averiguado?

—Por supuesto. Supongo que no has comido nada, ¿verdad?

—Una barrita energética de la máquina.

—Hablo de comida real —dijo y suspiró—. Está bien. Estaré ahí en un cuarto de hora.

22

Salió del restaurante y cruzó la calle hacia su coche, aparcado en la acera de enfrente. El cansancio pesaba en su cuerpo tras la cena. A poco que comiera, la digestión le recordaba que necesitaba una cabezada. Respiró el aire húmedo de la noche e intentó despejarse por unos segundos. Aunque prefería ir directamente a su casa y tumbarse en la cama, la inquietud por lo que Agulló tenía que mostrarle lo mantenía en vilo. Subió al vehículo y bajó las ventanillas. Luego, arrancó el motor. La calle estaba desierta a esas horas y la comisaría quedaba a unos minutos de allí. Puso primera y avanzó en línea recta hasta la glorieta, al final de la calle, para cambiar de sentido y regresar a la avenida de Aguilera. Tras recorrer unos metros, un coche aparcado a poca distancia, encendió las luces y se incorporó al carril.

—Qué extraño… —se dijo, al verlo por el retrovisor. El coche llevaba los faros encendidos, pero no lograba ver quién lo conducía. Se fijó en el modelo, un Hyundai rojo. Luego sus ojos se clavaron en la matrícula, pero no lograba ver los números. Cuando lo hizo, descartó que fuera el mismo coche. Los números no coincidían.

Respiró hondo, intentando no darle más importancia, y condujo despacio hasta la rotonda. Sin embargo, notó algo sospechoso en la manera de conducir del otro vehículo, lo que lo obligó a mantenerse alerta. Al llegar a la glorieta, puso el intermitente para hacer el cambio de sentido, pero su intuición lo llevó a dar un giro completo y tomar un desvío que conducía a la parte trasera de los edificios. El otro coche continuó su marcha en dirección contraria hasta que desapareció de su vista.

A oscuras, siguió por un callejón entre bloques de viviendas, hasta que salió a una estrecha vía que lindaba con el muro que separaba la zona urbana de las vías del tren de la estación. Entonces,

sintió un escalofrío que lo sobrecogió. Por un momento, dudó de lo que había visto, pero estaba convencido de que ese era el coche que Agulló había identificado tras revisar las cámaras.

—Maldita sea…

Pero no tuvo tiempo para lamentarse más. Poco después de dar esquinazo al coche, los faros de otro vehículo iluminaron el oscuro callejón. Aminoró la velocidad y esperó a descubrir quién era. En ese instante, reconoció el vehículo que lo había seguido segundos antes, y no le quedó duda de que se trataba del sospechoso al que perseguían. Rojo esperó unos segundos y revisó el retrovisor para asegurarse de que no habría más sorpresas. La oscuridad detrás de él impedía ver más allá de las luces traseras.

Evaluó la situación y calculó cómo salir de la calle en caso de complicaciones. Era una de las pocas veces que se arrepentía de no utilizar un coche patrulla, pues no podía avisar por radio. Tomó el teléfono y llamó a la central para solicitar refuerzos.

—¿Comunicando? No me fastidies ahora…

Sin esperarlo, el coche frente a él lo deslumbró con las luces de carretera.

—Cojonudo —dijo para sus adentros, mientras sacaba el arma del cinto. No entendía a qué jugaban, pero sabía que no estaban allí por casualidad, ni podía esperar el milagro de que una patrulla apareciera por allí.

Acto seguido, metió la mano en la guantera y sacó la luz estroboscópica para colocarla en el techo, intentando disuadirlos, pero no parecían inmutarse.

Abrió la puerta y bajó del vehículo para acercarse al coche.

—¡Policía! —exclamó con firmeza desde la distancia, empuñando el arma hacia el parabrisas —. ¡Las manos donde las vea! ¡Baje la ventanilla e identifíquese! Documentación personal y del vehículo, y nada de tonterías…

Pero la silueta no soltaba el volante.

—¿No me oye? ¿A qué espera?

De manera repentina, el conductor dio marcha atrás con un fuerte rugido y el coche desapareció por el callejón por el que había entrado. Rojo, desconcertado, corrió hacia su coche, pero no fue lo suficientemente rápido para alcanzarlo.

—Será cabrón… —murmuró en voz alta, sin comprender qué acababa de suceder, además de darse cuenta de que lo estaban acosando.

Como quien sigue el zumbido de un mosquito, Rojo percibió el ruido del motor aproximándose por el otro extremo. De pronto, antes de que pudiera regresar a su coche, vio el Hyundai rojo en la distancia, acercándose a toda velocidad hacia él.

El inspector echó a correr unos metros, como una presa, huyendo de su depredador, consciente de que debía cambiar su plan si no quería ser arrollado por aquel demente.

Pero sus piernas eran más lentas que el motor del coche.

Cuando lo sintió cerca, se lanzó hacia un contenedor de basura para protegerse, y entonces notó una cadena que salía por la ventanilla del acompañante.

Todo sucedió en cuestión de segundos.

Un fuerte impacto resonó en las paredes del callejón, disipándose en un eco que llegó hasta las vías del tren. Rojo logró escudarse, y el latigazo de acero golpeó de lleno el contenedor, sin causarle más daño. El coche aceleró y siguió recto hasta la avenida. En ese momento, salió de su escondite y apuntó hacia las ruedas, pero no llegó a disparar. Estaba demasiado oscuro como para acertar.

La rabia acumulada estalló en una patada contra el contenedor.

El golpe llamó la atención de algunos vecinos de los bloques cercanos, y el inspector notó cómo se encendían las luces de las viviendas, antes de que los curiosos se asomaran a los balcones para entender de dónde provenían los ruidos.

Ahora no tenía duda de que lo habían seguido durante todo el día y que su rostro, al igual que el de Agulló, no pasaría desapercibido para los secuestradores de la chica. Lo peor de todo era que todos sus quebraderos de cabeza no habían servido para nada. Finalmente, la inspectora tenía razón. Le debía más que una ronda y ahora debía reconocerlo.

23

Tras el susto, se había acelerado y el cansancio había desaparecido de su cuerpo.

Aunque este no tardaría en regresar.

A esas horas, el tránsito en la comisaría menguaba hasta el punto de convertir el edificio en un templo de cemento y silencio. Al llegar a la planta de su departamento, Rojo sorprendió a Agulló desde atrás sin que ella lo esperara. El inspector dejó una bolsa de plástico y una lata de refresco encima del escritorio de su compañera. Ella no se había dado cuenta de su presencia y se giró para ver lo que era.

—Come algo, anda. Te vendrá bien —le dijo. El olor a filete de ternera revelaba el contenido de la bolsa. Aunque no conocía sus gustos, Rojo sabía que nadie hacía ascos a un pepito de ternera bien hecho, aunque se hubiera enfriado un poco a causa de los imprevistos.

—¿Estás bien? Te noto un poco agitado.

—¿Bien, a estas horas? Nunca. —Le quitó hierro al asunto para disimular su malestar y se dirigió a su escritorio, donde dejó el resto de las pertenencias.

Sorprendida por el gesto, ella le respondió con un «gracias» y una sonrisa cansada que mostraba el agotamiento que soportaba en su cuerpo. Simplemente, no esperaba que el inspector tuviera un detalle como ese.

—Huele de maravilla.

—Por mí, no te cortes —dijo y le hizo una señal para que empezara a comer antes de que se enfriara por completo. No estaba permitido comer en el espacio de trabajo, pero, a esas horas, no había nadie por allí que pudiera quejarse—. ¿Qué has descubierto?

—Varias cosas…

—No te hagas la interesante.

—La tarjeta de prepago —le dijo, entregándole un documento impreso con el informe de la Unidad Tecnológica. Rojo pensaba que habían descartado esa evidencia—. No, no es lo que piensas. La humedad destruyó el chip, pero no fue por la playa, sino porque lo manipularon con un mechero o algo parecido. Sin embargo, he encontrado el lugar donde la compró.

—Increíble. ¿Es relevante para el caso?

—Puede ser. El primer «pin» se activó dos días antes de su desaparición, en la terminal del aeropuerto, por lo que intuyo que la compró allí.

—No pierdes el tiempo, Agulló —le dijo con sorna.

—Ahórrate la impertinencia. La noticia es que, actualmente, no hay ninguna tienda física que venda esas tarjetas.

—Eso ya me parece más extraño. ¿A quién se la compró?

—A saber... Hasta donde sé, la empresa es una tecnológica que vende chips y se apoya en la red de varias compañías líderes de telefonía, por lo que ofrece mala cobertura a bajo coste, pero suficiente para el uso que necesita un turista.

—¿Tienen oficina física?

—Está en Madrid, pero se apoyan en una red de… cincuenta y dos distribuidores, entre los que figuran pequeñas y medianas empresas a lo largo de toda la provincia. El vendedor funciona como un afiliado a la venta. Por cada nuevo cliente, recibe una comisión. De ese modo, se pueden comprar hasta en un supermercado.

—Me quieres decir que se la pudo vender cualquiera.

—Así es.

—Por ley, necesitan los datos personales del cliente.

—Sí, pero esa es otra historia. Los he solicitado, pero no me los van a dar porque sí. De momento, tendrá que esperar.

—Joder… Dame algo que sirva para avanzar.

Agulló tomó un respiro para desenvolver el bocadillo y darle un primer bocado que supo a gloria. Después, abrió la lata de refresco, que aún seguía helada, y le dio un sorbo para aclararse la garganta. Sus ojos miraban a la pantalla del ordenador y también a los de su compañero. Él regresó a ella y se sentó en el borde de la mesa, sin desviar la atención del monitor del ordenador.

En la pantalla había varias ventanas con imágenes de las cámaras que habían grabado lo ocurrido. En una de las pestañas, había abierto un expediente que estaba revisando. Rojo hizo un repaso rápido de la situación para atar los cabos antes de que su compañera le explicara los

detalles. Después, se fijó en los documentos que tenía sobre la mesa. Tal y como le había comentado por teléfono, había logrado localizar a los dos supuestos hombres que aparecían en las grabaciones. Quizá, esos cabrones fueran los mismos que habían intentado atropellarle, sospechó. Pero, de ese tema hablaría más tarde, pues no le convenía precipitarse. Para él, era todo un hallazgo digno de admirar, contando con el poco tiempo del que había dispuesto la compañera. El ahínco de la inspectora era evidente, pero hacía falta algo más para cerrar una investigación.

Finalmente, se fijó en las fotografías de los expedientes que tenía sobre el teclado. Eran fotos de carné, en blanco y negro, pero con la calidad suficiente como para ver los dos rostros que aparecían en ellas.

—Así que estos son los dos tipos que buscamos.

—Presuntamente.

—¿Desde cuándo dudas?

—Miguel Ángel Serna y David Meroño —le dijo, se limpió las manos con una servilleta y agarró los informes para ponérselos en las manos—. Dos tipos conflictivos, con antecedentes por agresión sexual y robo... Aún no he tenido tiempo para comprobar más, no obstante, ambos habían trabajado juntos en un pub del Barrio. El primero, como portero. El otro, en relaciones públicas. Por supuesto, ninguna de estas actividades figura en su expediente laboral...

«Belmonte».

Rojo arqueó una ceja, intrigado.

—¿Cómo sabes esto?

Ella suspiró. Le molestaba que Rojo cuestionara cada paso hacia delante que daba.

—La matrícula me ha llevado al registro del vehículo y este a su propietario... Al examinar el expediente, he hallado la denuncia y la persona que la presentó... Una cosa me ha dirigido a la otra... y bingo. Era una camarera del bar de copas. Así que he contactado con ella y le he preguntado por lo que sucedió.

—¿Y ha accedido a hablar?

—Sí.

—¿A estas horas?

—Sí.

—Joder... Normalmente, en estos casos, prefieren pasar página... —Agulló lo miró con recelo —. Está bien. Supongo que se te da mejor que a mí el hablar por teléfono.

—Se llama tacto y empatía. No es tan complicado. Cuando es grave, la gente colabora —respondió, tajante, y señaló al primer documento—. Al hablarme de Serna, ha mencionado el ambiente de trabajo y la situación irregular en la que se encontraba. Es un pobre diablo. He aprovechado para sacarle más información del sujeto, hasta que ha mencionado al otro.

—David.

—Sí. No conocía el apellido, pero reconozco que atar los cabos no ha sido muy complicado para dar con él. He localizado el bar, la licencia de apertura y a quien la había solicitado. Al ver el historial del bar y el largo número de multas que acumula, he sabido que no le costaría colaborar.

—Bien hecho. ¿Tenemos una cara?

—Espera... La versión del dueño del local de copas ha encajado con la de la chica agredida. Miguel Serna es un tipo conflictivo, con malas pulgas y tendencia a los problemas. Se vio en varias peleas a las puertas del local, aunque no vaciló a la hora de echar a algún cliente problemático.

—Un matón. ¿Sabes si tienen algún historial militar?

—No, ¿por? ¿Algo que deba saber?

—Simple curiosidad. Muchos han pasado por el ejército, aunque fuera la mili.

—No parece el caso.

—¿Adicciones?

—Por supuesto. Ese es otro tema. Anabolizantes y cocaína, como la mayoría.

—Curioso... ¿Cómo has dado con el otro? Muéstrame una foto.

—¿Por qué no me dejas que te explique los detalles?

—Porque no siempre son necesarios.

—En fin... David Meroño era el que trapicheaba y hacía negocio. Entró a trabajar en relaciones públicas, el mozo que echaba una mano y se encargaba de llevar chicas al pub durante la primera hora, a cambio de regalarles bebidas. Conocía a gente y se movía por los otros bares del Barrio. Al principio, todo iba bien y cumplía. Sin embargo, a las semanas, el gerente se dio cuenta de que la caja descuadraba y que alguien estaba haciendo negocios a sus espaldas. Terminó por echarlo y lo denunció. Todo quedó ahí. No le ha costado darme su apellido.

Rojo se rascó la barba áspera de la zona de la mandíbula y sopesó las explicaciones de Agulló.

—La cara del tipo.

Ella resopló y abrió un documento. En la imagen aparecía un muchacho, más joven y delgado que Serna. No era lo que él habría esperado, pero nunca puedes esperar nada de un criminal.

—No tiene nada en el rostro.

—Lo sé.

—Vaya —dijo, decepcionado. Ambos podían ser muchas cosas, pero ninguno encajaba con el perfil típico del lunático que se dedicaba a secuestrar chicas durante la noche. No obstante, era demasiado temprano, o quizá tarde, para emitir un juicio así, sin caer en el error fácil. Y más, después de lo que había vivido.

—Buen trabajo, inspectora. ¿Qué más tienes? ¿Dónde están ahora?

—No lo sé. Partiendo de que trabajaban de manera irregular, no existe una vida laboral desde hace años.

—¿Cuántos?

—Seis.

—Son bastantes. ¿Qué hay del vehículo?

—Impuesto de circulación sin pagar, la ITV sin pasar desde hace años... Lo extraño es que no lo hayan detenido todavía.

—Un Hyundai Accent de color rojo.

—Tienes buena memoria.

—Sí… Hay gente con suerte... —respondió y se quedó observando la pantalla—. ¿Sabes? Aunque me cuesta creer que estos dos tengan alguna relación con lo que le ha ocurrido a esa chica, creo que deberíamos seguir esta vía y descartar la del vendedor ambulante.

—Supongo que tienes una teoría para eso.

—¿Has encontrado alguna fotografía reciente de los sujetos?

—No hay mucho por la red. —Agulló movió el ratón y abrió un par de pestañas que llevaban a dos perfiles de Facebook—. Deben de ser ellos, aunque llevan años sin actualizar estos perfiles.

Rojo examinó los dos individuos que aparecían en la pantalla. Eran los mismos que estaban en el expediente, aunque un poco cambiados. No obstante, poco se parecían a los que habían visto en las grabaciones. Lamentó no haberle visto la cara al conductor del coche. Él nunca olvidaba una mirada.

Entonces, señaló la cara de Miguel Serna mientras Agulló seguía comiendo el bocadillo.

—Vamos a partir de que estos dos son los que hablaron con las dos extranjeras... En las imágenes de las cámaras de vigilancia aparece uno de perfil, hablando con Helen Byrne. Sin embargo, su silueta no encaja con este grandullón, a no ser que se haya desinflado en estos últimos años.

—Esa chica ha dicho que sí, aunque todo es posible.

—Respecto al otro. —Agulló movió el ratón y cambió la pestaña—. Podría ser el que abandona la playa con la chica. Eso encajaría más. No obstante, Byrne ha confirmado que no era su amiga ni él su tipo. La única certeza es que no hay rastro de la cicatriz.

—Esa chica tiene una versión controvertida de los hechos. Solo quería salir airosa de la declaración. Puede que se lo haya inventado. Tú misma lo has dicho.

—Pero, mentir de esa manera...

—Sé apreciar cuándo alguien habla en serio. He notado ciertos celos en sus palabras. Algunas cosas son inevitables de ocultar... —Rojo observó con fijación la fotografía de David Meroño—. Los del bar de copas ¿han mencionado algo sobre la cicatriz?

—No.

—Es un detalle notable. En las fotos tampoco aparece con ninguna que sea visible.

—Quizá sea reciente y se avergüence de ella. Ni siquiera Byrne está segura.

La desventaja informativa comenzaba a convertirse en un problema a la hora de trabajar. Por el contrario, igualar la situación daría pie a otras desafortunadas discusiones que no venían a cuento en ese momento, pensó, buscando la manera de explicarle que el tipo que se había llevado a Emily no era ninguno de ellos dos.

—Rojo, tenemos que salir de dudas y localizar a estos dos sujetos. Tienen todas las papeletas para hacer algo así y nosotros una dirección física.

—No te falta razón.

—Llamaré al juez a primera hora de la mañana.

—¿Vas a pedir una orden?

—Tenemos suficientes pruebas y motivos para ello.

—Antes, les haría una visita, de buenas maneras. Las cucarachas como estas se las saben todas y solo salen cuando aprieta el calor. No queremos que sospechen que los estamos vigilando. Solo entorpecen el trabajo.

—Lo único que quiero es encontrar a esa chica con vida.

—¿Y si eso no ocurre? También debes ponderar esa posibilidad, inspectora.

—Puestos a elegir, me quedo con la mía.

Rojo comprobó la hora en el teléfono y vio que era tarde y que ya habían pasado la medianoche. Llevaban todo el día sin descanso y necesitaba unas horas de sueño, antes de que la situación requiriera más noches en vela. Se preguntó si lo seguirían de nuevo.

—Será mejor que lo dejemos por hoy.

—Adelante, puedes irte —dijo Agulló, terminando el bocadillo, sin intenciones de moverse de la silla—. Me quedaré un rato más.

—Las cosas son como son, no como quieres que sean. El juez no acelerará la orden por muy tarde que te acuestes.

—Gracias por tu microdosis de cinismo, pero hablo en serio. Cerraré en cuanto termine de revisar lo que me queda en la mesa.

—Te arrepentirás más tarde de no haber descansado lo suficiente. ¿Qué hay de la ronda de cervezas?

—Otro día, de verdad. Tan solo quiero darle un último vistazo a esto.

—No insistiré más. —Rojo agarró su chaqueta y se alejó del escritorio para tomar las escaleras que bajaban hacia la entrada del edificio. Antes de salir, Agulló se giró hacia él.

—Rojo...

—¿Sí? —Él se dio la vuelta para verla de frente.

—Por casualidad, ¿no tendrás una servilleta de papel? He gastado la que venía con el bocadillo y tengo las manos llenas de aceite.

Él dio un respingo y miró hacia su escritorio.

—No, lo siento. Ve al cuarto de baño, que para eso está.

Después, bajó las escaleras y salió del edificio. Antes de subir al coche, buscó el tabaco en el interior de su chaqueta y sacó un paquete aplastado de Fortuna. Encendió el cigarrillo y desvió la mirada hacia la parte superior del edificio. Había sido una noche intensa, pero presentía que era el comienzo de algo mucho peor. La luz de la oficina seguía encendida. Luego dio una bocanada y expulsó el humo. La inspectora había dado con ellos y pensó en regresar con ella, pero había sido sincero con sus palabras. Si se quedaban allí, no solucionarían nada. A pesar de todo, reconoció el esfuerzo que hacía su compañera por encontrar a esa chica, lo que le llevó a pensar si realmente lo hacía por Emily Green o por la historia que había tras su padre. Piensa el ladrón que todos son de su condición… y Rojo era desconfiado por naturaleza. Pero eso no incluía que Agulló siguiera el mismo patrón. Ahora debían averiguar las causas del secuestro. Comenzó a dudar de sus propias pesquisas, llegando a concluir que, tal vez, ese caso no tuviera relación con el de su padre. «Eres un maldito conspiranoico», se dijo, a modo de broma.

Sin embargo, de tanto pensar así, había descubierto que, en aquel entorno en el que se movía, solía acertar la mayoría de las veces.

¿Era la inspectora una excepción?, se preguntó. No lo creía.

Al Cuerpo se entraba por diferentes razones, aunque todos ocultaran la verdad, de cara al público. Agulló tenía la suya, y también poseía dos caras, igual que su progenitor. El problema llegaba cuando los intereses de la verdad se anteponían a los del salario. Entonces, no solo peligraba la nómina, sino también la integridad del entorno.

«¿Por qué lo haces, realmente? ¿Por la chica, para ser como él o para descubrir lo que hizo?».

Fumó dos caladas más y se quedó pensativo, bajo el resplandor de la luna y el silencio de una madrugada que no había hecho más que comenzar. Después, apagó la colilla en un poste de luz metálico y subió al coche. Segundos más tarde, las luces del Ford Focus se perdían por el cruce con Oscar Esplá. En esa ocasión, lo único que lo perseguía era el cansancio.

24

Una vez sola, la inspectora se levantó y caminó hacia el escritorio de Rojo. Claro que podía lavarse las manos en el cuarto de aseo, se dijo, recordando lo que él le había insinuado. Por desgracia, no le gustaba el tacto del papel higiénico barato que compraban en la comisaría. Con suerte, Rojo guardaría una de esas servilletas de bar. Con toda la inocencia del mundo, se quedó parada ante la mesa del compañero. Era la primera vez que estaba frente a ella sin la supervisión de este, y la sensación era extraña.

Quiso abrir el primer cajón y notó que estaba cerrado con llave, por lo que prefirió no insistir.

—Debe guardar alguna en este otro.

Abrió el segundo cajón, con suavidad. Había cajetillas vacías de tabaco encima de una serie de objetos y documentos, pero no había rastro de las servilletas.

—Vaya... —dijo, decepcionada.

En ese instante, la esquina de una carpeta verde despertó su atención.

Había visto antes esa documentación, tanto en la oficina como en su coche.

La curiosidad se apoderó de ella. Decidió cerrar el cajón y olvidarse del asunto. Conociendo el carácter del inspector, si se enteraba, podía costarle el puesto. Pero las razones no eran lo suficientemente fuertes para frenarla. Miró a ambos lados del departamento. Los agentes de la garita no se moverían de la primera planta. Tomó aire, con el corazón latiendo fuerte, y con cuidado sacó la carpeta del cajón. Sus ojos comenzaron a destellar como si hubiera descubierto un tesoro. No podía dejar de preguntarse qué ocultaba su compañero, pero pronto lo iba a descubrir.

Separó las gomas que protegían el contenido y levantó la solapa de la carpeta verde. A medida que pasaban los segundos, se sentía como Eva al morder la manzana del Edén. Aquello estaba

mal, muy mal, pero no podía evitar seguir adelante. Dio un vistazo rápido a la primera página y reconoció algunos nombres entre los párrafos. No podía creerlo, pensó y el corazón le dio un vuelco al leer el nombre de su padre entre las páginas de los informes. Entonces dejó de leer y dio un paso atrás, sobrecogida, cuando un nudo en el estómago le frenó la digestión del bocadillo y su expresión cambió a medida que leía las palabras del informe.

—Joder, ¿qué significa todo esto, Rojo?

25

A la mañana siguiente, el sonido del teléfono lo despertó. Aunque la madrugada había sido fresca, no había logrado conciliar un sueño profundo por culpa de aquellos dos tipos, y había pasado la noche en duermevela. Una noche más. Una de tantas.

Llevaba semanas así, desde que había descubierto el pasado del padre de Agulló con el Grupo 3. Por suerte, podía manejar la situación, aunque el descanso nunca era completo y eso comenzaba a afectar su fatiga mental. ¿Cuánto tiempo sería capaz de soportar ese cansancio?, se preguntaba cada mañana. O, peor aún, ¿cuánto tiempo podría aguantar sin enfrentar la inevitable conversación con su compañera?

Estaba rozando ambos límites.

Era la primera vez que se encontraba en una situación de esa magnitud. ¿Qué le estaba pasando?, se preguntaba, sin hallar respuesta. Hasta entonces, todo aquel que había intentado destapar los capítulos más oscuros de su carrera había fracasado. A veces por suerte, otras por destino. Rojo había trabajado durante años para sellar una grieta que lo había acompañado a lo largo de su trayectoria, fruto de errores, caprichos del azar y decisiones del destino. Quema de pruebas, eliminación de expedientes. Ni siquiera los bastardos de Asuntos Internos, con todas las sospechas que tenían sobre él, habían logrado obtener algo en claro. A lo sumo, habían conseguido suspenderlo temporalmente, pero ¿qué era una suspensión en comparación con la oscuridad que arrastraba? Un alivio, pensaba.

No obstante, esta vez era diferente. Jamás imaginó que su camaradería con Agulló se convertiría en un conflicto de intereses. Quizá debería haberla investigado más a fondo, pensó, recordando el primer día que la vio en la oficina.

«Demonios, ¿quién iba a tomarla en serio?».

Después de todo, la inspectora pertenecía a esa nueva generación que ascendía en los despachos y aplicaba la ley como si fuera un manual de instrucciones. A Rojo le convenía tenerla cerca, pues alguien así no se metería en sus asuntos con tal de evitar problemas y mantener su puesto. Pero el destino le tenía preparada una sorpresa. Si Agulló tiraba del hilo y descubría el pasado de su padre, era probable que no parase hasta desentrañar todo.

«Un descalabro innecesario».

Rojo sabía bien que la mente humana, cuando se volvía emocional, era similar a la de un mandril: insaciable, ahondaría hasta destapar el último secreto. Y en ese secreto estaba él, su pasado, su sombra y las diversas conexiones que, de alguna manera, lo podían salpicar con el historial del padre de Agulló.

Llegado a ese punto, tomaría una decisión. Pero lo tenía claro. Sería tajante y, por consecuencia, no tendría más remedio que deshacerse de ella.

—Mierda —dijo al escuchar que el timbre no cesaba.

Abrió los ojos y lo primero que vio fue el techo del dormitorio. Después, se incorporó hasta sentarse en el borde de la cama. Finalmente, al ver que la llamada persistía, tomó el teléfono y comprobó el nombre en la pantalla.

—¿Sí? —preguntó con voz grave, confundido al ver que era el subinspector Costa—. ¿Ocurre algo?

—Rojo, ¿estabas durmiendo? Te noto algo raro en la voz…

—No. Es el puñetero aire acondicionado de la comisaría. Me ha fastidiado la garganta. ¿Qué hora es?

—Son las siete y media de la mañana.

—¿Y crees que es una hora adecuada para llamar?

—Te llamo porque quizá te conviene estar preparado.

«Preparado, ¿eh?».

—Dispara.

—Los británicos han puesto en marcha su campaña de difamación. El diario The Sun se ha hecho eco de la noticia de la chica desaparecida.

—Estupendo. Más leña al fuego. ¿Cómo te has enterado?

—Tengo un primo que trabaja en el aeropuerto de Gatwick. Esta madrugada ha visto los tabloides de la edición matutina y me ha contactado.

—Gracias por el aviso. ¿Estás en la comisaría?

—Todavía no, pero puedo llegar en una hora, si lo necesitas.

Rojo intentaba pensar con claridad. La noticia no era buena, pero sabría cómo manejarla.

—¿Sabes algo de Agulló?

—Ni idea. La última vez que la vi fue anoche, en la comisaría.

—Es probable que siga allí —dijo Rojo con sorna, y el otro se rio—. Supongo que Linares no tardará en descolgar el teléfono.

—Por eso te he llamado —respondió Costa con celeridad—. Hay que anticiparse y querrá decisiones rápidas. La presión pública comenzará a aumentar y aún no hay un sospechoso principal.

—¿Eso también te lo ha dicho tu primo?

—¿Qué? No… —dijo, retrocediendo—. Son observaciones mías.

—Ya. —Rojo abrió el cajón de la mesilla y sacó una caja de aspirinas. Se echó una en la boca, tomó el vaso de agua que había sobre la mesilla de noche y bebió para ingerirla. Mientras tanto, el silencio se prolongaba en la línea—. ¿Inspector?

—Intento pensar con claridad, pero no me dejas.

—Comprendo.

—Mira, que esto quede entre los dos, hasta que se haga oficial.

—Claro.

—No me hagas arrepentirme.

—Rojo.

El inspector suspiró. Era tarde para recular. No importaba. Si Costa se iba de la lengua, quizá aliviarla los ánimos de la oficina.

—Agulló ha dado con dos sospechosos, dos matones con antecedentes. Uno de ellos encaja con la imagen del sujeto de las grabaciones y la descripción que hizo la amiga de la víctima. Tenemos localizado un vehículo y también el domicilio en el que está registrado. A estas horas —dijo, mirando el reloj de la mesilla—, es probable que el juez esté a punto de entregarnos la orden de detención.

—¿Creéis que son los que secuestraron a la británica?

—No estoy convencido de nada, pero huele mal. Dicho esto, lo que yo piense, no le importa a nadie. Linares estará contento por ver un poco de avance y así podrá masajear el trasero de los de arriba…

—Comprendo.

—Quizá esos dos tengan algo que ver con la desaparición de esa chica. De hecho, es muy probable, dado el historial que tienen, pero esto es especulación… Ya sea de manera directa o

indirecta, no lo sabremos hasta más tarde. Mueve el trasero y ven a la comisaría. Te vamos a necesitar.

—Cuenta con ello.

—Una cosa más.

—¿Sí?

—¿Está la inspectora al corriente de esto?

—No, que yo sepa.

—Así es mejor. Yo me encargaré de informarla.

—Por supuesto. Hasta luego —dijo, y cortó la llamada.

Rojo se frotó el rostro, intentando despejarse. Pensó que no era la mejor manera de empezar el día. Luego buscó el número de la inspectora en su agenda y marcó. Tras el segundo tono, la inspectora rechazó la llamada.

—Vamos, no me amargues el día desde primera hora… —murmuró, y volvió a intentarlo, pero ella rechazó la llamada. Rojo caminó hacia el baño, se miró en el espejo y encontró una mirada cansada, hundida y, sobre todo, ensombrecida. No lograba apartar de su mente el destello del vehículo de la noche anterior.

«Mírate… Solías tener mejores reflejos y pensar con más rapidez, inspector».

De pronto, se vio a sí mismo veinte años atrás, con otro corte de pelo, más joven y sin canas. Se aseó y caminó a la cocina. Preparó café, encendió un cigarrillo y puso la radio para escuchar el informativo matinal. La rutina le ayudaba a mantener la mente en orden antes de que la entropía se apoderara de él. Por desgracia, no lograba sintonizar nada que valiera la pena o que hablara sobre lo ocurrido. Aun así, insistió y esperó, hasta que la espera se hizo molesta. La ausencia de una noticia en la televisión significaba un mal comienzo. Algo en su interior le decía que los secuestradores de esa chica responderían, tan pronto como la policía hiciera el siguiente movimiento, como si de una partida de ajedrez se tratara. El mayor problema era que ellos no habían tenido el tiempo suficiente como para pensar en el movimiento, y eso podía tener consecuencias devastadoras.

Finalmente, su paciencia se agotó y apagó el aparato, consciente de que esa mañana no habría manera de que las cosas salieran como quería, ni de que Agulló respondiera a sus llamadas.

26

Si volvía a encontrarse con los tipos del Hyundai, no pensaba darles una segunda oportunidad, así que optó por la motocicleta para ir a trabajar. Con ella, tenía más versatilidad y podía pasar desapercibido en muchos escenarios. Además, sabía que el tráfico matutino lo retrasaría si iba en coche.

Atravesó el centro de la ciudad a toda velocidad, en una mañana soleada de verano, que pronto se convertiría en una jornada abrasadora. En su cabeza, no podía dejar de imaginar la reacción del comisario cuando se enterara de la noticia.

«La chispa que encenderá la llama», se dijo, recordando la conversación con Costa. El subinspector había mostrado camaradería, pero Rojo sabía que «nadie da duros a cuatro pesetas». No tenía nada personal contra él, simplemente había dejado de confiar en sus compañeros hacía años.

Aparcó frente al bar junto a la comisaría y echó un vistazo sin quitarse el casco integral. La entrada estaba despejada de reporteros, lo cual era una buena señal. Sin embargo, no debía relajarse. Cruzó la entrada principal y subió las escaleras hacia su departamento.

—Buenos días, inspector —le saludó un agente de la brigada.

—Buenos días... —respondió sin entusiasmo, mientras buscaba a su compañera.

Sus ojos se dirigieron al escritorio de la inspectora, pero ella no estaba. El desorden sobre la mesa y el teclado del ordenador evidenciaban que Agulló había pasado la noche en vela, trabajando en el caso.

Se acercó a la mesa, curioso por conocer los detalles. Vio expedientes relacionados con los hombres que investigaban. En la papelera, latas vacías de Red Bull Light y envoltorios de chocolatinas. Rojo pensó que esa dieta acabaría provocándole un infarto. Al no encontrar nada

fuera de lo habitual, sus ojos se fijaron en la pestaña de una carpeta de documentos parcialmente oculta. Intrigado, alargó la mano para cogerla, cuando una voz lo frenó:

—¿Buscas algo? —preguntó Agulló..

Él se detuvo, aunque no se movió del sitio. A esas alturas, disimular era inútil.

—Tienes un aspecto terrible, aunque ya veo que te quedaste hasta tarde.

—Y a ti parece que se te han pegado las sábanas.

Se giró hacia ella. Acto seguido, suspiró hondo, intentando evitar la confrontación innecesaria. La inspectora, con el rostro pálido, los ojos enrojecidos y la voz ronca, mostraba evidentes signos de irritación.

—Tanto azúcar te matará.

—El trabajo me matará, Rojo —dijo con sorna—. Al menos, uno de los dos ha dormido con la conciencia tranquila.

Él esbozó una leve sonrisa, pero su preocupación no desapareció. No le gustó cómo había sonado aquello. Luego se apoyó en el borde de la mesa para hablarle de cerca.

—¿Sabes algo del subinspector?

—No. Nadie ha venido por aquí... hasta ahora.

—¿Alguna novedad sobre el caso? Entiendo que algo habrás sacado en claro.

—De eso, me gustaría hablar contigo.

Rojo inclinó la cabeza hacia ella. Sonaba más importante de lo habitual.

—Te escucho.

—Aquí no. Luego. En un lugar más... privado.

—¿Quieres una cita?

Ella cruzó los brazos.

—No estoy de humor.

El teléfono del escritorio de Agulló sonó en ese instante. Los dos se quedaron en silencio, expectantes.

—Déjalo pasar. No será importante —indicó él—. ¿Qué ocurre?

Pero ella ignoró sus palabras.

—Agulló, al habla... Sí, por supuesto, señor. Sí, se encuentra aquí... lo tengo a mi lado. Entendido, allí estaremos.

—Vaya. ¿Su majestad? —preguntó él con burla.

—El comisario nos quiere en su despacho, ahora mismo.

—Por supuesto.

—Venga, ¿a qué esperas? —le apremió, ya echando a andar—. El tiempo es escaso.

Caminaron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Ella intentaba mantenerse enfocada en el trabajo y él sentía una mezcla de frustración y suspicacia. Sabía que algo molestaba a su compañera, pero no podía obligarla a hablar si no estaba preparada.

—Creo que me he perdido algo —le dijo, alcanzándola con paso ligero, y la agarró del brazo para que se detuviera—. ¡Agulló!

La sorpresa provocó un rechazo instintivo. Ella estaba en modo defensa y lo soltó de inmediato. Esta vez, sus ojos se encontraron de cerca.

—¿Ocurre algo?

—Eso parece. Pero estoy esperando a que me lo digas.

—Estoy bien.

—Y un cuerno. Mira, seré franco contigo. Necesitas dormir. Eso es lo que ocurre.

—Puede ser, pero hay trabajo que hacer y el comisario nos espera.

—Pues que espere, collons... —espetó, sin importarle el superior—. ¿A qué viene tanto misterio?

—Déjalo para más tarde, ¿vale? —pidió, cansada—. Parece que la situación nos afecta a ambos, así que lo hablaremos en otra ocasión, con más calma.

—La calma no existe en este trabajo, pero tú verás... —Rojo retomó el camino y Agulló lo siguió de cerca—. No me gustan nada los ruedos.

—No hace falta que lo jures. Empiezo a darme cuenta de ello.

27

Al entrar en el despacho, lo primero que llamó la atención de Rojo fue la colorida portada del tabloide británico que el comisario sostenía con ambas manos. A pesar del aviso de Costa, las noticias habían llegado al despacho del comisario antes que ellos.

—¿Inspectores? —dijo el comisario, haciéndoles un gesto para que entraran—. Cierren la puerta.

Agulló obedeció de inmediato. Ambos entendieron que la reunión sería complicada. Tomaron asiento mientras Linares los miraba con la severidad de un profesor a punto de reprender a sus alumnos desobedientes. La soga de la que hablaba Costa apretaba.

—¿Hablamos de esto ahora o lo dejamos para el final? —preguntó, mostrándoles la portada del diario. Agulló parecía más sorprendida que Rojo, aunque era evidente que una portada así aparecería tarde o temprano en la prensa. El rostro de Emily Green ocupaba la página sobre un fondo rojo, con el título «DESAPARECIDA» en letras blancas y un subtítulo que decía: «¿Qué tiene España, además de sangría, paella y toros?».

«Tiene respeto, no como vosotros. Pero no van mal encaminados», pensó Rojo.

El resto de la noticia hablaba de Emily Green y de su parentesco con Steven Green, un político laborista conocido por su campaña para alcalde de Londres. Relacionaba la desaparición de la joven británica con otros casos de mujeres desaparecidas en España, destacando lo peligroso que era el país por sus elevadas cifras de asesinatos y personas en paradero desconocido. Para colmo, el diario inglés cuestionaba la labor de la Policía Nacional.

—Con todos mis respetos, nadie toma en serio la prensa amarillista de ese diario, comisario —argumentó la inspectora, intentando calmar los ánimos—. Es verano y nuestras costas están

llenas… de turistas ingleses. Saben que este es el único modo de hacernos daño, aunque jamás lo consiguen.

Linares escuchó, cerró las páginas del diario y lo dejó a un lado del escritorio. A pesar de su evidente molestia, sabía mantener la compostura. Rojo se preguntaba si el comisario había estudiado en un colegio estricto antes de ingresar en la policía o esos modales venían de cuna. Observaba la situación con cierto divertimento.

—¿Algo que añadir? ¿Quizá esto les parece irrelevante, inspector?

—Más bien, irreverente y patético, aunque no se puede esperar más de eso que llaman periodismo… —respondió Rojo, chasqueando la lengua mientras apoyaba los codos sobre los reposabrazos de la silla—. Honestamente, les estamos prestando demasiada atención. Solo buscan confundirnos. No dejemos que lo consigan.

—Es usted todo un estoico. —Rojo aceptó el aparente elogio, cargado de sarcasmo. Luego, el comisario se dirigió a Agulló—. Me alegra saber que han logrado llegar a un acuerdo en el reparto de tareas y responsabilidades. Mientras uno de ustedes dormía, la otra parte ha cumplido con su deber, por lo que yo he cumplido con el mío.

—¿Cómo dice? —preguntó Rojo, desconcertado.

—Ustedes pidieron celeridad y yo les pedí que hicieran su trabajo. Pues bien, Agulló, he conseguido lo que solicitaron. Tienen la orden del juez, pero deben darse prisa. Quiero a ese hombre.

—Un momento... ¿De qué estamos hablando aquí?

Agulló se incorporó para hablar.

—David Meroño y Miguel Serna.

—Efectivamente, pero no me dijiste que pedirías una orden, tan rápido.

—Revisé de nuevo las cintas y noté un detalle que habíamos pasado por alto. Debido a la latencia de las grabaciones, el pequeño desfase no permite ver qué dirección tomó el vehículo, así que pedí una copia de los vídeos de las cámaras de tráfico en un periodo de quince minutos y en un radio de siete kilómetros...

—¿A dónde quieres llegar con esto, Agulló? —preguntó Rojo con una mezcla de escepticismo y molestia, percibiendo que ella estaba yendo demasiado lejos, aunque eso no parecía importarle. Sabía que la compañera iba a darle a Linares lo que pedía.

—Una cámara de tráfico captó el vehículo minutos más tarde, entrando en el McDonald’s de autoservicio de la avenida de Dénia, en la nacional que conecta con San Juan. A esas horas, la visita duró apenas unos minutos. Después, el coche desaparece y continúa hacia el norte.

—¿Estamos hablando del Hyundai Accent rojo?

—Sí.

—Lo siento, pero tengo que procesar la información —expresó Rojo, tomando aire antes de elevar el tono de voz—. ¿Cómo podemos confirmar que esa chica era Emily Green? Ni siquiera sabemos hacia dónde se dirigían.

—Una de las empleadas dio el aviso a sus compañeros cuando notó algo extraño en el coche.

—¿Existe una denuncia?

—No. Ya sabes... Hay quien prefiere no meterse en problemas y perder el trabajo.

—Entiendo.

—Pero no todo estaba perdido. He llamado por teléfono y he localizado a la testigo. Estaba asustada, pero no he tenido problemas para que me contara lo ocurrido. Al parecer, le preocupaba lo que le pasara a la chica.

—Entonces, significa que la vio.

—Así es.

—¿Con vida?

—Eso parece.

—Necesitamos una declaración formal.

—Escuche a la inspectora, por favor —intervino el comisario.

Rojo dio un respingo y cruzó los brazos, dispuesto a atender a su compañera. Ella suspiró.

—La matrícula coincide con dos de las tres letras y también con dos dígitos que recordaba, por lo que no hay dudas de que era el mismo vehículo. En cuanto a los ocupantes, la descripción coincide con la que dio Helen Byrne, además de la fotografía: moreno, alto, fuerte, algo mayor que ellas, camisa de flores... Además, también ha reconocido ver a Emily Green, aunque estaba oscuro y ella iba recostada en el asiento del copiloto.

La expresión de Rojo lo decía todo.

—¿A Emily Green? ¿En serio?

—¿Algo que objetar ahora?

—Me parece extraño que secuestre a una chica y, a continuación, piense en comida rápida. Pero, todavía más extraño, que una empleada de un McDonald’s de Alicante reconozca a la víctima.

—Vivimos en un mundo tecnológico y avanzado, inspector. Las noticias vuelan por diferentes canales.

—Sin embargo —añadió Agulló—, puede que eso no sea todo.

—¿Ah, que hay más?

—La empleada del restaurante asegura que, durante la espera para recoger el pedido, el hombre se dirigió a la acompañante en inglés y que tenía un deje extraño al hablar.

—Tiene sentido. Ella es británica. Eso no nos dice nada.

—Meroño y Serna son españoles.

—Jamás lo habría imaginado por su nombre.

—Rojo... —dijo ella, clavándole la mirada. En ese momento, sabía que estaba hablando para él y no para Linares. Rojo se tragó la bilis y escuchó con atención—. Me apuesto lo que quieras a que esos dos son incapaces de construir una frase coherente en su lengua materna.

—¿Apostando de nuevo, inspectora? Esta vez, vas a pagar tú.

—Hay un dato clave: el hombre tenía una cicatriz bajo el ojo derecho.

Los tres quedaron en silencio, y Linares los observó con detenimiento y cierta suspicacia.

—Esa cicatriz, ¿por qué es tan importante para ustedes?

Agulló, que sabía ocultar sus emociones mejor que su compañero, respondió con profesionalidad.

—La declaración de Helen Byrne menciona una cicatriz, aunque no recuerda en quién. De noche, es difícil que se aprecien algunas marcas en la piel, pero un detalle tan único como este, por supuesto, acota la lista de sospechosos.

—No obstante, en su declaración, la interrogada no estaba segura de que la cicatriz perteneciera al sujeto mencionado en... —repuso el compañero.

—Estupendo. Entonces, adelante. Esa chica todavía puede estar viva —sentenció el comisario, poniéndose en pie. Linares no tenía ganas de escuchar más. Ellos lo imitaron y guardaron silencio—. Inspectora, tiene la orden del juez y mi permiso para dirigir el operativo. Su compañero la seguirá. Dispone de una unidad completa de cinco agentes y dos vehículos.

—¿Cinco agentes? —preguntó Rojo, desconcertado.

—Sí. Costa irá con ustedes, junto a dos agentes. Si necesitan más, pídanlo.

—No necesitamos a nadie más.

—Quiero a ese tipo en los calabozos de la comisaría antes del mediodía. Solo así podremos calmar los ánimos y ganar un poco de tiempo. Con suerte, encontraremos a la señorita Green antes de que se ponga el sol...

—Sí, señor —dijo Agulló.

—Rojo, ¿sigue ahí?

Este clavó la mirada en el comisario, planteando la duda.

—¿Por qué da por hecho que no la encontraremos?

—Ojalá me equivoque, pero me ciño a la estadística en estos casos.

Mientras tanto, el inspector intentaba reponerse del golpe de confianza que había recibido por parte de su compañera. Aquel operativo no tenía sentido para él, de principio a fin. No, al menos, de una manera tan precipitada. Pero entendía por qué Agulló había seguido adelante, tirando de un hilo que, a su juicio, los llevaría al desastre. Para él, era evidente que acabaría mal.

—¿Por qué diablos no me has llamado para consultarme? —le preguntó Rojo a la compañera, ignorando la presencia del comisario. Su enfado era más que evidente—. Podríamos haber hablado sobre el asunto.

—Su compañera no quería despertarle, inspector... Lleva semanas agotado y, tal vez, necesitaba esa cura de sueño. Además, le recuerdo que ambos tienen la misma competencia y que, al fin y al cabo, soy yo quien toma la última decisión.

«Púdrete, Linares».

—Está claro.

—En ese caso, suerte. Espero buenas noticias. Avisaré al gabinete para que convoquen una rueda de prensa en cuanto capturen a ese tipejo.

La pareja abandonó el despacho y salió hacia las escaleras. Rojo esperó a que se alejaran lo suficiente antes de dirigirse a ella.

—Te diré algo, Agulló.

—Mejor no digas nada, Rojo. Deberías ser más agradecido. He hecho el trabajo que tú no.

—Acabas de pegarte un tiro en el pie.

—¿En serio?

—Sí. Te has precipitado con el maldito operativo —contestó, señalando hacia el despacho del comisario—. Linares no es más que un jodido administrativo.

—Subo y triplico la apuesta.

—Maldita engreída, ¿no lo ves? No tiene ni puñetera idea de cómo trabajar estos casos y cree que será pan comido, pero se equivoca. Vas detrás de un fantasma.

Ella se paró frente a él, quedando a escasos centímetros de su rostro.

—Eso quiere decir que sabes algo que yo no.

—Hay muchas cosas que sé y que tú no… y otras tantas que desconozco.

—¿Entonces?

—Anoche me hicieron una encerrona. Iban a por mí.

—¿Quiénes?

—Los del Hyundai Accent, no muy lejos de aquí, a espaldas de las vías del tren.

—¿Qué?

—Es mejor que quede entre nosotros —intervino para que no se alarmara—. Eran dos e intentaron atropellarme y atacarme con una cadena de hierro, así que saben que estoy en el caso. Por supuesto, doy por hecho que me habían seguido… y que están utilizando matrículas falsas o fuera de circulación. Por eso nos están haciendo una encerrona. Estoy convencido de que son los mismos que has identificado.

A pesar de lo inesperado, Agulló se inclinó ligeramente hacia delante y negó con la cabeza.

—¿Y me lo cuentas ahora? —le preguntó, ofendida, y luego alejó el rostro—. Joder, Rojo… Si queremos que esto funcione, la transparencia debe comenzar por uno mismo.

28

La revelación había sido un golpe emocional para ella, pero ninguno de los dos iba a permitir que las emociones interfirieran en la búsqueda de Emily. Ahora, la comisaría estaba envuelta en una atmósfera de tensión contenida y, con la orden del comisario Linares para que Agulló organizara el operativo, no había un segundo que perder.

No obstante, Rojo dudaba del resultado. Creía que no iban a encontrar nada y temía que la operación fracasara. Para él, era más que evidente: todo aparentaba ser un viejo truco para despistar a la policía, de ahí que estuvieran utilizando matrículas en desuso, una práctica habitual para desviar el rastro. No obstante, su compañera no apoyaba esa idea y estaba decidida a seguir los hilos de los que había tirado.

Tras varias llamadas y el envío de una patrulla de reconocimiento que aseguraba haber visto movimiento, no le quedó la menor duda de que Serna o Meroño podrían haber escondido allí a Emily Green. La propiedad de Sant Vicent del Raspeig, una finca de campo, vieja y de gran extensión, quedaba a las afueras del pueblo, junto a una enorme empresa de viveros. Aunque no tenían pruebas, una pareja de agentes había interrogado a dos empleados de la única empresa de los alrededores, que aseguraban haber visto a dos hombres y haber oído la voz de una mujer.

Eso pareció bastarle a Agulló para tomar la iniciativa durante la noche anterior y despertar al comisario mientras Rojo conducía de vuelta a casa. Durante la ausencia del inspector, la compañera había diseñado un plan para sorprender a esos dos: directo y contundente, sin aparentes fisuras.

En eso había empleado toda la noche mientras el otro dormía, pero quizá nunca sabría que lo había hecho por una cuestión de orgullo, tras encontrar aquella carpeta verde en su escritorio.

Una vez estudiados los planos llegaba el momento de entrar en acción, así que Agulló esbozó una estrategia de combate para irrumpir en la casa y evitar el derramamiento de sangre. Dividiría al equipo en dos grupos. El Grupo A, formado por ella y por Rojo, rodearía la casa por la parte trasera, asegurando todas las posibles vías de escape, mientras que el Grupo B, formado por Costa y dos hombres más, entraría por la puerta principal con la intención de tomar a los residentes por sorpresa. El subinspector sería responsable de la vigilancia perimetral para garantizar que nadie escapara ni interfiriera en la operación.

—¡Eh! —exclamó Rojo, deteniéndola en el pasillo antes de entrar a la sala de reuniones.

—¿Qué pasa ahora?

—Lo estás llevando todo al terreno personal.

—¡Oh! Detente. ¿Ahora soy yo la que esconde información? No me toques la moral.

—Esto ha sido idea tuya.

—¿Por qué no has reclamado cuando me ha asignado el operativo a mí y no a los dos?

Rojo suspiró, sabiendo que esta conversación era inevitable.

—Tengo más experiencia en este tipo de operaciones. No significa que no confíe en ti.

Ella lo miró con intensidad, buscando sinceridad en sus palabras.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo —afirmó Rojo, manteniendo el contacto visual—. Concentrémonos en encontrar a Emily.

Agulló respiró hondo, intentando mantener la calma.

—Rojo, ¿crees que estoy tomando decisiones emocionales?

—Puede ser. Estás demasiado involucrada —replicó Rojo, tratando de mantener su tono neutral.

—Tengo los indicios. He hecho el trabajo. He pasado la noche en ese jodido escritorio. Algo que tú no has conseguido.

—Ni siquiera hemos visitado la zona.

—Eso lo dirás tú. He enviado a dos agentes esta mañana. Nadie les ha abierto, pero hay signos de actividad reciente.

Rojo frunció el ceño.

—Cojonudo —dijo, expresando su descontento por el error cometido—. Mira, no tienes que demostrar nada a nadie, Agulló.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿De qué coño estás hablando ahora?

Rojo levantó las manos en un gesto de rendición.

—Olvidemos esto.

—No digas nada más —lo interrumpió ella—, antes de que vuelvas a cagarla.

—Oído cocina.

Agulló bajó la voz, acercándose más a Rojo.

—¿Me tomas por imbécil? Encontré los documentos en tu escritorio, Rojo. Los que hablan del caso de mi padre.

Rojo sintió un nudo en el estómago, pero no iba a achantarse delante de ella.

—¿Intentas ponerme a prueba? ¿Quién te ha dado permiso para meter las narices en mis asuntos?

—Estaban a la vista. ¿De qué coño vas, tío?

Él la miró fijamente, sin estar seguro de cuánto sabía realmente.

—Ahora sí que te has confundido conmigo, inspectora.

—No, te has equivocado tú. Pensaba que éramos colegas.

—Ya hablaremos. Centrémonos en el operativo.

Agulló asintió lentamente, pero su mirada decía que no olvidaría fácilmente.

—Sí, será lo mejor... Centrémonos en eso.

29

Una hora más tarde, Rojo y Agulló se encontraban en la sala de reuniones, acompañados del subinspector Costa y dos oficiales más de la brigada. Estaban frente a un mapa detallado de la ciudad y varias fotografías de Meroño y Serna esparcidas sobre la mesa. A pesar de sus reticencias para llevar a cabo el operativo, Rojo era el más experimentado del equipo y no podía fallarles.

—Dos de los nuestros han estado esta mañana, por lo que es probable que estén alertas de nuestra visita... Así que solo tenemos una oportunidad —dijo Rojo, con voz grave y firme—. No podemos permitirnos despistes ni errores. ¿Queda claro?

Agulló asintió, revisando una vez más las instrucciones que había anotado meticulosamente en su libreta. Las bolsas que rodeaban sus ojos reflejaban las largas horas de preparación invertidas en este momento. El equipo táctico, compuesto por los mejores agentes disponibles, estaba listo para desplegarse.

—El sospechoso es un macarra habitual, con un historial violento, así que nos puede sorprender de mala manera, incluso armado, por lo que dividiremos al equipo en dos grupos —continuó la inspectora, señalando las rutas de entrada en el mapa—. El Grupo A rodeará la casa por la parte trasera, mientras que el Grupo B entrará por la puerta principal.

Costa levantó la mano.

—Disculpad, pero ¿no sería más efectivo si el Grupo A también se encargara de la vigilancia perimetral? Así podremos controlar que nadie escape.

Rojo abrió la boca para responder, pero Agulló se adelantó.

—Es una buena idea, pero debemos tener en cuenta de que el Grupo A podría encontrar un posible enfrentamiento directo. Irán armados, aunque no sabemos con qué. Dado que no

emplearemos las armas, a menos que sea un caso extremo, si están dispersos, perderán la ventaja de la sorpresa.

Rojo frunció el ceño, reconociendo la alusión a la tensión con Linares.

—¿Alguna objeción, inspector?

—No, en absoluto. Esta es la mejor manera de abordar la situación.

—Bien —dijo Costa, mirando a ambos inspectores—. Pero, ¿qué pasa si Meroño y Serna se dividen el trabajo? ¿Estamos preparados para una posible emboscada?

Agulló asintió con firmeza.

—Tenemos un equipo de reserva listo para entrar en acción si es necesario. Además, nuestros agentes están entrenados para adaptarse a situaciones cambiantes.

Uno de los oficiales levantó la mano.

—¿Y qué hacemos si encontramos a Emily? Necesitamos un protocolo claro.

Rojo asintió.

—Primero, asegurar el área. Luego, priorizar su seguridad y trasladarla a un lugar libre de peligro. Habrá una ambulancia cerca del punto. Los paramédicos estarán en espera hasta que demos la señal.

—¿Cuál es nuestro objetivo principal? —preguntó otro oficial.

—Ya lo habéis oído. Capturar a esos dos, sin daños colaterales —respondió Rojo—. Y traer a Emily de vuelta sana y salva. Ella es la prioridad.

—¿Y qué hay de la comunicación? —preguntó el primer oficial, mirando a los dos inspectores —. Necesitamos estar en la misma frecuencia.

Rojo se cruzó de brazos, dirigiendo una mirada dura al grupo. Tanta pregunta le sacaba de quicio.

—Usaremos el canal principal y el secundario como respaldo. No quiero interferencias ni que esos tipejos escuchen la conversación. No ocurrirá ningún incidente, no son hackers, sino quinquis, chorizos de la calle. Es probable que, en algún momento, tengamos que cortar la comunicación. Así que manteneos alerta y seguid las órdenes al pie de la letra.

El murmullo de aprobación de los agentes fue seguido por una confirmación colectiva. Las caras de todos mostraban una mezcla de concentración y ansiedad, conscientes de que el éxito de la operación dependía de su coordinación y rapidez.

—¿Algo más? El tiempo apremia y a mí me hartan estas cosas... —expresó Rojo, escaneando las caras de su equipo. Nadie habló. Todos sabían lo que estaba en juego.

—Bien, entonces movámonos. —El inspector se giró hacia Agulló—. Mantén la comunicación abierta en todo momento. No quiero cagadas.

Ella lo miró con un claro rictus de inquina.

—Lo mismo digo.

Con un último vistazo al mapa, los inspectores salieron de la sala, seguidos por su equipo. El aire fresco de la mañana les dio la bienvenida mientras se dirigían hacia los vehículos. El destino estaba claro: la casa de Miguel Serna, a las afueras de Sant Vicent del Raspeig, en medio del árido y salvaje paisaje. La redada estaba a punto de comenzar y con ella, la esperanza de resolver el caso de Emily Green. La tensión entre los inspectores se mantenía latente, pero debían dejar sus diferencias de lado para llevar a cabo la misión con éxito.

Mientras se dirigían a los vehículos, Costa se acercó a Agulló y le dijo, bajando la voz para que solo ella pudiera escuchar:

—Espero que lo vuestro solo sea un roce.

—¿Disculpa? Creo que no te he oído bien.

—Me refiero a lo tuyo con Rojo. Genera desconfianza en el equipo. Y te lo digo sin acritud.

Agulló asintió, sin mostrar preocupación.

—Confía en el plan, Costa. Rojo sabe lo que hace.

Costa miró a Rojo por un momento, luego volvió a ella.

—No es él quien me preocupa.

—Entonces, limítate a hacer tu trabajo.

—Entendido.

Los vehículos arrancaron, dejando atrás la comisaría mientras se dirigían hacia el punto de encuentro. Cada uno de los agentes sabía que esta era una oportunidad única y ninguno estaba dispuesto a desaprovecharla. De lo contrario, tendrían que hacerse cargo de un armario lleno de cadáveres.

30

El convoy de vehículos avanzaba por la autovía que conducía a Sant Vicent del Raspeig, bajo la luz de la mañana y el silencio de los agentes. Rojo, al volante del coche principal, lanzaba miradas rápidas a su compañera.

—Llegaremos en cinco minutos —informó a todos por radio.

Los edificios empezaron a espaciarse hasta desaparecer y dar paso a campos abiertos, cuando llegaron en la zona aislada donde Meroño había sido visto. La casa se encontraba en una colina, rodeada de vegetación seca, bancales y una frondosa pinada. Sin duda, un escondite perfecto.

—Grupo A, preparados para tomar la posición trasera —ordenó Agulló con tono autoritario al acercarse a la finca indicada por el navegador.

El grupo de coches se detuvo a una distancia prudente de la casa. Los agentes del Grupo B, liderados por Costa, salieron silenciosamente del vehículo y se deslizaron hacia la parte trasera de la propiedad, aprovechando la cobertura del terreno. Rojo observaba sus movimientos a través de los prismáticos, asegurándose de que cada hombre estuviera en su posición antes de proceder.

—Todo en orden —murmuró Costa por radio.

—Recibido. Esperad la señal —dijo Rojo, saliendo del coche junto a la compañera.

El avance hacia la casa fue meticuloso. No había rastro de vida allí, ni siquiera de actividad reciente. Rojo se acercó a la entrada de la finca, una vieja casa que se veía al otro lado de la verja, con un amplio alrededor. De un vistazo, observó lo que parecía un garaje y alcanzó a vislumbrar la parte trasera de un vehículo de color rojo.

«Tiene que ser ese», pensó al reconocerlo. Los siguientes segundos fueron de lo más tensos.

El inspector dio un respingo y miró a su alrededor, en busca de cámaras de seguridad. El silencio era tétrico y solo lo perturbaba el crujido ocasional de alguna rama y el susurro de la

ventisca que soplaba de vez en cuando. Encontró una videocámara en un rincón de la puerta, comprendiendo así que habían sido detectados. Le dio la espalda al objetivo para que no pudiera ver lo que hacía y miró a su compañera para hacerle una señal de que los habían visto. Por suerte, los secuestradores no habían advertido al otro equipo.

Rojo hizo una señal silenciosa a la inspectora y esta dio un paso atrás.

«Actúa con normalidad, Agulló, aunque esta situación no tenga nada de eso».

Cada agente conocía su posición y rol en la operación. Costa esperaba la señal para entrar, pero, antes, la pareja debía dar el primer paso. Las sombras de los árboles y la vegetación alta proporcionaban una cobertura perfecta mientras se acercaban a la entrada principal.

—En posición —informó Costa desde la parte trasera.

Rojo y Agulló se colocaron al frente, con sus armas listas. El corazón de Agulló latía con fuerza, pero su mano se mantenía firme.

—Listos —confirmó Rojo, aunque nadie podía verlo. Se acercó al timbre y lo pulsó, esperando que alguien respondiera.

Esperaron unos segundos, pero no oyeron ningún ruido ni recibieron respuesta.

—¡Abran, policía! —exclamó, pero no hubo respuesta—. Adelante. ¡Vamos!

El equipo se movió como una unidad sincronizada. Rojo asestó una patada a la puerta, que cedió hacia atrás, lo justo como para permitirles entrar. Su compañera se quedó sorprendida con la forma de proceder, aunque ya estaban dentro de la propiedad. Acto seguido, el equipo irrumpió en la propiedad, preparado para cualquier contingencia.

Él marcaba el paso y ella lo cubría. Avance rápido, pausa y avance lento. Llegaron al porche y guardaron silencio. Se fijaron en el garaje y Agulló se acercó para comprobar que no había nadie.

—Despejado.

—Sigamos —dijo Rojo y comunicó por radio—: Entramos en la vivienda.

La cerradura voló de un golpe y la puerta se abrió hacia dentro. El interior de la casa estaba en penumbra, con las ventanas cubiertas por cortinas gruesas y el aire viciado, como si no hubieran limpiado en mucho tiempo. Aquella sensación era de lo más desagradable y Rojo temía que el hedor estuviera relacionado con la chica. El polvo flotaba en el aire, visible en los rayos de luz que lograban filtrarse. Los agentes avanzaban con cautela, hasta que Agulló se detuvo frente a una habitación.

El inspector, sin soltar el arma, golpeó la puerta y se abrió paso.

—Libre —murmuró al revisar una habitación vacía.

—Rojo, vigila tu espalda —le dijo ella en un susurro.

—Siempre lo hago —respondió él, con un destello de ironía en los ojos.

En ese momento, la comunicación por radio los interrumpió.

—No hay actividad en la parte trasera. Todo está despejado —informó Costa.

—Mantened los ojos abiertos —respondió Agulló, preocupada—. ¿Y el coche?

—No hay rastro de él. Debe de estar en la cochera.

Rojo levantó una mano, señalando a la compañera para que siguiera la búsqueda. Luego se comunicó por el canal:

—Acotad el cerco. Revisad cada rincón. No dejéis nada sin inspeccionar.

El grupo se movió en silencio, avanzando con cautela. La adrenalina bombeaba en sus venas.

—Costa, ¿algo en la parte trasera? —preguntó Rojo.

—Nada de interés aún. Seguimos buscando.

Agulló inspeccionó una habitación sin bajar el arma. Por alguna razón, era como si estuvieran dando un paso en falso.

—Aquí tampoco hay nada —dijo, manifestando la frustración que llevaba dentro—. Algo me dice que llegamos tarde...

Rojo frunció el ceño.

—No te rindas todavía. Pueden estar escondidos en cualquier parte.

Avanzaron hacia la planta superior.

Ella tomó la delantera y fue la primera en subir las escaleras. Rojo retrocedía, sin perder de vista su espalda.

De pronto, un ruido sordo hizo que los dos se congelaran.

—¡Mierda!

—¿Qué sucede?

—¡Cuidado!

31

La inspectora levantó su arma, apuntando hacia el leve movimiento en la penumbra, pero su dedo no llegó a presionar el gatillo. Un gato salió disparado hacia la puerta trasera, provocando un suspiro de alivio en Rojo.

—¡Diablos! Solo es un gato —murmuró con un deje de sarcasmo.

Agulló asintió, relajando la postura.

—Lo sé.

—Espera… Si el gato está aquí, alguien más podría estarlo también.

—Buena deducción —replicó ella, aunque su mirada permanecía alerta, captando algo en el ambiente que la incomodaba.

Rojo frunció el ceño, notando la tensión en el aire.

—¿Qué te preocupa? —preguntó, inquieto.

Agulló levantó una mano, indicándole que guardara silencio, mientras se agachaba, sus sentidos en alerta máxima.

—Creo que he oído algo… —dijo en un susurro apenas audible.

De pronto, el aire se llenó de estruendos cuando varios disparos rompieron la quietud. La confusión se propagó entre los agentes mientras intentaban localizar la fuente del ataque.

—¡Nos están atacando! —gritó uno de los agentes por radio.

—¿Qué demonios? ¿Desde dónde? —preguntó Rojo, recorriendo el entorno con la mirada.

—¡Proceden del exterior! —respondió otro agente.

La inspectora maldijo entre dientes. Era evidente que les habían tendido una trampa, empujándolos hacia la finca mientras los secuestradores planeaban su escape.

—¡Atrincheraos y esperad mi señal! —ordenó Rojo, buscando a la compañera con la mirada—. Llama a comisaría y pide refuerzos. Van a intentar huir por la autovía.

Los disparos atravesaron una de las ventanas del piso inferior. Ambos se arrojaron al suelo, cubriéndose detrás de los muebles del salón.

—Central, aquí la inspectora Agulló, de Homicidios —dijo al teléfono, con la voz templada pese a la tensión—. Necesitamos refuerzos en nuestra ubicación. Varios individuos armados, en una propiedad a las afueras de San Vicente… Sí, cerca del camino de Busot con la Baiona Alta. Requerimos más unidades y, si es posible, la unidad de intervención. También que aseguren las salidas de la zona. Es probable que intenten huir por la autovía. Gracias. —Colgó, agachada detrás del mueble y le hizo una señal a Rojo—. No llegarán a tiempo. ¡No podemos quedarnos aquí! ¡Tenemos que movernos!

—¡No digas estupideces! Ni siquiera sabemos cuántos son.

—Si se escapan, lo perderemos todo…

—¿Quieres acabar en una bolsa para cadáveres? —preguntó Rojo, asomándose para intentar identificar la procedencia de los disparos, pero el follón reinante hacía imposible discernir el origen—. ¡Costa, situación!

—Todo en orden, inspector. Han abierto fuego desde dos posiciones, pero hemos abatido a uno de ellos. Parecen estar bajos de munición. Casi los tenemos. Avanzad con cuidado, Rojo.

Los inspectores se movieron sigilosamente por el pasillo, calculando cada paso. El sonido de los disparos se desvanecía, pero la tensión era notable.

—¿Ves algo? —preguntó él en un susurro.

—Nada aún —respondió ella, con los ojos fijos en las sombras—. Pero sé que está cerca. Lo siento.

Un olor desagradable llegó a sus narices, provocando una alarma inmediata en Rojo.

—Hablando de sentir, ¿hueles eso?

—Ahora sí… Parece gas —confirmó ella, la alarma creciendo en su voz—. ¡Joder! ¡Ahora sí que tenemos que movernos!

Corrieron por el pasillo hasta que llegaron a lo que parecía la cocina. Allí se encontraba el origen de aquel olor que viciaba el aire: una bombona de gas abierta.

Sin pensarlo dos veces, Rojo rompió una ventana para que el gas saliera.

De repente, Costa apareció del exterior y se unió a ellos.

—¿Qué demonios está pasando?

—Tenemos que ventilar esto —ordenó el inspector—. Agulló, échame una mano. ¡Costa! ¿Le habéis identificado?

Agulló rompió otra ventana para que el gas se disipara más rápido.

—Sí. Es Serna. Le ha alcanzado un disparo.

—¿Sigue vivo? —preguntó Rojo, pero el otro negó con la cabeza—. ¿Cuántos creéis que son?

—Dos. Bueno, ahora solo nos queda uno.

—Perfecto... Asegúrate de que los demás están fuera. Esto podría explotar en cualquier momento.

—Entendido —Costa salió a toda prisa para avisar a los otros agentes.

—Es una trampa —dijo Agulló, con los ojos encendidos por la impotencia—. Esos dos sabían que vendríamos.

—Lo sé, pero no voy a reprocharte que «te lo dije» —respondió Rojo, con una mueca—. No vamos a dejar que ese bastardo nos gane.

El aire fresco comenzó a fluir, pero el silbido del gas continuaba siendo una amenaza.

—¿Podemos cerrarla? —preguntó ella, preocupada.

—Déjame intentarlo. —Rojo giró lentamente la válvula hasta detener el flujo de gas—. Listo. Eso nos comprará algo de tiempo. Ahora tenemos que encontrar al otro y a la chica.

—Espera, ¿y si hay más trampas?

—Nos mantendremos alerta… como siempre —respondió Rojo, con una mirada que reflejaba su confianza.

La casa volvió a sumirse en un silencio tenso, pero ambos sabían que el sospechoso estaba cerca. Sin embargo, podría ser demasiado tarde para atraparlo. Costa regresó a ellos, más agitado que antes.

—Mi equipo está en posición. No ha habido movimiento, ni siquiera se ha escuchado un coche… pero, es evidente que no se va a entregar por las buenas. ¿Qué hacemos ahora?

—Seguimos adelante. Hemos pedido refuerzos, así que no irá muy lejos a pie. Disparad a cualquier cosa que se mueva por los alrededores.

—¡Rojo!

—Me trae sin cuidado, inspectora. ¿Quién cojones va a haber por aquí? Mientras tanto, busquemos cualquier pista que hayan dejado atrás.

—A tus órdenes...

Rojo se giró hacia Agulló.

—Tenemos que apresurarnos. Meroño está un paso por delante. Si ha intentado volar la casa con nosotros dentro, significa que tendrá un plan secundario. Quiere eliminarnos con la casa dentro, por lo que tengo la impresión de que aquí también están las pruebas que buscamos.

Salieron de la cocina y se adentraron de nuevo en la vivienda. Al final de uno de los pasillos, unas escaleras descendían hacia el piso inferior.

—Costa, ¿qué ves? —preguntó Rojo por la radio.

—Todo está tranquilo aquí fuera. Hemos encontrado un vehículo en el garaje. Es el Hyundai rojo que habíamos identificado. Y unas cuantas matrículas de repuesto con diferentes números.

Los ojos de la inspectora se iluminaron, pero Rojo no estaba tan sorprendido.

—¿Alguna señal de actividad?

—No. Ni siquiera del maletero, si es lo que insinúas.

—Perfecto. Acercaos a él, pero no toquéis nada. Puede ser peligroso.

—Recibido. Es probable que hayan intentado huir a pie… De momento, si te parece bien, un oficial se quedará por aquí hasta que vengan los refuerzos.

—De acuerdo —asintió Rojo, girándose hacia Agulló—. Recorre toda la propiedad. Si es necesario, dividíos, pero no nos detendremos hasta encontrarlos.

En el exterior de la finca, los agentes se movían en silencio, escaneando cada rincón del interior. Rojo y Agulló escudriñaban el interior.

—Despejado —murmuró ella al pasar por otra habitación vacía.

Ella se acercó a una ventana, apartando ligeramente la cortina para tener una vista clara del exterior. Observó el entorno inmediato: ningún movimiento sospechoso, ninguna señal de alerta.

Rojo, en silencio, estudió uno de los dormitorios, intentando pensar como Meroño, recordando la información que había extraído de los informes del padre de su compañera. Luego empujó la puerta, que cedió con un crujido. Dentro, el aire estaba cargado de humedad y el olor a comida podrida. Se llevó una mano a la nariz, tratando de contener las arcadas. Agulló lo siguió, iluminando el camino con su linterna, haciendo danzar las sombras en las paredes descascarilladas. Sus ojos se posaron en los detalles más insignificantes: el desorden, la ropa tirada, los restos de comida. Estaba tratando de leer la mente del criminal, buscando cualquier pista sobre el paradero de Emily, pero le faltaba algo. Era como si se hubiera perdido una pieza del rompecabezas, pero no sabía el qué.

Dado que no encontraban nada de interés, decidieron regresar al salón de la planta baja, que era un caos de papeles esparcidos por el suelo, muebles volcados y un mapa de Alicante extendido sobre la mesa central. Rojo se acercó y sus ojos rápidamente recorrieron las marcas hechas con

rotulador rojo y azul. Algunos lugares estaban rodeados con círculos, otros tachados o marcados con flechas apuntando en diferentes direcciones.

—Agulló, ven aquí —llamó, sin apartar la vista del mapa. Ella regresó al salón y se colocó junto a él.

—Mira esto —dijo Rojo, señalando las marcas—. La playa del Postiguet, el Bingo Riscal, el McDonald's de la Explanada… Todos estos lugares están marcados. Parece que alguien estaba planeando algo desde hacía tiempo.

Agulló frunció el ceño, tomando nota mental de cada punto señalado.

—¿Crees que tiene que ver con la desaparición de Emily?

—Es posible. Necesitamos averiguar qué significa todo esto —respondió Rojo, apartándose del mapa—. Grupo B, informad.

—Sin novedades. Definitivamente, la parte trasera está despejada. Sin señales de movimiento —respondió Costa—. La ambulancia se acerca.

Los documentos dispersos y la comida a medio terminar indicaban que Meroño había salido apresuradamente. Agulló sacó su teléfono y comenzó a llamar al equipo de forenses.

—Si encontramos huellas dactilares en estos contenedores, podríamos vincularlos a alguien.

Mientras Agulló hacía la llamada, Rojo continuó explorando la casa. En uno de los dormitorios, bajo una cama, encontró una caja con varios teléfonos desechables. Los sacó y los revisó uno a uno, notando que todos parecían haber sido utilizados recientemente.

—Agulló, mira esto —dijo, llevándola a la habitación. Ella colgó la llamada y se unió a él.

—¿Qué tienes?

—Teléfonos de prepago. Parece que alguien quería asegurarse de no ser rastreado —explicó Rojo, mostrando los dispositivos—. Vamos a necesitar analizar estos también.

Acto seguido, se acercó a una mesa cubierta de papeles y comenzó a revisar los documentos, buscando cualquier rastro dejado atrás.

Mientras sus ojos repasaban las páginas, su mente trazaba un mapa de las últimas horas en esa casa. «Meroño sabía que íbamos a venir», reflexionó Rojo. «O al menos lo sospechaba. ¿Cómo pudo enterarse tan rápido?». La desordenada mesa sugería que había huido con prisa. Pero, ¿por qué dejaría algo tan importante atrás?

Recogió un papel con anotaciones apresuradas y lo examinó con atención. «Direcciones, nombres, fechas… Todo esto tiene que significar algo», pensó. Su mente viajó veinte años atrás, al caso de las chicas desaparecidas que había trabajado con el padre de Agulló. Recordó cómo

habían encontrado escenas similares: lugares abandonados a medio terminar, como si los perpetradores siempre supieran cuándo escapar.

«Entonces también había un patrón», se dijo Rojo. «¿Podría ser el mismo patrón ahora?». Recordó los testimonios sobre un hombre con una cicatriz, la misma descripción que ahora estaban persiguiendo. «Si es el mismo hombre, ¿qué ha estado haciendo durante estos veinte años? ¿Por qué volver ahora?».

Un nudo de preocupación se formó en su estómago al pensar en Emily y el peligro inmediato que podría estar corriendo.

Volvió a centrarse en los papeles. Había un mapa de Alicante con varias marcas en distintos puntos de la ciudad. Una de las marcas estaba cerca del lugar donde habían encontrado el bolso de Emily. «¿Meroño estaba vigilando la playa cuando estuvimos allí? ¿O planificando algo más grande?»

La frustración crecía dentro de él. Recordó las palabras del comisario Linares y la presión añadida por la conexión política de Emily. Pero para Rojo, esto iba más allá de la política. Se trataba de atrapar a un criminal que había eludido a la justicia durante décadas.

Una oscura sospecha comenzó a tomar forma en su mente. «Meroño no está trabajando solo», se dijo. «Todo esto, la coordinación, la rapidez… Alguien más está detrás de todo». Si Emily seguía viva, entonces formaba parte de un plan más macabro que un simple secuestro o asesinato. Podría estar siendo utilizada como peón en un juego mucho más siniestro.

—¿Alguna pista? —preguntó Agulló, acercándose a Rojo.

—No mucho —respondió él, tomando una tarjeta amarilla de una empresa de alquiler de coches llamada COSTA BLANCA RENT-A-CAR. Dejó la tarjeta sobre una libreta y suspiró profundamente—. Parece que pretendían alquilar un vehículo o tramaban darse a la fuga, pero no entiendo muy bien con qué fin. Es como si hubiera recibido instrucciones…

Rojo hojeó rápidamente las páginas de un pequeño bloc de notas, buscando algo que tuviera sentido.

—¿Qué dice?

—Es una lista de la compra... —Hizo una pausa y sus ojos se enfocaron en algo familiar—. Pero no es una lista normal.

Agulló lo miró con curiosidad. Rojo señaló algunas palabras subrayadas.

—Estos artículos… No son para él. Son herramientas de tortura.

En ese momento, la radio emitió un crujido.

—Rojo, hemos encontrado algo en la parte trasera. Parece que Emily estuvo aquí.

Los ojos de los inspectores se encontraron en un instante lleno de tensión.

—Vamos —dijo él, y ambos se dirigieron rápidamente hacia la parte trasera de la casa.

Rojo maldijo en silencio, sintiendo que la operación que habían organizado se les estaba yendo de las manos. La noche anterior, había perdido al sospechoso y la culpa lo corroía. Ahora, cada decisión, cada orden, todo parecía conducirlos a un callejón sin salida.

—¿Rastro de la víctima? —preguntó.

—Podría ser —respondió Costa—. Hemos encontrado algo que podría pertenecerle.

Una mezcla de esperanza y miedo se agitaba en el pecho de los policías.

—¿Qué es? —quiso saber Agulló.

—Un trapo manchado de sangre —respondió Costa—. Está seca, pero parece reciente.

La inspectora examinó el trozo de tela con atención.

—La chica ha perdido sangre, pero han intentado detener la hemorragia. No puede haber ido muy lejos…

—Costa, mantén el perímetro seguro. Nadie entra ni sale —ordenó Rojo con firmeza—. Aún nos queda la planta superior y el sótano. Mientras tanto, esperad a los refuerzos. Si ese cabrón está escondido, no tardará en salir. No puede ir muy lejos.

—Entendido —respondió Costa.

—¿Crees que estamos a tiempo de encontrarla? —preguntó Agulló.

—No lo sé, pero no tenemos otra opción. Es hora de separarnos, inspectora.

—¿Qué propones? —preguntó, concienciada.

—Huir a pie es un riesgo absurdo, sabiendo que somos mayoría. Simplemente, está escondiéndose en otra parte, así que intuyo que ha llevado a la chica a otro lugar, en cuanto ha sabido que habíamos dado con ellos —dijo y observó la claridad del cielo—. Aún nos quedan unas cuantas horas de luz, hasta que se haga de noche, pero, algo me dice que esperará. Si no lo sacamos del agujero antes de que anochezca, estaremos jodidos…

—Daré el aviso para que controlen las salidas. Mientras tanto, esperaremos a que los de la Científica aparezcan.

—Te quedas al mando con los dos oficiales. —Ella asintió a regañadientes. Rojo parecía tener un plan mejor que el suyo. Luego, se dirigió al subinspector—. Costa, tú vendrás conmigo. No pienso quedarme esperando y alguien debe dar caza a ese bastardo.

—A tus órdenes.

La redada no había terminado. El verdadero enfrentamiento estaba a punto de comenzar.

32

Rojo y Costa abandonaron la propiedad en coche mientras Agulló y los otros dos agentes investigaban el resto de la vivienda. El vehículo avanzaba en silencio y las ruedas resonaban sobre la grava como un metrónomo que marcaba el ritmo de una marcha fúnebre. En los mapas que el inspector había encontrado en la casa, no había ningún punto cercano que lo relacionara con el plan. Sin embargo, a pesar de no conocer en detalle el entorno, sabía que no podía ir muy lejos a pie.

Los caminos de los alrededores terminaban en la autovía, lo cual era una ventaja que podía convertirse en un problema si esperaban demasiado. Calculó en su reloj el tiempo que había transcurrido desde que habían cesado los disparos. Estaba convencido de que se habían escondido en alguna parte.

Costa, por su parte, parecía inquieto, como si quisiera sacar un tema de conversación. Rojo lo notaba en su expresión y en el traqueteo de sus dedos sobre el reposabrazos.

—Habla.

—¿Qué?

—Es obvio que quieres decir algo. Ahora es el momento.

Las palabras lo sorprendieron.

—Bueno, ya que lo dices... —comentó, y Rojo murmuró un ruido de satisfacción—. Es sobre Agulló. Con todos mis respetos, pero...

—No me jodas ahora, Costa. ¿En serio quieres hablar de esto? Porque yo, no.

—Mejor, no he dicho nada.

—Sí, mucho mejor.

Tras avanzar unos metros, con la casa todavía en el retrovisor, avistaron un extenso terreno rodeado de setos que impedían ver lo que había en el interior.

—¿Dónde demonios nos encontramos? Este sitio parece interminable.

Costa encendió el teléfono para comprobar en el mapa dónde estaban.

—Es una plantación hortícola. Una de las más grandes de la zona.

Rojo frenó en seco, ante la sorpresa del compañero.

—¿Has visto algo?

El miedo a lo desconocido era latente en la voz del subinspector.

—Parece un buen escondite para darnos esquinazo durante unas horas. Prepárate para lo que pueda venir.

Echó marcha atrás y cambió el sentido de la circulación. En efecto, la linde de setos que rodeaba la carretera tenía una extensión kilométrica. Desde el vehículo, era imposible ver más allá de la primera fila, debido a la frondosidad de la vegetación.

Tras conducir un kilómetro, giró por el primer cruce en busca del acceso, hasta que llegaron a la entrada principal, que estaba abierta. Rojo empuñó el arma y Costa siguió sus pasos antes de bajar del vehículo. El silencio de la zona era casi opresivo. No había ni un alma a la vista, ni un sonido que rompiera la quietud, excepto por el crujido de la tierra bajo sus botas. El inspector sintió que algo no encajaba. Un detalle se le escapaba, pero no sabía exactamente qué era. Sus años en la policía le habían enseñado a confiar en esos presentimientos, y en ese momento, cada fibra de su ser le gritaba que estaban caminando directo hacia una desgracia.

—¿Hay alguien...? —preguntó Costa en voz alta, pero Rojo siseó para que callara. Eso no haría más que alertar de que estaban allí.

—¡Calla, hombre! ¿Se puede saber qué cojones haces?

—¿Seguro que este es el lugar? —preguntó el otro, limpiándose el sudor de la frente mientras miraba con desconfianza a su alrededor—. No se mueve ni una rama.

—No, pero lo averiguaremos.

Pasillos y más pasillos de plantaciones, de palmeras, de setos y de árboles dejaban en el centro una enorme nave industrial que funcionaba como las oficinas de la empresa. A lo lejos, se divisaba lo que parecía una balsa de agua de gran tamaño. Tras varios segundos de espera, nadie salió a recibirlos, por lo que Rojo temió lo peor.

—Escucha, tendremos que separarnos —murmuró el inspector, deteniéndose cerca de la entrada principal de la nave—. Esta nave es enorme, así que yo iré por el frente y tú cubre la parte trasera. No quiero que ese malnacido tenga ninguna salida.

—¿Qué pasa con el resto del terreno?

—Divide y vencerás. No nos vamos a meter en la boca del lobo de forma gratuita... Avisaré a Agulló para que se una a nosotros lo antes posible —dijo y miró al compañero—. Mientras tanto, la nave. En caso de peligro, retrocede hasta el coche. Si no encontramos nada, continuaremos por el resto de la zona.

—Descuida, sé cuidarme solo. Se ha quedado sin munición y los refuerzos están de camino. Si se ha escondido ahí dentro, lo tenemos por las pelotas.

—Está bien... Adelante.

Costa asintió con la cabeza y salió el primero. Ambos sabían que esta podría ser la última vez que se vieran, pero ninguno estaba dispuesto a admitirlo. Sin más palabras, el subinspector se deslizó hacia la parte trasera del edificio mientras Rojo se preparaba para entrar.

Antes de hacerlo, telefoneó a la inspectora.

—Rojo, ¿alguna novedad?

—No, por el momento... Costa y yo estamos en una empresa hortícola que hay a un kilómetro y medio, aproximadamente, de vuestra localización. Creo que podrían estar escondidos aquí, así que vamos a necesitar un cable.

—Entiendo.

—¿Han llegado ya los forenses?

—Sí. La vivienda está despejada. Hemos encontrado más trapos con sangre y un vestido de mujer manchado. Podría ser el que Emily llevaba esa noche, así que es probable que haya estado aquí. Lo que me pregunto es si seguirá con vida.

—No pienses en eso ahora. Si habéis terminado, venid todo lo rápido que podáis.

—Claro. Llevad cuidado.

Rojo colgó y dio un largo suspiro antes de entrar. El interior estaba envuelto en una penumbra que contrastaba con la luz brillante del exterior. Los rayos del sol se colaban por las grietas en el techo, iluminando parches de suelo cubiertos de polvo y escombros. El aire estaba cargado de un olor rancio que se mezclaba con la humedad del invernadero, una mezcla asfixiante de tierra y muerte que envolvía cada rincón de la fábrica. Rojo avanzó con cautela, con la mano firme sobre su pistola. Había algo en el silencio de la fábrica, algo que no encajaba.

Sus ojos se movían a toda velocidad, en busca de un movimiento mínimo, de una presencia, de un truco barato. Se fijó en lo que parecía la oficina del supervisor y se dirigió hacia ella cuando notó algo extraño en la parte exterior. La puerta estaba entreabierta, aunque no parecía haber actividad dentro. El interior estaba en penumbra, iluminado solo por la luz amarillenta de una

lámpara de escritorio que proyectaba sombras alargadas sobre las paredes. Los ojos del inspector se estrecharon al detectar una forma inerte detrás del escritorio. Dio un paso adelante y sintió que el tiempo se congelaba. Se echó a un lado, para que no pudieran verlo desde dentro, y se aproximó por el lateral. Finalmente, encañonó la entrada.

Con un movimiento rápido, se asomó y apuntó al interior.

Entonces, un nudo se le formó en el estómago debido al chute de adrenalina.

—Oh, no... —dijo al ver el reguero de sangre en el suelo.

33

El cadáver tenía el rostro desencajado en una mueca de terror. Una mancha oscura se extendía desde su pecho hasta el suelo. Al contemplar la sórdida escena, un sudor frío le recorrió la columna vertebral. Aquello no era un accidente ni un simple robo. El juego del gato y el ratón había comenzado.

—Malnacido…

Antes de que pudiera registrar por completo la oficina, un disparo resonó desde el exterior, rompiendo el silencio como un trueno. Rojo giró en redondo, corriendo hacia la puerta de la oficina y salió de un salto al pasillo principal. El eco del disparo aún retumbaba en sus oídos; su corazón latía con fuerza, y sabía que Costa, emplazado en la parte trasera de la nave, podía estar en problemas.

Atravesó la nave a toda velocidad, sorteando filas de estanterías metálicas y sacos de abono que parecían interminables. La atmósfera estaba cargada con el olor penetrante de fertilizantes y productos químicos, un recordatorio constante de que estaba en territorio peligroso. Él seguía adelante, con la pistola firmemente sujeta en su mano derecha. Finalmente, alcanzó la salida trasera y empujó la puerta, que se abrió de golpe bajo la presión. La escena que se encontró hizo que su estómago se contrajera.

Costa estaba en el suelo, con el rostro contorsionado por el dolor, agarrándose la mano ensangrentada. Rojo se arrodilló junto a él y su mirada recorrió la herida. La sangre fluía entre los dedos de Costa, pero el hombre apretó los dientes. A pesar del dolor, logró articular:

—No es tan grave, Rojo, pero me voy a cagar en su calavera... ¡Ve a por él! Está aquí dentro, en algún lugar...

—Necesitas un médico.

—¡Corre, joder!

Rojo no necesitó más incentivo. Para él, aquel tipo había disparado a un compañero, y eso le iba a costar caro. Se levantó de un salto. La rabia le quemaba las entrañas. Se dijo que era tarde para dejar a un lado las emociones y se adentró de nuevo en la nave. Los sonidos eran engañosos en el vasto espacio industrial, pero él no era un novato en eso. Conocía el olor del miedo y lo rastreó como un perro sediento de justicia. Avanzó por el invernadero con el corazón golpeando su pecho como un tambor de guerra. La humedad del lugar hacía que cada respiración fuera un esfuerzo, y el eco de sus pasos se mezclaba con el sonido de su propia respiración entrecortada. Sabía que estaba cerca de él, que lo acechaba entre las sombras, esperando el momento adecuado para atacar.

De repente, notó un destello de movimiento a su izquierda. Giró justo a tiempo para ver la silueta de un hombre con una cicatriz en el rostro que le apuntaba con su arma. Una chispa prendió en el interior del policía. No hubo tiempo para pensar, solo para actuar. El primer disparo resonó como un trueno en la nave, y Rojo se lanzó detrás de una estructura metálica, sintiendo cómo el proyectil rebotaba y silbaba a su alrededor. El ruido del metal perforado por los proyectiles llenó el aire, junto con el olor amargo de la pólvora.

«Cerdo, hijo de puta…».

Rojo sacó la cabeza un instante para devolver el fuego, disparando hacia donde había visto a quien suponía que era David Meroño. «Esa cicatriz», pensó, al recordar por un segundo lo que había visto. «Lleva una compacta de nueve milímetros», se dijo. Su corazón latía frenéticamente mientras escuchaba los casquillos caer al suelo, pero el otro no se detenía. Tres disparos más. Rojo contaba las balas y calculaba la capacidad del cargador, que no albergaría más de quince o diecisiete proyectiles. Las balas seguían volando, rebotando en las paredes y estanterías, destrozando macetas y lanzando tierra y hojas al aire. El lugar se transformó en un continuo de ruido y movimiento.

«Las armas las carga el diablo… y las dispara la desesperación».

Estaba acorralado, sin posibilidad de avanzar ni retroceder, sin exponerse a los disparos de su adversario. El sudor le empapaba la frente, y su mente buscaba una salida, un momento para contraatacar. De repente, una voz familiar rompió el frenesí del combate.

—¡Rojo! —gritó Agulló, apareciendo en la entrada del pasillo. Su figura era un borrón en la penumbra, pero el miedo en su voz era inconfundible.

«Maldita sea, ¿no puedes quedarte quieta?».

Entonces sintió una oleada de pánico al entender que no estaba muy lejos. Si la inspectora se acercaba más, se colocaría en la línea de fuego, y no podía permitirlo.

—¡Quédate atrás, Agulló! —rugió, su voz cargada de urgencia—. ¡Cubre la salida!

—¡Ni hablar!

—¡Es una orden!

Pero Meroño aprovechó la distracción. Desde su posición, lanzó una ráfaga de disparos hacia donde estaba Agulló, obligándola a cubrirse detrás de una columna. Rojo, cegado por la rabia, disparó con furia en dirección al oponente, esperando ganar tiempo para que su compañera se pusiera a salvo. El sonido de los disparos reverberaba en el invernadero; cada bala que lanzaba era un grito de frustración, una lucha por mantener el control de la situación.

—¿Estás bien?

—¡Sí!

—¡Joder, atiende! ¡Encargaos de Costa, está herido!

—¿Herido?

Meroño respondió al fuego, y por un instante, Rojo sintió que el mundo se ralentizaba. Una bala pasó tan cerca de su rostro que pudo sentir el calor y la presión de la onda expansiva. Su cuerpo se movió instintivamente, lanzándose al suelo mientras las balas seguían zumbando a su alrededor. Un disparo reventó un saco de tierra a escasos metros de él. El impacto de su caída le cortó la respiración, y por un momento, todo se volvió desconcertante, hasta que sintió el escozor de un corte superficial en el brazo derecho.

Pero eso no lo frenaría.

Aprovechando el momento en que el otro recargaba, se levantó y se lanzó hacia un nuevo refugio, esta vez más cerca del enemigo. A pesar de que sus botas resbalaban sobre el suelo húmedo, logró mantenerse firme, con la mirada fija en las sombras donde sabía que Meroño estaba agazapado.

«Vamos, cerdo cabrón… Tu San Martín está a punto de llegar».

—¡Rojo, déjame ayudarte! —insistió Agulló desde su cobertura.

—¡Te he dicho que te mantengas atrás! —gritó él, furioso y protector al mismo tiempo. No podía permitir que Agulló cayera de nuevo en el error, ni que se convirtiera en un impedimento para la caza.

Cada segundo que pasaba, cada disparo que retumbaba en el recinto acercaba a Rojo más al borde de la desesperación. Su brazo empezaba a entumecerse por la presión, y el dolor de la

herida no hacía más que aumentar. Era consciente de que el siguiente paso sería esencial, que un solo error podría costarle la vida.

Durante unos segundos, el silencio reinó entre los pasillos. No podía creer que lo hubiese perdido. En consecuencia, Meroño disparó de nuevo, obligándole a retroceder unos pasos. Las balas impactaron en las estanterías, haciendo que el metal chirriara otra vez y las macetas se volcaran al suelo, esparciendo tierra y escombros por todas partes. Meroño se estaba quedando sin balas, el ritmo de los disparos era cada vez más espaciado y torpe. Sin embargo, en esa confusión, Rojo halló su oportunidad.

Esperó, conteniendo la respiración para que no lo oyera, hasta que escuchó el clic de un arma vacía. Una sonrisa se dibujó en la mandíbula firme y pronunciada del inspector. Acto seguido, se lanzó hacia delante, disparando mientras corría, sabiendo que, esta vez, debía dar en la diana.

Los pasillos se estrechaban mientras perseguía a su presa. Con la adrenalina por las nubes, cada rincón y cada sombra se convertían en potenciales escondites. Cada paso que daba lo acercaba más a su objetivo. Él sabía que el final estaba cerca, y que solo uno de ellos saldría con vida de ese lugar.

34

Rojo se movía con la agilidad de un depredador. El tictac del reloj agotaba el tiempo. A lo lejos, sintió la llegada de los refuerzos y el sonido de los vehículos acercándose a la propiedad. Debía aprovechar la oportunidad, ese cara a cara con aquel hombre, para sacarle la información que más tarde no podría. Se detuvo un instante, agazapado detrás de una estantería, con la respiración ya controlada y la mente fría, intentando percibir algún ruido que le diera información de su paradero. Entonces lo vio, mirando a ambos lados, como un roedor desesperado por salir del agujero. Meroño había bajado la guardia, creyendo que Rojo estaba más lejos.

—Imbécil. Has cometido tu último error.

El inspector no dudó.

Con una calma inusual y la seguridad de un dios romano, levantó el arma, alineando la mira con el torso de Meroño. Apretó el gatillo y el disparo generó un estallido ensordecedor. La bala voló a través del aire y encontró su objetivo con precisión quirúrgica. El cuerpo de David Meroño se tambaleó hacia delante, soltando un gemido de sorpresa y dolor antes de desplomarse al suelo.

Durante un segundo, Rojo se mantuvo quieto, observando cómo su presa caía, pero sin bajar la pistola. Cuando el eco del disparo finalmente se desvaneció, se acercó al criminal con cautela. Lo vio allí tirado y no sintió ninguna pena hacia él. Ahora la presa estaba en el suelo y respiraba con dificultad. «Sobrevivirá», se dijo, al saber que el disparo aún le daría una tregua si llegaba al hospital. El hombre había dejado caer su arma y su cara estaba contraída en una mueca de dolor, pero sus ojos seguían ardiendo con odio.

Por su parte, el inspector no era de los que celebraban antes de tiempo. Aún había preguntas, y estaba decidido a sacarle las respuestas.

Entonces oyó unos pasos; probablemente era Agulló, pensó, acercándose al lugar de los hechos. Debía darse prisa. Se inclinó sobre el hombre, manteniendo la pistola a escasos centímetros de su nuca.

—¿Dónde está Emily? —le preguntó, cortante como el acero.

Meroño parpadeó, tratando de enfocar la vista mientras la sangre manchaba sus labios. Una sonrisa torcida y débil asomó en su rostro.

—No... la vas... a encontrar —murmuró con esfuerzo—. Ella está... tan perdida como tú, inspector.

Se fijó en la cicatriz de su rostro, reciente, para su sorpresa, y sintió cómo la rabia burbujeaba bajo la superficie, apretando los dientes mientras se acercaba más.

—¡Habla, maldita sea! ¡Te juro que aún me quedan balas! —rugió. El cañón de su pistola temblaba ligeramente—. ¿Dónde está?

Meroño soltó una carcajada ahogada, que pronto se convirtió en una tos convulsa. Su cuerpo se agitaba y la malicia en sus ojos se intensificaba.

—Dispara, entonces...

—¡No me toques los cojones! —exclamó, ejerciendo presión en la espalda con el pie. El grito de dolor fue descomunal—. ¿Quieres más?

—Incluso si la encontraras... —escupió, entrecortadamente— ya no importaría... El jefe sabe lo que hace... y se encargará de... terminar el trabajo. Tú... y esa zorra de Agulló... nunca... tendréis la oportunidad...

El corazón de Rojo se detuvo un instante al escuchar el nombre de su compañera. El miedo se mezcló con la furia en su interior, y apretó el cañón de su pistola contra el hombro de Meroño.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, su voz baja y peligrosa—. ¿Quién es el jefe?

—No pienso decirte... nada...

—¡Habla, cabrón o te golpearé hasta que dejes de respirar!

Meroño sonrió, mostrando los dientes manchados de sangre.

—Tu novia... será la siguiente... —murmuró con un brillo de satisfacción, refiriéndose a la inspectora—. El jefe... está cerca... Rojo. No es algo... personal... Todo fue... culpa... de su padre... Te lo prometo... No tendrás... tiempo de salvarla.

La sangre del inspector hervía por debajo de la piel. Cada palabra de aquel tipo era como una provocación directa al pecho. Sabía que el bastardo estaba jugando con él, estirando su sufrimiento tanto como podía. Pero no podía permitirse perder la cabeza ahora.

—Dime dónde está Emily... Ella no tiene nada que ver con esto —dijo, apretando la pistola con más fuerza—. ¡Dímelo y te dejaré en paz!

Pero el secuestrador, con las últimas fuerzas que le quedaban, soltó una última carcajada débil.

—¿Qué más da? —preguntó, mientras su mano izquierda se movía sutilmente hacia su chaqueta, donde un pequeño destello metálico brillaba—. Ya estoy muerto...

Rojo vio el movimiento, pero demasiado tarde.

Meroño, con un último esfuerzo desesperado, sacó la pistola que había ocultado y la levantó hacia Rojo, que no dudó en pisotearle el brazo para desviar la bala. El disparo resonó en el invernadero, pero Rojo, que aún conservaba sus reflejos, se lanzó hacia un lado justo a tiempo. Sin embargo, la bala lo alcanzó, rozando su hombro.

Por un instante, sintió un dolor agudo, un ardor que recorrió todo el brazo y que se expandió por segundos.

Sin dudar, a pesar de las molestias, el inspector devolvió el fuego. Dos disparos certeros a quemarropa silenciaron al secuestrador para siempre. El cuerpo del hombre se sacudió violentamente contra el pavimento, antes de quedar completamente inmóvil, con los ojos abiertos en una expresión de rechazo eterno.

La calma volvió a reinar en la nave.

Los agentes corrieron hacia el origen de los disparos. Rojo se quedó allí durante unos segundos, respirando con dificultad, observando el cadáver y recordando sus últimas palabras. El escozor en su hombro latía con fuerza, pero lo ignoró por completo. La rabia que sentía por dentro era superior a cualquier molestia física. El peso de la amenaza de Meroño sobre Agulló le colgaba como una losa. El trabajo no había terminado, y el tiempo se le acababa. Sin malgastar más de este, dio media vuelta y caminó hacia la salida, con la impotencia fija en su semblante. Necesitaba un cigarrillo. Todavía quedaba una chica que salvar.

35

El faro de la ambulancia resplandecía sobre el interior de la nave mientras los sanitarios subían a Costa en la camilla. El hombre había pasado por lo suyo, pero seguiría luchando; Rojo lo sabía. A pesar de la bala que le había atravesado la mano, el subinspector no dejaba de apretar los dientes, susurrando maldiciones ininteligibles mientras lo acomodaban en la ambulancia. Por fortuna, recuperaría todos los dedos.

En cuanto al inspector, este, con el hombro herido y la camiseta empapada de sudor y sangre, se quedó observando la escena un momento antes de dirigirse al coche en el que habían llegado. «Todo podría haber terminado, pero no ha sido así. Más bien, esto no ha hecho más que comenzar». El dolor en su brazo no era más que una molestia, comparada con la presión que sentía en el pecho. El cuerpo de Meroño ya no significaba nada, era un saco vacío, de carne y huesos, pero las palabras que había dicho antes de morir seguían repiqueteando en su mente, como un martillo hidráulico.

Agulló se acercó a él, preocupada por su estado y por la situación que había vivido. Disparar a alguien nunca era fácil de digerir para un policía, y menos aun cuando la otra persona moría ante sus ojos. Ella observó cada centímetro de su expresión antes de hablar. Rojo se limitó a rechazar la ambulancia y ella se ofreció a llevarlo al hospital.

—No es necesario.

—Necesitas que te vea un médico, urgentemente —indicó ella, sin darle opción a discutir. Él guardó silencio y aceptó la orden. Luego subieron al coche, ella al volante, él en el asiento del copiloto. Acto seguido, el motor rugió al encenderse y, sin perder tiempo, Agulló pisó el acelerador, llevándolos lejos de aquella nave hortícola.

***

Las luces de la ciudad se mezclaban con las sombras del atardecer, que empezaba a oscurecer lentamente, creando un paisaje difuso que pasaba rápidamente por las ventanas. El silencio en el coche era denso, cargado de preguntas no formuladas y respuestas que ninguno de los dos estaba preparado para escuchar. Tenían mucho de qué hablar, pero, por alguna razón, la inspectora no encontraba la manera de romper el hielo. Dar el primer paso nunca había sido su fuerte.

La radio del coche zumbó de repente y una voz nasal comenzó a transmitir las noticias: «En una operación nocturna, la policía ha logrado neutralizar al presunto asesino relacionado con la desaparición de Emily Green, la joven británica desaparecida en circunstancias misteriosas durante las Hogueras de San Juan. Sin embargo, la joven sigue sin aparecer, y la presión sobre la policía aumenta conforme pasan las horas…».

—Cojonudo… —murmuró él y cerró los ojos por un momento, dejando que el dolor punzante en su hombro lo mantuviera en la realidad, en lugar de dejar que su mente vagara por los peligros que aún acechaban. Pero sabía que Agulló no iba a dejarlo en paz tan fácilmente.

—Rojo —dijo ella, rompiendo el silencio. Su voz era tan afilada como una navaja—, ¿qué te ha dicho Meroño antes de que le dispararas?

—No es el momento, Agulló.

—Sí que lo es. Necesito saberlo —insistió—. Lo que te ha dicho puede ser importante, y sabes que preguntarán por qué disparaste, sobre todo porque la bala solo te rozó.

—Me ha disparado desde el suelo. Ha sido un acto en defensa propia.

—Podrías haberlo evitado.

—Sí, volándole la tapa de los sesos.

Rojo mantuvo su mirada fija en el camino, las luces de los faros proyectando sombras danzantes en la carretera. La tensión en su mandíbula era palpable, pero no respondió a la pregunta de inmediato. Aún no quería hablar. Las palabras de Meroño todavía pesaban demasiado, como un bloque de cemento atado a sus pensamientos.

—No importa lo que haya dicho, porque no ha revelado el paradero de esa chica —respondió finalmente con tono áspero, como si hubiera estado masticando vidrio—. Él estaba acabado, desesperado. Le habían lavado el cerebro.

Agulló no se dejó intimidar. Su mano apretó el volante, sus nudillos blancos bajo la presión.

—Creo que te equivocas... —insistió con una mezcla de preocupación y frustración—. La herida que tienes no es grave, lo que significa que habrá preguntas. Quiero ayudarte, pero no puedo si no me dices la verdad.

Rojo dejó escapar un suspiro cansado. Su mirada seguía fija en la carretera. Sabía que ella tenía razón, pero eso no hacía que fuera más fácil de aceptar. Giró la cabeza lo suficiente para mirarla de reojo con el semblante endurecido.

—No has debido poner tu vida en peligro, Agulló —dijo, desviando la conversación, con reproche—. Te he dado una orden y la has ignorado por completo. Podrías haber muerto ahí, y eso no es algo con lo que uno pueda vivir fácilmente.

Agulló lo miró por un momento.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Que no he obedecido una orden? ¿Qué hay de lo que estamos haciendo aquí, Rojo? Lo he visto todo.

Rojo apretó los dientes, sintiendo cómo el dolor en su hombro se intensificaba.

—Entonces, ¿por qué demonios me lo preguntas?

—Porque no he llegado a escucharlo. Por eso necesito conocer los motivos por los que has disparado. Estaba en el suelo, indefenso, y tenías la suela de tu bota sobre su espalda. No tenías motivos para hacerlo.

«A veces, la ignorancia es la que te salva de los errores».

—Eso no es algo que debas juzgar.

—Es el protocolo.

—Tú habrías hecho lo mismo, si hubieses estado en mi lugar. Ese desgraciado sabía que iba a morir y no ha dudado en jugárselo todo a una carta.

Ella desvió la vista del frente por un segundo y lo miró.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Porque es lo que me ha dicho cuando le he preguntado por Emily.

El silencio volvió a llenarse con el zumbido del motor y el parpadeo de las luces de la ciudad que los rodeaba. Agulló no insistió más, pero su mirada lo perforaba cuando giraba la cabeza para mirarlo, buscando respuestas que él no estaba listo para dar. El hospital apareció en el horizonte. Las luces brillaban como una promesa de alivio temporal, pero ambos sabían que la verdadera tormenta aún estaba por llegar.

36

Rojo se acomodaba en la silla de la sala de urgencias, esperando que finalmente lo atendieran. Para él, aquel lugar era un limbo entre la vida y la muerte, con un ritmo propio que no respetaba ni la noche, ni el día.

Las puertas dobles al final del pasillo se abrían y cerraban constantemente, revelando destellos de camillas empujadas con apremio. El aire estaba cargado con el inconfundible olor a desinfectante y el rancio aroma del sudor y el miedo. Las paredes, pintadas en un tono pálido de verde que se suponía relajante, parecían más bien decoloradas por años de desesperación y sufrimiento.

El dolor en su brazo era un recordatorio constante de la jornada infernal que había vivido, pero lo soportaba en silencio, con la paciencia de un hombre acostumbrado a lidiar con el sufrimiento. Agulló estaba sentada a su lado, con una expresión estoica, pero sus ojos no dejaban de observar al compañero, evaluando cada gesto, cada suspiro.

Finalmente, una enfermera lo llamó y lo condujo a una sala de exámenes. El médico, un tipo de rostro curtido y voz monótona, examinó la herida, sacudió la cabeza con desaprobación y empezó a trabajar.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? Parece que ha sido un día ajetreado, ¿verdad?

—Probablemente, más que el suyo.

El comentario no le hizo gracia al médico y la conversación terminó ahí.

Siete puntos de sutura después, Rojo se encontraba de pie nuevamente, firmando el parte médico mientras el doctor le daba las habituales advertencias.

—Sobrevivirá a esto, pero le recomiendo que guarde reposo y que no haga esfuerzos innecesarios —le dijo sin levantar la vista—. Y asegúrese de limpiar la herida a diario. No

queremos infecciones.

Rojo asintió sin entusiasmo, doblando el papel con el informe médico y guardándolo en el bolsillo trasero de sus vaqueros. La noche se había asentado completamente sobre la ciudad, y la brisa fría que lo golpeó al salir del hospital lo hizo fruncir el ceño. Las calles estaban tranquilas, con solo algunos coches pasando de vez en cuando.

—Te llevo a casa —le dijo la compañera, más como una afirmación que como una pregunta. Rojo no se molestó en discutir. Podía pedir un taxi, pero eso le acarrearía un problema. El cansancio pesaba en sus huesos y, aunque el dolor en su brazo era ahora una pulsación constante, había algo más que lo inquietaba.

***

Subieron al vehículo y el motor ronroneó suavemente cuando Agulló lo puso en marcha. La ciudad de Alicante se extendía ante ellos en plena noche de primavera. Mientras conducían, por la radio empezó a sonar «Live and Let Die», interpretada por Guns N' Roses. La inspectora subió el volumen. Los acordes afilados de la Gibson Les Paul de Slash llenaron el interior del coche. Rojo reconoció la melodía. El tema era un clásico, aunque él era más de Ozzy y de Jimmy Page. Se giró hacia Agulló, levantando una ceja.

—¿Te gusta el rock? —preguntó con un toque de curiosidad.

Ella se sorprendió por la pregunta y una pequeña sonrisa asomó en la comisura de sus labios.

—¿Te sorprende? No es mi banda favorita, pero son buenos —respondió, tamborileando con los dedos en el volante al ritmo de la música—. Mi padre tenía una gran colección de vinilos.

Rojo asintió, mirando por la ventana, mientras los edificios pasaban a su lado como sombras fugaces. La conversación había roto el hielo, pero el silencio entre ellos aún estaba cargado de tensión, una tensión que ninguno de los dos podía ignorar por mucho tiempo.

Mientras avanzaban por las calles, pasaron junto a algunos bares que aún estaban abiertos. Los rótulos de neón deslumbraban en la oscuridad como faros de tentación. La inspectora echó un vistazo hacia uno de ellos, luego a Rojo.

—¿Tienes hambre?

Él se fijó en los bares.

—No demasiada, pero es tarde y me gustaría seguir trabajando en el caso. Además, es probable que nos echen pronto.

—Te hago una propuesta. De colega a colega.

—Tú dirás…

—Pedimos algo para llevar y seguimos trabajando en mi casa —sugirió—. Sé que no es lo habitual, pero no quiero que me malinterpretes.

—Todavía no lo he hecho.

—Simplemente, hay cosas de las que me gustaría hablar contigo y la comisaría no es el lugar más seguro para ello. Trabajaremos un rato y después te llevaré a casa. ¿Hecho?

Rojo permaneció en silencio por un momento, sopesando la oferta. Agulló le proponía ir a su casa a trabajar. Era la primera vez que sucedía algo así en su carrera, pero no quiso sacar las cosas de contexto antes de hora. Él tenía claro cuáles eran los límites y suponía que ella también. Después de todo, eran compañeros de trabajo, pensó. Por suerte, el cansancio lo había agotado como para sacar conclusiones fuera de lugar. Finalmente, asintió.

—Está bien —dijo en voz baja—. Siempre y cuando no me obligues a comer un kebab o cualquier basura industrial, ¿entendido?

Agulló se rio, sin apartar la vista del camino.

—No, descuida, no lo haré… —admitió, con una sinceridad que lo tomó por sorpresa—. Verás, hay cosas que... que creo que deberías saber, si queremos seguir con el caso sin perjudicarnos mutuamente. Pero antes de eso, quiero disculparme por lo de anoche… cuando revisé la carpeta que tenías en tu escritorio. No debería haberlo hecho, pero no pude evitarlo.

Rojo sintió una punzada de irritación, no obstante, se mantuvo en calma. Había algo en la voz de Agulló que lo hizo contenerse, algo que sugería que esto no era solo una confesión, sino el preludio de algo más.

—Está bien. No puedes cambiar los errores. ¿Encontraste algo allí? —preguntó. Su tono era neutral, pero sus ojos estaban fijos en ella, buscando la verdad en cada palabra que diría—. ¿Algo de interés?

Ella respiró hondo.

—¿Crees que no me iba a enterar? Sabía que estabas investigando sobre el «Grupo 3», sobre mi padre... y sobre ti —dijo, finalmente, cortándolo con la precisión de un bisturí—. Por desgracia, la mayoría de los informes de las investigaciones que guardan en el archivo están incompletos o han desaparecido.

Rojo frunció el ceño.

—¿Cómo dices?

—Sí. Hay algo que no te conté, algo que también descubrí sobre mi padre y sus compañeros. Y creo que es hora de que lo sepas.

—¡No me jodas, ahora, Agulló! —dijo con los ojos clavados en los de ella—. ¿Por qué has esperado hasta este momento?

Ella continuó conduciendo, pero sus ojos mostraban un conflicto interno, una lucha entre la lealtad a su compañero y la necesidad de sacar a la luz la verdad.

—Pensé que lo deducirías cuando te enseñé aquella foto del grupo. ¿De dónde crees que la saqué?

—¿Yo qué diablos sé?

—Lo lamento, pero no sabía si podía confiar en ti.

—Me lo dices de colega a colega.

—Entiéndeme. Mi padre, el hombre en el que confié ciegamente… también me traicionó.

—No. Tan solo te mantuvo en la ignorancia para protegerte. Es diferente.

—Eso es lo que decís todos los que tenéis algo que esconder. Mi padre no solo estaba involucrado en el «Grupo 3» —prosiguió con cierto enfado en la voz—. Descubrí que fue uno de los primeros en cuestionar sus métodos. Comenzó a sospechar que lo hacían no era solo... poco ético, sino que había ido demasiado lejos. Y cuando intentó detenerlos, lo silenciaron.

Rojo se quedó inmóvil, asimilando la explicación.

—¿Y qué tiene que ver esto con el caso? —preguntó, aunque en el fondo ya empezaba a atar cabos.

Agulló lo miró por un momento.

—Tú estabas recién llegado a Cartagena cuando todo ocurrió. Mi padre había localizado a un inspector joven tras un caso similar en la Costa Cálida, y estuvo a punto de solicitar una colaboración, pero alguien dentro del «Grupo 3» lo traicionó y él terminó... Bueno, ya sabemos lo que pasó. Necesito saber si tú... si tú sabías algo.

Rojo sintió cómo el nudo en su estómago se apretaba más. Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar, pero no le gustaba la imagen que estaba viendo.

—Sinceramente, ahora mismo no sé de qué demonios hablas… Eso sucedió hace muchos años. Las chicas desaparecidas en Cartagena no eran extranjeras, sino de los alrededores. Las sacaban de los pueblos a cambio de promesas falsas y luego las explotaban sexualmente. Pero no tenía nada que ver con lo que hacía tu padre... Por esa razón, sigo sin entender qué tiene que ver esto con el caso de Emily Green.

El coche se desvió levemente hacia la cuesta que bajaba por la rambla para llegar al aparcamiento de Agulló.

Finalmente, ella asintió y en su mirada, Rojo vio una chispa de comprensión, aunque mezclada con la amargura del desengaño.

—Está bien. Te lo contaré todo arriba, pero necesito que hagas algo por mí.

—¿Hacer qué?

—Debemos confiar de verdad el uno en el otro, sin prejuicios.

«Sigue soñando, no soy una maldita ONG».

Rojo no respondió, pero en su interior sabía que ese momento llegaría más pronto que tarde. Mientras la ciudad pasaba a su alrededor, ambos quedaron en silencio, en el interior del vehículo, atrapados en sus pensamientos, sabiendo que la verdad, por dolorosa que fuera, estaba a punto de revelarse.

37

—Es la primera vez que mezclo el trabajo con la vida privada —murmuró Agulló al apagar el motor.

—Sobrevivirás —le dijo Rojo, encogiéndose de hombros.

El ascensor del edificio los recibió con un chirrido metálico cuando las puertas se deslizaron hacia un lado. Ella fue la primera en entrar y él la siguió. Cuando pulsó el botón y las puertas se cerraron, aumentó la tensión que se había instalado entre ellos. Rojo estaba apoyado contra la pared, con la mirada al frente. El silencio era incómodo para ambos y él sentía el calor que irradiaba de Agulló a su lado, una proximidad que era casi abrasiva. Por su parte, ella mantenía la mirada fija en los números que parpadeaban en el panel del ascensor, aunque él notaba cómo sus ojos se deslizaban hacia él de vez en cuando, furtivos, cargados de algo que no se atrevía a nombrar.

El silencio en la cabina se hizo más espeso, lleno de miradas robadas y respiraciones contenidas. Él dejó que sus ojos vagaran sobre ella, captando pequeños detalles: la línea de su mandíbula tensa, el leve temblor en sus dedos, como si estuviera debatiéndose con algo.

Vaya situación, pensó, sabiendo que era mejor mantenerse callado. Las palabras no harían más que avivar la chispa que flotaba en el aire. Justo cuando el silencio parecía estar a punto de romperse por su propio peso, el ascensor se detuvo con un leve tirón y las puertas se abrieron, dejando entrar el aire fresco del pasillo.

—Aquí es —dijo ella, finalmente—. Ya hemos llegado.

La presión en la cabina se redujo a cero y entonces ella salió la primera.

Al llegar a la puerta, Rojo se fijó en que ella revisaba la cerradura antes de abrir, como si procurara protegerse de algo.

—¿Algún problema? —quiso saber él.

—No, ninguno —respondió y sonrió. Luego introdujo la llave—. Siempre que me acuerdo, cierro y la dejo en vertical. Dos vueltas y con la ranura así, como está ahora... Llámame precavida, pero es una manía que heredé de mi padre, aunque muy efectiva.

—Todos tenemos nuestros métodos.

Ella abrió la puerta y lo invitó a pasar.

—Bienvenido... Estás en tu casa.

El apartamento de Agulló se aproximaba a cómo él había imaginado que sería: limpio, organizado, decorado con una sencillez elegante, pero sin artificios. Los muebles eran minimalistas, probablemente de IKEA y cuidadosamente elegidos, para no sobrecargar el espacio. Las paredes blancas estaban adornadas con pinturas abstractas y las plantas estratégicamente colocadas añadían un toque de vida al lugar. Había un equipo de música en una esquina, junto a una estantería repleta de CD-s, muchos de ellos de música de los 80, algo que Rojo no pudo evitar notar con una sonrisa interna, ya que le recordaba a su colección de rock.

El contraste con su propio apartamento era notable. El inspector vivía en un caos de documentos, libros y objetos personales desparramados.

Mientras caminaba por el salón, sus ojos fueron inevitablemente atraídos hacia una mesa baja donde descansaban varias carpetas y un ordenador portátil. Dada la ausencia de la inspectora, que estaba en otro cuarto, y sin querer parecer demasiado curioso, dejó que su mirada se deslizara sobre los documentos, sabiendo que contenían partes de la investigación que compartían.

Sin embargo, lo que realmente captó su atención fue un pequeño portarretrato en una estantería. Sus ojos se dirigieron hacia este en cuanto lo vio. La fotografía mostraba a Agulló junto a un hombre mayor, que supuso era su padre. Había algo en la expresión de ambos, una mezcla de orgullo y tristeza que le hizo detenerse por un momento. Él tenía la mirada de un policía cabal, intoxicado por la sombra del poder. Justo cuando estaba sumido en sus pensamientos, Agulló apareció a la puerta, esta vez con dos botellines de cerveza Alhambra en las manos.

—Te he pillado husmeando —le dijo, con una leve sonrisa, mientras le ofrecía una de las cervezas—. Bebe, te refrescará.

—Gracias.

Rojo aceptó el botellín y, aunque sabía que no debería beber alcohol, decidió que una cerveza no le haría daño. Además, después de la noche que habían tenido, sentía que necesitaba algo para

calmar los nervios.

Tomó un largo trago. El frío líquido bajaba por su garganta como una bocanada de aire fresco.

—Bonita casa.

—¿Ya me has psicoanalizado?

—Esa mierda es tarea de Asuntos Internos.

—Entiendo... ¿Qué te apetece para cenar? —preguntó ella, levantando el teléfono que había pegado a la pared y mirándolo a los ojos—. ¿Comida china o pizza?

—¿A eso lo llamas comida?

—Dada la hora que es, Rojo...

Él se quedó en silencio un momento, reflexionando. Aunque la pizza era una opción tentadora, siempre había preferido los tallarines y el arroz.

«Mejor malo conocido que bueno por conocer».

—Está bien. Comida china —dijo, con la decisión firme en su voz—. Prefiero los tallarines a una sobredosis de glucosa.

La compañera asintió, marcando el número de un restaurante chino que conocía. Luego hizo el pedido con la eficiencia de alguien que ya había llamado allí muchas veces. Al colgar, se dejó caer en el sofá, sosteniendo su cerveza sin beber de ella, mientras Rojo la observaba, tratando de leer más allá de la imagen que proyectaba al mundo.

—A veces me he preguntado cómo era tu vida fuera de la comisaría —le dijo, rompiendo el silencio mientras se acomodaba en una butaca cercana—. La forma en que llevas todo aquí... me hace pensar que no todo el monte es orégano.

Agulló soltó una breve risa, pero había algo amargo en su tono.

—¿Es la noche de abrirse en canal y hablar del pasado? —replicó, levantando una ceja—. Porque no pienso hacerlo sola.

Rojo la miró con una media sonrisa, pero su expresión se endureció rápidamente.

—No, por supuesto que no —dijo, dándole otro trago a su cerveza—. Hemos venido a currar. Pero empiezo a entender que detrás de esa fachada de inspectora ejemplar de despacho, hay mucho más.

—¿Como qué?

—Tu padre, por ejemplo.

—¡Ah! Eso... Puedes leer los periódicos. Les gusta hablar de él.

—¿Qué clase de relación tenías con tu madre?

Agulló se quedó en silencio por un momento, jugando con la botella entre sus manos antes de responder.

—Mi madre... —comenzó, su voz algo distante—. Ella era fuerte, pero no era fácil. Nuestra relación fue complicada. No le hacía gracia que fuera policía. Supongo que, en muchos sentidos, soy más parecida a mi padre.

Rojo asintió lentamente, procesando lo que ella decía. Sabía que, en su línea de trabajo, todos tenían un historial que dejaba cicatrices. Algunas más profundas que otras.

—Todos tenemos un pasado, Rojo —continuó Agulló, sus ojos fijos en él—. De lo contrario, seríamos planos, sin nada que resolver en nuestra vida. No eres el único que guarda secretos.

Rojo se limitó a asentir, sin decir nada. Sabía que la conversación estaba empezando a deslizarse hacia un terreno que prefería evitar, pero Agulló no estaba dispuesta a dejarlo así.

—¿Qué te ha dicho Meroño antes de morir? —le preguntó de repente. El turno de preguntas para el inspector se había acabado—. Necesito saberlo, Rojo. Creo que ese hombre podría ser el mismo que mi padre intentó atrapar hace veinte años.

Rojo desvió la mirada, tomando otro trago de su cerveza, intentando ganar tiempo. No quería hablar de ello, no ahora.

—No estoy seguro de saber de qué me hablas —respondió, haciendo un esfuerzo por parecer indiferente.

Agulló se inclinó hacia delante, clavándole los ojos, con una fuerza que casi lo hizo retroceder.

—No te hagas el idiota, no ahora —dijo con firmeza—. Sabes perfectamente de qué te hablo. Si no, no estarías aquí, en mi casa. Creo que ya hemos jugado lo suficiente al gato y al ratón.

El silencio que siguió fue tan denso como la niebla en una madrugada fría. Rojo sabía que no podía seguir evadiendo la pregunta, pero tampoco estaba listo para desenterrar lo que Meroño había insinuado. Sin embargo, la determinación en los ojos de Agulló le decía que no lo dejaría escapar tan fácilmente.

Finalmente, suspiró, dejando la cerveza a un lado.

—Ese cabrón ha mencionado algo sobre tu padre, cierto... —comenzó, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Pero no sé si tiene que ver con lo que estás pensando. Podría ser una coincidencia, o tal vez no. El caso es… que eso no es lo que más me preocupa de todo lo que ha dicho.

—¿Y qué es lo que más te preocupa?

—Lo que me ha dicho sobre ti.

38

El sonido del timbre interrumpió el silencio tenso que había llenado el apartamento. Agulló se levantó del sofá, pero Rojo ya estaba de pie, caminando hacia la puerta con la agilidad de un hombre acostumbrado a tomar el control en cualquier situación. Abrió la puerta y se encontró con el repartidor de comida china, un muchacho delgado con una chaqueta roja y un gorro que parecía demasiado grande para su cabeza.

—Son dieciocho con cincuenta, señor —dijo el repartidor, ofreciendo la bolsa de comida humeante.

Rojo sacó la cartera del bolsillo del pantalón, pero antes de que pudiera extraer un billete, sintió la mano de Agulló en su brazo.

—Mi casa, mi invitado, mis normas —dijo la inspectora, con una sonrisa juguetona. Le pagó al repartidor con un billete, quien le dio las gracias y se marchó rápidamente.

Rojo la observó mientras cerraba la puerta. La sonrisa en sus labios se desvanecía mientras volvía a su habitual expresión de concentración. Se preguntó si esa chispa de calidez que había visto era solo una ilusión pasajera o si había algo más.

Se sentaron a la mesa, donde Rojo comenzó a desatar los nudos que aseguraban las cajas de cartón llenas de comida. Los aromas de los tallarines y el arroz se mezclaron en el aire y, por un momento, Rojo se permitió disfrutar de la familiaridad del olor, un consuelo que, aunque temporal, le ofrecía un respiro en medio de la tormenta.

—Meroño te mencionó antes de morir —comentó de repente, rompiendo el silencio mientras tomaba un bocado de tallarines—. Dijo que tú serías la siguiente.

Agulló, que estaba sirviendo el arroz en su plato, se congeló por un instante. Sus ojos buscaron los de Rojo y, aunque intentó mantener una expresión neutral, él no se perdió la sombra de

miedo que cruzó por su rostro. Sin embargo, ella recuperó rápidamente la compostura, como un actor volviendo al escenario después de un tropiezo.

—¿Qué más te dijo? —preguntó, mientras tomaba un sorbo de su cerveza.

—No mucho más. Solo que tú serías la siguiente. Meroño no actuaba solo, de ahí el mapa y las notas que hemos encontrado. Llamaba a su compañero el jefe, así que el hombre que está detrás de todo esto no ha terminado aún.

Ella asintió lentamente.

—David Meroño no era el tipo de hombre que amenazaba en vano. Te recuerdo que intentó volar la casa por los aires. Así que no podemos tomar a la ligera su amenaza y tú lo sabes.

—Y tanto que lo sé —continuó Rojo, con una dureza en su voz que no podía disimular—. Lo que más me fastidia es que se haya salido con la suya. Sabía que estaba en un callejón sin salida. Si elegía vivir, le hubiese sacado las respuestas a hostia limpia y habríamos averiguado con quién trabajaba...

Agulló dejó el vaso sobre la mesa y se recostó en su silla, cruzando los brazos. Por primera vez desde que había entrado en el apartamento, su fachada de inspectora inquebrantable parecía resquebrajarse.

—Es posible —admitió finalmente—. Mi padre intentó atrapar a un criminal hace veinte años. Estuvo cerca, pero no lo logró. Creo que el mismo hombre del que habló Meroño es el que mi padre buscaba cuando lo mataron. Por eso para mí es importante saber exactamente lo que te dijo.

Rojo ladeó la cabeza, una media sonrisa sardónica cruzaba su rostro mientras la observaba.

—¿Hace cuánto que investigas su muerte?

Agulló lo miró directamente a los ojos.

—El tiempo suficiente como para aguantar tu falta de confianza.

—No me hagas reír. Es evidente que has jugado a la mosquita muerta todo este tiempo…

—Es mi padre, es mi problema. Pero ¿y tú? ¿Cuál es la razón?

—Es largo de explicar.

—En ese caso, tómate tu tiempo. Puedo esperar.

Rojo la miró por un largo momento y terminó la cerveza de un trago. Las sombras de la habitación hacían que sus facciones parecieran más duras, más anguladas.

—¿Hay más cerveza?

—Sí. Te traeré otra, pero no te vayas por las ramas.

Finalmente, suspiró, sabiendo que no tenía sentido seguir esquivando la verdad.

—Como quieras… Todo empezó con aquella fotografía que me enseñaste, en la que aparecía Maruenda. El excomisario y yo no tuvimos una buena relación desde el principio. Intentó suspenderme varias veces, incluso buscó la manera de echarme del Cuerpo, pero no lo consiguió.

—No me sorprende. Tu carácter es difícil de manejar.

—Por la comisaría pasan muchos, pero algunos nos quedamos. Es importante cuidar tu territorio.

—Entiendo. Pero, ¿qué tiene que ver con mi padre?

—Mencionaste al «Grupo 3» y yo había oído algo sobre ellos... Cuando me explicaste que la muerte de tu padre no era lo que te habían contado, algo hizo clic en mi cabeza. No soy nuevo en este oficio. Así que me interesé por él y busqué en los archivos policiales después de que lo mencionaras —comenzó, apartando el plato para enfocarse completamente en la conversación. Ella regresó con otra cerveza que puso sobre la mesa—. Tras pasar muchas horas en el archivo y fumarme unos cuantos paquetes, encontré que estaba trabajando en la «Operación Gaviota». Tres extranjeras desaparecidas en Alicante, durante las Hogueras de San Juan. Pero los casos estaban cerrados cuando los leí.

Agulló asintió, aunque Rojo notó una tensión en la línea de su mandíbula.

—Lo sé —dijo ella, levantándose otra vez de la mesa—. Lamento decirte que ibas tras una pista falsa.

—¿Cómo dices? —preguntó y le dio un trago a la botella. Las burbujas cruzaron su garganta.

—Sí. Esos casos no son lo que parecen.

La inspectora caminó hacia una pila de cajas en la esquina de la habitación. Rojo la siguió con la mirada, observando cómo abría una de las cajas en busca de algo en concreto. Sacó una carpeta roja, gruesa y gastada por el tiempo, y se la dio.

—Esto es lo que nunca llegó al archivo oficial —explicó, con un cansancio que no había mostrado antes—. Los cadáveres de las tres chicas aparecieron años después. Pero esa información fue... omitida de los informes oficiales.

El semblante del inspector cambió y abrió la carpeta para echar un vistazo. Las imágenes que encontró dentro eran escalofriantes. No podía creer lo que estaba viendo.

—¿Qué diablos es esto? —murmuró, sorprendido—. Si es verdad, entonces todo el archivo está comprometido. ¿Qué más han escondido?

—No eres el único decepcionado, pero es una probabilidad, sí. Aunque lo que debemos hacer ahora es enfocarnos en lo que está pasando hoy.

—¿En serio? —le preguntó con desdén.

—El pasado es importante, pero no podemos dejar que nos arrastre. —Caminó hacia otra pila de cajas y sacó una fotografía que le entregó a Rojo. Era la misma que le había mostrado en el bulevar del muelle, donde aparecía su padre junto al excomisario Maruenda—. La fotografía de la que hablabas… La recuerdas, ¿verdad?

—Como si fuera ayer… —Aunque sus pensamientos seguían atrapados en las imágenes perturbadoras de las víctimas.

—La encontré en estas cajas. Eran lo único que guardé del apartamento de mis padres en Sant Vicent del Raspeig. Vendí el resto cuando ascendí a inspectora. Estuve a punto de deshacerme de ellas, pero no lo logré. Supongo que quería cerrar un capítulo de mi vida, aunque hay episodios que no llegan a olvidarse del todo. Estas cajas... estuvieron cerradas durante mucho tiempo, hasta que un día decidí abrirlas.

—¿Qué te animó a hacerlo?

—El caso de Maqueda. Me pregunté cuántos asesinatos habrían quedado sin resolver.

Rojo la miró, tratando de entender qué más había descubierto.

—¿Qué más sabes sobre la «Operación Gaviota»?

—Ya te lo he dicho. Las tres mujeres fueron encontradas sin vida, ahí tienes las pruebas… pero el juez no quiso aprobar la versión oficial. Obligó a mi padre a firmar el cierre del caso. Reabrirlo ahora sería absurdo. Está oficialmente cerrado y, de alguna manera, resuelto.

—¿Has localizado al juez?

—Sí. Está enterrado. Murió poco después de mi padre. Un infarto.

—Joder...

—Dicen que fue accidental.

Rojo no se conformó con esa respuesta. Algo no encajaba.

—¿Cuál es tu teoría? ¿Qué sospechas?

—Los criminales de entonces, según los informes, eran dos.

—Sí.

—Ya. Sé que no estoy contando nada nuevo. Estos tipos trabajaban de manera organizada y tenían cierta manga ancha con la policía.

—¿Qué clase de libertades? Estamos hablando de homicidio. Es un jodido disparate.

—Lo sé. Pero hacían favores. Mi padre sospechaba que eran colaboradores del «Grupo 3». Que se les fue la mano, no una, sino tres veces. En especial a uno de ellos, pero no podía demostrarlo.

—¿En tres ocasiones? —preguntó con incredulidad e impotencia—. La madre que los parió, Agulló. ¡Eran tres chicas inocentes!

—¡No lo estoy justificando, joder! Me remito a lo que he averiguado.

—Continúa.

—Era una época complicada. Algunos de esos tipos habían servido como combatientes o mercenarios en la guerra de los Balcanes. De regreso a España, con una adicción sin tratar y los sesos machacados, no tenían un porvenir, por lo que algunos fueron reclutados para combatir el terrorismo o el narcotráfico del norte de África, que estaba en auge en ese entonces. Eran grupos paramilitares... con violadores entre sus filas, a quienes la policía daba carta blanca a cambio de lavarse las manos.

Rojo sintió que la comida se le resistía en el estómago mientras comenzaba a atar cabos.

—¿Y cuántos de esos hijos de puta siguen vivos? —preguntó, temiendo la respuesta.

Ella se encogió de hombros con tristeza.

—Casualmente, la mayoría murió a causa de las drogas o acabó en la cárcel cuando el grupo se disolvió y fueron detenidos. Pero, hasta donde yo sé y según mis investigaciones, o las de mi padre, hay uno que quedó libre.

—El hombre de la cicatriz que mencionaba en los informes.

—Así es. Un exmercenario con nacionalidad española y británica, que operó durante la guerra de los Balcanes —le explicó y le colocó un expediente delante—. Pasó de ser un soldado a un criminal altamente peligroso, al que las autoridades habían reclutado inicialmente como parte de operaciones encubiertas durante los años más turbulentos de Europa. Se caracteriza por la cicatriz distintiva que le atraviesa el rostro, un recordatorio de su pasado violento. Lo llamaban «El Inglés» y es el mismo hombre que mi padre intentó atrapar y meter en la cárcel. El mismo que abusó y asesinó a esas tres chicas.

—Supongo que tiene un nombre.

—Imagino... John Hawkins, Jack O’Connor... No he encontrado ni una fotografía de él, pero sé que lleva más de veinte años bajo diferentes alias. Al parecer, su rol en el «Grupo 3» incluía realizar tareas ilegales, como asesinatos selectivos y el manejo de operaciones encubiertas. Era un sanguinario, Rojo, y su sadismo y gusto por la violencia lo llevaron a cruzar la línea en múltiples ocasiones.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Es una sombra, un fantasma.

—Pero no puede estar muy lejos. Me parece increíble que lo hayan protegido todos estos años...

—Lo que no entiendo es por qué ahora. Por qué ha decidido salir a la luz.

La revelación cayó sobre él como un yunque sobre sus hombros. Observó con preocupación a la compañera. Las piezas del rompecabezas encajaban finalmente en su mente. Sabía quién era el hombre que buscaban, o al menos, tenía una idea.

—Se ha cansado de esperar. No solo le interesas tú, sino que su venganza es más ambiciosa.

—Piensas que no eligió a Emily Green al azar.

—No lo sé, tal vez sí, o puede que ella se pusiera en su camino.

—Es retorcido.

—Sí, pero creo que sé quién puede llevarnos hasta él.

—¿Quién? —respondió ella, y en su voz había un eco—. No he encontrado ninguna conexión en los informes.

—No. No eres la única que ha descubierto una versión extraoficial.

—¿Entonces?

La imagen de aquel militar apareció en su mente, como si de un proyector de cine se tratara. Belmonte, el exlegionario endurecido por la guerra y las misiones sucias, tenía que haber conocido al Inglés durante los conflictos en los Balcanes. De lo contrario, no existía razón para que hubiese colaborado con la policía tras su regreso a España.

Ahora que Meroño estaba fuera de la ecuación, Rojo sabía que el exlegionario era el contacto directo con el asesino de esas chicas. Si actuaban con rapidez, darían con el paradero de aquel sanguinario y, con un poco de suerte, lograrían salvar a Emily Green, si no era ya demasiado tarde. Por desgracia, había un factor que ponía en peligro toda la operación, y era su compañera. Con ella como objetivo principal de ese lunático, ambos sabían que la persecución había comenzado, y esta vez, existía una borrosa línea entre el cazador y la presa.

39

La cerveza fría ayudaba a calmar los nervios, pero no hacía mucho para suavizar la electricidad que chisporroteaba en el ambiente. Rojo estaba sentado a la mesa, rodeado de botellines vacíos y restos de comida. Con los ojos entrecerrados, escuchaba a Agulló hablar, que se movía por el salón de su casa, de un rincón a otro, con una cerveza en la mano, mientras descartaba hipótesis sobre el caso. La noche había avanzado y la conversación se había vuelto más íntima, más oscura y profunda. Rojo temía que la inspectora sacara sus propias conclusiones sobre él. Los dos estaban explorando territorios tanto profesionales como personales, y ninguno parecía dispuesto a retroceder.

—Leí los informes en el archivo —prosiguió él, rompiendo el silencio mientras apartaba los restos de su comida—. Tu padre había identificado a dos tipos. Uno de ellos tenía una cicatriz. Sin embargo, hay algo que me ronda la cabeza... David Meroño también tenía una cicatriz, aunque mucho menos perceptible que la de alguien que tiene la cara cortada. Eso es extraño, pero corroboraría el testimonio de Helen Byrne...

—¿Qué insinúas?

—Que es probable que David Meroño y El Inglés estuvieran juntos esa noche, en la playa.

—Junto a Serna...

—En efecto. Eran tres y no dos, pero uno de ellos no sabía dónde se metía —aclaró el inspector —. Serna fue quien las abordó, Meroño quien la sacó de la playa y el otro se hizo pasar por un vendedor ambulante. Serna, simplemente, fue utilizado como un pañuelo, hasta que ya no les fue útil. Me planteo si la cicatriz es una especie de marca que El Inglés utiliza para acoger a sus ayudantes.

Agulló asintió lentamente, sopesando la idea mientras bebía un sorbo de su cerveza.

—Es posible —dijo, pensativa—. Meroño era un pobre diablo, fácil de manipular. Alguien sin futuro que El Inglés podría haber moldeado a su antojo.

Rojo dejó la cerveza a un lado y su mirada se endureció mientras continuaba.

—Hay otra cosa de la que te quiero hablar... La persona que puede llevarnos al Inglés, Belmonte... —aclaró. El nombre del legionario resonó en el aire—. Tu padre lo conocía. Colaboró con el «Grupo 3» en el pasado. Belmonte y El Inglés... Ahora que lo pienso, no fue una coincidencia que sus caminos se cruzaran.

Agulló lo miró desconcertada.

—¿Cómo averiguaste eso? —preguntó, incisiva.

Rojo se encogió de hombros, haciendo un esfuerzo por parecer despreocupado.

—Lo encontré en los informes.

Pero Agulló no era una mujer fácil de engañar.

—No hay información de Belmonte en los informes, Rojo —replicó, con un toque de dureza en su voz—. No figura su nombre en ninguna parte.

—Puedo que no, como tal. Pero sí como «El Vikingo».

—Te escucho.

—Lo seguí durante un tiempo —confesó, sin apartar la mirada—. Quería entender su rutina, ver qué hacía. La noche que Emily desapareció, lo seguí hasta el bingo que hay detrás de El Corte Inglés de Maisonnave y hablé con él. Tuvimos una fuerte discusión.

Agulló lo miró con incredulidad. Su expresión se volvió más fría.

—¿Qué pasó después?

Rojo fingió una sonrisa amarga.

—Me golpeó y se fue —explicó, encogiéndose de hombros como si no fuera nada—. Se la tengo jurada a ese cretino...

Agulló no lo creyó del todo, pero tampoco insistió. La jornada había sido demasiado larga y extenuante, y ambos estaban cansados. Ella lo miró con una mezcla de preocupación y algo más, algo que no se atrevía a nombrar.

—En fin, es tarde. No vamos a solucionar nada hoy, pero mañana...

—Sí, será mejor que me largue. Mañana pondremos la comisaría patas arriba, a primera hora. Revisaremos todas las pruebas, las grabaciones, todo... Y analizaremos cada paso de Emily, previo a su desaparición. Hay que poner rostro a ese tipo.

—Te llevaré a casa —dijo ella, finalmente—. No deberías andar por ahí con el brazo herido.

Rojo negó con la cabeza, sabiendo lo que iba a decir antes de que saliera de su boca.

—No voy a dejarte conducir después de unas cervezas —respondió con firmeza—. Y menos con los controles de alcoholemia que hay.

Agulló soltó una pequeña risa, un sonido que resonó extrañamente en la habitación silenciosa. Las cervezas empezaban a hacerle efecto.

—Y yo no voy a permitir que te vayas a tu casa a pie, con el brazo herido y en ese estado.

—¿Cómo que no?

—Colabora un poco, Rojo. No me lo estás poniendo fácil.

—No hay nada que discutir.

—Cierto, porque te quedarás aquí —dijo, señalando al sofá de tres plazas que había detrás de ella. Su tono era ahora más suave—. El sofá es cómodo, créeme.

Rojo sopesó la situación, sintiendo la tirantez en su brazo y la tensión en su mente. Quedarse no era una mala idea, dadas las circunstancias, pero no quería que su compañera malinterpretara la situación. Dada la hora que era, ya de madrugada, indefenso y con el peligro que acechaba en la calle, caviló que le vendría bien descansar un rato, hasta que amaneciera. Asintió a regañadientes.

—Está bien, pero me largaré a primera hora.

—Tú mismo.

Agulló pareció estar de acuerdo con eso. Como una gata, se deslizó hacia el sofá y se dejó caer en él con una gracia casual. Cruzó las piernas y lo miró. Ahora, su expresión había cambiado a una más relajada, casi juguetona.

—¿Te puedo preguntar algo?

—No.

—Ni siquiera sabes lo que voy a decir —protestó la inspectora.

—Cuando alguien pide permiso para preguntar, es mejor no dárselo. De lo contrario, prepárate para lo peor.

Ella carcajeó y dio un trago al botellín de cerveza.

—¿Es habitual que pases las noches persiguiendo a gente de mal vivir? —preguntó, burlona, pero con una pizca de interés genuino.

Rojo levantó una ceja, dándose cuenta del cambio de tono. No pudo evitar una sonrisa cansada.

—No entiendo cuál es el problema —replicó, con la misma ironía.

Ella lo miró con ojos brillantes, inclinándose ligeramente hacia delante.

—Solo me pregunto si tienes a alguien, ya sabes… —dijo con una voz más suave, más íntima —. Con tantos años en la comisaría, seguro que alguien se habrá interesado en ti.

—Sí. Asuntos Internos.

—Está bien. No he dicho nada.

Rojo captó el mensaje y la chispa de coqueteo en sus palabras. Su sonrisa se desvaneció mientras la estudiaba con una mirada más seria.

—No, no tengo a nadie —dijo, finalmente, negando con la cabeza—. ¿Y tú? ¿Algún hombre en tu vida, aparte de los uniformados?

—No.

—¿Alguna mujer?

—¿Qué?

—Yo qué sé. No sería nada malo.

Agulló suspiró y su expresión se relajó mientras giraba su cuerpo hacia él. El contacto visual se volvía incómodo en ocasiones.

—Desde hace una buena temporada, los únicos hombres que veo llevan uniforme —respondió, con un toque de cansancio en su voz—. Y estoy hasta el moño de los policías, sinceramente. No me interesa mezclar mi vida personal con la profesional.

Rojo notó cómo Agulló se acomodaba más en el sofá, como si lo invitara a unirse a ella sin palabras. El espacio entre ellos se llenó de algo pesado, como un campo de fuerza, algo que no necesitaba explicación. Pero él se quedó en su lugar, manteniendo la distancia, a pesar de lo tentador que era cruzarla.

El silencio se hizo más difícil de llevar, cargado ahora de una tensión que no era fácil de disipar. Finalmente, Agulló habló para romper el hielo.

—Es hora de ir a dormir —dijo, levantándose del sofá y caminando hacia la cocina con pasos silenciosos—. Estoy agotada y tú necesitas descansar.

—Por una vez, te daré la razón.

Rojo asintió, levantándose también. Con el brazo sano, recogió las botellas vacías y los restos de la comida china, pero antes de que pudiera hacer algo más, Agulló apareció frente a él, bloqueando su camino.

—Estate quieto. Eres mi invitado, Rojo. No vas a recoger nada.

Antes de que él respondiera, sus ojos se encontraron, y en ese momento, el mundo pareció detenerse para los dos. El latido de sus corazones sonaba como el reloj de una bomba a punto de explotar. La chispa en sus miradas se convirtió en una llama, una que ninguno de los dos pudo ignorar.

A cámara lenta, Rojo dejó caer las botellas de regreso a la mesa y sus manos se movieron instintivamente hacia la cintura de la inspectora. En un instante, los dos se inclinaron el uno hacia el otro, y cuando sus labios se encontraron, fue como si una barrera invisible se rompiera. La llama formó un incendio en sus cuerpos. El beso fue ardiente, desesperado, lleno de todo lo que no habían dicho durante la noche. Y sus mundos colisionaron, sin importar lo demás. La cercanía, la presión, todo lo que había quedado sin resolver se volcó en ese instante. Agulló se aferró a él, como si temiera que se desvaneciera si lo soltaba, y Rojo dejó que el momento lo consumiera, olvidando todo, excepto la mujer que tenía entre sus brazos.

La habitación quedó en silencio, salvo por el susurro de sus respiraciones entrecortadas. Sin palabras, sabían que aquel instante había cambiado todo, una chispa en la oscuridad que había encendido un fuego que ambos sabían que no podrían apagar fácilmente.

40

La luz del amanecer se filtraba a través de las cortinas, pintando la habitación con un tenue resplandor dorado. Rojo abrió los ojos lentamente, y lo primero que vio fue la melena oscura de Agulló, esparcida sobre la almohada, revuelta y enredada. Sus ojos recorrieron la curva de su espalda desnuda, la forma en que su cuerpo se acurrucaba bajo la fina sábana blanca. Por un instante, todo pareció suspendido en un sueño, como si el tiempo mismo hubiera decidido detenerse para permitirles saborear ese momento de paz.

Pero para Rojo, la paz siempre había sido efímera, y pronto la realidad comenzó a infiltrarse en sus pensamientos.

«Mierda…».

Recordaba cada detalle de la noche anterior, con una claridad que lo sorprendía. No estaban borrachos, quizás algo achispados, pero no lo suficiente como para justificar lo que había sucedido. Después del beso, las palabras quedaron suspendidas en el aire, innecesarias, y la pasión los había consumido sin preguntar, sin dudar.

Había sido bello, placentero, un respiro que no había experimentado en años con otra mujer. ¿La razón? Se preguntaba. No estaba seguro de la respuesta, pero sentir el calor de otro cuerpo contra el suyo, la intimidad que había creído perdida, lo había sacudido más de lo que quería admitir. Sin embargo, mientras observaba el suave subir y bajar del pecho de Agulló al respirar, un nudo comenzó a formarse en su estómago, un recordatorio amargo de las consecuencias que ahora pendían sobre sus cabezas.

«Esto debe terminar aquí. Lo puedes joder todo», pensó en silencio, con la mente fría y siempre por delante de sus emociones. Sabía que había cruzado una línea peligrosa. No era solo

un asunto de trabajo; era un asunto de control, de mantener la distancia necesaria para no enredarse en algo que no podría manejar.

Con cuidado, Rojo se deslizó fuera de la cama, sintiendo la frialdad del suelo de baldosa hidráulica contra sus pies descalzos. Aún llevaba los calzones puestos, y al mirarla una última vez, se aseguró de que no la había despertado. Pero ella estaba despierta. Su respiración era controlada y, con los ojos cerrados, fingía dormir. Por suerte, Rojo no lo notó. Estaba demasiado concentrado en escapar de la habitación sin romper el frágil equilibrio que aún parecía sostenerse.

Al abandonar el dormitorio, encontró su ropa esparcida por el salón, un recordatorio del desenfreno de la noche anterior. Los restos de la comida china y las botellas vacías de cerveza seguían sobre la mesa. Los envases vacíos eran los únicos testigos silenciosos de lo que había ocurrido entre ellos. Por un momento, Rojo se permitió imaginar lo que podría ser quedarse allí, esperar a que ella se levantara, compartir un desayuno y tal vez reírse de la trivialidad de la noche anterior.

Pero no era esa clase de hombre y sabía que no podía permitirse ese lujo. Tan pronto como tomó consciencia de dónde se encontraba y por qué había llegado allí, su mecanismo mental de alerta se activó de inmediato. La urgencia de salir de la vivienda antes de que la situación se complicara aún más lo invadió. Observó el sol que empezaba a bañar la ciudad de Alicante y sintió la punzada de la responsabilidad en su estómago. Necesitaba una ducha fría, sí, pero lo que realmente necesitaba era estar en la comisaría lo antes posible. Linares estaría esperando respuestas sobre lo ocurrido el día anterior y él sabía que no podía retrasarse más.

Esperó que Agulló tampoco lo hiciera.

Se movió con decisión, recogiendo sus vaqueros y su camiseta del suelo y se vistió con rapidez. Antes de irse, echó un vistazo rápido a los documentos que la compañera le había mostrado la noche anterior. El nombre de Belmonte resonaba en su cabeza, como un tambor sordo. Sabía que, si lograba encontrar a ese bastardo, podría dar con la identidad de «El Inglés» y su paradero. Pero no era solo la caza lo que lo impulsaba; era la imagen de Emily Green, la joven que había desaparecido y que ahora podría estar en manos de un monstruo. Pensar en lo que ese desgraciado podría estar haciéndole le revolvió las tripas y un ardor rabioso se encendió en su interior, alimentado por la culpa y la furia.

Finalmente, se enderezó, pero sus ojos se movieron una vez más hacia la figura dormida de Agulló. A pesar de la resistencia, sabía que no podía quedarse y que, en cuanto se marchara, las

cosas cambiarían entre ellos, quizá para siempre. Pero no había vuelta atrás y él no era de los que se aferraban a lo imposible.

Pensó en dejarle una nota, aunque no tenía sentido. En unas horas, se verían las caras de nuevo.

«Las despedidas nunca han sido mi fuerte».

Con un último suspiro, salió del apartamento y cerró la puerta detrás de él, con una mezcla de alivio y pesar. La ciudad estaba despertando, pero para Rojo, el día ya había comenzado, con una misión que no podía ignorar.

41

El vapor aún flotaba en el aire tras una ducha rápida. Rojo se plantó frente al espejo del baño y observó su reflejo, notando las ojeras que se profundizaban bajo sus ojos y el corte en su brazo, cubierto por los puntos de sutura. Se tocó la herida con cuidado, sintiendo el dolor punzante que lo anclaba a la realidad.

«Estás hecho un despojo, Vicente», se dijo, pero sabía que se recuperaría. No tenía otra opción. No podía fallar.

Después de preparar una cafetera bien cargada y encender un par de cigarrillos, se dejó caer en la vieja butaca del salón. El sabor amargo del café, mezclado con la quemazón en sus pulmones lo ayudaba a despejarse. Pero las agujetas en su cuerpo, recuerdos de la noche anterior, y la ligera resaca no hacían más que aumentar su mal humor. Intentó pensar con claridad, buscando en su mente cualquier pista sobre el paradero de Belmonte, ese maldito mercenario que se había esfumado como un fantasma. La cosa se estaba complicando y el tiempo corría en su contra.

«Tengo que encontrarlo. No puedo permitir que se me escape».

Con esa determinación, se puso en marcha, conduciendo su Ford Focus en dirección a la comisaría. El rugido del motor lo acompañaba mientras intentaba ordenar sus pensamientos. Ni las guitarras de Black Sabbath lograban animarlo.

Entonces, su teléfono sonó, vibrando en el asiento del copiloto. Era Linares. Rojo frunció el ceño y levantó el aparato.

—Comisario, dígame que no es lo que pienso —respondió con la voz teñida de sarcasmo—. ¿No me va a dar la enhorabuena por lo de ayer?

Al otro lado de la línea, la voz de Linares era grave, cargada de una preocupación inusual.

—Inspector, no tengo tiempo para sus bromas. Hemos sufrido un contratiempo.

—Vaya. Jamás lo hubiera imaginado.

—Ahórrese los comentarios. Un exlegionario llamado Rafael Belmonte ha sido encontrado muerto esta mañana. La situación es delicada. —Hubo una pausa tensa—. ¿Sabe algo de esto?

El estómago se le apretó.

—No. Tengo colegas en todos los Cuerpos, pero no en la Legión Española, así que es la primera vez que oigo hablar de él, comisario. —El silencio del otro lado lo incomodaba—. ¿Qué es tan grave?

Linares no parecía convencido y su tono era cortante.

—Quiero que regrese inmediatamente a la comisaría. Nos veremos en mi despacho, les estaré esperando aquí. Y avise a la inspectora Agulló para que también se presente. No tengo tiempo para más llamadas.

Rojo tragó saliva, intentando no mostrar su irritación.

—No sé dónde está la inspectora, comisario. No soy su niñera.

Linares dejó escapar un suspiro exasperado.

—¿Qué no ha entendido? Hágame el favor y avísele. Que se presente aquí cuanto antes.

—Recibido… —Colgó el teléfono con una sensación de fastidio que lo recorrió mientras miraba la pantalla en blanco. Sabía que tenía que llamarla, pero dudó, ponderando sus opciones. Si la llamaba, era consciente de que se avecinaba un enfrentamiento incómodo. Si no lo hacía, era probable que ella se enfadara aún más.

«Collons… Al infierno».

Finalmente, marcó su número, pero solo obtuvo el contestador automático. Entonces suspiró, aliviado en parte, y dejó un mensaje breve.

—Agulló, Linares quiere verte en la comisaría. Nos espera en su despacho. Nos vemos allí.

Después de colgar, condujo el resto del camino con la mente ocupada en otras cosas. Cuando llegó a la comisaría, vio a los periodistas agolpados en las inmediaciones, como una jauría de lobos hambrientos. En cuanto notaron su presencia, se lanzaron hacia él con cámaras y micrófonos.

—¡Inspector, por favor! ¿Alguna declaración sobre el caso? —le gritó uno de ellos.

Rojo se abrió paso entre el grupito de reporteros ansiosos, apartándolos con una mano mientras respondía con tono seco.

—No tengo nada que comentar al respecto.

Se aproximó hacia la entrada principal, con las gafas de aviador ocultando la creciente frustración en sus ojos. Subió las escaleras hacia la planta del superior, pero antes de llegar,

cruzó por las instalaciones de la Brigada de Homicidios.

Un oficial hizo contacto visual con él, por lo que decidió detenerse un momento.

—¿Cómo está Costa? —preguntó, sin preámbulos—. ¿Sabéis algo de él?

El oficial asintió. Su expresión era seria, pero algo relajada.

—Estará de baja unos días, pero no ha sido grave, gracias a Dios. Por cierto, enhorabuena por cazar a Serna y Meroño.

Rojo le clavó la mirada y negó con la cabeza.

—No hay nada que celebrar mientras la británica esté en paradero desconocido.

—Ya, pero dicen que…

—No. Me importa un cuerno lo que casquen. Oye, dime una cosa… ¿Qué pasa con Linares?

—Usted debería saberlo —respondió el oficial, intentando ser cortés.

El inspector notó la incomodidad en la voz del oficial, lo cual solo aumentó su propia preocupación. Rojo no se molestó en responder y siguió su camino.

***

Cuando llegó al despacho de Linares, tocó a la puerta y entró sin esperar una respuesta. El comisario estaba sentado detrás de su escritorio, recto como un espantapájaros, y su rostro mostraba claramente que estaba de mal humor y muy tenso.

—Cierre la puerta —le ordenó al notar su presencia, sin levantar la vista.

Antes de que el inspector pudiera hacerlo, la puerta se abrió más y Agulló apareció de repente. Su cabello aún estaba húmedo y respiraba entrecortada, debido a las prisas. Los dos intercambiaron una mirada, una complicidad silenciosa que no pasó desapercibida para el superior.

—Por fin, estamos todos. Agulló, cierre la puerta, por favor.

Los dos inspectores se sentaron frente al comisario, que no perdió tiempo en abordar el tema.

—Miren, iré al grano porque no tengo mucho tiempo para las formalidades.

—Nosotros se lo agradecemos, comisario —comentó el inspector.

—Lo que pasó ayer con Meroño y Serna nos da algo de oxígeno, pero no se confíen. Las presiones aumentan porque la chica no ha aparecido. —Su mirada se endureció al decir aquello —. Encontraron su ropa, pero no a ella. ¿Alguna idea de su paradero?

—No, por el momento —respondió la inspectora—. En efecto, había algunos trapos con sangre, por lo que sospechamos que la habían llevado allí y que había perdido sangre.

—También encontramos algunos documentos relacionados con la planificación del secuestro. Al parecer, tenían intenciones de repetir la jugada.

—Pero no tenemos una evidencia clara del paradero de Emily Green.

—Bueno, sabemos que…

—Esa no es la respuesta, inspectora —intervino, dejándola con la palabra en los labios—. Cada hora que pasa, pienso en esa chica, ¿saben? Los dos sospechosos que teníamos en el caso se han esfumado. Pero, ¿qué pasa con ella?

Rojo y Agulló se miraron de reojo. Ella fue quien tomó la iniciativa.

—Barajamos la hipótesis de un tercer sospechoso, el autor principal e intelectual del secuestro.

Linares echó la cabeza hacia atrás, con prepotencia, y la observó en silencio.

—La escucho…

—Creemos que puede ser un varón de unos cincuenta o sesenta años aproximadamente, con una cicatriz pronunciada en el rostro y de origen británico, aunque con pasaporte español.

—Entiendo. Pensaba que ya teníamos al hombre de la cicatriz en el rostro.

—Digamos que este se ajusta más al perfil que buscamos. La señora Byrne lo mencionó durante su declaración. Podría ser él quien ideara el secuestro.

—¿Cuál es la razón?

—Es largo de explicar, comisario —intervino Rojo.

—Entiendo que las sospechas no han salido de la chistera de un mago, ¿verdad? ¿De dónde ha salido este individuo? Es la primera vez que lo mencionan.

Los dos inspectores se quedaron en blanco antes de hablar, pero el comisario decidió continuar con la reunión.

—Británico, ¿eh? —preguntó con desdén, como si fuera una jugada para devolverle el golpe a los diplomáticos—. Está bien, detállenlo todo en el informe. Nombres, direcciones, razones, causas, historiales… Todo lo que sepan y hayan descubierto, hagan el favor de ponerlo sobre el papel y no en el aire. Envíenmelo antes del mediodía.

—¿Qué? Pero, si son... —comentó Rojo.

—Por supuesto, comisario —le interrumpió ella.

—A todo esto, ¿cómo está el subinspector Costa?

Rojo respondió con calma.

—Se recuperará pronto, pero dudo que pueda trabajar por una temporada. La bala le fracturó los dedos.

Linares asintió, aunque su expresión no mostró ningún alivio.

—Fueron valientes y se jugaron la vida. Sobre todo, usted, Rojo.

—Hice mi trabajo. De lo contrario, ese hombre habría escapado.

—Su trabajo era detenerlo. Eso nos podría haber llevado al paradero de Emily Green.

—¿Cómo dice?

—Guárdese las explicaciones para cuando le hagan falta, pero me han contado lo que sucedió.

—Ya se lo digo yo. Ese cerdo intentó dispararme desde el suelo y yo fui más rápido que él.

—¿Por qué no lo esposó? —le preguntó, pero Rojo ni siquiera se lo planteó—. Según me han informado, lo tuvo en el suelo durante varios segundos. Si lo hubiese esposado, no habría tirado del gatillo.

—No puedo remendar el pasado.

—¿Se arrepiente?

«Ni un poco».

—No creo que eso influya en los hechos…

—Lo imaginaba… Pues, a raíz de lo sucedido, lamento informarles de que el embajador británico quiere reunirse con el ministro del Interior y el director general de la Policía. Están considerando tomar cartas en el asunto, debido a la falta de eficacia por encontrar a Green.

Rojo frunció el ceño, sabiendo lo que eso significaba.

—¿Es una broma?

—No hago bromas en el trabajo.

«Ni en la vida real».

—Me parece una desfachatez.

—A nadie le importa eso, inspector.

—¿Significa que van a delegar la investigación a Madrid? —preguntó, aguantando la impotencia—. Lo considero una falta de respeto hacia esta comisaría, después del trabajo que estamos haciendo.

Linares chasqueó la lengua, visiblemente incómodo.

—Lo siento, Rojo. No está en mis manos.

—Eso no fue lo prometido —replicó, con un tono que rozaba la insolencia—. Ayer detuvimos a los dos sospechosos principales.

—Sin vida.

—¿Me lo dice en serio, comisario?

—No. ¿Puede hablar con los muertos, inspector? —preguntó, retóricamente—. En ese caso, seguimos sin conocer el paradero de Emily.

—En la casa había notas, mapas y una planificación… Denos tiempo, efectivos, y lo averiguaremos.

Linares lo ignoró y continuó.

—Todo eso quedará bien en el informe, pero le recuerdo que la vivienda estuvo a punto de volar por los aires… De todos modos, les he citado aquí por algo más. —Hizo una pausa y sus ojos se clavaron en Rojo—. Rafael Belmonte ha sido encontrado muerto. —La tensión en la habitación creció y Agulló se delató a sí misma con un leve temblor en su rostro. Linares lo notó, pero no dijo nada y siguió enfocándose en Rojo—. Asuntos Internos ha abierto una causa contra usted. No sé si le sorprenderá, pero le están investigando.

Rojo mantuvo la compostura.

—¿Alguna vez dejaron de hacerlo?

—Yo no sería tan soberbio. Es un tema muy serio. Puede costarle la carrera.

—De veras, que estoy tranquilo, comisario. En Asuntos Internos están acostumbrados a perder todas las causas —dijo, con una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Al menos, contra mí.

Linares lo miró con dureza.

—La suerte puede cambiar en cualquier momento. No tiente demasiado al azar. Sin embargo, no seré yo quien le diga cómo debe o no afrontar las situaciones. Eso es asunto suyo, pero es mi deber informarle de que el caso lo lleva otro inspector, por lo que le sugiero que no interfiera.

Rojo asintió lentamente, midiendo cada palabra.

—Me informaré, pero no molestaré a nadie.

—Limítese a trabajar en el que está metido y deje a los demás en paz —aclaró Linares—. Si husmea, terminarán señalándolo. No les dé más razones.

—¿A qué viene eso ahora?

El superior juntó los dedos y suspiró lentamente.

—Una llamada anónima declaró que vio a Belmonte discutiendo con un hombre hace dos noches, frente al bingo. La descripción, casualmente, coincide con usted.

—¿Es una broma?

—Luego, un coche patrulla pasó por allí, pero no intervino. Fueron los del bingo quienes llamaron a la policía. El testigo dijo que Belmonte golpeó al tipo antes de irse.

Rojo entrecerró los ojos, sintiendo que la situación se estaba volviendo en su contra.

—¿Van a creer a cualquiera que llame por teléfono? —dijo con sarcasmo—. No es la primera vez que algo así pasa. De hecho, lo hemos visto hace unos días con el caso de Emily Green.

Linares no se inmutó.

—Los hechos son irrefutables. ¿Estuvo allí?

—Si intenta ofenderme, no lo logrará.

—Yo no lo voy a juzgar, aunque las cámaras del bingo demostrarán quién dice la verdad.

—¿No le basta mi palabra?

—Entienda que, a estas alturas, Rojo, uno debe cuestionarlo todo. Creo en su palabra, pero los demás no. Es a ellos a quienes debo dar explicaciones.

—No sabe lo que me alivia tener su respaldo…

—Escúcheme bien, inspector. Ande con ojo, porque Asuntos Internos lo vigila. Si hay pruebas que demuestren alguna implicación suya con Belmonte, sea lo que sea, tendré que apartarle de la investigación y dejar sola a la inspectora Agulló. No pienso arriesgar el equipo por cubrirle las espaldas a un policía con el expediente más sucio que el coche que conduce.

«Será cabrón…».

El silencio que siguió fue molesto, cargado de incertidumbre. En otro contexto, Linares se habría tragado sus palabras. No obstante, Rojo llevaba las de perder, así que asintió, sabiendo que cada movimiento que hiciera a partir de ese momento estaría bajo un microscopio. La situación se había jodido de la noche al día. Con el cadáver de Belmonte, perdían la única conexión que podía unirlos a ese desgraciado. Pero una cosa era segura: no iba a darse por vencido, ni a quedarse quieto mientras lo alejaban del caso, ni mientras «El Inglés» seguía en las sombras, riéndose de él.

42

Tras el terrible encuentro en el despacho de Linares, Rojo y Agulló salieron al pasillo en silencio. La incomodidad flotaba entre ellos, con una mezcla de profesionalismo y lo que había ocurrido la noche anterior. Ella vaciló a la hora de sacar el tema. No sabía cómo abordar al compañero con ello, pero él tenía la cabeza puesta en el caso de Emily Green. Sus pasos resonaban en el piso mientras caminaban y la tensión se colaba entre ellos como una bruma persistente.

—Lo siento por llegar tarde —dijo Agulló finalmente, rompiendo el silencio.

Él la miró de reojo, de manera indescifrable.

—Has llegado justo a tiempo —le respondió, con un tono que no dejaba claro si se refería al trabajo o a algo más. El significado de sus palabras quedó flotando en el aire por unos segundos.

Entonces, la inspectora se detuvo un momento, con la mirada fija en el suelo antes de atreverse a preguntar.

—¿Crees que Linares sabe algo... sobre «El Inglés»?

Su tono era bajo, como si temiera que alguien más pudiera escuchar.

Rojo negó con la cabeza, suspirando.

—No lo creo. Linares no es de los que dejan cabos sueltos, pero si supiera algo concreto, ya estaríamos fuera del caso. Es más cuidadoso que eso. Así que, de momento, estamos a salvo.

Siguieron caminando hasta llegar a la Brigada de Homicidios, donde Rojo avistó a uno de los oficiales.

—¿Quién lleva el caso de Belmonte?

—Lo lleva Ferrando, inspector —respondió el oficial, sin dudar.

Rojo maldijo en voz baja y Agulló levantó una ceja, notando la reacción.

—¿Qué pasa con Ferrando?

Él apretó la mandíbula, pensando que algunas personas son como moscas a la mierda. Nunca se van del todo.

—Otro imbécil de los que querían verme fuera cuando Asuntos Internos me investigó —explicó, con amargura en la voz—. Siempre estuvo del lado de Maruenda. Para él, soy un estorbo en el Cuerpo.

Agulló asintió, entendiendo la situación con rapidez.

—¿Qué tienes en mente?

—Voy a conseguir el informe actual del caso de Belmonte —respondió Rojo, sin rodeos—. Después de todo lo que sabemos, vivo o muerto, él nos llevará al Inglés.

A ella no le gustó la explicación.

—Eso es peligroso, Rojo. Ya sabes que la «necesidad de saber» de casos está sujeta a quien esté directamente involucrado en la investigación. Un inspector no debería acceder a un caso en el que no está trabajando, a menos que tenga una justificación legal o profesional.

—¿No la tengo? Te la estoy dando.

—El acceso no autorizado podría traerte más problemas, con consecuencias disciplinarias o legales.

Rojo la miró con una sonrisa torcida, llena de ironía.

—Por algo soy el jefe de grupo. No necesito que me recites de memoria el manual, Agulló. Lo conozco de sobra.

Ella no respondió. Un nudo se le formaba en el estómago y no sabía si era una mezcla de sentimientos confusos que no tenían que ver con aquello. Pese a todo, Rojo continuó:

—Quédate atenta y cúbreme las espaldas. Si aparece alguien más, hazte cargo de él, ¿entendido?

Agulló asintió, aceptando la petición, aunque su expresión dejaba claro que no estaba del todo de acuerdo.

Rojo se dirigió a su escritorio y encendió el ordenador. El sistema SIDENPOL se cargó lentamente mientras las luces del monitor iluminaban sus ojos. Introdujo el apellido «Belmonte» en el buscador, con el fin de dar con los casos abiertos, pero el primer intento no dio resultados. Arrugó la expresión y lo intentó de nuevo, ajustando los parámetros de búsqueda y añadiendo el apellido del inspector Ferrando.

—Vamos, maldita sea… —murmuró entre dientes, sintiendo la presión del tiempo. En su tercer intento, finalmente apareció el informe del caso de homicidio de Rafael Belmonte. Rojo soltó un leve suspiro de descanso, pero sabía que no había tiempo para relajarse.

Mientras leía, sintió que alguien entraba en el departamento. Sus músculos se tensaron al instante y apagó la pantalla con un rápido movimiento de la mano, disimulando.

Agulló reaccionó al instante, acercándose al recién llegado, con una sonrisa amable.

—¿Le puedo ayudar en algo, agente? —preguntó, su tono desenfadado mientras bloqueaba la vista del escritorio de Rojo.

El agente, aparentemente no sospechando nada, le devolvió el saludo y le hizo un par de preguntas triviales antes de marcharse.

«Collons… ¿Te pones ahora a ligar, cretino?», se dijo, al notar que el muchacho solo se había acercado para coquetear con la inspectora. Suerte que Agulló tenía mano izquierda para esas situaciones y prefería no darles importancia. De lo contrario, el recién llegado podía buscarse un problema disciplinar muy serio. Finalmente, ella lo despachó con la naturalidad de quien hace eso a menudo. Rojo se sorprendió por su habilidad y la tensión se disipó ligeramente cuando el oficial se fue.

—No podemos quedarnos aquí mucho más tiempo —murmuró su compañera.

—Si eres toda una especialista en dar calabazas…

Ella dio un respingo que él no vio, pero escuchó, porque estaba detrás, observando lo que hacía.

Rojo asintió y volvió a encender el monitor; sus dedos volaban sobre el teclado mientras continuaba leyendo el informe con rapidez. El cadáver de Belmonte había sido encontrado en un domicilio particular, registrado a nombre de una tía abuela materna, en la avenida de Novelda. Pensó que ese debía haber sido su escondite, el lugar donde se ocultaba mientras todos lo buscaban en la dirección en la que estaba empadronado.

«Astuto bastardo».

Continuó leyendo y la información solo empeoró la situación.

Belmonte había sido asesinado de manera brutal y premeditada. Entre sus pertenencias encontraron tiques del bingo Riscal, en la calle Poeta Vila y Blanco, además de otros cobros en el casino de Alicante. La casa estaba llena de estupefacientes y unos cincuenta mil euros escondidos en una bolsa de deporte, dentro de un armario. El informe de Ferrando sostenía que podría tratarse de un ajuste de cuentas, aunque el agresor no se había llevado el dinero, sí había dejado una pintada en la escena del crimen, con el lema «Nadie puede escapar de su pasado». El equipo forense aún debía completar el análisis y entregar el informe de la escena del crimen.

Lo que realmente hizo que Rojo sintiera un escalofrío fue la declaración del personal de seguridad del bingo. Dos noches antes, vieron a Belmonte forcejeando con otro hombre, que,

según los testigos, era policía. Las grabaciones de las últimas 72 horas habían sido solicitadas para identificar al sujeto, que podría ser el homicida.

«Diablos… Si Ferrando descubre que fui yo, estoy acabado».

Rojo apagó el ordenador y se levantó de la silla con la urgencia quemándole las entrañas. Necesitaba encontrar al Inglés, antes de que Ferrando pudiera atar todos los cabos. Memorizar la dirección no fue difícil, pero sabía que el tiempo no estaba de su lado.

—Agulló, muévete —dijo, lanzándole las llaves del coche mientras se alejaba del escritorio.

Ella las atrapó con facilidad.

—¿A dónde vamos?

—Te lo explicaré por el camino —respondió, dejando que la adrenalina tomara el control—. Yo no puedo conducir.

Sabía que estaban entrando en terreno peligroso, pero no había otra alternativa. Era ahora o nunca. Y para Rojo, rendirse nunca había sido una opción.

43

Las nubes amenazaban con cubrir el cielo. Subieron al Ford Focus y Agulló se ajustó el asiento del conductor. Era una de las pocas veces en las que alguien manejaba el coche del inspector, pero los puntos de sutura dolían y las molestias no le permitían moverse adecuadamente. Llevar el volante en esas condiciones no merecía la pena, sobre todo en un vehículo que había visto mejores días, pero que aún servía para el trabajo sucio.

El inspector se puso las gafas de sol con un gesto brusco y señaló al frente.

—A la avenida de Novelda, esquina con el viejo videoclub.

Cuando la compañera intentó arrancar el coche, sus manos temblaron ligeramente. Los nervios empezaban a hacer mella en ella. Giró la llave en el contacto, pero el motor tosió antes de apagarse. Rojo la miró de reojo, de forma impasible.

—Con suavidad, Agulló. No es un jodido coche automático, tiene sus años… —le indicó, aunque su tono mostraba algo de impaciencia—. Trátalo como si necesitara cariño.

Ella lo intentó de nuevo, esta vez con más cuidado, y el coche finalmente rugió a la vida. Pero antes de que pudieran avanzar, ella, todavía intranquila, rompió el silencio.

—Rojo, sobre lo de anoche...

—Ahora, no. Pon atención y conduce, inspectora.

Ella cerró la boca, pero no podía dejarlo pasar.

—¿Y sobre lo de ahora? Sigue sin ser lo correcto. No podemos hacer esto así… Nos van a sancionar si nos descubren.

Rojo soltó un suspiro, su paciencia empezaba a agotarse.

—Maldita sea, ¿quieres discutir de ética ahora? —dijo, con un tono que dejaba claro que no tenía interés en entrar en ese terreno.

El coche avanzó por las calles de Alicante y el silencio se instaló entre ellos como una losa de cemento. Rojo, finalmente, decidió romperlo.

—La policía encontró a Belmonte muerto en la vivienda donde se escondía. Ese cabrón estaba ilocalizable porque utilizaba el inmueble de una pariente materna. De ese modo, era imposible… —lamentó para sus adentros, por todo el tiempo perdido anteriormente, y prosiguió—. Al parecer, le dieron una paliza brutal, algo que no me hubiese sorprendido, si no fuera por lo siguiente: había dinero en la casa, pero no se lo llevaron. Eso no es un ajuste de cuentas, no como lo piensa Ferrando, que no tiene ni la menor idea de qué va esto… —explicó con voz grave—. Por un lado, eso nos da tiempo, aunque no mucho. Ferrando ha solicitado las grabaciones del bingo. Sabe que un policía estuvo con él la noche antes. Por eso Linares se ha tirado el farol. Por otro, tienes razón en todo lo que has dicho antes, pero, puestos a elegir, no voy a quedarme de brazos cruzados, aunque sea lo último que haga como policía.

Agulló sintió cierto alivio y lo miró de reojo mientras intentaba concentrarse en la carretera.

— El inmueble estará precintado. Es probable que los de la Científica aún estén merodeando por los alrededores. ¿Has pensado en eso?

—No he pensado en nada, ¡joder! Cuanto más piensas, menos actúas. Iremos, entraremos y saldremos por el mismo sitio. Nadie tiene por qué enterarse.

—Ya.

—Tú puedes quedarte fuera, si lo deseas… Estoy seguro de que debe de haber algo en las pertenencias de Belmonte que nos acerque al sospechoso. Una dirección, un ordenador, un tique… Algo que nos lleve al paradero de ese desgraciado. Es nuestra última oportunidad antes de que todo se vaya al carajo.

—Eso no tiene por qué pasar.

—Créeme, siempre se va al carajo. Por eso necesitamos actuar con rapidez.

—Y un poco de fe, puestos a pedir.

Agulló se mordió el labio, luchando por mantener la compostura. Sabía que Rojo tenía razón, pero también sentía que él estaba metido en esto más de lo que quería admitir.

—Rojo… ¿Esto es solo trabajo para ti? —preguntó—. Ahora soy yo la que siente que lo estás llevando a tu terreno.

Él la miró, sin apartar la vista.

—No es personal, Agulló. Solo quiero encontrar a la chica y terminar con esto. No hay más.

—¿Por qué me mientes a estas alturas?

—No lo hago. ¿Por qué conduces tan despacio?

Agulló apretó los labios, sabiendo que esa respuesta no satisfacía sus propias dudas. Cambió de marcha, pero lo hizo bruscamente, provocando que el coche se sacudiera.

—Vas a joderme el coche como sigas así —gruñó él, notando su torpeza.

Ella no respondió, pero la frustración se reflejó en su rostro mientras pisaba el acelerador. En un movimiento decidido, encendió la sirena, dejando que el grito agudo cortara el aire. El tráfico comenzó a abrirse ante ellos y Agulló condujo con más velocidad, esquivando coches, con precisión, pero también con una intensidad que reflejaba la montaña rusa de emociones que llevaba dentro.

El Ford Focus zigzagueaba entre los vehículos, la ciudad de Alicante pasaba a su alrededor como un borrón. Los edificios, las personas, todo era un paisaje desenfocado mientras la inspectora llevaba el coche al límite. Los neumáticos chirriaban en las curvas y el motor rugió con un esfuerzo que parecía casi humano.

Rojo se agarró al reposabrazos de la puerta y la observó en silencio. La había puesto a prueba y ella intentaba pagarle con la misma moneda. Sin embargo, necesitaba más que eso para impresionarlo.

—Más despacio en la siguiente curva —le indicó Rojo, tranquilo, pero con autoridad—. Estamos llegando.

Agulló asintió, disminuyendo la velocidad, lo suficiente como para no perder el control en el giro. Cuando llegaron a la avenida de Novelda, el viejo videoclub apareció a la vista. Encima de él había un edificio deteriorado que parecía haber sido olvidado por el tiempo.

—Es allí —dijo él, señalando con la cabeza.

Ella frenó bruscamente, deteniendo el coche frente al edificio. Apagó la sirena y el silencio que siguió fue abrumador. Los más curiosos del barrio se quedaron expectantes para ver qué sucedía a continuación. Rojo se quitó las gafas de sol y bajó del coche, observando el lugar con cautela. No había rastro de agentes en los alrededores del portal, aunque sí una cinta policial que indicaba que habían estado antes. Con un poco de suerte, pensó que lo que encontraran allí podría cambiarlo todo, pero él no creía en la fortuna.

44

Los inspectores subieron las escaleras de tres plantas del vetusto edificio. La estrecha escalera olía a humedad y a suciedad acumulada por el paso de los años. Rojo pensó que nadie había pasado una fregona por allí en mucho tiempo. Al llegar a la última planta, encontraron el precinto policial que bloqueaba la entrada del apartamento de Belmonte. Sin perder tiempo, el inspector lo arrancó de un tirón, dejando que la cinta cayera al suelo como una serpiente sin vida.

—Espera, ¿sabes manipular cerraduras? —le preguntó la compañera.

Rojo no respondió. Simplemente, tomó impulso y lanzó una patada contundente a la puerta. La cerradura, vieja y débil, cedió con un crujido y la puerta se abrió de golpe, revelando el interior del apartamento.

—Ya ves que sí.

Contra todo pronóstico, el lugar estaba impecable. Cada mueble en su sitio, cada objeto cuidadosamente alineado. Los dos sintieron que era más extraño de lo habitual, sobre todo después de un crimen reciente. Rojo plegó el semblante al adentrarse en la vivienda. Algo no encajaba en su mente. Hasta donde sabía, Belmonte no destacaba por su pulcritud; más bien, por su caótico desorden.

—Esto no es propio de él —murmuró mientras avanzaba—. Belmonte era un cafre, no el tipo de persona que mantiene su casa en orden.

Ella, sin embargo, seguía con su advertencia.

—No toques nada, Rojo. Podemos estar contaminando la escena —le dijo, pero él ya estaba caminando hacia el dormitorio, ignorando su consejo. Se sintió como una estúpida al verlo alejarse y comentó en voz baja—. Está bien, yo me quedaré por aquí…

El apartamento tenía el aire de una vivienda española de los años 70, con crucifijos en las paredes, emblemas de la Legión y escudos militares adornando cada rincón. Esto último, el inspector sospechó que sería un detalle de la víctima. El olor a cerrado persistía en el ambiente, como si la insalubridad se aferrara a las paredes. La decoración parecía haber sido intocable durante décadas.

Al asomarse al dormitorio, los ojos de Rojo encontraron una frase lapidaria, pintada con rotulador rojo sobre el gotelé blanco de la pared: «Nadie puede escapar de su pasado».

Aquellas palabras parecían flotar en la habitación, resonando en su mente como un eco sombrío. Eran las mismas que Ferrando había mencionado en su informe, y de inmediato supo que el asesino había conocido bien a su víctima. Para él, dada su experiencia en casos anteriores, nadie se atrevería a adentrarse tan profundamente en la guarida de un hombre como Belmonte, sin una conexión íntima o sin una misión muy personal.

—El tipo entró hasta el fondo… y con confianza —murmuró, mientras observaba los restos de sangre que manchaban el suelo junto al armario que Ferrando había descrito—. Es probable que interactuaran aquí, pero, ¿con qué fin?

La habitación estaba demasiado en orden para haber sido el escenario de una pelea. Algo no le encajaba, aunque el dinero podría ser la causa.

«¿En qué diablos andabas metido, Belmonte?».

En ese instante, desde el salón, Agulló alzó la voz, interrumpiendo sus pensamientos:

—¿Has encontrado algo de utilidad? —preguntó con cierta ironía—. Además de la simbología bélica que hay por toda la casa…

—¿Qué esperabas? —le preguntó él desde la distancia, mientras escudriñaba el cuarto.

—A decir verdad, estoy sorprendida.

Rojo, inmerso en su tarea, no siguió con la conversación. Abrió la mesilla de noche y encontró una colección de folletos turísticos del aeropuerto.

«¿Qué tramabas?», se cuestionó al encontrar una guía turística de Buenos Aires junto a los folletos. «Vaya... Así que lo tenías todo planeado, pero la codicia te superó. Pudiste escapar a tiempo y ser libre, y decidiste hacer un último trabajo», pensó, imaginando a Belmonte planeando su huida antes de acabar bajo la garra de aquel psicópata. Paso a paso, iba atando los cabos, entendiendo que el exlegionario buscaba la manera de dejar atrás su pasado, la mala senda en la que se había metido durante años. Por desgracia, no sabía con quién trataba, o tal vez sí, otro como él, pero lo había subestimado.

«Nunca pensó que se volvería en su contra».

Tras una lenta reflexión, lo que realmente lo puso en alerta fue lo que encontró en el cajón de la mesilla. Era un sobre beige, abultado, lleno de lo que parecía dinero en efectivo. Lo observó antes de tocarlo, porque parecía manchado con las huellas de Belmonte. Al no tener nada con lo que proteger sus huellas, metió la mano por debajo de la camiseta para abrir la solapa del sobre y calcular la cantidad aproximada. Pero no todo era dinero. Entre los billetes había una nota blanca, doblada. La sacó con cuidado hasta dejarla sobre el mueble. Parecía una nota escrita a mano.

Al leerla, su corazón dio un vuelco.

«Me cago en sus muertos…».

El nombre «Rojo» estaba garabateado en la nota, como si Belmonte hubiera intentado implicarlo antes de morir.

—Será desgraciado… —murmuró, sintiendo cómo el sudor frío empezaba a deslizarse por su espalda. Ahora no tenía dudas de que «El Inglés» había regresado a la vivienda y manipulado la escena para incriminarlo. Lo sabía. De lo contrario, Ferrando y su equipo habrían encontrado esa nota, igual que él. El psicópata iba por delante de ellos, consciente de que la policía regresaría allí. Rojo sintió un mal presagio. No le gustaba sentirse por detrás del cazador y sabía que tenía que moverse rápido.

—No hay nada de interés en la cocina ni en el salón —informó Agulló desde el otro extremo del apartamento, con aparente normalidad—. ¿Qué has encontrado tú?

—Ese hijo de perra nos ha tendido otra trampa —respondió Rojo, cortante, mientras cerraba el cajón de la mesilla y guardaba la nota en el bolsillo de su pantalón—. Ha tenido los santos cojones de volver a la escena del crimen para manipularla, confiado en que la policía regresaría…

Y él sabía que estaban en una carrera contrarreloj.

De repente, antes de explicarle a la compañera lo que había descubierto, algo más llamó su atención. En el mismo cajón, una billetera asomaba entre los papeles. La sacó y encontró la documentación de Belmonte, junto con una tarjeta de visita de una oficina de alquiler de vehículos para turistas. «RENT-A-CAR COSTA BLANCA». Rojo la miró fijamente, tratando de encajar las piezas. Le resultaba familiar ese nombre, aunque era muy habitual verlo en todo tipo de establecimientos. Belmonte no era el tipo de persona que necesitara un coche de alquiler, y menos de una compañía turística. Probablemente, se la habían dado en el aeropuerto, pero… ¿por qué la guardaba?

Mientras contemplaba la tarjeta, un recuerdo fugaz atravesó su mente, un flashback relacionado con la casa de Sant Vicent, los mapas que había visto sobre la mesa de Meroño y la tarjeta amarilla. De repente, se levantó y se dirigió al armario. Abrió las puertas de golpe, buscando la bolsa que mencionaba el informe de Ferrando. Pero el interior estaba vacío.

—La bolsa… ha desaparecido. «El Inglés» también se ha llevado el dinero.

Justo en ese momento, la inspectora lo llamó desde el salón.

—¡Rojo! Ven aquí.

Cuando apareció, el teléfono fijo comenzó a sonar de manera inesperada. Agulló lo miró, indecisa.

—¿Qué hacemos?

—Yo lo cogeré —respondió, apresurándose a tomar el auricular—. Tiene que ser él.

Descolgó el aparato y lo que escuchó lo dejó helado.

Una voz grabada de Emily sonaba débil y distorsionada, acompañada por un ruido molesto de fondo, como un fuerte propulsor. Junto a ella, apreció la carcajada malvada de un hombre. El sonido lo hizo apretar los dientes, como si la risa procediera del mismísimo infierno. El estómago se le removió y la rabia se apoderó de él. Luego, la voz de aquel sanguinario llegó de manera provocadora:

—Hola, inspector. Caliente… tan caliente… ¡Que quema!

La conexión se cortó.

Antes de que Rojo pudiera reaccionar, una explosión sacudió el salón, haciendo volar en astillas el armario donde se encontraba el teléfono fijo. El desconcierto los envolvió, las ventanas reventaron y los dos intentaron protegerse. Mientras él caía al suelo por el lado que no tenía herido, lo último que vio fue a la compañera en el suelo, inconsciente por la sacudida, y al teléfono, colgando de su cable, balanceándose como un péndulo mortal.

Todo se volvió un barullo de polvo y escombros. El aire se llenó de humo y el mundo oscureció en un instante para los dos.

Y entonces, llegó el silencio.

45

Rojo abrió los ojos de golpe, jadeando por el polvo que flotaba en el aire. El sonido de las sirenas resonaba a lo lejos, cada vez más cercano, mientras trataba de orientarse. La explosión no había sido lo suficientemente fuerte como para matarlos, pero había hecho el daño necesario para dejarlos aturdidos. No sabía cuánto tiempo habían estado inconscientes, pero tenía la sensación de que más del que podían permitirse. Habían mordido el cebo de ese cabrón, pensó, al ver las piezas de plástico del teléfono, ahora esparcidas por el suelo. «El Inglés» se había anticipado a sus movimientos. Sabía que se presentarían allí y los había cazado en su propia jaula.

Finalmente, se incorporó lentamente, sintiendo un dolor agudo en las costillas y un zumbido constante en los oídos. A su lado, Agulló estaba tirada en el suelo, inconsciente. El corazón del inspector dio un vuelco, y por un momento, el miedo lo congeló. Caminó hacia ella, ignorando el dolor que le atravesaba el cuerpo, y le tomó el pulso. Al notar que respiraba, flexionó las rodillas y la zarandeó suavemente para no hacerle daño.

—Agulló, despierta… ¿Puedes moverte?

Ella soltó un gemido, parpadeando mientras volvía en sí. Asintió con la cabeza, aunque la confusión aún nublaba sus ojos.

—Sí… estoy bien. ¿Qué ha sido eso?

Rojo exhaló con alivio, pero el tiempo no estaba de su lado.

Acto seguido, él se puso de pie, tambaleándose un poco antes de encontrar el equilibrio. La habitación, que antes había estado ordenada, ahora era una anarquía de muebles volcados y paredes agrietadas. El teléfono, ahora hecho añicos, era la evidencia de la trampa que casi los mata.

Se dirigió hasta la ventana y echó un vistazo a la calle. Las sirenas de la policía se acercaban rápidamente y el destello de las luces azules y rojas se reflejaba en los edificios cercanos.

—Van a llegar aquí en cualquier momento —dijo con preocupación, buscando la manera de salir de aquel callejón. Se dirigió a la puerta de la vivienda y dio un vistazo al rellano. Entonces, giró la cabeza y contempló una escalera que llevaba a la terraza. Con un poco de suerte, la azotea del edificio conectaría con la del bloque de viviendas contiguo. Era su única salida, aunque no tenía la seguridad de que fuera la más exitosa.

—Escucha, Agulló… tienes que irte.

Ella lo miró, incrédula.

—¿Qué? No, no voy a dejarte aquí. Nos iremos los dos.

Rojo negó con la cabeza.

—Hazme caso. Si huimos juntos, te atrapan conmigo y no habrá vuelta atrás. Yo me quedaré y los disuadiré. Tú, saldrás por la terraza y desaparecerás.

—Ni de coña…

—No voy a perder el tiempo en discutir… —le dijo y recordó las palabras de Meroño, antes de morir—. Yo ya lo he perdido todo, no me queda nada que salvar. Pero tú… —Tragó saliva y su voz se suavizó ligeramente—. Tú aún puedes salir de esto. No te metas más en mi mierda, de verdad. No lo hagas.

Ella lo miró, dubitativa.

—No pienso dejarte solo, Rojo. ¿Eres estúpido? Este no es solo tu problema. Estamos juntos. O vienes conmigo, o me quedaré.

Rojo sintió que el tiempo se agotaba, las sirenas ahora eran un rugido a las puertas del edificio. Cada segundo que pasaba los acercaba más al desastre.

—Por favor, Agulló. No me lo pongas más difícil. No hay más opciones. —La urgencia en su voz era clara—. ¡Vete ya, joder! Prefiero que me sorprendan a mí. Si confías en mí, tiene que ser así. Encontrar a esa chica dependerá de ti.

Ella vaciló, flaqueando en su decisión. Pero el brillo de sus ojos no desapareció. Sabía que Rojo estaba intentando protegerla, pero no podía, no quería que asumiera toda la responsabilidad. El final del inspector llegaría en cuanto los agentes aparecieran por la puerta.

—Rojo… no puedo.

—¡Por Dios, vete! —rugió—. ¡Es una orden!

—¡No pienso acatar tu orden! ¡Estoy al mando!

—¿De qué, inspectora? ¡No has hecho más que cagarla con tus decisiones!

No le quedó opción que herir sus sentimientos, si quería que se marchara por una cuestión emocional. Pero, pareció que había funcionado, aunque jamás se lo perdonara. Un segundo de silencio se intercaló entre ellos, como una eternidad comprimida en un instante.

—¿Eso es lo que piensas? —le gritó con una aceptación amarga y se dio la vuelta—. ¡Que te jodan, tío!

Rojo la siguió con la mirada mientras ella comenzaba a subir las escaleras hacia la terraza y después desaparecía por la puerta del tejado. Se quedó solo en el apartamento destruido. Respiró hondo para calmarse, consciente de que se enfrentaba al posible final de su carrera.

A esas alturas, pensó que no le importaba ya nada, pues confiaba en que Agulló se encargara del caso. Estaba agotado, había llegado a su límite y sabía que la resistencia solo le provocaría más dolor. El ruido de los agentes subía por las escaleras. El pulso en sus sienes latía con fuerza, pero su mente estaba clara. Si todo iba a acabar ahí, lo haría a su manera.

Unos pasos se acercaban a la vivienda.

—¡Alto, policía! ¡Abran la puerta! —exclamó una voz potente desde el exterior.

Rojo apretó los puños, preparándose para lo que vendría. Luego se puso de rodillas y colocó las manos sobre la cabeza. Por un momento, pensó que, tal vez, «El Inglés» creía que esto acabaría con los dos, de una manera tan sucia y rápida, pero estaba muy equivocado.

Un fuerte estruendo empujó la puerta hacia atrás y cuatro agentes uniformados irrumpieron en el inmueble, apuntándolo con sus armas.

El inspector sonrió y miró al suelo. «El Inglés» se había salido con la suya, pero eso no significaba que hubiese ganado la partida.

Puedes acabar con la reina, pero la partida sigue mientras haya un rey. Y a pesar de las apariencias, desde el principio, la pieza clave había sido su compañera.

46

Los dientes fríos del acero le rasgaron la piel. Se entregó voluntariamente, sin resistencia, con la mirada agotada mientras los agentes lo escoltaban fuera del edificio. Sintió las frías esposas que se cerraban sobre sus muñecas; el clic metálico resonó en el aire como un eco lejano. Las sirenas habían cesado, pero el zumbido en sus oídos persistía, una mezcla de la explosión reciente y la presión creciente de los problemas que se avecinaban. Estaba tranquilo, pues no era la primera vez que se enfrentaba a una situación así. Aunque temía que podía ser la última.

Media hora más tarde, apenas se podía respirar en el despacho del comisario Linares. El ambiente estaba tan tenso como la mandíbula del superior. Linares estaba que trinaba, de pie detrás de su escritorio, con el rostro enrojecido de ira, mientras el subinspector Ferrando ocupaba una de las sillas, con una expresión de satisfacción apenas disimulada. Rojo se plantó frente a ellos, ahora con las muñecas liberadas, acorralado como una rata. A esas alturas, las formalidades del superior habían pasado a un segundo plano.

—¿Qué demonios hacía en el apartamento de Belmonte, Rojo? —bramó Linares, golpeando la mesa con el puño—. ¿Manipular la escena del crimen? ¿Qué pasa con usted? ¿Qué carajo se le pasa por la cabeza? ¡Ha mentido en varias ocasiones y ya no sé qué creer! ¡Póngase en mi maldito lugar!

El subinspector Ferrando, sin perder un segundo, apoyó las palabras del comisario con su tono frío y calculador.

—Las grabaciones de seguridad del bingo atestiguan claramente que estuviste allí. De hecho, te muestran entrando y saliendo con Belmonte, la misma noche que desapareció esa chica —señaló, con la mirada puesta en el compañero, como si ya lo hubiera condenado. En el fondo, el

inspector sabía que disfrutaba con aquello—. Estabas allí, Rojo, es indudable y no podemos negar lo evidente. Te tenemos en la escena.

—Veo que sigues utilizando frases manidas. Has llegado lejos con ellas, ¿eh?

—Vete al cuerno...

—¿Te lo estás pasando bien con esto?

—¿Qué pretendías sacar de él? Si lo mataste, es hora de que lo cuentes.

«Jodido John Wayne barato».

—Como superior, me pone en una tesitura muy comprometida. Por favor, necesito que nos explique qué hacía en el apartamento de la víctima —intervino el comisario—. Esta mañana, le había dejado claro que debía mantenerse al margen de este caso…

—Es mi investigación —añadió Ferrando, expresándose como una hiena.

—Lo que ha hecho supone una falta grave… No obstante, antes de entrar en ese asunto, quiero aclarar este tema de una vez.

—No hay nada que aclarar, comisario. Usted mismo lo acaba de decir. El inspector no tenía derecho ni autorización para sabotear mi investigación.

—Lo sé, Ferrando, pero, espere un momento... —dijo y suspiró—. Lo último que quiero creer es que uno de mis hombres es un presunto homicida —aclaró y miró al inspector—. Así que, Rojo, por favor, se lo pido… colabore y deme una maldita explicación con sentido.

Rojo mantuvo la calma y su rostro no mostraba emoción alguna, como si ya hubiera aceptado lo que venía.

—No tengo nada que añadir.

Los dos hombres presentes no daban crédito.

—Se le acusa de algo muy grave…

—Lo sé, pero no voy a negar que estuve allí. Sí, soy yo el que aparece en las grabaciones del bingo. ¿Y qué? No lo maté.

—Tanta altanería está cavando tu propia tumba, Rojo —le advirtió Ferrando—. Las pruebas te convierten en sospechoso principal de una investigación de homicidio.

—Querrás decir, de «tu investigación».

—Esto no es personal. El comisario me asignó el caso porque tú y Agulló estáis trabajando en el de Emily Green.

—Estaba… —apostilló el superior.

—La única verdad es que yo no he matado a Belmonte. Es cierto que estuve con él y tuvimos una discusión, pero esa no era mi intención…

—La víctima presentaba evidencias de una brutal paliza, cercana a la tortura. Yo no lo llamaría un accidente.

—No sé si estás sordo o eres lento, pero no voy a repetírtelo dos veces, subinspector. He sido bastante claro.

—Dígame una cosa, Rojo. ¿Cuál era su interés en él?

—Ninguno. Ni siquiera sabía que había sido legionario… —improvisó, sabiendo que tenía la sartén por el mango, después de haber eliminado la prueba que lo incriminaba directamente con su muerte—. La noche de Hogueras, lo encontré en el bingo. Estaba borracho, enfadado y buscando problemas… Simplemente, evité una pelea y cumplí con mi deber.

—¿Qué hacía usted en el bingo?

Rojo dio un respingo, levantó el mentón y miró al superior.

—Hasta donde sé, el juego todavía es legal, comisario… —le dijo y rebajó el tono—. Como un ciudadano más, salí a divertirme un rato.

—Ya… Prosiga.

—Lo saqué de allí, por las buenas, antes de que los porteros le dieran una paliza, y lo alejé de la entrada.

—Las cámaras exteriores os grabaron en la puerta de un aparcamiento privado —apuntó el subinspector—. En ellas se ve un forcejeo entre vosotros. Incluso una pareja de agentes que patrullaba esa noche te reconoció.

—No te jode, y les dije que lo tenía bajo control. Ese capullo estaba meando en la vía pública.

—¿Por qué no lo detuvieron?

—¿Para qué, subinspector? Era un pobre desgraciado. Le dije que se fuera a casa y que no volviera por allí. El muy cretino me tiró al suelo en cuanto aprovechó la ocasión y se largó. Desde entonces, no he vuelto a verlo.

—Claro —dijo el comisario, que guardaba un último as en la manga—. Entonces, ¿cómo explica lo del apartamento?

En ese momento, las tripas se le apretaron hasta formar un nudo. Había olvidado esa parte.

—Existía una relación entre Belmonte, Meroño y Serna.

—¿Y lo dices ahora? Qué casualidad…

—Si la pregunta es qué hacía allí, la respuesta es que no estaba manipulando nada —contestó con voz firme—. Solo estaba buscando conclusiones, comisario. Nada más. Sigo pensando que existe una relación entre Belmonte y el caso de Emily Green.

Linares soltó una risa amarga, incrédulo.

—¿Conclusiones? —repitió, con la voz llena de sarcasmo—. Ferrando, ¿puedes creer esto? Después de todas las evidencias, el inspector afirma que solo estaba buscando respuestas para sacar conclusiones. En fin, creo que hemos tenido suficiente. Usted necesita ayuda, inspector, pero no de la que piensa, y creo que estoy siendo bastante laxo con el tema. Mientras tanto, Asuntos Internos ya está haciéndose cargo de usted, Rojo. No hay vuelta atrás.

Ferrando asintió, aunque con una ligera mueca de desdén.

—A todo esto, ¿dónde estuviste anoche? —preguntó Ferrando, apretando las palabras con un tono de voz que no admitía evasivas.

—Fui al hospital para que me atendieran tras lo ocurrido en San Vicente —respondió Rojo, su voz tranquila como el acero—. ¿También van a cuestionar eso?

—Quiero decir, después…

—Fui a casa.

Pero Linares no estaba dispuesto a dejarlo escapar tan fácilmente.

—Eres un embustero, Rojo —sentenció, rompiendo toda formalidad existente—. Sabemos que saliste del hospital, varios agentes te vieron. ¿A dónde fuiste después? ¿Por qué sigues mintiéndonos? ¡Es muy grave!

Rojo se quedó en silencio por un segundo, luego dijo con calma:

—No estoy faltando a la verdad. Tomé un taxi, pero después no vi a nadie. Regresé a casa, fumé un cigarro y bebí una cerveza antes de dormir, mientras veía una película en la televisión. No sé qué más decir.

—¿Puedes recordar qué viste en la televisión? —preguntó el subinspector.

—Sí, «Loca Academia de Policía». Me recordó a ti.

—Púdrete en el infierno, hijo de perra…

El comisario, visiblemente exasperado, hizo un gesto a Ferrando.

—Gracias por su ayuda, Ferrando. Déjanos a solas. Continuaré desde aquí.

Ferrando se levantó de la silla, lanzando una última mirada a Rojo.

—La verdad es que no lo siento, Rojo. Te has metido en la mierda hasta el cuello y disfrutaré viendo cómo te ahogas en ella.

Rojo lo miró sin parpadear.

—Saludos a tu familia.

Ferrando salió del despacho, dejando a Rojo solo con Linares. El comisario permaneció en silencio unos segundos, juzgándolo con la mirada, como si tratara de encontrar algún rastro de verdad en sus palabras.

—¿Sabes, Rojo? —comenzó, ahora con un tono más bajo, pero no menos severo—, cuando llegué aquí, me dijeron que eras problemático… Los traslados no son fáciles y llevan una gran responsabilidad detrás, pero supuse que, con un poco de mano izquierda, todo se podía arreglar… No sabía hasta qué punto me ibas a generar un problema, pero has tardado poco en demostrarlo. De hecho, no lo has generado. Me he dado cuenta de que el problema eres tú. No sé... Tal vez creías que, porque soy el nuevo comisario, podrías hacer lo que te diera la gana. No obstante, si piensas que eso significa que miraré a otra parte, estás muy equivocado.

Rojo no dijo nada, dejando que las palabras de Linares llenaran el despacho.

—Asuntos Internos ha reabierto tu caso —continuó—. Están dispuestos a colaborar conmigo y yo con ellos. Eso no lo esperabas, ¿verdad? —le preguntó e inclinó los pies, dando un saltito casi inapreciable—. Puede que no me tomaras en serio, y ese haya sido tu error. Tú no quieres problemas y yo no quiero problemas, pero tampoco quiero corrupción en el Cuerpo, al menos, en el de esta comisaría. Y tú manchas el nombre de la policía cada vez que sales por esa puerta. Por eso, lamento anunciarte que esto es el fin de tu carrera como inspector y como policía, Rojo. Y si se demuestra que has asesinado a ese hombre, también será el fin de tu libertad.

Rojo permaneció impasible, mostrando solo una ligera línea firme en sus labios, que indicaba que estaba escuchando.

—¿No piensas decir nada?

—Todo lo que diga es peor que el silencio.

—Entiendo… Pese a todo, hay algo que no me cuadra en lo que has contado antes —le preguntó, inclinándose hacia él—. Después de siete puntos de sutura en el brazo, ¿cómo has conducido esta mañana hasta el domicilio de Belmonte?

Rojo levantó la vista, su mirada era fría.

—Hacen falta más de siete puntos para postrarme en una cama, aunque sé que otros piden la baja por un resfriado...

—Guárdate la chulería. ¿Qué pasa con la inspectora Agulló?

—No lo sé. Dígamelo usted.

—No me toques las pelotas…

—No sé dónde está la inspectora, de verdad. No la he visto desde la reunión de esta mañana. No tiene nada que ver conmigo.

Linares lo miró con escepticismo, pero continuó.

—¿La estás encubriendo? —preguntó, aunque su tono mostraba que ya había hecho su propio juicio—. No me trago que no tengas ningún interés en protegerla para ocultar información.

Rojo negó con la cabeza.

—No tengo interés en proteger a nadie, comisario. Mucho menos a una novata con falta de práctica. Solo hago mi trabajo.

Linares lo miró largo y tendido, evaluando cada palabra, cada gesto.

—Lo que está claro es que se te ha aplicado una Suspensión Firme de tres meses por haber cometido varias faltas graves —dijo, finalmente—. Y eso no es lo peor. Te arriesgas a un Procedimiento Penal, lo que podría conllevar una suspensión provisional hasta que se resuelva el juicio, o incluso tu expulsión del Cuerpo.

Rojo asintió, sin inmutarse. Había escuchado todo eso antes.

—No pienso apelar, comisario. Soy inocente y confío en que la justicia prevalecerá.

—Eres un gilipollas.

—¿Qué nos queda al Cuerpo, si no es la justicia?

Linares dejó escapar un suspiro de desprecio, pero se negó a responder a la provocación.

—De momento, Rojo, dame tu placa y tu pistola.

El inspector metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó la placa. Luego, desabrochó la funda del cinto de su pistola y depositó el arma cuidadosamente en la mesa del comisario.

—Aquí tiene, comisario.

—Gracias… ¿Algo que decir antes de marcharte?

—Que mis errores no salpiquen el trabajo del resto. Páguelo conmigo, si lo desea, pero no descargue su frustración en el caso. Agulló está haciendo una labor impecable y está a punto de encontrar a Emily Green. Lo mismo con Costa. No los deje sin efectivos, ni se pongan de rodillas ante la gente de fuera. Si quiere que lo respeten aquí, defienda la comisaría. Espero que encuentren a esa chica y al cabrón que la ha secuestrado todo este tiempo.

Linares tomó ambos objetos y los arrastró hacia su lado de la mesa.

—Lo tendré en cuenta. Ahora, estás fuera, Rojo. Sal de aquí. No vuelvas a pisar la comisaría hasta que te lo notifiquen.

Rojo se dio la vuelta sin decir una palabra más y abandonó el despacho. Sabía que lo que había perdido era mucho más que una insignia y una pistola. Pero también sabía que, aunque el sistema parecía estar en su contra, aún tenía un último recurso: confiar en que su compañera encontraría al asesino, antes de que su error hubiera sido en vano.

47

Rojo permanecía en su despacho, con la caja de cartón sobre el escritorio, metiendo sus pertenencias una a una. Cada objeto que recogía parecía pesar más que el anterior, como si llevaran consigo los recuerdos de los años que había pasado en aquella comisaría. No había acumulado muchos objetos personales a lo largo de su carrera, pero sí los suficientes como para diferenciar su escritorio del resto. El portarretrato con una foto de sus días en la academia, su vieja libreta llena de notas y nombres que ya nadie recordaba, el bolígrafo de plata que había recibido tras su primera gran detención. Todo se amontonaba en la caja, y con cada objeto que metía, sentía que cerraba un capítulo de su vida que nunca volvería.

Miró hacia el escritorio de Agulló, todavía vacío. Algo en él le decía que no era solo su ausencia física lo que le preocupaba. Había algo más, algo que no cuadraba en la manera en que ella había desaparecido después de la explosión. Era extraño que no hubiera regresado al puesto de trabajo, incluso después de todo lo que había pasado.

Un suspiro escapó de sus labios, resignado al pensar que ese podría haber sido su último día como policía.

—Maldita sea, todo se está yendo al carajo —pensó en alto, mientras cerraba la caja y la levantaba con un esfuerzo más físico que emocional. Por suerte, podía soportar la molestia que le causaba en el brazo.

Abandonó la comisaría, caminando hacia su Ford Focus con la caja en brazos, sin mirar atrás. El motor rugió cuando lo encendió y pronto se encontró conduciendo por las calles de Alicante. El paisaje urbano pasaba ante sus ojos como un sueño borroso. Habían sido días de mucho estrés y empezaba a perder la noción de las horas. Mientras avanzaba, su mente no dejaba de examinar

los sucesos acontecidos en la mañana: la explosión, la confrontación con Linares, la sombra de «El Inglés» presente en todo momento.

«¡Quema!», recordó como algo vívido. Sintió el olor amargo de la pólvora, luego el estallido de la explosión y reaccionó con un puñetazo rabioso sobre el volante.

—Maldito hijo de perra…

Tan solo pensar en ello le removía las entrañas. Necesitaba descansar, pero sabía que eso no ocurriría mientras las piezas del rompecabezas no encajaran.

Se detuvo en un semáforo y, sin pensarlo mucho, sacó su teléfono y marcó el número de Agulló. El tono de llamada sonó una, dos, tres veces antes de que la llamada fuera cortada de manera abrupta. Rojo apretó los dientes, pero se sintió calmado, al menos de saber que estaba viva. Eso, en sí mismo, ya era algo.

Llegó a su casa, un apartamento sencillo que había dejado que se deteriorara con los años, sobre todo desde que tomó la decisión de que su hijo viviera con los abuelos. Él sabía que no era lo mejor en una relación padre e hijo, pero, a largo plazo, se lo agradecería. El desorden le dio la bienvenida: ropa sucia amontonada en el tambor de la lavadora, la nevera vacía y los platos acumulados en el fregadero. No había nada para comer y el hambre comenzaba a reclamar su atención.

La tarde estaba cayendo y la penumbra se filtraba por las ventanas. Tomó una ducha rápida, se cambió de ropa y, sin pensarlo mucho, bajó a la tienda de ultramarinos y alimentación de la esquina, una pequeña y oscura tienda que siempre estaba abierta, sin importar la hora. El dueño, un hombre chino, enjuto, de rostro curtido por la vida, lo saludó con una inclinación de cabeza cuando entró.

—Buenas tardes, inspector —le dijo al verlo, con un acento marcado, pero un español fluido.

—Buenas, Chang —respondió, forzando una sonrisa cansada, y el hombre siguió viendo su programa de televisión asiático en el teléfono móvil.

Rojo recorrió los estantes, escogiendo una barra de pan, un sobre de jamón serrano envasado, dos tomates maduros y un poco de queso curado. Agarró un paquete de café y luego se dirigió a la nevera para sacar un par de botes de cerveza fría. Cuando llegó al mostrador, Rojo miró a la colección de mecheros que había detrás.

—Un mechero y... ya sabes, lo de siempre.

Chang cogió un mechero de la caja. Después, se aseguró de que no hubiese nadie más en la tienda y deslizó un paquete de tabaco sobre la superficie pulida.

—Para usted —dijo Chang, bajando la voz—. Sabes que no debería…

—Gracias, Chang. Es una emergencia.

—Sí, sí. Inspector siempre dice lo mismo —respondió Chang, esbozando una sonrisa discreta.

Rojo sonrió de lado, pero algo en el mostrador captó su atención. Había un montón de ofertas de compañías de telefonía móvil SIM de prepago, perfectas para turistas que pasaban sus vacaciones en la ciudad. Una de las tarjetas en particular llamó su atención: «COSTABLANCA SIM», un nombre cualquiera si no fuera porque lo había leído antes. Emily Green había usado una igual. La compañía estaba disponible en el aeropuerto y el nombre, casualmente similar a la empresa de coches de alquiler, hizo que algo se encendiera en su mente.

—Chang, ¿quién te ha vendido estas tarjetas?

Chang frunció el ceño, sorprendido por el cambio en el tono de Rojo.

—Un comercial, inspector. Viene cada mes.

—¿Te acuerdas de su nombre? —insistió, inclinándose sobre el mostrador.

El tendero empezó a ponerse nervioso, pero Rojo suavizó su voz.

—Tranquilo, no es nada grave. Solo necesito que hagas memoria.

—Pues, no sé. Un hombre normal, así como tú. Alto, fuerte… Se llama Romeo.

—¿Romeo? —preguntó, confundido—. ¿Joven o mayor?

—Joven. Más joven que tú… y que yo.

—¿Alguna marca específica en la cara?

—No recuerdo.

—Piensa, por favor. Es importante… ¿Sabes si tenía una cicatriz aquí? —le preguntó, señalándose el pómulo derecho.

—No tenía cicatriz… pero su amigo sí, otro alto y joven, más delgado.

Rojo sintió un escalofrío en la columna.

—Miguel Serna… ¿Hace cuánto que no los ves?

—Una semana, quizá más —contestó Chang, desconcertado.

Rojo asintió, agradeció la información, compró lo que necesitaba y regresó a su apartamento. Un pensamiento incipiente lo atormentaba.

«¿Era una casualidad que «El Inglés» hubiera secuestrado a la sobrina de un político?» En absoluto. Cada vez lo dudaba más. «El Inglés» era un calculador, un estratega. Probablemente, el negocio de las tarjetas financiaba su escondite y su doble vida. Durante todo ese tiempo, también era posible que hubiera estado monitoreando a sus víctimas a través de la compra, controlando todo con una compañía de tarjetas SIM de prepago, donde Meroño y Serna eran solo piezas del

juego. Tenía sentido. Ambas compañías podrían servir para lavar dinero. Ahora, esas piezas encajaban con sentido en la tela de araña que había tejido a lo largo de esos años.

Pensó en Helen Byrne, en su declaración, pero sabía que ahora no podía contactar con ella y que, hacerlo, sería demasiado arriesgado. Luego pensó en Agulló. Ella era la única que podía sacar a Green del atolladero. Mientras escuchaba las noticias en la radio, comenzó a preparar la cena. Ralló el tomate y lo mezcló con un poco de aceite, untando la mezcla sobre la barra de pan antes de añadir el queso curado y el jamón serrano. Le dio un mordisco al bocadillo, el sabor le llenó la boca y calmó momentáneamente el torbellino en su mente. Abrió una cerveza fría y tomó un trago largo y refrescante, antes de salir de la cocina.

Ya en el salón, se acercó al viejo portátil que apenas usaba, lo abrió y conectó un lápiz de memoria que tenía el sistema operativo Tails instalado. Tails era una distribución de Linux diseñada para proteger la privacidad, utilizada por aquellos que querían navegar por la red sin dejar huella. Rojo lo llevaba en secreto, pero había aprendido a usar el sistema por su cuenta, protegiendo, una vez más, su privacidad, con tal de que nadie pudiera seguirle el rastro. En una época en la que el exhibicionismo era la norma, él prefería pasar por la vida como un fantasma. Lo encendió, esperando a que el sistema cargara y luego comenzó a buscar el nombre de la tienda de alquiler de vehículos.

Encontró rápidamente lo que buscaba: COSTA BLANCA SIM. Como había mencionado Agulló, la empresa tenía su sede en Madrid, pero, con un poco de maña en la red, dio con los nombres de los distribuidores que trabajaban con ella a lo largo del Levante. Era una tarea ardua y pesada, pero no le quedaba más remedio que examinar los datos. Buscó en el Registro de la Propiedad y, para su sorpresa, logró dar con una de las empresas distribuidoras de la matriz con sede en El Altet, Elche. Le llamó la atención que estuviera allí, pues no era un punto de venta muy relevante, a menos que operara en el aeropuerto. A diferencia de las otras empresas que aparecían, le resultó curioso que el distribuidor de tarjetas tuviera un nombre muy similar al de una empresa de telefonía: COSTA BLANCA RENT-A-CAR.

—Mierda… —murmuró, sabiendo que esto ataba los últimos cabos sueltos.

Buscó la tienda física en una aplicación de mapas y descubrió que estaba alejada del aeropuerto, junto a un vasto aparcamiento que no pertenecía a la terminal. Recordó el ruido de fondo en la llamada de «El Inglés».

«Aviones... Nadie sospecharía de un lugar así».

En un arranque de urgencia, intentó llamar a Agulló de nuevo, pero el teléfono estaba apagado. La frustración lo invadió porque sabía que no podía rendirse ahora. Se quedó sentado en su

pequeño salón, con la sensación de que estaba más cerca de «El Inglés» de lo que había estado nunca. Pero el tiempo se agotaba y él lo sabía mejor que nadie. Necesitaba compartirlo con ella.

Si Agulló no respondía a las llamadas, probablemente tendría una razón para ello. Por un momento, llegó a pensar que se debía al revolcón de la noche anterior, a la mezcla de sentimientos contradictorios que habitaban ahora en ella y a lo que le había dicho para que se largara. Era lógico, pensó, había metido la pata al cruzar la línea. Pero confiaba en su madurez profesional. El caso de esa joven estaba por encima de los dilemas sentimentales de la inspectora.

Cogió el teléfono móvil y buscó el nombre del subinspector Costa en la agenda. Era tarde para llamar, pero lo consideraba una urgencia. Desconocía si le habrían dado el alta o seguiría en el hospital.

El teléfono sonó y, a diferencia de la compañera, el subinspector descolgó al primer tono.

—¿Inspector?

—¿Puedes hablar?

—Sí… creo.

—¿Sigues en el hospital?

—Sí. Aunque espero que me den mañana el alta.

—¿Cómo estás?

—Bien. No ha sido una operación complicada, aunque supongo que no me llamas a estas horas para eso…

—Eres bueno, Costa. —Rojo suspiró y chasqueó la lengua—. Intento localizar a Agulló, pero no hay manera. Necesito que alguien compruebe un registro en la base de datos.

Por el aparato, sintió cómo el subinspector esgrimía un ruido.

—Así que los rumores son ciertos, ¿eh?

—Ya te he dicho que no pierdo el tiempo con esas memeces. ¿Vas a ayudarme?

—Estoy de baja, inspector.

—Todavía no, Costa. Escucha, no es para mí. Es sobre el caso. Le estamos pisando los talones a ese cabrón.

—Pero, Meroño… Yo vi cómo lo abatías.

—No era él, ni Serna. Es largo de explicar, Costa…

—Puedes hacerme un resumen. Estoy aburrido aquí.

Rojo gruñó, molesto, pero sabía que debía convencerlo.

—Meroño y Serna trabajaban para alguien a quien llaman «El inglés», un mercenario con un historial criminal amplio y perseguido hace veinte años por el padre de Agulló. Nunca lograron

detenerlo —le explicó, a pesar de que podrían estar escuchando por la otra línea—. Nadie se interesó en reabrir el caso. Ahora, ha vuelto a actuar, con sed de venganza y más preparado.

—¿Cómo estás tan seguro de que es él?

—Asesinó a Rafael Belmonte, el único hombre que podía llevarnos a su paradero. Después, nos tendió una trampa en la que caímos como principiantes.

—¿Qué sabes de Emily?

—Por eso te llamo. A lo largo de este tiempo, esta cucaracha se ha escondido tras una empresa que ofrecía servicios de telefonía SIM y alquileres de coches en el aeropuerto. Es un negocio turbio y poco transparente, perfecto para él. Lo hemos tenido delante, pero no he conseguido verlo hasta ahora. Dos negocios que no tienen nada en común, pero que van dirigidos a un mismo público.

—Turistas…

—Así es. Puede que me equivoque, pero sospecho que utilizaba el negocio de la venta de tarjetas SIM para vigilar a las víctimas. Después de todo, las puede vender cualquiera que obtenga un permiso por parte de la empresa y no es tan difícil seguir el rastro de un teléfono. Teniendo los datos del comprador y una mente retorcida, es muy sencillo averiguar quién es con un par de búsquedas en Internet. Hoy en día, no hace falta molestarse demasiado. La gente se desnuda en el ciberespacio.

—¿Crees que la elección de Emily Green fue adrede?

—Un golpe de suerte, quizá, pero no desaprovechó la ocasión. No tengo la menor duda. ¿Qué sentido tiene llamar la atención de ese modo? No solo está burlándose del Cuerpo para cobrarse todo el tiempo que estuvo escondido, sino que intenta hacer daño al país que le retiró el pasaporte. Es probable que pida un rescate... o que la haya matado ya.

—Un momento, Rojo. ¿Está Linares al corriente de todo esto?

—Más o menos. Linares hace semanas que desconfía de mí.

—¿Por eso te han suspendido?

—Por eso y porque soy el sospechoso principal del asesinato de Belmonte. Debí ser más cuidadoso.

—Pero, ¿lo eres?

—¿Hablas en serio? No me vengas ahora con eso, Costa. Necesito tu apoyo, no que me cuestiones.

—Siempre lo has tenido, inspector…

—¿Pero…?

—Me pones en una encrucijada, sinceramente.

—No seas cobarde, collons…

—Además, por mucho que quiera, no puedo ayudarte. No me dejarán salir de aquí sin el alta.

—Si puedes caminar, puedes salir del hospital.

—Lo siento, inspector. Me encantaría echarte un cable, pero no puedo. Tengo a esa maldita enfermera vigilándome tras la puerta. No te lo tomes como algo personal. Tal y como están las cosas, no voy a jugármela para que no sirva de nada.

—No te juzgaré.

—Gracias. ¿Agulló está al corriente de lo que me has contado?

—Intento localizarla, pero rechaza las llamadas. Si no responde, lo haré a mi manera.

—Sé que no soy quién para darte un consejo…

—Entonces, no lo des.

—No te salgas de la línea, Rojo, te lo digo como compañero. Insiste con ella, plántate en su casa si hace falta, pero localízala y evita buscar más problemas. Tienes a un montón de gente haciendo cola para ponerte la soga. No les des ese placer, eres más inteligente que ellos… Linares confía en la inspectora y estoy seguro de que lo convencerá para tomar medidas rápidas. Pero eres tú quien debe confiar en ella.

—Gracias por tu consejo desinteresado. Me has dado una idea mejor.

—¿Cómo…? ¡Rojo, espera!

El inspector colgó, dejándole con la miel en los labios. No estaba preparado para el drama ni para los juegos telefónicos. Así que se levantó de la silla y caminó hacia el cajón donde tenía las llaves del coche.

48

Rojo se sentía atrapado, como un animal herido y acorralado por las circunstancias. El sistema al que había dedicado su vida lo había dejado de lado y la desesperación comenzaba a enraizarse en su pecho. Estaba fuera y Linares no iba a recular. Pese a todo, aunque su placa y su pistola habían sido entregadas, la rabia y la determinación del inspector permanecían. Las amenazas de un comisario no iban a amedrentarlo. La justicia, esa con la que tanto se llenaban la boca de pronunciar, la verdadera justicia, le parecía cada vez más lejana, inalcanzable dentro de las reglas que había jurado respetar.

Así que, una vez más, decidió saltárselas.

Después de colgar el teléfono con Costa, al que le había dado una versión oficial y neutra de lo ocurrido, sabía que estaba solo.

Sin nada que perder, decidió dirigirse a la casa de Agulló. Algo en su interior le decía que ahí encontraría el apoyo que necesitaba. Conducir hasta su apartamento fue una mezcla de pensamientos oscuros y dudas. Lamentaba lo que le había dicho y temía que se lo hubiera tomado en serio. No era el hombre con más tacto en la faz de la Tierra, pero los momentos como ese no estaban hechos para las palabras bonitas.

Cuando llegó a la entrada del edificio, la noche estaba cerrada y las calles se mostraban tranquilas y vacías. Estacionó en el aparcamiento de pago y caminó hacia el edificio. Desde la Rambla, podía observar las luces encendidas en el apartamento de la inspectora.

—Podrás esquivar mis llamadas, pero no mi presencia, Agulló —murmuró para sí mismo.

***

Al llegar al portal, tocó el timbre varias veces, pero no hubo respuesta y no le pareció normal que ella no respondiera. Dado que no había cámaras en el portal del edificio, forzó la cerradura con

una tarjeta de crédito y subió por las escaleras hasta la puerta del apartamento. Los recuerdos de la noche anterior parecían lejanos y muy recientes a la vez, una sensación extraña para él. Prefirió no darle más vueltas y seguir con su cometido. El pasillo en penumbra representaba un corredor hacia lo desconocido. Se acercó al número del piso y se detuvo frente a él. El felpudo estaba en su sitio, tal y como lo había visto la noche anterior. Acto seguido, golpeó la puerta con los nudillos, esperando escuchar algún sonido, algún movimiento al otro lado.

Pero nada se movió.

—Agulló… soy yo, Rojo. Abre, tenemos que hablar —dijo, con un tono que mezclaba la preocupación y la camaradería, pero no hubo respuesta.

El silencio que recibió a cambio era tan espeso que podía cortarse con un cuchillo. Rojo presionó su oído contra la puerta, esperando captar el más mínimo rasgueo, pero nada.

—Sé que estás ahí, Agulló. No estoy aquí para discutir, solo quiero hablar. —Su tono era serio, aunque en el fondo había un rastro de arrepentimiento—. Lo siento por lo que te he dicho después de la explosión… No debí obligarte a que te fueras, aunque era lo correcto. Supongo que las palabras no son lo mío…

El silencio persistía y Rojo apoyó la frente contra la puerta, como si al hacerlo pudiera atravesar la barrera que los separaba.

—No quería decir eso… No debí hacerte sentir así. —Su voz se quebró ligeramente, aunque se esforzó por mantener la compostura—. Sabes que no pienso eso de ti, esa es la verdad. No lo olvides, Agulló. Solo estaba nervioso, asustado de la hostia, ¿vale? Mira cómo ha terminado todo.

Esperó, conteniendo el aliento, pero no hubo ningún movimiento, ninguna señal de que ella estuviera escuchando. El instinto le decía que algo estaba mal, que el mutismo que se cernía sobre el apartamento no era natural. Algo lo empujaba a abrir esa puerta, a cruzar la línea que separaba la prudencia del impulso.

—Por favor, Agulló… solo dime que estás bien y me largaré —susurró, con un tono más suave, casi implorante.

Ningún ruido, ningún movimiento cerca de la entrada.

Sabía que no debía hacerlo, que cruzar esa puerta sin permiso era un error, pero había algo en el aire, en el ambiente, que le decía que no podía darse el lujo de esperar más.

Entonces miró la cerradura. La ranura de la llave se encontraba en horizontal, y fue la respuesta que necesitaba, al recordar lo que ella le había explicado.

«Siempre que me acuerdo, la pongo en vertical. Dos vueltas y con la ranura así… Es una manía que heredé de mi padre… pero muy efectiva».

La decisión fue instantánea.

Sacó una tarjeta de su cartera y la pasó por la ranura con la destreza de un hombre acostumbrado a burlar medidas de seguridad. La puerta se abrió con un leve clic.

«Mal asunto», se dijo y la empujó lentamente, casi temiendo lo que podría encontrar al otro lado. Por desgracia, iba desarmado.

El apartamento estaba oscuro, a excepción de la lámpara del salón, que alumbraba débilmente hasta la entrada. Las sombras dominaban el lugar como si la luz hubiera sido desterrada y un escalofrío le recorrió la espalda.

49

—Agulló… —llamó de nuevo Rojo en el interior de la vivienda.

No hubo respuesta.

Entró con cautela, cerrando la puerta tras de sí.

Era extraño estar allí de nuevo y sin ella. Todo estaba en orden, pero de una manera que le resultaba incorrecta, casi como si el orden se hubiera quedado congelado en el tiempo.

Caminó por la sala, observando cada rincón, cada mueble. Todo estaba en su lugar, pero eso no le proporcionaba ninguna seguridad. Dado que iba desarmado, se dirigió a la cocina y buscó un cuchillo en el cajón de los cubiertos. El apartamento tenía un aire desolado, como si hubiera sido abandonado deprisa, como si su compañera se hubiera evaporado.

—Maldita sea, ¿qué diablos ha pasado aquí? —se preguntó. No debía estar allí, pero la ausencia de la inspectora lo mantenía pegado al suelo. Se movió por los dormitorios, sin éxito, sin dar con un señuelo que le informara de lo que sucedía. Agulló había recogido el desorden de la noche anterior. No quedaba basura ni restos de presencia humana. Estaba demasiado ordenado para ser una vivienda habitada. Incluso la gente organizada tenía su propio caos, como modo de ponerse a prueba. Él lo sabía.

Se acercó a la mesa del salón, donde solían estar los papeles y documentos de Agulló, pero no encontró rastro de su trabajo ni de su vida personal.

Por último, pensó en dejarle una nota, pero desestimó la idea. Eso podría terminar con su confianza.

Cuando se inclinó para coger papel y boli y revisar un pequeño estante cerca del escritorio, advirtió algo fuera de lugar: una hoja de papel doblada cuidadosamente en la esquina de una

carpeta de archivos. La sacó y la abrió, encontrando una nota breve, escrita con la letra de Agulló.

—Alquiler de coches, venta de tarjetas, misma sede a las afueras del aeropuerto —leyó en voz alta.

La frase no tenía sentido inmediato. Mientras la guardaba, algo más captó su atención: una tarjeta de visita que había visto antes, junto al cuenco que había en la mesa. La tomó en sus manos, observando el diminuto logotipo de COSTA BLANCA RENT-A-CAR escrito en la etiqueta. Su mente comenzó a trabajar, conectando los puntos de manera instintiva.

—Diablos… —lamentó hacia sus adentros.

Aquella tarjeta significaba que sabía algo sobre «El Inglés»… algo que no había tenido tiempo de compartir con él. Después, encontró un folleto arrugado en la papelera de la cocina. Lo sacó y lo alisó. Era otro panfleto de la misma empresa de alquiler de coches, similar al que había visto horas antes en el apartamento de Belmonte. Pero este tenía algo distinto: una dirección escrita a mano y subrayada en la parte inferior. No era la dirección del aeropuerto, sino de un lugar cercano, junto a un vasto aparcamiento.

Rojo se quedó observando el papel brillante. El ruido de aviones despegando y aterrizando resonaba en su memoria, igual que la voz de ese degenerado.

—Lo has averiguado… demasiado tarde.

Ella había encontrado el paradero del secuestrador y, probablemente, también el de Emily Green.

Salió de la vivienda, con una sensación de desasosiego por miedo a no encontrarla con vida. Debía actuar rápido, armarse, prepararse para el peor de los escenarios, y ahora tenía muy claro cuál era el siguiente paso.

Cuando bajó las escaleras y salió a la calle, la noche lo envolvió y la sensación de estar cada vez más solo, de ser el último cazador, se hizo más fuerte. Rojo estaba fuera del caso, pero no de la lucha.

Arrancó el motor y salió del aparcamiento. La vibración familiar del Ford Focus le dio una extraña sensación de consuelo. Mientras conducía en la noche, el rostro de Agulló, los cuerpos desnudos bajo las sábanas, las palabras que no le había dicho, su mirada inconsciente bajo el polvo de la explosión, las pistas que había dejado… todo se entremezclaba en su mente.

—¡Contrólate, collons! —se reprochó—. Te estás reblandeciendo…

Debía calmarse y pensar con la mente fría, como estaba acostumbrado a hacer. El enemigo requería que estuviera a la altura. Sin embargo, en esta ocasión, el caso se había vuelto más

personal de lo habitual.

Y esa era la única regla que se había prometido no volver a quebrar.

—Voy a por ti, inspectora. Esta vez, no pienso dejarte sola.

50

La noche había caído sobre la ciudad cuando Rojo aparcó el coche frente a su edificio. El agotamiento lo aplastaba como un peso muerto, pero su mente seguía funcionando a pesar de todo. Al salir del Focus, advirtió una figura esperándolo en la penumbra, apoyada contra la puerta del edificio. La luz de la farola cercana reveló el rostro cansado de Costa, con la mano derecha vendada.

—¿Te has perdido, Costa? —preguntó Rojo, con un tono que oscilaba entre la sorpresa y el recelo—. ¿No te daban mañana el alta?

—Así es. Pero he salido.

—¿Cómo has encontrado mi dirección?

Costa se encogió de hombros, con una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—No olvides que también soy policía, Rojo. No es tan difícil cuando sabes dónde buscar.

El inspector lo miró con desconfianza. A esas alturas, su instinto le gritaba que no confiara en nadie. Pero, al mismo tiempo, sabía que estaba en una encrucijada y no podía permitirse rechazar ayuda.

—Si has venido a dar por saco, estás perdiendo el tiempo. No tengo ganas de sermones.

Costa negó con la cabeza y le pareció que iba en serio.

—No estoy aquí para sermonear, inspector. Estoy de tu lado. Siempre lo he estado.

Rojo lo miró de arriba abajo, evaluando la situación, sopesando sus opciones.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó, con una chispa de duda en su voz—. ¿Estás seguro de lo que dices?

Costa asintió sin dudar.

—Sí, totalmente seguro. Estoy contigo.

Rojo bajó la vista hacia la mano vendada de Costa y frunció el ceño.

—¿Sabes disparar con eso? —preguntó, con una mezcla de sarcasmo y preocupación.

El otro asintió de nuevo, esta vez con una mirada seria.

—Sí. Por suerte, me han destrozado la otra.

Rojo soltó un suspiro de alivio.

—Está bien. Sube.

***

La siguiente media hora transcurrió en silencio, con el Ford Focus de Rojo avanzando por la carretera que salía de Alicante, la N-332, rumbo a Urbanova. La oscuridad de la noche los envolvía y los faros del coche apenas iluminaban los campos despoblados que se extendían a ambos lados de la carretera. El cielo estaba cubierto, sin una estrella visible, y la luna se ocultaba tras las nubes densas.

A medida que se acercaban al aeropuerto de El Altet, Rojo pudo ver las luces distantes de los aviones que despegaban y aterrizaban. La oscuridad, salpicada por esos destellos fugaces, le recordaba lo frágil que era la línea entre la vida y la muerte.

—Agulló dejó pistas… sutiles, pero suficientes —le contó Rojo, rompiendo el silencio que se había instalado en el coche—. Está claro que descubrió la ratonera de ese cabronazo, pero no tuvo tiempo de decírmelo. Él la tiene ahora, Costa. Y también tiene a Emily Green.

El subordinado lo miró, concentrado en sus palabras.

—Estás seguro de que es él, ¿verdad?

—A estas alturas, ¿crees que me ando con malditas conjeturas?

—No, claro que no…

El inspector guardó silencio. Tenía los ojos puestos en la carretera y los nervios tensos como el acero.

—No hay duda de que es él. Todas las piezas encajan. El lugar, las pistas, todo. Ese bastardo se cree más listo que nosotros y se ha atrevido a jugar, pero se le ha acabado la partida.

Condujeron un rato más en silencio, dejando atrás el aeropuerto y adentrándose en una zona más aislada, donde el asfalto daba paso a un camino más estrecho y oscuro. El garaje al que se dirigían estaba escondido entre los límites de la civilización y el vacío.

Al llegar, Rojo se detuvo frente a la puerta de metal oxidado. Aquel lugar había sido testigo de cosas que prefería olvidar, pero que ahora, más que nunca, necesitaba recordar. La cochera había sido su refugio, su arsenal, su secreto mejor guardado. Un secreto que algún día tendría que destruir.

—¿Qué se supone que hacemos aquí?

—Este lugar… —empezó a decir, mientras bajaba del coche—. He venido aquí muchas veces, Costa. A veces solo para pensar, otras para preparar lo que tenía que hacer…

Rojo se acercó al candado y lo quitó con un movimiento decidido. Luego, agarró la persiana de metal y la levantó; el ruido chirriante resonó en la noche. El interior del garaje estaba oscuro y frío, y aún olía a desinfectante y lejía, pero para Rojo era un olor familiar. Por allí habían pasado otros oficiales como Robles, Ramos o el traidor de Pérez. Costa, por su parte, desconcertado por la visita, se limitaba a husmear mientras esperaba una explicación.

—Si no me equivoco, «El Inglés» está escondido en un almacén, cerca de aquí, más allá del aeropuerto. Es un lugar perfecto para él. Nadie sospecharía de un sitio tan apartado, con el ruido constante de los aviones cubriendo cualquier sonido sospechoso. —Rojo encendió una linterna y comenzó a iluminar el interior del garaje. Buscó el interruptor de luz de la pared y la bombilla del techo iluminó el interior—. Vamos a entrar sigilosamente. No quiero que él sepa que estamos ahí hasta que lo tengamos por las pelotas.

El otro lo observó con atención, asintiendo mientras absorbía la información.

—¿Y qué hacemos cuando lo encontremos? —preguntó, con un tono que intentaba ocultar su preocupación—. Entiendo que lo queremos vivo, ¿verdad?

Rojo se detuvo un momento, vacilante, mirando a Costa directamente a los ojos.

—Por supuesto… Primero, liberaremos a Green y a la inspectora. Dada la hora que es, dudo que las haya sacado de ahí. De lo contrario, ya habríamos encontrado a la británica.

—¿Y si él también está?

—Lo sacaremos a hostias de su guarida y le haremos hablar. Así de simple…

—Tal vez no colabore.

—Si no lo hace... plomo.

Costa tragó saliva, asintiendo lentamente.

—Marcus Willoughby.

—¿Cómo dices? —le preguntó Rojo.

—Sí. Es el nombre que ha usado para moverse por Europa todos estos años. Me cuesta creer que alguien le diera un pasaporte falso a un psicópata con entrenamiento militar. He hecho algunas llamadas que podrían ser de ayuda.

—Entiendo... Poderoso caballero, don Dinero… —dijo y sonrió, aceptando la muestra de lealtad del compañero, que no pasó desapercibida—. Bien, es hora de prepararnos. —Avanzó

hacia una esquina del garaje donde un viejo estante cubierto por una lona escondía algo más que herramientas.

Costa siguió sus pasos hasta que se detuvo tras él. El inspector tiró de unas cadenas, levantando una losa de cemento que reveló un hueco subterráneo. Dentro había un saco de tela y varias cajas de munición.

Sacó la enorme bolsa, la abrió y extrajo dos pistolas STAR de 9 mm. Eran armas robustas, con un diseño simple, pero efectivo, el tipo de pistola que no te dejaba tirado en una situación crítica, siempre y cuando supieras cómo manejarla. La STAR tenía una capacidad de ocho rondas y su estructura de acero y empuñadura ergonómica aseguraban un disparo preciso y mortal. El necesario para atravesarle el pecho a ese cretino.

—Toma, Costa —le dijo y le entregó una de las pistolas—. ¿Has visto alguna como esa antes?

—Esto… ¿Es legal?

—Es una reliquia, una STAR de 9 mm. No es lo más moderno, pero es fiable.

—Un poco pesada.

—No más que una Glock, pero tiene un buen retroceso y una precisión decente. Limítate a sujetarla con fuerza y a apuntar con tensión antes de disparar.

Costa tomó la pistola con un gesto de sorpresa, admirando el arma mientras Rojo le entregaba una caja de munición.

—Se supone que llevan años fuera de circulación.

—Tú lo has dicho, pero se supone mal —dijo en un tono bromista que el otro no entendió—. No la mires así, que no muerde. Cárgala y siéntete seguro… Lleva tiempo ahí dentro, pero dudo que te traicione.

El subinspector asintió, nervioso, pero decidido. Mientras los dos cargaban las armas, Rojo lo observaba de reojo, evaluando su disposición para lo que estaba por venir.

—Mira, Costa —le dijo, al notar el silencio que el otro mantenía—. Si quieres echarte atrás, este es el momento. No me importa ir solo, aunque sea lo último que haga en libertad. Mi carrera está acabada y es probable que no me libre de Asuntos Internos esta vez.

—Tampoco pareces muy preocupado.

—La vida es así… y ha sido bastante justa en mi caso, pero no siempre vas a ganar, por mucho que te lo propongas. En ocasiones, la fastidias de tal manera que no hay solución. Por eso, ahora mismo, lo único que tengo en mente es vaciar el cargador en ese psicópata y salvar a esas mujeres. Terminar lo que hemos empezado y dejar que el resto sea historia…

El compañero lo miró, tragando saliva con dificultad antes de responder.

—Por muy poético que te pongas, no te voy a dar la espalda, Rojo. Si tú pierdes, perdemos todos.

—Pero yo ya he perdido, Costa. Eso es lo que quiero que entiendas.

El otro rellenó el cargador de munición, lo colocó por la culata y cargó la primera bala.

—Me fío de ti —dijo al sentir el chasquido.

—Están limpias, descuida.

—En ese caso, no puedo mirar hacia otro lado. Si abandono, me lo recordaré el resto de mis días.

—Bien. —Le entregó una segunda caja de munición y se dirigió a la parte trasera del garaje, donde había un mapa desplegado en la pared—. Escucha, si sale bien, habremos hecho lo que queríamos y habrá sucedido lo que queráis que suceda... Pero si sale mal… —Rojo lo miró con seriedad—. Si sale mal, estamos jodidos. No habrá vuelta atrás.

Costa asintió, entendiendo perfectamente lo que estaba en juego.

—Dime algo que no sepa.

Rojo sintió una extraña mezcla de orgullo y temor al ver la determinación en los ojos de Costa. Lo había contemplado antes en otros hombres de valor, como los que habían pasado por allí.

Era inevitable temer a lo desconocido, no solo por el perjuicio vital, sino por lo que podía acarrear para sus futuros. Sin embargo, una vez que se cruzaba la línea, no había retorno; la mente humana se transformaba de tal manera que algunos habrían deseado viajar en el tiempo hasta ese momento, para dar un paso atrás.

Para bien o para mal, llegaban al final de esa historia. El tiempo de las palabras había terminado y lo que estaban a punto de hacer no tenía ninguna clase de garantías.

51

El Ford Focus avanzaba lentamente por la carretera, sus faros cortaban la oscuridad de la noche mientras Rojo y Costa se acercaban al aparcamiento en las afueras del aeropuerto. El lugar tenía un aire desolado, como si la vida lo hubiera abandonado hacía tiempo, dejando solo sombras y recuerdos olvidados.

Siguieron las indicaciones del navegador hasta que, frente a ellos, la oficina de alquiler de coches se alzaba como un espectro en la penumbra. Las luces estaban apagadas, las persianas metálicas cerradas a cal y canto y un cartel oxidado apenas se sostenía en su lugar. Era un espacio muerto, sin señales de actividad. Un cascarón vacío en medio de la vasta extensión de asfalto y polvo.

—Esto no me gusta nada —murmuró Costa, mientras Rojo apagaba el motor del coche.

—A mí tampoco.

Salieron del coche en silencio, con movimientos calculados. Rojo deslizó su STAR del cinturón, sintiendo el frío metal en su mano, un recordatorio de lo que había ido a hacer allí.

—Mantén los ojos abiertos, Costa.

El otro asintió con la cabeza, luego sacó la pistola y la ajustó en su mano. La noche era impenetrable; las sombras parecían cerrarse sobre ellos mientras avanzaban por el descampado y el silbido del aire intentaba confundirlos. Los coches, abandonados temporalmente por sus propietarios o esperando a que alguien los usara, estaban dispersos sin orden, algunos con las ruedas enterradas en la tierra, otros con las ventanas rotas, como si hubieran sido olvidados a mitad de un escape desesperado.

—¿Seguro que este es el lugar? —preguntó Costa. Sus ojos se movían rápidamente, intentando captar cualquier movimiento en la oscuridad.

—Es aquí, ¿necesitas más pruebas? —respondió Rojo, hasta que se fijó en el viejo almacén que se erguía al fondo del aparcamiento. La estructura parecía la de una fábrica abandonada, con paredes agrietadas y una puerta metálica que colgaba precariamente de una bisagra. Todo estaba en silencio, un silencio que no era natural, sino impuesto por algo o alguien.

Un cruce de miradas fue suficiente para sincronizarse.

Avanzaron con cautela. Las pisadas resonaban ligeramente sobre la grava mientras se acercaban a la entrada del almacén. Las ventanas estaban rotas y la oscuridad en su interior era total, como un agujero negro que devoraba cualquier rastro de luz.

—Voy a echar un vistazo a esa puerta lateral —expresó Rojo, señalando una puerta de servicio que parecía haber sido forzada en algún momento. La madera astillada y el marco doblado sugerían que alguien había entrado allí recientemente, y no con buenas intenciones—. Cúbreme.

Costa se mantenía a su lado, con la pistola lista para abrir fuego.

De repente, antes de que Rojo pudiera poner la mano en el pomo, un disparo rompió el silencio. El sonido seco y brutal resonó en el vasto descampado, haciéndolos agacharse por instinto.

—¡Al suelo! —gritó el inspector, rodando detrás de un coche cercano, mientras otros disparos comenzaban a llover sobre ellos. Las balas silbaban por el aire, impactando en el metal y el hormigón, enviando fragmentos volando en todas direcciones.

—¡La madre que lo parió!

El jaleo estalló. Rojo sintió un calor en la mejilla, un corte superficial provocado por un fragmento que había salido disparado de una pared cercana. No había tiempo para pensar, solo para reaccionar.

—¡¿De dónde vienen los tiros?! —exclamó Costa, mientras se arrastraba junto a Rojo detrás del coche—. ¿Crees que hay más de uno?

Rojo observó cada sombra y dedujo que el enemigo estaba oculto. Aunque sus disparos eran precisos, confiaba en que solo fuera uno.

—No, solo ese británico. Conoce el lugar, debe estar escondido entre esos coches —respondió, mientras escudriñaba el descampado—. ¡Nos tiene acorralados!

Otro disparo retumbó y la tierra saltó cerca de ellos, esparciendo polvo en el aire. Rojo apretó los dientes y el sudor le resbalaba por la frente mientras aguantaba la presión.

—¡Cúbreme, ahora! —ordenó, y sin esperar respuesta, se lanzó hacia un grupo de coches más adelante, disparando a ciegas hacia las sombras.

Costa abrió fuego hacia donde había escuchado el disparo, intentando mantener al atacante a raya. El sonido de los balazos retumbaba en el descampado, como un tambor de guerra. Pero algo más los perturbó: un grito desgarrador de mujer los heló en seco.

—¡Rojo! —gritó el compañero—. ¡Las tiene ahí dentro!

El bramido de auxilio se repitió, más fuerte, más desesperado, como si las mujeres estuvieran atrapadas entre el fuego cruzado, usándolas para confundirlos. La táctica funcionaba y, por un momento, el subinspector vaciló.

—¡Céntrate, Costa! —rugió el inspector, mientras se agachaba detrás de un coche más cercano al almacén—. ¡No me jodas ahora o serás carne picada! No podemos caer otra vez.

El subinspector asintió, sacudiendo la cabeza para despejarla mientras volvía a apuntar su pistola hacia las sombras.

Pero los disparos seguían cayendo sobre ellos, como una lluvia de plomo. Pese a todo, Rojo no se detenía. Los disparos parecían ser disuasorios, más que certeros. Con pasos rápidos y silenciosos, se acercó a la puerta lateral del almacén. Paso a paso, avanzaba de nuevo. Justo cuando alcanzó la puerta, un tiro se escuchó más fuerte que los anteriores, golpeando cerca de su pie. Se lanzó al suelo y rodó hasta quedar cubierto por la sombra de un camión viejo. El dolor de la herida que llevaba en el hombro se había convertido en una mancha de sangre húmeda bajo su ropa.

—¡Costa, a la izquierda! —le gritó, señalando un ángulo donde creyó ver un destello de movimiento.

—¡Estás sangrando!

—¡Céntrate, por Dios!

Costa se giró y disparó varias veces. El ruido fue ensordecedor en la quietud de la noche hasta que, por un breve instante, el fuego enemigo cesó.

—¡Venga, avanza! —le ordenó Rojo, y el compañero se levantó y corrió hacia el almacén, disparando mientras recortaba la distancia. Rojo salió de su escondite, cubriéndolo mientras ambos se acercaban al edificio. El intercambio era feroz; el aire estaba cargado de pólvora y adrenalina. Se iban acercando al objetivo, pero el grito de la mujer resonó una vez más, aunque esta vez era diferente. Más cercano, más intenso, como un lamento afligido.

—¡Vamos, vamos! —bramó Rojo, forzando la puerta con una patada, y ambos se lanzaron al interior del almacén.

A medida que avanzaban, el fuego enemigo se silenciaba. Por fin, una buena noticia, pensó el inspector, al sospechar que «El Inglés» se estaba quedando sin balas. Pero sabía que la verdadera

batalla no terminaría hasta que lo tuvieran delante, bajo la suela de su bota. Costa miró al compañero, que estaba sangrando por el hombro, y notó cómo el miedo y la adrenalina se apoderaban de su cuerpo.

—No te acojones ahora, Costa. Ya casi lo tenemos —murmuró el inspector, apretando la pistola con fuerza y decidido como un león a punto de devorar a su presa.

52

Rojo y Costa se movían con rapidez en el vasto y oscuro espacio vacío.

—¡Por allí! —gritó Costa, señalando hacia un pasillo estrecho al fondo, donde una puerta se cerraba de golpe con un estruendo metálico.

Rojo se lanzó hacia la puerta y la empujó con una fuerte patada que lo llevó a otro pasillo, más oscuro y angosto.

La cabeza le dolía como si tuviera clavado un punzón y el hombro le ardía con violencia, pero seguía el rastro de Willoughby, dedicando cada aliento en ello. Cada esquina que doblaba, cada puerta que atravesaba lo adentraba más en un terreno desconocido. No había margen para errores en su mente. Podía sentirlo, podía oler que el objetivo estaba cerca, pero también el peligro de una emboscada.

De repente, otro grito femenino rompió el silencio, un sonido tan agudo que detuvo en seco al inspector. Su corazón latió con la fuerza de un martillo cuando reconoció la voz. Era la de Agulló. El grito procedía de más adelante. Sin pensarlo dos veces, se lanzó hacia el origen de este, con la mente enfocada en una sola cosa: salvarla.

Tras avanzar varios metros, llegó a una gran sala, apenas iluminada por un tubo de luz blanca que parpadeaba en el centro. El contraste entre la luz tenue y la oscuridad circundante hacía que la escena pareciera sacada de una pesadilla. Y allí estaba él: Marcus Willoughby. Una figura alta, delgada y amenazante, se recortaba contra la luz, como un espectro viviente, dejando a la vista la mitad de su rostro, arrugado y quemado por las torturas de la guerra, con una cicatriz pronunciada que recorría todo su pómulo derecho. Por desgracia para el inspector, Agulló estaba en sus garras. Ahora, ese desgraciado, con una mano, la agarraba del pelo y con la otra le apuntaba con una Glock directamente a la sien.

—¡Detente, hijo de puta! —gritó Willoughby, con un rugido tan grave como un trueno. La amenaza era clara, el tono no admitía dudas—. Tira el arma o te juro que la mato, aquí mismo.

Rojo se detuvo, sin obedecer y sopesando la situación con frialdad. Miró a su compañera a los ojos, que parecía tener casi tanto miedo como el subinspector. Rojo era consciente que cualquier intento desesperado terminaría con los sesos de la inspectora desparramados por el suelo. En ese instante, Costa se ocultó detrás de él, jadeando por el esfuerzo de la persecución, pero mantuvo su arma firme.

—Deja que se vaya, Willoughby —le dijo el inspector—. Esto es entre tú y yo. No tienes que involucrarla.

La sonrisa del mercenario se torció en un gesto de crueldad. El desprecio destellaba en sus ojos.

—¿Crees que puedes negociar conmigo, inspector? —respondió, cargado de burla y desafío—. Estoy tan cansado de vosotros, de vuestros trucos, policías de mierda… Creéis que tenéis el control de todo, pero os he demostrado que no es así. De hecho, sois incapaces de controlar nada.

Rojo levantó la pistola, pero lo hizo despacio, dejando que Willoughby viera cada movimiento.

—Escucha, voy a soltarla… —le advirtió, levantando las manos—. Pero si le haces daño, te aseguro que no sales vivo de aquí.

—¡No, Rojo! —exclamó ella—. ¡No lo hagas!

—¡Cállate, zorra! —gritó el británico y le tiró del pelo. La inspectora cerró los ojos con fuerza y soltó un gemido de dolor. Después, los ojos de Willoughby se entrecerraron, evaluando la amenaza. La única certeza era que cualquiera de los dos podía morir en un pestañeo.

—Tira el arma al suelo, despacio.

Rojo siguió las instrucciones, dejando que la pistola cayera sobre la superficie, con un golpe seco que resonó en la sala. El verdugo lo observaba confiado y con atención, pero no aflojó su agarre, ni bajó la guardia.

—Ahora retrocede.

Este obedeció, retrocediendo un paso a la vez, mientras Costa, con la pistola lista, esperaba cualquier oportunidad, cualquier fallo en la estrategia del objetivo.

«Tan solo espero que no falles, Costa», se dijo el inspector para sus adentros.

Cuando se había alejado lo suficiente, Willoughby comenzó a moverse hacia la salida, arrastrando a Agulló consigo, como un trofeo que no estaba dispuesto a soltar.

Sin previo aviso, el asesino tiró con fuerza del cabello de Agulló, haciéndola gritar de dolor y presionó el cañón de la pistola contra su sien, tan fuerte que la piel se hundió bajo el metal.

Luego la utilizó como escudo, de tal modo que Costa tendría que pasar por ella, para llegar a su cuerpo.

«Mierda…», murmuró el inspector, apretando los dientes.

—No lo intentes, Rojo —advirtió Willoughby—. Ni me tomes por idiota… Porque, si das un paso más, te juro que la vuelo en pedazos. Y después vas tú.

El eco de la amenaza flotó en el aire. Rojo sabía que tenía que actuar. Costa mantenía su pistola alzada, apuntando al objetivo. En silencio, sus pensamientos se cruzaron por un breve instante. Ambos entendían que no tenían otra opción. Tarde o temprano, uno de los dos tiraría del gatillo.

53

El silencio era mortal, roto solo por el sonido del metal al rozar el suelo cuando Rojo pateó su pistola, acercándola lo suficiente para que Willoughby la viera, pero lo bastante lejos como para que no pudiera alcanzarla sin bajar la guardia. El almacén estaba envuelto en una penumbra opresiva, una oscuridad alternada solo por la luz parpadeante de un tubo colgante que lanzaba sombras irregulares por todo el espacio. Willoughby, con Agulló aún atrapada en su brazo, había retrocedido hasta una parte más oscura del almacén, un pasillo estrecho, flanqueado por viejas paredes de ladrillo cubiertas de moho y telarañas. El aire estaba lleno de polvo y humedad. La penumbra hacía que los rasgos del mercenario parecieran aún más siniestros.

Rojo se mantenía a unos metros de distancia, con los ojos fijos en su enemigo. No estaba dispuesto a darle ninguna ventaja. Tenía que mantenerlo hablando, distraído, hasta que Costa pudiera obtener una línea de tiro clara.

—Marcus Willoughby... —Rojo pronunció el nombre con un tono de desprecio, pero sus ojos estaban clavados en el hombre, midiendo cada reacción—. Te han llamado «El Inglés», el asesino invisible... Pero yo creo que eres algo peor.

Willoughby soltó una risa áspera, acompañada de una tos seca que sonaba a bronquitis, mientras apretaba con más fuerza el cabello de Agulló. Luego, sonrió y mostró los dientes amarillentos bajo la luz temblorosa.

—«El Inglés»... Marcus Willoughby... son solo nombres. —Su voz era rasposa y débil—. Han dicho muchas cosas sobre mí, pero… ¿realmente me definen, Rojo?

Rojo no se movió, ni siquiera parpadeó. Dejó que el silencio se alargara un momento, estudiando la tensión en los músculos del interlocutor y la forma en que mantenía la pistola apuntada a la sien de Agulló.

—Un psicópata. Un asesino. Un violador. —Las palabras de Rojo eran frías, afirmaciones llenas de una certeza inquebrantable—. Así es como te defino yo… No eres más que un monstruo, Willoughby, o como sea que te llames... Un monstruo que ha pasado demasiado tiempo escondido, alimentándose de los débiles, para contentar a los que te pagaban.

Los ojos del británico se estrecharon y su mandíbula se tensó al oír la palabra «violador». Rojo vio la chispa de ira que estalló en su interior y supo que había dado en el clavo.

—Tú no sabes nada de mí, inspector —le espetó, con veneno en la voz—. No soy un peón, no soy una herramienta. Yo hago lo que otros no tienen el estómago para hacer.

Rojo dejó que una sonrisa burlona cruzara su rostro.

—Es cierto —respondió, con una paz fingida—. No eres un peón. Eres algo inferior. Eres un parásito. Por eso has reclutado a otros parásitos como tú, como Meroño y Serna, porque sabías que eran igual de sucios, que estaban igual de podridos por dentro, ¿verdad?

—Cierra el pico.

—Piensa el ladrón…

—¡Cállate! —exclamó, ejerciendo más presión con el cañón sobre la sien de Agulló—. Los recluté porque eran fáciles de moldear, porque harían cualquier cosa por un poco de dinero, por un poco de reconocimiento personal… En el fondo, todos queremos sentirnos útiles, para unos o para otros… ¿Quién define el lado correcto, inspector?

—Y te cargaste a Belmonte —continuó Rojo—. Lo asesinaste porque no podías controlar su conciencia, ¿verdad? Un militar con una moral de la que no podía desprenderse. A diferencia de ti, él vivía atormentado por el pasado… Eso te disgustaba, ¿no?

—Belmonte era un débil… y no puedes confiar en las mentes frágiles, si no quieres que te traicionen.

—No podías soportar que, en el fondo, era mejor persona que tú. Aún podía salvarse.

La furia en los ojos de Willoughby se intensificó y sus manos temblaron ligeramente, pero se recuperó rápidamente, apretando aún más fuerte el cañón de la pistola contra la cabeza de Agulló.

—Belmonte era un lastre. Un hombre atrapado en su propio remordimiento, que no tenía el valor para ejecutar lo que debía hacerse. Se creía mejor, más puro, pero no lo era. Ninguno de ellos lo era. Por eso tuve que acabar con él. El mundo es un lugar hostil y salvaje, donde no hay lugar para los que dudan. Pero eso lo sabes tú muy bien, inspector.

En un atisbo, Rojo vio la oportunidad.

—¿Y qué hay de ti, Willoughby? —preguntó, manteniendo la voz baja, casi amistosa—. ¿Qué te hace mejor que ellos? Porque todo lo que veo es un hombre que ha estado huyendo, un hombre que ha sido rechazado por su propio país, que ha vivido escondido porque no tiene ni tendrá un sitio en el mundo. ¿Sabes? Creo que eso es lo que más te jode.

—Yo soy la sombra que se cierne sobre todos vosotros. He sobrevivido a lo que pocos podrían soportar… Cuando me descartaron, pensé que era el final, pero en lugar de eso, me fortalecí. El tiempo que pasé en la oscuridad me hizo invencible, imposible de rastrear. Y ahora… soy el cazador. Y tú, Rojo, eres solo otra presa de un plan mucho más ambicioso…

—¿Así que tienes un plan? Cojonudo... ¿Matar a una inspectora, secuestrar a una turista? No puedes ir muy lejos.

Willoughby dio un paso hacia delante, arrastrando a Agulló con él; sus ojos eran dos pozos negros que destilaban odio.

—No entiendes nada, idiota. Esto no es por venganza, es por justicia. Justicia por los años que pasé oculto, mientras esos políticos de mierda que tanto estimáis se llenaban los bolsillos. Me usaron y, cuando ya no me necesitaban, me descartaron como basura. —Su voz se volvió más grave, cargada de resentimiento—. No me dejaron volver a mi país, me convirtieron en un paria y me obligaron a reinventarme. Pero ese tiempo me hizo más fuerte. Me volví imposible de rastrear, imposible de detener.

—Sinceramente, no me das ninguna pena.

—Ya no necesito esconderme, Rojo. Ya estoy muerto. Este es mi mundo, no el tuyo. Y aquí, yo soy el que decide.

Rojo sabía que el tiempo se agotaba. Willoughby lo estaba llevando a una trampa, hacia la pared, donde no tendría espacio para moverse, donde no podría defenderse. Costa, detrás de él, apenas respiraba, esperando la mínima oportunidad para actuar.

—Dime una cosa, ¿por qué ella? —preguntó, desafiante—. ¿Tanto te molestó su padre?

El secuestrador miró a la inspectora, que apenas oponía resistencia.

—Él intentó pararme los pies… Fue el único que se acercó demasiado. Y ahora, la vida de su hija está en mis manos. Pobrecita… ¿verdad, inspectora? Pagarás el precio de la osadía de papá. Así es como funciona la justicia en mi mundo.

Willoughby estaba emocionalmente afectado y comenzaba a dejarse llevar por la ira, por la necesidad de justificarse. Eso lo hacía impredecible.

—Tal vez sea tu mundo, Willoughby. Pero aquí todavía tengo algo que decir.

—Me parece que ya has dicho demasiado, inspector. Me he cansado de escucharte —gruñó, tirando de Agulló con más fuerza y empujándola contra la pared sucia del almacén.

Cuando se quiso dar cuenta, Rojo tropezó con el muro que tenía a su espalda. Había llegado al final del trayecto.

—Por eso mismo te he arrastrado contra esa pared—continuó el asesino—. Voy a ver cómo se borra esa jodida sonrisa de tu cara mientras te desangras en el suelo y mueres lentamente... Y entonces, cuando estés a punto de palmarla, terminaré con ella, como debí hacer desde el principio.

El momento había llegado. Rojo sabía que Costa tenía que disparar.

—¿Te has quedado sin lengua, inspector? ¿Unas últimas palabras de despedida?

Rojo esbozó una sonrisa fría.

—No, Willoughby... voy a dejar que te mates tú solo.

—¿Qué?

En ese instante, Costa disparó.

El sonido fue un estallido seco, como el chasquido de una trampa que se cierra. La bala impactó en el hombro del inglés y lo obligó a soltar a Agulló. La inspectora cayó al suelo con un jadeo.

De pronto, la confusión reinó durante unos segundos. El arma de Willoughby se desprendió de su mano, golpeando el suelo con un estruendo. Antes de que reaccionara, la inspectora se levantó y, con una rapidez que sorprendió a todos, empuñó la pistola y apuntó directamente al pecho del agresor.

El inglés, herido y enfurecido, agarró y zarandeó el cuerpo de Rojo para usarlo como amparo. Pero, Rojo se echó a un lado con un movimiento forzoso.

—¡Basta, Willoughby! —bramó Agulló.

—¡Dispara! —gritó Rojo, mientras intentaba quitárselo de encima por completo.

—¡No puedo!

—¡Da igual! ¡Hazlo!

Los dos hombres se movían sobre el suelo en un cuerpo a cuerpo que impedía un tiro certero.

El tiempo pareció detenerse por un momento. Willoughby, malherido y sin salida, lanzó una última mirada desesperada a Rojo y sus manos se abalanzaron sobre su cuello para ahogarlo. De repente, Rojo sintió una fuerza demoledora que se apoderaba de su garganta y le impedía respirar. Durante unos segundos, intentó defenderse, pero la cara cortada del agresor se hacía más y más grande ante sus ojos, y él sentía cómo su ímpetu se desvanecía.

—Dis... pa...ra...

El disparo resonó en el almacén. Segundos después, las manos se quedaron fijas sobre su cuello, pero la presión disminuyó. Rojo se echó a un lado y comenzó a toser, como si hubiera salido de una caja. Willoughby se desplomó como un saco de harina y su cuerpo golpeó el suelo con un porrazo sordo, luego se quedó inmóvil.

El silencio que siguió fue absoluto. Durante unos segundos más, el desconcierto reinó en aquel rincón oscuro. Agulló mantuvo la pistola apuntada a la espalda del asesino, asegurándose de que no se moviera, pero Willoughby no se iba a mover jamás.

—¡Joder! Maldito hijo de perra... —dijo Rojo, recuperando la respiración, con el cuello colorado—. Buen disparo, inspectora...

Lentamente, ella bajó el arma, notando cómo sus manos temblaban ligeramente por la adrenalina.

54

El almacén se sumergió en un silencio cargado de tensión mientras Willoughby yacía muerto en el suelo y su sombra se extinguía lentamente. Agulló todavía sostenía la pistola, respirando de manera agitada, pero sin flaquear. Había superado sus propios temores. Cuando todo terminó, Rojo rompió la tensión y la rodeó con sus brazos. Un gesto que hablaba más de alivio y de liberación que de cualquier otra cosa.

—Lo lograste —murmuró, dejándose llevar—. Estás viva.

Antes de que pudieran decir más, Costa interrumpió el abrazo con su presencia.

—Inspectora.

El inspector se separó y miró al compañero.

—Costa.

—Buena puntería, subinspector. Debo reconocer que no apostaba mucho por ti…

Costa se rio y, por un momento, la seriedad se convirtió en camaradería.

—¿Dónde está Emily Green? —preguntó, enfocado en lo urgente.

Agulló se apartó de Rojo y, aunque sus ojos aún mostraban el estupor de la situación, su voz se mantuvo clara.

—Por suerte, está viva, apartada en una cámara que hay al final del pasillo, pero necesita un médico urgentemente —respondió con seriedad—. Willoughby la ha tenido en condiciones deplorables.

—¿Has podido hablar con ella?

—Sí. Sobrevivirá.

—¿Abusó de ella?

—No… no lo sé…

Rojo evaluó la gravedad de lo que Agulló decía.

—Dime una cosa, ¿cómo te ha secuestrado? —preguntó, queriendo atar todos los cabos sueltos —. Se supone que…

Ella respiró hondo antes de continuar.

—Este cerdo me estaba esperando en el portal de mi casa. Me había vigilado todo el tiempo, sin que nos diéramos cuenta. Así que tocó el timbre y se presentó allí, sin que pudiera avisarte… Pero él no contaba con lo que habías averiguado.

—Pero, esta misma noche, me he presentado en tu casa…

Ella negó con la cabeza, como si el gesto hubiese llegado tarde.

—Ha sido por la tarde, después de la explosión… Estaba en casa, siguiendo la pista que habías encontrado en el apartamento de Belmonte, cuando, de repente… sonó el timbre.

—Así, sin más.

—Cuando me he dado cuenta, me apuntaba al estómago con una pistola y estaba dentro del piso. Me lo ha contado todo: sus planes, lo que tenía pensado para mí, lo que había hecho mi padre y todo el rencor que guardaba dentro… En el fondo, era todo un sentimental… Luego, al acabar la función, me ha obligado a ingerir un vaso de agua… No recuerdo mucho más, así que sospecho que me dio escopolamina o algo similar. La cabeza todavía me arde.

—Burundanga —comentó Costa.

—Después me ha metido en su coche y me ha traído aquí. —Su voz se mantuvo firme, pero había un temblor apenas perceptible—. El resto, ya lo conocéis.

—¿Te ha tocado?

—No. Estaba desesperado, Rojo. Después de que cazáramos a Meroño y a Serna, su plan se desmoronó. Quería utilizar a Emily Green como moneda de cambio, pedir un rescate, asegurarse una salida del país. Puede que eso fuera lo que había planeado todos estos años. Cambiar de identidad, por última vez, para ser libre.

Rojo entrecerró los ojos, procesando la información mientras miraba a Agulló con una mezcla de respeto y preocupación.

—Has tenido suerte de estar viva. No esperaba un final feliz para ella... ni para ti.

Agulló asintió, pero había más que necesitaba decir. Miró brevemente a Costa, vacilante, antes de continuar.

—Costa está con nosotros —murmuró Rojo.

—Me advirtió que solo había tirado de un hilo. Un hilo que lleva a un agujero mucho más profundo… —explicó ella—. Al parecer, hay una red que sigue operando bajo la superficie,

usando los mismos métodos, los mismos contactos. En el fondo, viven atrapados en una jaula invisible.

—Es probable que estuviera consumido por su propio delirio. He escuchado esa historia más veces…

—No lo sé, pero sus ojos me transmitían otra cosa. Ha hablado de agujeros legales, de hombres poderosos que lo usaron, que lo dejaron operar porque era útil, y cuando ya no lo fue, lo desecharon. El problema surge cuando no pueden deshacerse de ellos.

—Esos agujeros legales, los vacíos donde operan estos tipos, son creados por los mismos que se supone que deben protegernos.

Agulló apretó los labios.

—Entonces, ¿en qué nos convierte eso?

—No es momento para filosofar. Emily necesita ayuda ahora.

—Yo me encargaré de eso —dijo Costa—. Pediré refuerzos y una ambulancia.

Agulló se volvió hacia el inspector, con la mirada seria.

—Tienes que largarte, Rojo —dijo, extendiéndole la STAR que había perdido.

Rojo frunció el ceño, rechazando la idea.

—No me largaré hasta que alguien más aparezca por aquí.

Costa se acercó a Rojo, insistente, y le devolvió el arma que le había prestado.

—No te preocupes por eso, inspector... —le dijo, con una mirada cómplice, y rememoró sus palabras—. Habrá sucedido lo que queríamos que sucediera.

—Hazme caso, Rojo. Aún estás a tiempo —le dijo ella, haciendo presión con el arma sobre su estómago, para que se fuera.

El inspector los miró y entendió que era lo correcto, lo que él habría dicho si hubiese estado en la posición de sus compañeros.

—Escucha, Agulló. Respecto a lo de esta mañana… Siento lo que te he dicho. No es cierto.

—Es una orden, Rojo —insistió y sonrió levemente—. Ahora, lárgate.

—Sí, inspectora. —Tomó las dos pistolas y lanzó un último vistazo al sórdido almacén.

Sabía que este capítulo había llegado a su fin y, probablemente, también el de su carrera. Una sensación extraña de incertidumbre se apoderó de él. Esta vez no había retorno. Pero, a diferencia de muchos, no tenía ningún interés en retroceder en el tiempo para cambiar alguna decisión. Rojo solo sabía caminar hacia delante.

Con un gesto mecánico, sacó un cigarrillo y lo encendió. El humo llenó el aire, envolviéndolo en una niebla temporal que lo separaba del presente.

Les dio la espalda y caminó hacia la salida, sin decir nada más.

A pesar de todo, seguía siendo un hombre libre, hasta que la justicia dictara lo contrario. La noche era cerrada, impenetrable, a excepción de las luces de los aviones que surcaban el cielo.

Subió al Ford Focus, encendió el motor y después la radio. Las ruedas crujieron sobre el asfalto cuando tomó la carretera hacia Alicante, dejando aquel descampado en medio de la nada.

La vía se extendía frente a él en una línea recta que lo llevaba de regreso a la ciudad, a un futuro incierto. Por el camino, se cruzó con una ambulancia y varios coches de policía que acudían al rescate.

Suspiró, agotado, pero satisfecho. Había ganado esa batalla, aunque su guerra personal estaba lejos de terminar.

55

Era mediodía y Rojo estaba apoyado en la barra de un bullicioso bar cercano a la plaza de toros de Alicante. Una barba de varios días cubría su rostro, y la cicatriz en su hombro, cosida por segunda vez aquella mañana, palpitaba con un dolor sordo. Aun así, el escozor era soportable. No debería estar bebiendo, pero el tercio de cerveza en su mano era un pequeño consuelo mientras se llevaba a la boca un «blanco y negro», un combinado de morcilla y longaniza blanca envuelto en pan crujiente. Un almuerzo típico de la provincia.

El bar estaba medio lleno, con los clientes dispersos a las mesas y algunos en la barra. La televisión, colgada en una esquina, emitía las noticias nacionales, pero nadie le prestaba atención. Rojo levantó la vista, con un interés superficial, hasta que vio el rostro de Emily Green en la pantalla, acompañado por el del presidente del Gobierno. Un hombre mayor, sentado cerca, se inclinó hacia la camarera.

—Sube el volumen, mujer —le dijo, señalando con la cabeza hacia la televisión—. Dicen que han encontrado a esa chica inglesa.

La camarera asintió y subió el volumen. El sonido del noticiario llenó el bar, y los murmullos se desvanecieron cuando la voz de la presentadora comenzó a detallar la noticia:

—...gracias a la intervención de la policía española, Emily Green ha sido rescatada de sus secuestradores en una operación que ha durado 72 horas. La joven británica fue liberada, sana y salva tras una intensa búsqueda que culminó en el almacén de una empresa de alquiler de coches y tarjetas de prepago, en las afueras de Alicante.

Rojo mordió el bocadillo y masticó lentamente, mientras escuchaba con atención.

—Tres sujetos han sido abatidos en la operación, entre ellos el cerebro del secuestro, Marcus Willoughby, un criminal de guerra, de origen británico, con un extenso historial delictivo.

Willoughby, buscado durante más de veinte años, fue finalmente localizado y neutralizado por las fuerzas del orden. La brillante estrategia y coordinación de la inspectora Agulló, de la Brigada de Homicidios, junto a su equipo y bajo la supervisión del comisario Linares, permitió el rescate de la británica Emily Green en tiempo récord.

Los clientes del bar comenzaron a comentar el suceso, como si les tocara de cerca. Las voces se mezclaban en un murmullo de incredulidad y aprobación.

—Esa chica ha tenido suerte, ¿eh? —comentó uno de los parroquianos en la barra, sacudiendo la cabeza—. A saber lo que le habrán hecho esos animales. Dicen que ese tipejo hizo atrocidades en Sarajevo. Que se iba para matar y robar.

—Lo importante es que la policía ha hecho un buen trabajo, por una vez —agregó otro, un tipo con una gorra que tapaba su calvicie—. Ahora, eso sí, esa chica se va a acordar del susto por el resto de su vida.

—Y la inspectora también.

Rojo dio un vistazo a su alrededor. Su expresión era impasible ante los hechos, pero sus oídos estaban atentos a las palabras de la presentadora.

—Esta misma tarde, el presidente del Gobierno español se reunirá con el embajador británico para explicar cómo el Cuerpo se ha coordinado para encontrar a Emily Green. El éxito de la operación ha sido un ejemplo para las fuerzas de seguridad europeas y refuerza las relaciones exteriores con el Reino Unido.

El inspector alzó la vista hacia la pantalla, donde aparecía una imagen de la inspectora Agulló junto a Linares. La compañera no estaba acostumbrada a las cámaras y mostraba un rostro serio y concentrado en medio de la rueda de prensa. «Te acostumbrarás». Acto seguido, sacó el teléfono móvil del bolsillo y movió los dedos sobre el cristal de la pantalla mientras escribía un mensaje: «

Enhorabuena, has terminado lo que tu padre no consiguió. Estará orgulloso de ti. Ahora eres famosa».

Enviando el mensaje, Rojo reflexionó sobre todo lo que había ocurrido en los últimos días. Sabía que el problema no era solo Willoughby, sino el sistema que lo había alimentado, que lo había mantenido oculto durante tanto tiempo, como a un perro agresivo en un hospicio. Esos eran los verdaderos enemigos, los más peligrosos, los que operaban desde las alturas, los intocables.

«Y los más difíciles de derribar».

Un par de segundos después, el teléfono vibró con una respuesta. Le sorprendió que le contestara tan rápido. «

¿Una cerveza esta tarde?»

Se lo pensó antes de escribir de nuevo, sopesando la invitación. Sabía que Agulló intentaba reconciliarse, cerrar el círculo de lo que había ocurrido. Pero él tenía otros planes, que no incluían quedarse en Alicante por mucho tiempo. Necesitaba largarse, tomar unas largas vacaciones, dejar atrás el ruido y los problemas, al menos hasta que Ferrando cerrara el caso o el juez lo mandara a paseo por falta de pruebas, y Asuntos Internos acordara qué hacer con él, si no lo habían decidido ya.

Finalmente, escribió una respuesta corta y directa:

«Ok. Yo invito. A las 19 en el pub The Duke de Castaños».

Guardó el terminal en el bolsillo, dio un último sorbo a la cerveza y se terminó el bocadillo, mientras las noticias daban paso a otros temas de actualidad. Cuando terminó, pagó la cuenta, dejando un par de monedas sobre la barra, y salió del bar.

El sol de mediodía brillaba intensamente en la ciudad con más días de sol al año, pero ni la luz de la Costa Blanca alcanzaba a disipar la neblina que enturbiaba los pensamientos que, en esos momentos, perturbaban al inspector.

56

Rojo estaba en el dormitorio de su casa, llenando una bolsa de viaje. Metió dentro una de las STAR que había sacado del garaje, junto a varios fajos de dinero en efectivo, dos teléfonos básicos con tarjetas de prepago y un cuchillo de cazador. Lo tenía todo planeado: conduciría hasta León, se desharía del Focus y se dirigiría hacia Asturias. En Mieres tenía contactos que podrían ayudarlo a desaparecer del radar durante un tiempo. De allí, pasaría a Cantabria y se esfumaría como un zorro en el bosque al caer la noche.

Sabía que la suspensión del Cuerpo era inminente. Asuntos Internos se encargaría de escarbar en su pasado hasta encontrar algo que usar en su contra. «David contra Goliat», se dijo con un toque amargo de victoria. Estaba cansado de huir de sus errores. Con el presunto homicidio de Belmonte, aunque era inocente, la maquinaria estatal se pondría en marcha para aplastarlo. No tenía fuerzas para más entrevistas ni juicios; prefería reincidir y desaparecer antes que enfrentarse a un sistema que ya lo había condenado en silencio. «Por lo tanto, quid pro quo», pensó. Era consciente de que, mientras no diera problemas, lo dejarían en paz. En el mejor de los casos, lo cesarían o lo obligarían a retirarse, pero ese escenario prefería no contemplarlo.

Mientras ordenaba la casa con cuidado, asegurándose de no dejar ningún cabo suelto, pensó en el encuentro de la tarde con Agulló. No se le daban bien las despedidas, por eso no iba a acudir a ella. Era mejor así para él, aunque lamentara dejar tan mal recuerdo en la inspectora.

Estaba terminando de preparar el equipaje cuando el timbre de la puerta sonó. En ese momento, se detuvo en seco, extrañado. No esperaba visitas, nunca lo hacía, por lo que se activó su alarma interior. Se acercó a la ventana y echó un vistazo. Desde allí, vio a un muchacho vestido de rojo, sosteniendo una caja de pizza, lo que le hizo bajar la guardia.

—Collons, otra vez... —gruñó, caminando hacia el interfono con un gesto de irritación.

—¿Sí?

—Pizza a domicilio —respondió el muchacho desde el otro lado.

—Ya os he dicho mil veces que no es aquí —respondió con un tono seco y sin tacto—. Prueba en el edificio de enfrente.

Colgó el telefonillo, pero el repartidor insistió.

—¿Estás sordo, chaval? Ya te he dicho que no es aquí.

—Perdón, pero sí es aquí.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Este es el número 7, ¿verdad?

Rojo arrugó el semblante.

—Sí, pero no he pedido nada. Escucha, lárgate y disfruta de la comida.

—Lo siento, pero tengo que asegurar la entrega. No han pagado la pizza.

—Hazme caso, no pierdas el tiempo. Estoy ocupado y no quieres ponerme de mala hostia...

El repartidor no se daba por vencido y Rojo decidió que era hora de acabar con aquella absurda situación. Salió del dormitorio con paso firme y bajó las escaleras hasta la puerta. Al abrirla, la caja de pizza estaba en el suelo, abandonada a su suerte. El inspector maldijo entre dientes y la cogió para no dejarla allí. Comer pizza no entraba en sus planes, pero no quería que se quedara en la puerta de su casa. Se agachó, sujetó la caja y miró a su alrededor. El muchacho ya estaba en su moto, alejándose rápidamente.

—Con esta generación, el mundo se va definitivamente al carajo...

Rojo levantó la caja de pizza y se aseguró de que no había sido una broma de mal gusto. En efecto, no lo era. La pizza estaba recién horneada y el delicioso aroma a queso fundido y jamón braseado le cambió el humor por unos segundos.

«Tal vez haya sido idea de Costa o de alguno de estos», pensó, haciéndose ilusiones. Pero, justo cuando iba a regresar al interior, sintió un empujón desde atrás.

Sus reflejos se activaron al instante, pero no reaccionó a tiempo.

Un golpe seco en el estómago lo hizo doblarse y la caja de cartón cayó al suelo, desparramando la pizza por los escalones de la entrada. Antes de que pudiera defenderse, un sujeto le puso una bolsa en la cabeza, apretando con fuerza para asfixiarlo.

La acción fue rápida, brutal.

Rojo, a ciegas, luchó con toda la fuerza que tenía.

Primero, se impulsó hacia atrás para derribar al atacante contra las escaleras. El impacto le ayudó a deshacerse de las manos que sujetaban la bolsa. Después, dio la vuelta y encontró el

rostro de uno de los agresores. Sin pestañear, le lanzó un golpe directo al puente de la nariz, sintiendo cómo el hueso cedía bajo sus nudillos. Se oyó un fuerte crujido, acompañado de un grito de dolor. El matón se tambaleó hacia atrás, pero otro lo atacó por el costado, golpeándolo en las costillas.

Rojo se revolvió como un animal acorralado, lanzando codazos y patadas en todas las direcciones, logrando zafarse de la bolsa que cubría su rostro. Se oyó un fuerte estruendo en la entrada del edificio. El atacante cayó al suelo y el inspector se giró rápidamente para enfrentar al segundo hombre, quien lo esperaba con una pistola táser en mano.

Estaba acorralado.

El zumbido eléctrico chisporroteó en el aire. Rojo intentó esquivarlo, pero la descarga lo alcanzó en el costado y el dolor fue instantáneo, paralizándolo mientras caía al suelo con un gemido de dolor. Su cuerpo se convulsionó, los músculos se contrajeron involuntariamente, y antes de que pudiera recuperarse, el segundo hombre lo inmovilizó con una rodilla en la espalda.

Tirado en el suelo, el inspector luchó por mantenerse despierto, a pesar de la sacudida que le había provocado la descarga, pero el mundo se desvanecía a su alrededor, haciéndose más confuso a sus ojos. El dolor muscular era insoportable y la oscuridad del portal lo envolvió finalmente. La última imagen que vio fue un casco de moto que le colocaron en la cabeza, antes de que lo levantaran entre dos y lo cargaran hacia una furgoneta que se había detenido frente al edificio.

Segundos más tarde, la furgoneta desapareció de la calle, dejando atrás solo el eco de su motor.

57

El reloj marcaba las seis de la tarde cuando Agulló llegó a la plaza de Alfonso X El Sabio, en el corazón de la ciudad. El lugar tenía un aire de historia, mezclado con la vitalidad de la vida moderna. Frente a ella, The Duke era un refugio inglés en plena ciudad levantina, con su fachada de ladrillos oscuros y ventanales amplios que dejaban ver un interior acogedor y ligeramente sombrío. Un detalle que sorprendió a la inspectora por parte de su compañero, después de conocer su afán por las tabernas locales.

Nada más acercarse, se fijó en las mesas de la terraza, que estaban ocupadas por grupos de gente que conversaba animadamente y disfrutaba de una tarde estival. Los vasos de cerveza y copas de vino descansaban sobre las superficies de madera desgastada por el uso. El ambiente era relajado, indiferente al peso de los acontecimientos recientes.

Con la mirada cargada de interés, buscó a Rojo entre las mesas, pero no lo encontró. Un nerviosismo sutil comenzó a formarse en su estómago, aunque intentó mantener la calma.

Había ido con la intención de hablar con él, cara a cara, sin interrupciones. La intención de encontrar un respiro tras la tormenta que habían vivido juntos. No había sido fácil para ella, a pesar de las apariencias, por lo que supuso que tampoco para él. Quería preguntarle por su herida, por cómo se sentía después de todo. Más que nada, quería agradecerle que hubiese confiado en ella hasta el final, que hubiese ido a buscarla a su casa. Si no hubiera sido por ese detalle, jamás habrían atrapado a ese lunático.

Por suerte, la pesadilla había llegado a su fin... al menos en apariencia. Pero su intención no solo estaba relacionada con el trabajo.

También lo había citado para aclarar lo sucedido entre ellos, la noche que durmieron juntos. No deseaba que un desliz sentimental interfiriera en su relación profesional. Sabía cómo lidiar con

estas cosas, era una profesional, ante todo, aunque no podía negar los sentimientos encontrados que la invadían.

Así que, tras varios minutos de espera en la calle, decidió entrar en el pub, con la esperanza de encontrarlo en la barra. El interior del pub era acogedor, de luz tenue, con paredes decoradas con retratos enmarcados de figuras inglesas célebres y estanterías llenas de botellas de whisky. Había un bullicio moderado, música de fondo, conversaciones en tono bajo y tintineo de vasos. Echó un vistazo por las mesas, recorriendo con la vista cada rincón, pero Rojo no estaba allí tampoco.

Comprobó la hora y suspiró, pensando que quizá había llegado demasiado pronto, pero no era así.

A medida que pasaban los minutos y seguía allí plantada, notó cómo la gente la miraba, algunos con curiosidad, otros con disimulo. No sabía si la reconocían de la televisión, si pensaban que estaba esperando a alguien que no llegaba, o simplemente se preguntaban qué hacía una mujer sola, de pie, en un pub. La incomodidad creció en su pecho. Se dijo a sí misma que era Agulló, la inspectora que no se dejaba amedrentar, ni por criminales ni por emociones.

Regresó a la terraza y tomó una de las mesas vacías, con el desasosiego de que algo no iba como esperaba. Luego pidió una cerveza, esperando que el tiempo pasara más rápido, que Rojo apareciera de una maldita vez. Poco a poco, su estado de ánimo se agriaba. Los minutos se deslizaban con lentitud en el reloj de su muñeca y cada segundo que pasaba sin verlo alimentaba la idea de que no aparecería.

«Qué fuerte... No me hagas esto ahora, Rojo», pensó con irritación mientras miraba el reloj. Había pasado más de media hora y aún no había señales de él.

Los nervios se transformaron en algo más irritante: la falta de respeto.

Finalmente, tomó el teléfono móvil y decidió llamarlo. Cuando escuchó el tono de apagado, un frío se instaló en su estómago. Lo intentó varias veces más, pero siempre con el mismo resultado. La rabia de la impotencia comenzó a burbujear bajo la aparente calma de su rostro.

Ya no le importaba. No tenía por qué ocultar nada.

Ni siquiera tenía por qué seguir allí.

El inspector la había pifiado con ella.

«Eres un cretino», escribió en un mensaje de texto y lo envió con evidente molestia en el rostro.

No concebía cómo había sido capaz de insultarla de esa manera. De todas las personas, era el último del que esperaba un plantón.

Terminó la cerveza de un trago para aplacar la amargura. Pidió la cuenta, pagó y se levantó de la mesa con una sensación de derrota y humillación. No quería explicaciones ni mensajes de vuelta de su parte. Ya no le importaban las excusas que tuviera para ella ni lo que le hubiese sucedido.

Para ella, el inspector había cavado su propia tumba.

58

Una semana después.

La tormenta del caso Marcus Willoughby había amainado, hasta el punto de quedar en un segundo plano en la comisaría, pero las aguas aún estaban turbias en el departamento. Costa se había reincorporado al trabajo tras una recuperación exitosa, y ahora el subinspector Ferrando ocupaba el escritorio que antes pertenecía a Rojo. Lo cierto es que la presencia del subinspector en ese espacio no agradaba a Agulló ni a su compañero; sin embargo, no les quedaba más remedio que aceptarlo. Linares era quien daba las órdenes, después de todo.

El ambiente en el departamento estaba enrarecido. La ausencia de Rojo se sentía en cada rincón, en cada conversación privada que mantenían los oficiales. El personal se hacía preguntas y su nombre aparecía en murmullos, en comentarios velados que se desvanecían cuando Agulló entraba en la habitación. Algunos hablaban de las razones por las que lo habían suspendido. Los más morbosos chismorreaban sobre una relación sentimental entre los dos.

En una mañana de papeleo y rutina, de pronto, un agente del piso inferior irrumpió en el departamento con una carta en la mano. Se acercó a Ferrando y se la entregó.

—No, no es para mí —le dijo, ofendido—. ¿No ves lo que pone? Ese no es mi nombre.

—¡Oh! Perdón, subinspector.

—Inútil…

Agulló, que observaba la situación desde su escritorio, alzó una ceja, interesándose por el asunto.

—¿Qué ocurre?

El agente se giró hacia ella, nervioso bajo la mirada inquisitiva de los demás.

—Traigo un aviso postal para el inspector Rojo —explicó—. Han intentado contactar con él de manera telemática, por aviso certificado, y no hay manera... No se ha presentado a ninguna de las citaciones que se le han hecho, ni atiende a los avisos que se envían a su domicilio, ni emite ninguna clase de respuesta. Nadie sabe dónde está.

Agulló se levantó de la silla sin pensarlo dos veces.

—Yo me haré cargo de la carta —dijo, tomando el sobre con firmeza—. Gracias.

Ferrando la miró con sospecha.

—¿Sabes dónde está? —preguntó, con una frialdad que cortaba el aire.

Agulló mantuvo la compostura.

—No lo sé —respondió con calma—, pero intentaré localizarlo.

El subinspector no se tragó la respuesta y lo dejó claro en su mirada.

—Dale recuerdos de mi parte... y dile que, tarde o temprano, tendré una orden de detención —le comentó—. Te aseguro que Rojo saldrá del agujero en el que se esconde. No podrá esquivar a los jueces por mucho más.

—Si quieres que te tome en serio, demuestra que puedes conseguir esa orden, subinspector.

Costa, que había estado observando la escena desde su escritorio, soltó una risa corta y se acercó a su compañera.

—Vaya con el colega…

—Nos acostumbraremos.

—A todo esto, ¿sabes algo del inspector? —le preguntó en voz baja.

Agulló negó con la cabeza.

—No. ¿Y tú?

—Nada. No responde a los mensajes.

—No lo he vuelto a ver desde el día de la detención del inglés —respondió—. Se lo ha tragado la tierra. ¿Es algo habitual en él?

—Me temo que sí… o eso dicen.

—Ya... —dijo ella y se mordió el labio, sopesando la situación. Harta de tanta falta de respuestas, tomó las llaves del coche con un gesto decidido y se levantó de la silla—. Vuelvo en un rato.

—¿A dónde vas?

—He recordado que tenía que hacer algo importante —dijo, sin demasiado esfuerzo y salió de la comisaría, dejando atrás las miradas inquisitivas de sus compañeros.

***

El aviso al inspector estaba sobre el salpicadero del Peugeot 307 de la policía. Conducía con la mente en mil direcciones. Se sentía extraña, casi idiota, al dirigirse allí. El sobre no era más que un pretexto, un vehículo para enfrentarse a él, para obtener las respuestas que tanto ansiaba. Aunque ya no le dolía tanto, aún no entendía por qué la había dejado plantada en el pub. Las preguntas la devoraban por dentro.

Al llegar al domicilio del inspector, la puso en alerta el extraño ambiente de la calle. La vivienda de Rojo, una antigua construcción de dos plantas tenía un aire de abandono que no encajaba con lo que recordaba: las plantas de la terraza se habían secado y las persianas estaban a medio bajar. El aspecto descuidado no era habitual en alguien que vigilaba hasta el último detalle de su vida. Tocó al timbre, esperando una respuesta, pero fue un vecino quien le habló desde la acera opuesta.

—No te molestes, mujer, no hay nadie viviendo ahí —dijo el hombre, con una voz cansada—. La policía y los carteros lo han intentado varias veces.

Ella le mostró la placa para que bajara la guardia.

—¿Ha visto entrar o salir a alguien?

—No… Ahí vive un hombre, pero no se le ve por aquí. No se relacionaba con nadie de la calle.

—Por casualidad, ¿sabe si ha preguntado alguien por él?

—No, que yo sepa. Tampoco es que me interese mucho, la verdad. Entraba y salía. Hacía poca vida en esa casa.

Agradeció la información y observó la vivienda con atención. Sabía que algo raro estaba pasando, algo que no cuadraba con la historia que le estaban contando.

Esperó a que la calle quedara vacía, regresó al maletero y sacó una ganzúa para las ocasiones especiales. Necesitaba una orden para hacer aquello, y un par de ovarios, siendo la casa del inspector, pero se la debía, pensó.

«Lo siento, te la debía. ¿Acaso crees que no me iba a dar cuenta de que forzaste mi cerradura?».

Minutos más tarde, forzó la puerta y logró acceder a la propiedad. El silencio en el interior era tenebroso, como si estuviera en una cripta. El olor de la humedad la golpeó de inmediato y luego le llegó un hedor a comida podrida. Al encender la luz, sus ojos se fijaron en la sangre reseca que había sobre los escalones de piedra.

Al bajar la vista, encontró más sangre junto a los restos de una pizza reseca y desparramada por el suelo. El asco y la preocupación se mezclaron en su estómago mientras cerraba la puerta con sigilo y comenzaba a subir las escaleras hacia la primera planta.

«Por Dios, ¿qué es esto…?».

Cada paso que daba la convencía de que no debía estar allí, pero la certeza de que algo malo había ocurrido era más fuerte que cualquier sentido de prudencia. Cuando llegó a la planta superior, el piso estaba intacto.

Merodeó por el interior, inspeccionando cada rincón, hasta que encontró la bolsa de equipaje a medio hacer, los fajos de dinero en efectivo, los teléfonos de prepago, el machete y reconoció la vieja pistola STAR. Todo parecía casi preparado para una huida rápida, una que nunca llegó a concretarse.

—Maldita sea, Rojo, planeabas largarte sin decirme nada… Pero, ¿por qué no me lo contaste? —murmuró para sí misma, intentando descifrar la incógnita. La evidencia estaba clara, pero cuando vio las llaves del coche sobre la mesa del salón, la conclusión fue inevitable.

—Huías de alguien y no era de mí —susurró y levantó el llavero del Ford Focus, observándolo fijamente—. Y ese alguien se ha adelantado a tus malditos planes.

ESTO TE PUEDE INTERESAR...

No, esto no termina aquí.

Sin embargo, mientras esperas la siguiente entrega de Rojo…

…descubre el auténtico pasado de la inspectora Agulló.



Un cadáver abandonado en un pantano. Dos familias poderosas, una operación millonaria y el control de una ciudad en juego. Honor, venganza y corrupción. Cuando la inspectora Agulló acepta su primer caso, encuentra una investigación llena de secretos.

Pero lo peor está por llegar: ¿tendrá precio su silencio?

«UNA OBRA QUE PUEDE SER DE NETFLIX».

Ella era joven, exitosa y uno de los rostros más conocidos en la ciudad.
Laura tenía un secreto, pero no sabía que moriría antes de contarlo.

Ambientada en la ciudad de Elche durante la crisis económica del calzado, ***¿Quién mató a Laura Coves?*** es una novela frenética y adictiva de suspense que ahonda en las pasiones más oscuras de la sociedad.

HAZTE CON TU COPIA AHORA

Conoce al mejor detective privado de Madrid...

Cuando Rojo viaja a Madrid, no suele hacerlo por ocio.

Si has disfrutado con la serie del inspector de Alicante, debes conocer al mejor detective privado de Madrid, con quien Rojo ha trabajado en algunas ocasiones.

Conoce a Javier Maldonado.



Era el mejor inspector de Madrid encontrando a personas desaparecidas. Un trágico accidente acabó con su carrera.
Ahora es detective privado.

Investigando una aparente infidelidad matrimonial, Maldonado se involucra en un siniestro crimen rodeado de mentiras que hará peligrar su reputación y la de uno de sus mejores amigos.

Tendrá que sacrificar su vida para resolver el caso que acabará con sus problemas personales.

¿Logrará Maldonado resolver el asesinato antes de que este termine con su vida?

Una Mentira Letal es la primera entrega del detective Javier Maldonado, el nuevo personaje de Pablo Poveda. Una novela negra policíaca de detectives privados contemporánea, cargada de suspense, misterio, pulp y acción.

HAZTE CON TU COPIA AHORA

¿Te ha gustado? Descubre esto...



La envidia puede matar...

Esta apasionante novela negra está disponible GRATIS por tiempo limitado.

Gabriel Caballero está en apuros: un asesino anda suelto en la Costa Blanca.

La rectora de la Universidad de Alicante ha muerto de un extraño modo. Las evidencias apuntan a un homicidio y a su mejor amigo. Tras negar lo que parece evidente, Caballero tendrá que averiguar la verdad para demostrar su inocencia: **su vida y carrera periodística dependen de ello.**

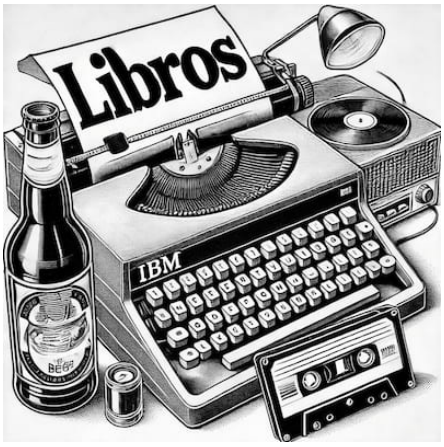
¿Logrará resolver el crimen antes de que sea tarde?

Suscríbete de manera gratuita a mi lista de lectores exclusiva y consigue esta novela hoy.

DESCARGA GRATIS CABALLERO

O si estás leyendo en Kindle o papel y lo prefieres… usa el código QR en tu teléfono para acceder el libro gratis.





Otros libros de Pablo Poveda

Serie Gabriel Caballero

Caballero
La Isla del Silencio
La Maldición del Cangrejo
La Noche del Fuego
Los Crímenes del Misteri
Medianoche en Lisboa
El Doble
La Idea del Millón
La Dama del Museo
Los Cuatro Sellos
El Último Adiós
Muerte en el Mediterráneo
El arte del engaño
La playa de los muertos
El último baile
Un secreto bajo tierra

Pack Trilogía 1-3 (Caballero, La Isla del Silencio, La Maldición del Cangrejo)
Pack Trilogía 4-6 (La Noche del Fuego, Los Crímenes del Misteri, Medianoche en Lisboa)
Pack Trilogía 7-9 (El Doble, La Idea del Millón, La Dama del Museo)

Pack Trilogía 10-12 (Los Cuatro Sellos, El Último Adiós, Muerte en el Mediterráneo)

Serie Don

Odio

Don

Miedo

Furia

Silencio

Rescate

Invisible

Origen

Pack Trilogía 1-3 (Odio, Don, Miedo)

Pack Trilogía 4-6 (Furia, Silencio, Rescate)

Pack SERIE COMPLETA (8 libros)

Serie Dana Laine

Falsa Identidad

Asalto Internacional

Matar o Morir

Fuego Cruzado

Pack Trilogía 1-3 (Falsa Identidad, Asalto Internacional, Matar o Morir)

Serie Rojo

Rojo

Traición

Venganza

Desparecido

Secuestrada

El trabajo del Diablo

El juego del Diablo

El laberinto del Diablo

Sombra en la costa

Pack Rojo 1-3 (Rojo, Traición, Venganza)

Serie Javier Maldonado (Detective Privado)

Una Mentira Letal

Una Apuesta Mortal

Un Crimen Brillante

El Caso del Tarot

Una Amistad Peligrosa

El asesinato del casino

El crimen de Atocha

Muerte en Las Vegas

Asesinato en Cannes

Pack novelas 1-3

Pack novelas 4-6

Trilogía El Profesor

El Profesor

El Aprendiz

El Maestro

Pack Trilogía Completa El Profesor (El Profesor, El Aprendiz, El Maestro)

Serie Lepoldo Bonavista

El misterio de la familia Fonseca

El misterio de la máscara de porcelana

Otros:

El secreto de la señora Avignon

¿Quién mató a Laura Coves?

Perseguido

Motel Malibu

Sangre de Pepperoni

La Chica de las canciones

El Círculo

Sobre el autor



Pablo Poveda (Elche, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como las series Caballero, Maldonado, Rojo o Don. Vivió en Polonia durante cuatro años, después seis en Madrid y actualmente reside en el Levante español, donde escribe todas las mañanas. Cree en el jazz, el rock, la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Autor destacado 2022 en Amazon España.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com

Página web: elescritorfantasma.com

Facebook: facebook.com/elescritorfant

Grupo Privado de lectores: elescritorfantasma.com/grupofb